

Adéntrate en la noche en que todo cambió para siempre.

DONATO CARRISI

LA CHICA EN LA NIEBLA



Lectulandia

«La justicia no le interesa a nadie. La gente quiere al monstruo. Y yo les doy lo que quieren».

Una chica desaparecida en un pueblo de montaña. La lluvia, la niebla, las luces. Las luces son las de las cámaras. Han llegado los medios de comunicación. Y todo ha cambiado.

Lectulandia

Donato Carrisi

La chica en la niebla

ePub r1.0

Titivillus 11.09.17

Título original: *La ragazza nella nebbia*

Donato Carrisi, 2015

Traducción: Maribel Campmany

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Antonio.
Mi hijo, mi todo.

23 de febrero

Sesenta y dos días después de la desaparición

La noche en que todo cambió para siempre empezó con el timbre de un teléfono.

La llamada se recibió a las diez y veinte. Era un lunes por la noche, fuera había ocho grados bajo cero y una niebla helada lo engullía todo. A esa hora, Flores se encontraba al calor del lecho al lado de su mujer, disfrutando de una vieja película de gánsteres en blanco y negro en la televisión. En realidad, Sophia llevaba ya un rato durmiendo y la llamada no pareció turbar su sueño. Ni siquiera se dio cuenta de que su marido se levantaba y se vestía.

Flores se puso un pantalón forrado, un jersey de cuello alto y el chaquetón grueso para afrontar la maldita neblina que parecía haber borrado la creación, y se apresuró a llegar al pequeño hospital de Avechot donde, desde hacía ya cuarenta de sus sesenta y dos años, desempeñaba la profesión de psiquiatra. En todo ese tiempo pocas veces había ocurrido que alguien lo sacara de la cama por una urgencia, y menos aún la policía. En el pueblo de los Alpes donde había nacido y siempre había vivido, a partir de que se ponía el sol no sucedía casi nada. Era como si en esas latitudes los criminales prefirieran llevar una vida moderada, que prescribía recogerse sistemáticamente en casa cada noche. Por eso Flores se preguntaba el motivo por el que era necesaria su presencia a esa hora insólita.

La única información que la policía le había proporcionado por teléfono se refería a la detención de un hombre después de un accidente de tráfico. Nada más.

Por la tarde había dejado de nevar, pero esa noche el frío había ido en aumento. Flores salió de casa y fue acogido por un silencio innatural. Todo estaba quieto, inmóvil. Incluso el tiempo parecía haberse detenido. El psiquiatra sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura exterior, sino que le llegaba desde dentro. Puso en marcha el viejo Citroën y esperó unos segundos a que el motor diésel se calentara un poco antes de ponerse en camino. Necesitaba su sonido para romper la monotonía de esa paz amenazadora.

El asfalto estaba helado, pero fue sobre todo la niebla lo que lo obligó a circular a menos de veinte kilómetros por hora, conduciendo con ambas manos firmemente aferradas al volante, la espalda inclinada hacia delante y el rostro a pocos centímetros del parabrisas para intentar distinguir mejor los márgenes de la carretera. Por suerte se conocía tan bien el camino que su mente era capaz de anticiparse a los ojos sugiriéndoles hacia dónde ir.

Al llegar a la altura del desvío, eligió la dirección que llevaba al centro de la población y fue entonces cuando se fijó en algo en el manto lechoso. Avanzó y tuvo la sensación de que todo se ralentizaba, como en un sueño. De las profundidades del manto blanquecino aparecieron unos destellos brillantes, intermitentes. Parecía que fueran a su encuentro; en cambio, era él quien se dirigía hacia ellos. Una figura humana emergió de la niebla. Hacía extraños y amplios gestos con los brazos. A medida que se acercaba, Flores se dio cuenta de que se trataba de un policía que estaba allí con el fin de advertir a los coches que pasaban que prestaran atención. El psiquiatra pasó por su lado y ambos se saludaron fugazmente. A la espalda del agente, los destellos brillantes se convirtieron en los intermitentes de un coche patrulla y, principalmente, en las luces posteriores de un sedán oscuro que había ido a parar a una acequia, fuera de la carretera.

Poco después, Flores entró en el pueblo. Estaba desierto.

Las farolas amarillentas del alumbrado público parecían espejismos en medio de la bruma. Atravesó todo el centro habitado hasta llegar a su destino.

En el pequeño hospital de Avechot se respiraba una extraña ebullición. En cuanto Flores cruzó el umbral fueron a su encuentro un teniente de la policía local y Rebecca Mayer, una joven fiscal muy bien considerada en los últimos tiempos. Parecía preocupada. Mientras el psiquiatra se quitaba el grueso chaquetón, ella lo puso al corriente de la identidad del inesperado huésped de esa noche.

—Vogel —fue lo único que dijo.

Al oír pronunciar el nombre, Flores comprendió el porqué de tanta inquietud. Era la noche en que todo cambió para siempre, pero en ese momento él aún no lo sabía. Por eso no acababa de entender cuál era su papel en ese asunto.

—¿Qué tengo que hacer exactamente? —preguntó.

—Los médicos de urgencias dicen que está bien. Pero parece confuso, tal vez a causa de la conmoción por el accidente.

—Pero usted no está segura, ¿no es así? —Flores había dado en el clavo; de hecho, Mayer no respondió—. ¿Está catatónico?

—No, interactúa cuando se lo estimula. Pero tiene cambios bruscos de humor.

—Y no recuerda nada de lo sucedido —dijo Flores, terminando él mismo la historia clínica.

—Recuerda el accidente. Pero a nosotros nos interesa el antes: es necesario que sepamos lo que ha ocurrido esta noche.

—Así pues, según usted, está fingiendo —concluyó el psiquiatra.

—Me temo que sí. Y aquí es donde usted entra en juego, doctor.

—¿Qué se espera de mí, señora fiscal?

—No hay elementos suficientes para incriminarlo y él lo sabe, por eso usted debe decirme si es mentalmente competente.

—Y si así fuera, ¿qué le ocurrirá?

—Podré formular una acusación y proceder a un interrogatorio formal sin el

temor de que algún abogado lo impugne en el juicio sirviéndose de un estúpido tecnicismo.

—Pero... Vosotros me habéis dicho que el accidente no ha causado víctimas, ¿no? Entonces, disculpe, pero ¿por qué debería incriminarlo?

Mayer se quedó callada un momento.

—Lo entenderá cuando lo tenga delante.

Lo hicieron pasar a su consulta. Al abrir la puerta, Flores vislumbró en seguida la figura del hombre sentado en uno de los asientos situados frente al escritorio lleno de papeles. Llevaba un abrigo oscuro de cachemir y tenía la espalda encorvada, ni siquiera pareció darse cuenta de que había entrado alguien.

Flores colgó el chaquetón en el perchero y se masajeó las manos todavía ateridas por el frío.

—Buenas noches —dijo, dirigiéndose hacia el radiador para cerciorarse de que estuviera encendido. En realidad, era sólo un pretexto para situarse frente al hombre y comprobar en qué condiciones estaba y, más que nada, para comprender el sentido de las palabras de Mayer.

Bajo el abrigo, Vogel vestía de manera elegante: traje gris oscuro, corbata de seda azul pálido con pequeños motivos florales, un pañuelo amarillo en el bolsillito de la americana, camisa blanca y gemelos de oro rosa de forma ovalada. Sólo que ofrecía un aspecto deslucido, como si hiciera semanas que llevara puesta esa ropa.

Vogel levantó un instante los ojos hacia él, sin responder al saludo. Luego la mirada volvió a posarse en las manos abandonadas sobre el regazo.

El psiquiatra se preguntó sobre la extraña broma de la suerte que había decidido ponerlos el uno frente al otro.

—¿Hace mucho que está aquí? —empezó a decir.

—¿Y usted?

Flores se rio de su salida, pero el otro permaneció serio.

—Más o menos cuarenta años —contestó. Con el tiempo, la habitación se había ido ornamentando con objetos y muebles, hasta quedar repleta de ellos. El psiquiatra era consciente de que a un observador externo el conjunto podía parecerle cacofónico —. ¿Ve ese viejo diván? Lo heredé de mi antecesor, mientras que el escritorio lo escogí personalmente.

Sobre la mesa había fotografías enmarcadas de su familia. Vogel cogió una y la observó sosteniéndola entre las manos. Se veía a Flores rodeado de su numerosa descendencia un día de verano mientras hacían una barbacoa en el jardín.

—Bonita familia —comentó con un vago interés.

—Tres hijos y once nietos. —Flores le tenía mucho cariño a esa imagen.

Vogel volvió a poner el marco en su sitio y empezó a mirar a su alrededor. En las paredes, además del título, los reconocimientos recibidos y los dibujos que le

regalaban sus nietos, estaban los trofeos de los que el psiquiatra se sentía más orgulloso.

Practicaba la pesca deportiva y tenía numerosos ejemplares de peces disecados en la consulta, expuestos de manera ostensible.

—Cuando puedo, lo dejo todo y me voy a un lago o a un arroyo en la montaña. — Dijo Flores—. Así me siento en paz con el creador.

—En una esquina había un armario con cañas y una caja que contenía anzuelos, cebos, sedales y todo lo necesario. Con el tiempo, la habitación había acabado por no parecerse en absoluto a la consulta de un psiquiatra. Se había convertido en su refugio, un lugar sólo para él, y le apenaba pensar que al cabo de unos meses se jubilaría y tendría que vaciarlo y llevarse todas sus cosas.

Entre las muchas historias que esas paredes podían contar, ahora se añadía la de una visita imprevista una noche de invierno a horas intempestivas.

—Todavía no puedo creer que esté usted aquí —reconoció el psiquiatra un poco avergonzado—. Mi mujer y yo lo hemos visto muchísimas veces en la tele. Es usted una celebridad.

El hombre simplemente asintió. Parecía encontrarse realmente en un estado de confusión, o tal vez fuera un excelente actor.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Estoy bien —confirmó Vogel con un hilo de voz.

Flores se apartó del radiador y se situó detrás del escritorio, en el sillón que con los años había asimilado sus formas.

—Ha tenido suerte, ¿lo sabe? Antes he pasado junto al lugar del accidente: se ha salido de la carretera por el lado adecuado. Hay una acequia bastante profunda, pero al otro lado hay un barranco.

—La niebla —dijo el huésped.

—Ya —convino Flores—. Niebla helada, no se ve a menudo. He tardado veinte minutos en llegar, cuando normalmente en coche, desde mi casa, empleo apenas diez. —A continuación colocó ambos codos en los apoyabrazos del sillón y se dejó caer sobre el respaldo—. Todavía no nos hemos presentado: soy el doctor Auguste Flores. Dígame, ¿cómo debo llamarlo? ¿Agente especial o señor Vogel?

El hombre pareció pensarlo fugazmente.

—Elija usted.

—Yo creo que un policía nunca pierde su graduación, incluso cuando deja de dedicarse a su profesión. Por eso, para mí, usted sigue siendo el agente especial Vogel.

—Si lo prefiere así...

En la mente de Flores se concentraban decenas de preguntas, pero sabía que tenía que elegir las adecuadas para empezar.

—Francamente, no me esperaba verlo de nuevo por estas tierras, creía que hacía tiempo que había regresado a la ciudad después de lo sucedido. ¿Por qué ha vuelto?

El agente especial Vogel se pasó lentamente las manos por los pantalones, como si quisiera quitar una mota de polvo inexistente.

—No lo sé...

No añadió más y Flores se limitó a asentir.

—Entiendo. ¿Ha venido solo?

—Sí —contestó Vogel, y por su expresión se intuía que no entendía bien el sentido de la pregunta—. Estoy solo —confirmó.

—¿Su presencia aquí tiene algo que ver tal vez con la historia de la chica desaparecida? —aventuró Flores—. Porque me parece recordar que usted ya no tiene ninguna autoridad sobre el caso.

La frase pareció despertar algo en el hombre que, sacudido por lo que a Flores le pareció un arrebató de orgullo, rebatió molesto:

—¿Se puede saber por qué me retienen? ¿Qué quiere de mí la policía? ¿Por qué no puedo marcharme?

Flores intentó recurrir a toda su proverbial paciencia.

—Agente especial Vogel, esta noche ha tenido usted un accidente.

—Eso ya lo sé —contestó el otro, furioso.

—Y viajaba solo, ¿es exacto?

—Se lo acabo de decir.

Entre tanto, Flores abrió un cajón del escritorio, cogió un pequeño espejo y lo situó delante de Vogel, que pareció no hacerle caso.

—Y no ha tenido consecuencias. Está ileso.

—Estoy bien, ¿cuántas veces quiere que lo repita?

El psiquiatra se inclinó hacia él.

—Entonces explíqueme una cosa... Si usted está indemne, ¿a quién pertenece la sangre que hay en su ropa?

Vogel, de repente, no supo qué decir. La rabia se evaporó y sus ojos se posaron en el espejo que Flores le había puesto delante.

Sólo así las vio.

Pequeñas manchas rojas en los puños de la camisa blanca. Un par más grandes en el estómago. Algunas más oscuras se confundían con el color del traje y del abrigo, pero por la consistencia más espesa se intuían los cercos. Y fue como si el agente especial las viera por primera vez. Aunque una parte de él ya sabía que estaban allí, Flores lo captó en seguida. Porque Vogel tampoco se sorprendió demasiado, ni se apresuró a negar que supiera el motivo de su presencia.

En sus ojos apareció una luz nueva y su estado de confusión empezó a despejarse como ocurre con la niebla. Mientras tanto, la que se cernía sobre el mundo, al otro lado de la ventana de la consulta, seguía igual.

La noche en que todo cambió para siempre había empezado hacía muy poco. Vogel miró a Flores directamente a las pupilas, repentinamente lúcido.

—Tiene razón —dijo—. Creo que debo darle una explicación.

25 de diciembre

Dos días después de la desaparición

Los bosques de abetos descendían por las laderas de las montañas como un ejército ordenado que se disponía a invadir el valle. El valle era largo y estrecho como una antigua cicatriz y por el centro discurría un río. El río era de un verde intenso, a veces plácido; otras, iracundo.

Avechot estaba justo allí, en medio de todo el escenario.

Un pueblo alpino, a pocos kilómetros de la frontera. Casas con tejados inclinados, la iglesia con el campanario, el ayuntamiento, la comisaría de policía, un pequeño hospital. Un recinto escolar, algún bar y la pista de hielo.

Los bosques, el valle, el río, el pueblo. Y una monstruosa planta de extracción de minerales como si se tratara de un ultraje futurista al pasado y a la naturaleza de esos lugares.

Había una cafetería algo apartada del centro urbano, en la nacional.

Por la cristalera se veía la carretera y el surtidor de gasolina. Destacaba un cartel luminoso que deseaba «Felices Fiestas» a los automovilistas que pasaban. Desde el interior del local, sin embargo, las letras estaban al revés y resultaba una especie de jeroglífico incomprensible.

En el restaurante, una treintena de mesas de fórmica azul, algunas escondidas en reservados pegados a las paredes. Estaban todas puestas, pero había sólo una ocupada. La más centrada.

El agente especial Vogel estaba solo, tomando un desayuno de huevos y beicon ahumado. Llevaba un traje gris plomizo, con un chaleco verde musgo y una corbata azul oscuro, y no se había quitado el abrigo de cachemir ni siquiera para comer. Mantenía la espalda erguida y la mirada fija en una libretita negra en la que tomaba apuntes con una elegante estilográfica de plata que a veces dejaba sobre la mesa para coger un bocado con el tenedor. Alternaba los gestos a intervalos precisos, respetando diligentemente una especie de ritmo interior.

El anciano dueño llevaba un delantal manchado de grasa encima de una camisa de leñador de cuadros rojos y negros con las mangas remangadas hasta los codos. Dejó la barra para acercarse con una jarra de café recién hecho.

—Fíjese en que hoy ni siquiera quería abrir. Me he dicho: ¿quién quieres que venga aquí la mañana de Navidad? En cambio, hasta hace unos años, estaba lleno de turistas, familias con niños... Pero desde que encontraron esa mierda fluorescente todo cambió. —El hombre pronunció la frase como si añorara una época feliz y lejana que ya nunca volvería.

Hasta hacía unos pocos años, la vida transcurría plácidamente en Avechot. La gente vivía del turismo y de la artesanía a pequeña escala. Pero un día, alguien llegado de fuera predijo que bajo las montañas podía esconderse un considerable yacimiento de fluorita.

Efectivamente, consideró Vogel. El viejo tenía razón: desde entonces todo había cambiado. Llegó una multinacional y compró las concesiones de los terrenos que estaban sobre el yacimiento pagando generosamente a los diversos propietarios. Muchos se hicieron ricos de la noche a la mañana. Y quien no tuvo la suerte de poseer una de las parcelas, se empobreció de golpe porque los turistas desaparecieron.

—A lo mejor tendría que decidirme a vender este sitio y retirarme —siguió diciendo el hombre. Luego, sacudiendo la cabeza contrariado, vertió el café en la taza de Vogel, si bien este no se lo había pedido—. Cuando lo he visto entrar he pensado que era uno de esos vendedores que de vez en cuando intentan colocarme sus artículos de pacotilla. Luego he caído en la cuenta... Está aquí por la niña, ¿verdad? —Con un gesto casi imperceptible de la cabeza señaló la octavilla colgada en la pared, al lado de la puerta.

Se veía impresa la foto sonriente de una adolescente pelirroja y con pecas. Un nombre, Anna Lou. Y una pregunta: «¿Me has visto?», seguida de un número de teléfono y algunas líneas de texto.

Vogel se fijó en que el viejo intentaba echar una mirada a su libretita negra, de modo que la cerró. Luego dejó el tenedor en el plato.

—¿La conoce?

—Conozco a la familia. Son buena gente. —El hombre se acercó una de las sillas de la mesa y se sentó frente al policía—. Según usted, ¿qué le ha pasado?

Vogel se llevó la mano a la barbilla. ¿Cuántas veces le habían hecho esa pregunta? Siempre era la misma historia. Parecían sinceramente preocupados, o se esforzaban por parecerlo, pero al final sólo se trataba de curiosidad. Morbosa, interesada, despiadada curiosidad.

—Veinticuatro —dijo. El hombre del restaurante no pareció comprender el sentido de la respuesta, pero Vogel se anticipó a una posible petición de que lo aclarara—. Veinticuatro horas son las que, de media, los adolescentes que se escapan de casa resisten con el móvil apagado. Luego necesitan llamar a un amigo o entrar en Internet para ver si están hablando de ellos, así se los localiza. De un modo u otro, la mayoría regresa después de cuarenta y ocho horas... Por eso, si no se da con sorpresas desagradables y no se produce ningún accidente, puede decirse que hasta los dos días después de la desaparición existe una posibilidad real de que al final las cosas acaben bien.

El hombre, por un momento, pareció desconcertado.

—¿Y después qué sucede?

—Después, generalmente, me llaman a mí.

El agente especial se levantó, metió una mano en el bolsillo y dejó caer un billete de veinte sobre la mesa para pagar el desayuno. A continuación, se alejó hacia la salida, pero antes de cruzar el umbral se volvió de nuevo hacia el dueño del restaurante.

—Hágame caso: no venda este lugar. Dentro de poco volverá a estar lleno de gente.

Fuera, el día era frío, pero el cielo estaba despejado y un brillante sol invernal lo iluminaba todo. De vez en cuando pasaba un TIR por la nacional y la corriente de aire movía los faldones del abrigo de Vogel. El agente especial permanecía inmóvil, con ambas manos metidas en los bolsillos, en la explanada que había frente a la cafetería, al lado de la gasolinera. Miraba hacia arriba.

A su espalda apareció un joven de unos treinta años. También él llevaba traje, corbata y un abrigo oscuro, pero no de cachemir. Tenía el pelo claro peinado con la raya a un lado y ojos cerúleos. Se le veía cara de buen chico.

—Hola —dijo, pero su saludo se quedó sin respuesta—. Soy el agente Borghi —prosiguió, aun así—. Me han dicho que viniera a recogerlo.

Vogel no le prestó atención y siguió contemplando el cielo.

—La sesión informativa empezará dentro de media hora. Estarán todos, como había pedido.

Dicho esto, Borghi se inclinó hacia delante y comprendió que su superior, en realidad, estaba observando algo que había en la marquesina del surtidor de carburante.

Una cámara de seguridad apuntaba en dirección a la nacional.

Vogel finalmente se volvió hacia él.

—Esta carretera es el único acceso al valle, ¿verdad?

Borghi ni siquiera tuvo que pensarlo.

—Sí, señor. No hay otro modo de llegar o marcharse: lo atraviesa por entero.

—Bien —dijo Vogel—. Entonces lléveme al otro extremo.

El agente especial se dirigió a paso ligero hacia el anónimo sedán oscuro en el que el otro había ido a recogerlo. Borghi titubeó un momento, luego lo siguió.

Unos minutos más tarde se encontraban encima del puente que, pasando por encima del río, conducía al valle limítrofe. El joven policía esperaba en el exterior del coche aparcado en el arcén de la carretera mientras Vogel, a unos metros de distancia, repetía la escena de poco antes, esta vez observando una cámara de control de tráfico colocada en un poste al lado de la calzada, con los vehículos circulando a su lado y los conductores tocando el claxon para protestar. Pero Vogel no se inmutaba y siguió impertérrito con lo que estaba haciendo. Fuera lo que fuese, para Borghi la situación era no sólo incomprensible, sino también paradójica.

Cuando tuvo suficiente, el agente especial regresó al coche.

—Vamos a ver a los padres de la niña —dijo, y subió a bordo sin esperar la respuesta de Borghi, que miró su reloj y, resignado, se puso de nuevo al volante.

—Anna Lou nunca ha dado problemas —afirmó Maria Kastner con determinación. La madre de la chica era una mujer menuda que, sin embargo, irradiaba una fortaleza especial. Estaba sentada en el sofá al lado de su marido, un hombre robusto pero de aspecto inofensivo, en el salón de la casita de dos plantas en que vivían. Los dos iban todavía en pijama y bata, y se cogían de la mano.

Había un olor dulzón, de comida casera y ambientador. Vogel no lo soportaba. El agente especial estaba sentado en un sillón; Borghi, en una silla, más apartado. Entre ellos y la pareja de cónyuges había una mesita con unas tazas de café que pronto estaría frío, ya que ninguno parecía tener intención de tomárselo.

En la habitación había un árbol adornado, bajo el cual dos gemelos de siete años jugaban con los regalos que acababan de abrir.

Un paquete, con un bonito lazo rojo, seguía intacto.

La mujer interceptó por un instante la mirada de Vogel.

—Hemos querido que los niños celebraran el nacimiento de Jesús a pesar de todo, para distraerlos de la situación —se justificó.

La «situación» era que su hija mayor, de dieciséis años, la única chica, llevaba casi dos días desaparecida. Salió de casa una tarde de invierno, hacia las cinco, para ir a una reunión en la iglesia a pocos centenares de metros.

Nunca llegó allí.

Anna Lou recorrió un breve trayecto en un barrio residencial de casas todas iguales —villas unifamiliares con jardín— y donde todo el mundo se conocía desde siempre.

Pero nadie vio ni oyó nada.

La alarma saltó hacia las siete, cuando la madre vio que no volvía a casa y la llamó inútilmente al móvil, que daba señal de apagado. Dos largas horas en que podía haberle ocurrido cualquier cosa. La búsqueda se llevó a cabo durante toda la tarde, pero el sentido común aconsejó suspenderla para retomarla con luz de día. Además, la policía local no tenía medios para llevar a cabo una investigación peinando el terreno.

Por el momento no había ninguna teoría sobre los motivos de su desaparición.

Vogel volvió a observar en silencio a esos dos padres con ojeras marcadas por un insomnio que en las siguientes semanas les haría envejecer rápidamente y que, de momento, sólo había empezado a dejar su rastro en ellos.

—Nuestra hija siempre ha sido responsable, desde pequeña —prosiguió la mujer—. No sé cómo explicarlo..., pero nunca hemos tenido que preocuparnos por ella: se ha criado sola. Echa una mano en casa, cuida de sus hermanos. En la escuela, los profesores están contentos. Hace poco empezó a hacer de catequista en nuestra

congregación.

El salón estaba decorado modestamente. Nada más entrar, Vogel se había fijado en la presencia de numerosos objetos que demostraban una profunda fe. En las paredes había cuadros con imágenes sagradas y escenas sacadas de la Biblia y los Evangelios. Jesús era el protagonista, también en forma de estatuilla de plástico o de yeso, aunque la Virgen María tampoco se quedaba atrás. Y había una vasta sucesión de santos. Un crucifijo de madera estaba colocado encima del televisor.

Por la sala también había marcos con fotos familiares. En muchas de ellas aparecía una chica pelirroja y con pecas.

Anna Lou era la versión femenina de su padre.

Y siempre se la veía sonriente: el día de la primera comunión, en la montaña junto a sus hermanos, con los patines al hombro en la pista de hielo mientras mostraba orgullosa una medalla al finalizar una competición.

Vogel sabía que ese salón, esas paredes, esa casa, ya no volverían a ser los mismos. Estaban llenos de recuerdos que pronto empezarían a hacer daño.

—No vamos a quitar el árbol de Navidad hasta que nuestra hija vuelva a casa — anunció Maria Kastner casi con orgullo—. Se quedará encendido para que se vea bien por la ventana.

Vogel pensó en lo absurda que era esa iniciativa, especialmente en los meses siguientes. Un árbol de Navidad usado como un faro para indicar el camino a casa a alguien que no iba a regresar nunca. Porque el riesgo real era precisamente ese, sólo que los padres de Anna Lou todavía no se daban cuenta. Esa luz festiva señalaría a todos los de allí fuera que entre aquellas paredes se estaba viviendo un drama. Se convertiría en una presencia molesta. La gente, los vecinos, no podrían ignorar el árbol y lo que significaba, es más, con el tiempo incluso les molestaría. Al pasar por delante de la casa cambiarían de acera sólo para evitar verlo. Ese símbolo alejaría a todo el mundo de los Kastner y aumentaría su soledad. «Porque el peaje para que la gente pueda seguir con su vida es la indiferencia», recordó Vogel.

—Dicen que un acto de rebeldía, un arrebato, es normal a los dieciséis años — afirmó Maria, pero luego sacudió la cabeza con decisión—. Mi hija no.

Vogel asintió porque, aun sin tener pruebas, estaba de acuerdo con ella. No se trataba simplemente de darle la razón a una madre que intentaba absolverse, principalmente a sí misma y a su papel como madre, jurando sobre la integridad de su niña. El agente especial estaba realmente convencido de que tenía razón. Lo demostraba el rostro de Anna Lou que lo observaba sonriente desde cada esquina de la sala. Su apariencia sencilla, casi infantil, le decía que a la fuerza debía de haberle ocurrido algo. Y que ese algo había tenido lugar contra su voluntad.

—Tenemos un vínculo estrecho, se me parece mucho. Esto lo hizo para mí, me lo regaló hace una semana... —La mujer mostró al policía una pulsera de perlitas de colores que llevaba en la muñeca—. Últimamente le encantan. Las hace ella y se las regala a las personas a las que quiere.

Vogel notó que contaba esos detalles, insignificantes para la investigación, sin que la voz o la mirada reflejaran ninguna conmoción. Pero no era frialdad. El agente especial comprendió de qué se trataba en realidad. La mujer estaba convencida de que era una «prueba», una especie de examen al que todos ellos se sometían en ese dramático trance para poder demostrar que su fe seguía siendo sólida e inalterable. Por eso, en el fondo, aceptaba lo que estaba sucediendo limitándose a refutar su injusticia, con la esperanza de que alguien allí arriba, tal vez Dios en persona, pusiera pronto remedio.

—Anna Lou confiaba en mí, pero una madre tiene en cuenta que no lo sabe todo de sus hijos. Ayer, mientras arreglaba su habitación, encontré esto... —La mujer dejó por un instante la mano de su marido para pasarle a Vogel el diario con tapas de colores que tenía a su lado.

El agente especial se inclinó hacia el otro lado de la mesita para cogerlo. En la portada había dos tiernos gatitos hechos un ovillo. Empezó a hojearlo distraídamente.

—Ahí dentro no encontrará nada que haga presagiar esto —dijo la mujer.

Vogel, en cambio, cerró el diario y sacó del bolsillo interior del abrigo la estilográfica y la libretita negra.

—Me imagino que están al tanto de con quién se relacionaba su hija...

—Por supuesto —dijo Maria Kastner con una pizca de indignación por la pregunta.

—¿Anna Lou ha conocido a alguien últimamente? Un nuevo amigo o amiga, por ejemplo.

—No.

—¿Están completamente seguros de ello?

—Sí —afirmó la mujer—. Me lo habría dicho.

Poco antes había admitido que una madre no podía saberlo todo de sus hijos y ahora alardeaba de estar segura. Era típico de los padres en los casos de desaparición, recordó Vogel. «Quieren echar una mano, pero también saben que en parte son responsables, por lo menos de falta de atención hacia sus hijos. Y cuando intentas plantear el asunto, emerge el instinto de defenderse, incluso a costa de negar la evidencia». Y Maria Kastner ya empezaba a dar el perfil. Pero el agente especial necesitaba saber más.

—¿Han notado algún comportamiento anómalo últimamente?

—¿A qué se refiere con anómalo?

—Ya saben cómo son los chicos, ¿no? A partir de pequeñas señales se pueden adivinar muchas cosas. ¿Dormía bien? ¿Comía regularmente? ¿Su humor había cambiado? ¿Estaba más introvertida, arisca, o su actitud era distinta a la de antes?

—Era la Anna Lou de siempre. Conozco a mi hija, agente Vogel, sé cuando algo no funciona.

La niña tenía un teléfono móvil. Por lo que Vogel sabía, era un modelo antiguo, no un *smartphone*.

—¿Su hija navegaba por Internet?

Los dos padres se miraron.

—Nuestra congregación desaconseja promover el uso de algunas tecnologías. Internet está lleno de insidias, agente Vogel. Ideas erróneas que pueden comprometer la educación de un buen cristiano —dijo Maria—. De todos modos, nunca hemos prohibido nada a nuestra hija; lo eligió ella.

«Claro, cómo no», se dijo Vogel. Aunque había una cosa en que la mujer estaba en lo cierto. Normalmente el peligro procedía de la Red. Adolescentes sensibles como Anna Lou eran fácilmente impresionables. En Internet había cazadores, muy hábiles a la hora de manipular las mentes más vulnerables y de colarse en sus vidas. Hacían que las defensas fueran cayendo poco a poco, invertían las relaciones de confianza y conseguían reemplazar a los padres más estrictos, controlando a distancia al menor hasta conseguir que hiciera lo que querían. En este sentido, Anna Lou Kastner era una presa perfecta. Tal vez la niña sólo había cumplido la voluntad de sus padres en apariencia, pero quizá entrara en Internet conectándose en otro sitio, en el colegio o en la biblioteca. Tendrían que comprobarlo. Pero de momento tenía otros pormenores en los que profundizar.

—Son los afortunados del pueblo que vendieron las concesiones a la compañía minera, ¿es correcto?

La pregunta iba dirigida a Bruno Kastner, pero una vez más fue la mujer quien intervino.

—Mi padre nos dejó un terreno, arriba, en el norte. Quién se imaginaba que valía tanto... Entregamos una parte del dinero a la congregación y acabamos de pagar la hipoteca de esta casa. El resto lo pusimos en un fondo para nuestros hijos.

Debía de tratarse de una bonita cantidad, consideró Vogel. Probablemente suficiente para garantizar una vida más que decente a muchas generaciones futuras de Kastner. Podrían haberse permitido más de un lujo, o incluso decidir comprar una casa más grande, más bonita. En cambio, prefirieron no modificar su tren de vida. El agente especial no acababa de entender cómo se podía renunciar tan fácilmente a una prosperidad inesperada. Con todo, tomó nota de ello y con la cabeza todavía inclinada sobre la libretita preguntó:

—No han recibido ninguna petición de dinero, por tanto excluiría un secuestro para extorsionarlos. Pero ¿han recibido amenazas en el pasado? ¿Hay alguien (incluso un familiar o un conocido) que pueda tenerles envidia, esté resentido con ustedes o les guarde rencor?

Los Kastner parecieron sorprendidos por esas preguntas.

—No, nadie —dijo en seguida la mujer—. Sólo nos relacionamos con los miembros de nuestra congregación.

Vogel reflexionó sobre lo que la última frase daba por supuesto: los Kastner estaban ingenuamente convencidos de que en su congregación no había espacio para los conflictos. Por otra parte, él no había dudado en ningún momento de que esa iba a

ser precisamente la respuesta. Antes de poner un pie en su casa, lo había puesto en su vida, informándose de todo lo que había que saber sobre ellos.

Por lo general, la opinión pública se quedaba en las apariencias. Por eso, cuando sucedía algo anómalo, como la desaparición de una niña sencilla y bien educada, y cuando eso ocurría en un contexto familiar sano, la tendencia común era pensar que el mal procedía de fuera. Pero los policías expertos como él siempre tenían ciertas reservas a la hora de iniciar una investigación externa, porque en muchísimos casos la explicación se escondía básicamente —y de manera atroz— en los propios hogares. Se las había tenido que ver con padres que abusaban de sus hijas y con madres que, en vez de protegerlas, habían tratado a sus niñas como peligrosas rivales. Además, para asegurarse una vida tranquila, los padres llegaban a la conclusión de que la mejor solución para salvar su matrimonio era deshacerse de la sangre de su propia sangre. Una vez incluso se encontró con el caso de una esposa que, tras descubrir el acoso, prefirió encubrir a su marido y evitar así su vergüenza asesinando ella misma a su hija y haciéndola desaparecer. En una palabra, el repertorio de crueldad era de lo más variopinto e imaginativo.

Los Kastner parecían gente de bien.

Él era transportista e, incluso después de la inesperada fortuna recibida, no había dejado de dar el callo en el trabajo. Ella era una modesta ama de casa dedicada por completo a su familia y a sus hijos. Además, ambos cultivaban una ferviente y convencida fe.

Pero nunca se sabía.

Vogel fingió estar satisfecho.

—Me parece que ya hemos terminado, por ahora. —A continuación, el agente especial se levantó del sillón e inmediatamente Borghi, que había permanecido en silencio todo el tiempo, hizo lo mismo—. Gracias por el café... y por esto —dijo, agitando el diario de Anna Lou—. Estoy seguro de que nos será de gran ayuda.

Los Kastner acompañaron a los dos agentes a la puerta. Vogel echó de nuevo un vistazo a los niños que jugaban tranquilamente junto al árbol de Navidad. Se preguntó qué clase de recuerdo de todo aquello les quedaría impreso en su memoria de adultos. Tal vez estuvieran a tiempo de salvarse del horror. Pero el paquete con el lazo rojo todavía intacto que esperaba a Anna Lou le decía que siempre habría algo que les recordaría la tragedia que se había abatido sobre su familia. Porque no había nada peor que un regalo que no llegaba a su destinatario. La felicidad que contiene se va pudriendo lentamente y lo corrompe todo a su alrededor.

En ese momento, el agente especial se percató de que el silencio entre ellos se había prolongado demasiado, de modo que se dirigió a Borghi.

—¿Puede esperarme en el coche, por favor?

—Sí, señor —dijo el diligente policía.

Una vez a solas con los Kastner, Vogel habló con un tono nuevo, afectuoso, como si realmente le importara «la situación».

—Quiero ser franco —dijo—. Los medios de comunicación han olido la historia, dentro de poco llegarán en masa... A veces a los periodistas se les da mejor que a la policía destapar noticias, y no siempre lo que acaba en televisión tiene relación con la investigación. Por tanto, si tienen algo que decir, «cualquier cosa»... Este es el momento de hacerlo.

Siguió un silencio que Vogel hizo durar más de lo necesario. Ya estaba hecho, ese era el trato. En realidad, el consejo contenía una advertencia: «Sé que tenéis secretos, todo el mundo los tiene. Pero vuestros secretos ahora me pertenecen».

—Bien —dijo finalmente el agente especial, rompiendo el silencio para sacarlos del apuro—. He visto que han hecho imprimir unas octavillas con la foto de su hija; ha sido una buena idea, pero no es suficiente. Hasta el momento se ha ocupado del asunto la prensa local, pero ahora habrá que dar algún paso más. Por ejemplo, sería útil hacer un llamamiento público. ¿Se ven capaces?

El matrimonio se miró, consultándose sólo con la mirada. A continuación, la madre de Anna Lou dio un paso adelante, se sacó la pulsera de perlitas que le había hecho su hija, cogió la mano derecha de Vogel y se la puso en la muñeca, como en una solemne investidura.

—Haremos todo lo necesario por ayudar, agente Vogel. Pero usted tráigala de vuelta a casa.

Mientras esperaba dentro del coche oficial, Borghi estaba hablando por el móvil.

—No sé cuánto tiempo más va a llevarnos, me lo ha pedido él —explicaba a uno de los agentes que llevaban más de una hora esperando a que empezara la sesión informativa programada—. Yo también tengo familia. Tranquilízalos y asegúrales que nadie se perderá la comida de Navidad. —La verdad es que temía estar haciendo una promesa arriesgada porque no tenía idea de lo que podía ocurrírsele a Vogel. Sabía lo estrictamente necesario y esa mañana se había limitado a hacer de chófer.

La noche anterior, su inmediato superior le comunicó que a la mañana siguiente debía presentarse en Avechot para acompañar al agente especial Vogel en la investigación de la desaparición de una menor. Seguidamente le entregó el escuálido expediente del caso y concluyó con unas extrañas recomendaciones: que se presentara con traje oscuro, americana y corbata a las ocho y media en punto en la cafetería de la salida del pueblecito alpino.

Borghi, evidentemente, había oído muchos rumores sobre Vogel y sus excentricidades. En televisión hablaban a menudo de él y de sus casos, y lo habían invitado varias veces a programas dedicados a la crónica de sucesos. Periódicos y telediarios se disputaban sus entrevistas. Vogel siempre se sentía a gusto frente a las cámaras, como un actor consumado capaz de improvisar una actuación en cada ocasión, seguro de conseguir el éxito.

Y también estaban las historias que se contaban en el cuerpo de policía y que lo

describían como un tipo puntilloso, fanático del control, únicamente preocupado por cómo quedar bien en pantalla y tan egocéntrico que eclipsaba a cualquiera que tuviese cerca.

Pero últimamente las cosas no le habían salido del todo bien al agente Vogel. Un caso en concreto lo había puesto en entredicho. En la policía, había quien se alegraba, pero Borghi, quizá demasiado ingenuamente, consideraba que había mucho que aprender de un poli como él. Al fin y al cabo, era un novato y sin duda esa experiencia no le haría ningún daño.

Sólo que Vogel siempre se había ocupado de crímenes espectaculares, delitos atroces y con un fuerte impacto emocional. Y se decía que siempre escogía con atención sus casos.

Por eso ahora Borghi se preguntaba qué había visto de extraordinario el agente especial en la desaparición de una niña.

Si bien encontraba comprensibles los temores de los padres de Anna Lou y también creía realmente que podía haberle ocurrido algo malo, no veía que se tratara de un caso mediático. Y, por lo general, eran precisamente esos los que interesaban a Vogel.

—Llegaremos en seguida —aseguró a su interlocutor sólo para terminar la llamada. Y en ese instante se fijó en la furgoneta negra aparcada al final de la calle.

Iban en ella dos hombres que observaban la casa de los Kastner sin dirigirse la palabra.

El agente tenía intención de bajar del coche e ir a ver, pero entonces su superior salió de la casa y recorrió el sendero en su dirección. Luego se dio cuenta de que Vogel aflojaba el paso. A continuación, el agente especial hizo algo sin sentido.

Empezó a aplaudir.

Primero despacio, después cada vez más fuerte. Y mientras tanto miraba a su alrededor. El sonido se propagaba fácilmente con el eco y empezaron a aparecer rostros en las ventanas de las casas vecinas: una mujer mayor, un matrimonio con sus hijos, un hombre gordo y un ama de casa con bigudíes en la cabeza. Poco a poco se fueron añadiendo otras miradas. Asistían a la escena sin entender nada.

Entonces Vogel dejó de dar palmadas.

Miró una última vez a su alrededor, mientras seguía siendo observado; a continuación se puso a caminar de nuevo como si nada y subió al coche. A Borghi le hubiera gustado preguntar a su superior los motivos de ese extraño comportamiento; sin embargo, una vez más, fue el otro quien habló.

—¿Qué ha observado en esa casa, agente Borghi?

El joven policía no necesitó pensárselo.

—Marido y mujer han estado cogidos de la mano durante todo el tiempo, parecían muy unidos... Pero sólo ha hablado ella.

El agente especial asintió, mirando más allá del parabrisas.

—Ese hombre se muere de ganas de decirnos algo.

Borghi no hizo ningún comentario. Arrancó el coche, olvidándose del aplauso y de la furgoneta negra.

La comisaría de policía era demasiado pequeña y angosta para lo que Vogel tenía *in mente*. El agente especial había pedido un sitio más apropiado para la investigación. Así pues, el gimnasio del colegio haría las veces de sala de operaciones para la búsqueda de la chica.

Las colchonetas y los aparatos que se utilizaban para los ejercicios de gimnasia habían sido retirados hacia una de las paredes. La gran cesta con las pelotas de vóley yacía olvidada en un rincón. Alguien había cogido de las aulas algunas de las mesas de los profesores para usarlas como escritorio, otra persona había buscado sillas plegables de jardín. Había dos portátiles y un PC proporcionados por la biblioteca, pero un solo teléfono conectado a una línea exterior. Se había colocado una pizarra bajo una de las canastas de la pista de baloncesto, sobre la superficie negra habían escrito con tiza: «Resultados del caso». En la parte de abajo estaban pegados los elementos recopilados hasta ese momento: la misma foto de Anna Lou que aparecía en las octavillas impresas por la familia y un mapa del valle.

En ese momento, en el local resonaba el parloteo de un reducido grupo de policías de Avechot vestidos de paisano, reunidos en torno a una máquina de café y una bandeja de pastas. Hablaban con la boca llena y seguían mirando la hora, exasperados. Con aquel murmullo, el tema de las conversaciones era indescifrable, pero por sus expresiones se deducía que todos se quejaban de lo mismo.

El golpe sordo y repentino provocado por la apertura simultánea de las dos hojas de una puerta cortafuegos hizo que todos se volvieran. Vogel irrumpió en el gimnasio seguido de Borghi y el vocerío se apagó. La puerta volvió a cerrarse con un ruido seco a la espalda del agente especial y en el recinto sólo se oyeron los pasos definidos y un poco chirriantes de sus zapatos de piel.

Sin saludar ni dirigir la mirada a nadie, Vogel se aproximó a la pizarra, bajo la canasta. Miró un instante los «resultados del caso», como si los estuviera estudiando atentamente. Luego, con un gesto repentino, borró con una mano el título y arrancó la foto y el mapa.

Seguidamente escribió una fecha con tiza: 23 de diciembre.

Se volvió hacia el reducido auditorio.

—Han pasado casi dos días desde la desaparición —empezó a decir—. En un caso de desaparición el tiempo es nuestro enemigo, pero también puede ser un aliado; depende de nosotros. Tenemos que aprovecharlo bien, por eso es necesario hacer el primer movimiento. —Se concedió una pausa—. Quiero puestos de control en la nacional, que vigilen los dos accesos al valle —dijo con contundencia—. No tienen que detener a nadie, pero debemos enviar una señal.

Los presentes escucharon en silencio. Borghi se había situado algo apartado y los

observaba apoyado en una pared.

—La cámara de la gasolinera y la de control de tráfico: ¿alguien ha comprobado si funcionan? —preguntó Vogel.

Tras unos instantes de titubeo, uno de los policías, un tipo con una barriga prominente que llevaba una camisa de cuadros y una corbata azul, levantó la taza de café que tenía en la mano para pedir la palabra. Estaba cohibido.

—Sí, señor, hemos obtenido las imágenes de las horas en torno a la desaparición.

—Bien —se alegró Vogel—. Identifiquen a los conductores de sexo masculino de los coches que transitaron por allí y comprueben los motivos por los cuales entraban o salían del valle. Concéntrense en los que tengan un pasado violento o que cuenten con antecedentes.

Desde su privilegiado punto de observación, Borghi pudo notar el descontento de los hombres.

Intervino un segundo agente, mayor y por ese motivo seguro de poder permitirse una crítica.

—Señor, somos pocos, no tenemos recursos y además no hay fondos para las horas extras. —Hubo una especie de murmullo de aprobación por parte de los demás.

Vogel no se inmutó, observó las mesas aprovechadas, la escasez de medios que los hacía parecer ridículos. No podía reprobar el hecho de que esos hombres fueran escépticos y estuvieran desmotivados. Pero tampoco podía permitir que hubiera ninguna excusa. De modo que objetó en tono calmado:

—Ya sé que ahora les gustaría estar en casa celebrando la Navidad con su familia, y que me ven a mí y al agente Borghi como a dos extraños llegados aquí para dar órdenes. Pero cuando esta historia haya terminado, nosotros dos, Borghi y yo, podremos regresar al sitio de donde venimos. En cambio, ustedes... —Los miró rápidamente uno a uno—. Ustedes tendrán que seguir encontrándose por la calle a los padres de esa chica.

Siguió un breve silencio. Después, el policía más veterano volvió a intervenir. Esta vez sin altanería.

—Señor, perdone la pregunta: ¿por qué debemos buscar a un hombre si ha desaparecido una chica? ¿No deberíamos centrarnos en ella?

—Porque alguien se la ha llevado.

Como era de prever, la frase se cernió sobre el auditorio como una deflagración, congelando cualquier observación. Vogel escrutó los rostros de los presentes. Cualquier policía dotado de sentido común habría considerado esa afirmación como un disparate de la investigación. No había pruebas que apoyaran tal suposición, ni siquiera un débil indicio. Era una acusación dirigida a la nada. Pero para Vogel era suficiente con que la idea de que era «posible» germinara en sus mentes. Bastaba una semilla de posibilidad para que en poco tiempo creciera la certeza. Estaba seguro de que si lograba persuadir a esos hombres, entonces sería capaz de convencer a cualquiera. Allí se lo jugaba todo. No en una verdadera sala de operaciones equipada

para una unidad de crisis, sino en el gimnasio de un colegio. No con profesionales forjados por años de experiencia sobre el terreno, sino con unos polis locales mal equipados y que no tenían ni idea de cómo llevar adelante una investigación compleja. Y en esos pocos minutos se jugaba el destino del caso y tal vez también el de una niña de dieciséis años. Por eso Vogel empezó a esgrimir todos los trucos que había ido aprendiendo, con el objeto de vender su producto.

—Es inútil darle más vueltas —prosiguió el agente especial—. Tenemos que llamar a las cosas por su nombre. Porque, como ya he dicho, todo lo demás sólo nos hace perder el tiempo. Y ese tiempo pertenece a Anna Lou, no a nosotros... —A continuación extrajo del bolsillo del abrigo la libretita negra, la abrió con un gesto seco de la muñeca y consultó los apuntes—. Son casi las cinco de la tarde del veintitrés de diciembre. Anna Lou Kastner sale para acudir a una reunión en la iglesia, que dista más o menos trescientos metros de su casa. —Vogel se volvió para dibujar dos puntos en la pizarra bien separados—. Sabemos que nunca llegó. Pero la chica no es de las que se escapan. Nos lo dicen cuantos la conocen, y nos lo confirma su estilo de vida: nada de Internet en casa, ningún perfil en las redes sociales, y sólo tenía cinco números en la agenda del móvil. —Contó con los dedos—: Mamá, papá, casa, casa de los abuelos y parroquia. —Se volvió de nuevo hacia la pizarra y unió con una línea los dos puntos que había dibujado con anterioridad—. Todas las respuestas están en estos trescientos metros. Aquí viven otras once familias: cuarenta y seis personas de las cuales treinta y dos estaban en casa en ese momento..., pero nadie vio ni oyó nada. Las cámaras de los sistemas de videovigilancia enfocan hacia el interior de las propiedades, nunca hacia la calle, por lo tanto no sirven. ¿Cómo se dice? «Primero son mis dientes que mis parientes». —Volvió a guardarse la libretita negra en el bolsillo—. El raptor ha estudiado las costumbres del barrio, sabía cómo pasar desapercibido. El hecho de que sólo podamos hacer hipótesis sobre su existencia nos indica que ha preparado bien la partida antes de empezar a jugar... Y que va ganando.

Vogel dejó la tiza en su sitio, se sacudió las manos para quitarse el polvo, y a continuación se puso a escrutar al auditorio, intentando saber si el concepto que acababa de exponer había hecho mella. Sí, así era. Les había planteado una duda. Pero todavía había hecho más: les había ofrecido una motivación para que se implicaran. De ahora en adelante podría manejarlos con facilidad y ninguno volvería a poner en entredicho una sola palabra de sus órdenes.

—Bien, recuerden: la pregunta ya no es sólo dónde está Anna Lou en este momento. La verdadera pregunta es «con quién está» —concluyó el agente especial—. Y ahora pongámonos a trabajar.

Borghi se refugió sin comer en la pequeña habitación de hotel que había reservado por la tarde, al lado de la del agente especial Vogel. Estaba seguro de que no habría

sitio el día de Navidad. Pero aunque era uno de los últimos establecimientos turísticos del valle todavía abierto, el hotel Fiori delle Alpi estaba prácticamente vacío. El resto de las residencias y albergues habían cerrado sus puertas tras la creación de la mina de fluorita. En un primer momento, Borghi se preguntó por qué no habían sido convertidos en alojamientos para los empleados de la multinacional, pero luego el portero les explicó que casi todos los trabajadores eran del mismo pueblo, mientras que los directivos de la compañía iban y venían en sus helicópteros y nunca se quedaban demasiado tiempo.

Avechot tenía apenas tres mil habitantes; la mitad de la mano de obra masculina estaba empleada en la gran planta de extracción que dominaba el valle.

Lo primero que hizo el agente Borghi al entrar en su habitación fue quitarse los zapatos de piel y la corbata. Había pasado mucho frío durante todo el día con esa ropa. Normalmente se ponía el traje cuando debía ir a testificar al juzgado. No estaba acostumbrado a llevarlo durante tantas horas. Esperó a que la temperatura de su cuerpo se pusiera en consonancia con la de la habitación y después se quitó también la americana y la camisa. Tenía que lavarla y tenderla en la ducha y esperar a que se secase para el día siguiente porque su mujer se había olvidado de ponerle una de recambio cuando le preparó la maleta. Caroline estaba muy distraída últimamente. Llevaban casados poco más de un año y ella estaba en el séptimo mes de embarazo.

Es duro explicarle a una joven esposa que espera un bebé por qué no puedes pasar con ella el día de Navidad, aunque el motivo sea algo ineludible como tu trabajo de poli.

Borghi la llamó mientras ponía la camisa en remojo en el lavabo del baño. Fue una llamada bastante rápida.

—Y bien, ¿qué está pasando en Avechot? —preguntó ella, molesta.

—En realidad, todavía no lo sabemos.

—Pues ya podrían dejarte el día libre.

Era evidente que Caroline quería pelear. Era exasperante tratar con ella cuando se comportaba así.

—Ya te lo he dicho, es importante que esté aquí, para mi carrera. —Intentaba ser conciliador, pero era difícil. Entonces lo distrajeron las voces que procedían del televisor encendido en la habitación—. Perdona, ahora tengo que irme. Han llamado a la puerta —mintió. Y colgó antes de que Caroline empezara de nuevo con sus lloriqueos. Fue rápidamente a ver las imágenes que transmitía el telediario.

La noche del día de Navidad, cuando la gente había acabado de celebrarlo y se disponía a poner fin a un largo día, aparecieron en televisión los padres de Anna Lou.

Estaban sentados el uno junto al otro detrás de una mesa rectangular situada sobre un pequeño púlpito. Llevaban chaquetones de nieve que de repente les quedaban demasiado anchos, como si la ansiedad de las últimas horas los hubiera consumido desde lo más profundo. De hecho, tenían un aspecto abatido y no dejaron en ningún momento de cogerse de la mano.

Borghi reconoció el llamamiento que un técnico de una televisión local había grabado bajo la supervisión de Vogel esa misma tarde. Él también estuvo presente, pero encontrarse con la misma escena en la pequeña pantalla le suscitó una sensación extraña. Borghi no sabía explicarla.

Bruno Kastner mostraba al objetivo de la cámara una foto enmarcada de su hija, sacada al final de una ceremonia religiosa en la que Anna Lou llevaba una inmaculada túnica blanca y un crucifijo de madera encima. Su mujer, Maria, con el mismo crucifijo al cuello, leía un comunicado: «Anna Lou mide un metro sesenta y siete, es pelirroja y lleva el pelo largo, normalmente recogido en una coleta. En el momento de la desaparición, Anna Lou vestía un chándal gris, zapatillas de deporte y un anorak blanco. También llevaba una pequeña mochila de colores». A continuación, después de recuperar el aliento, la mujer miró directamente a cámara, como si se dirigiera a todos los padres que la estaban escuchando, pero también, quizá, a quien pudiera saber la verdad. «Nuestra hija Anna Lou es una buena chica, quienes la conocen saben que tiene un gran corazón: le gustan los gatos y confía en las personas. Por eso hoy también nos dirigimos a quienes no la han conocido en sus primeros dieciséis años de vida: si alguien la ha visto o sabe dónde se encuentra, ayúdenos a que vuelva a casa». Para finalizar le habló a su hija, como si, en algún lugar desconocido y lejano, pudiera realmente escucharla: «Anna Lou..., mamá, papá y tus hermanos te queremos. Estés donde estés, espero que te llegue nuestra voz y nuestro amor. Y cuando vuelvas a casa, te regalaremos el gatito que tanto deseas, Anna Lou, te lo prometo... Que el Señor te proteja, pequeña mía».

Había repetido varias veces el nombre de su hija, pensó Borghi. Aunque no era necesario. Tal vez porque también temía perder lo último que le quedaba de Anna Lou.

En ese momento, una niña sencilla y anónima que nunca se hubiera imaginado que un día saldría en televisión y también un pequeño pueblo de los Alpes llamado Avechot empezaban a ser tristemente famosos. Al final Borghi identificó la sensación que había tenido un rato antes, cuando se puso a mirar como si fuera la primera vez una escena que ya había visto.

Era el efecto de la televisión. Era como si allí las palabras, los gestos, asumieran una nueva dimensión.

Hubo un tiempo en que la televisión se limitaba a replantear la realidad, ahora era la artífice del proceso inverso. La volvía tangible, consistente.

La creaba.

Sin saber por qué, Borghi también recordó las palabras que dijo Vogel después del extraño aplauso fuera de la casa de los Kastner, una vez que subió al coche, referentes al padre de Anna Lou.

«Ese hombre se muere de ganas de decirnos algo.»

Borghi estaba a punto de convertirse en padre de una niña. El hombre sobre el que Vogel había hecho caer una sombra siniestra llevaba más de cuarenta y ocho

horas sin saber qué le había pasado a su niña. Al agente le asaltó una ansiedad repentina. Se vio obligado a preguntarse si el mundo que le esperaba a su hija era realmente tan cruel.

Antes de medianoche, la vivienda de los Kastner estaba silenciosa. Pero ese silencio no tenía nada que ver con la paz, sino que ponía en evidencia el vacío que se había instalado en esa casa desde hacía más de cuarenta y ocho horas. La ausencia de Anna Lou era ahora palpable. Su padre ya no podía ignorarla como había hecho durante todo el día, evitando mirar los sitios que solía ocupar su hija, como su silla en la mesa o el sillón en el que le gustaba acurrucarse por la noche para leer un libro o ver la tele, o la puerta de su habitación. Y había colmado la ausencia de su voz con otros sonidos. Por ejemplo, cuando se le hacía insoportable el sufrimiento de no oírla hablar, reír o canturrear, Bruno Kastner movía un objeto, de manera que el ruido llenara el vacío dejado por Anna Lou y lo distrajera de ese atroz silencio.

El doctor Flores había prescrito a Maria unos tranquilizantes para dormir. Bruno se aseguró de que los tomara; después fue a arropar a los gemelos y se quedó en la puerta de su cuarto para velar un rato su intranquilo sueño. Los niños estaban aguantando, aunque por sus sueños se evidenciaba que ellos también estaban inquietos. Se habían pasado todo el día haciendo preguntas de manera despreocupada, conformándose con breves respuestas evasivas. Pero la aparente indiferencia ocultaba el miedo a saber la verdad. Una verdad para la que a los siete años no se está preparado.

Ni siquiera Bruno Kastner sabía cuál era; sólo sabía que le aterrorizaba.

El hombre se sentó a la mesa del comedor. Iba una vez más en zapatillas y pijama. Después de la visita de los dos agentes de policía, se vistió para salir, sin saber exactamente adónde ir. Encontró consuelo en la rutina de su trabajo de transportista, de manera que se pasó las horas siguientes dentro de su furgoneta, dando vueltas por carreteras de montaña sin ninguna meta. Buscaba una señal de Anna Lou, cualquier cosa. En realidad, también estaba escapando de su propia ansiedad y del sentimiento de impotencia que sólo puede tener un padre que sabe que no ha cuidado de sus seres queridos como debiera.

Ahora, al finalizar ese interminable día, a pesar de sentirse muy cansado, no estaba seguro de poder dormir. Tenía miedo de los sueños que le esperaban. No podía tomarse un somnífero porque alguien debía seguir protegiendo su casa, su familia. Aunque quizá fuera inútil, ya que el mal había encontrado de todos modos la manera de entrar. Y también cabía la inesperada posibilidad de que Anna Lou volviera o que recibieran una llamada que los liberara de ese maléfico sortilegio.

De modo que se dirigió al salón y cogió del cajón de un mueble los álbumes con las fotos familiares que Maria había reunido con amor durante esos años. Se los llevó al comedor. Se sentó a la mesa, pero no encendió la luz, le bastaba con la que se

filtraba por la ventana, proyectada desde una farola de la calle. Empezó a sacar las imágenes de sus compartimentos y a ponerlas encima de la mesa, de una en una, siguiendo un orden que sólo él sabía, como un cartomántico que pretende adivinar el futuro por las figuras que tiene delante.

En esas fotos salía su niña, desde que era muy pequeña.

Anna Lou empezó a crecer delante de sus ojos. El día que empezó a gatear, cuando aprendió a andar, cuando le enseñó a montar en bicicleta. Había una serie de primeras veces. El primer día de colegio, el primer cumpleaños. La primera Navidad. Y muchos otros momentos repartidos en el tiempo. Otras Navidades, excursiones a la montaña, competiciones de patinaje. Una retrospectiva de recuerdos felices. «Porque —hasta parecía una tontería pensarlo— la gente no saca fotos de los malos momentos. Y si lo hiciera, seguro que no las guardaría», reflexionó el hombre.

Estaban las imágenes de las últimas vacaciones todos juntos, el año anterior, cuando fueron a la costa. Anna Lou en bañador resultaba cómica y un poco desgarrada, y ella lo sabía. Tal vez por eso siempre se quedaba apartada al hacer las fotos. A diferencia de muchas chicas de su edad, todavía no había florecido. Parecía una niña, con su coleta pelirroja y las pecas. A Bruno Kastner le hubiera gustado que Maria hablase con ella, que le explicara que era normal y que un día su cuerpo experimentaría una repentina y feliz transformación. Pero para su mujer, religiosa como era, temas como el sexo o la pubertad representaban un tabú. Y, por supuesto, no podía hacerlo él. Le tocaría con los gemelos, algún día. Pero esa charla no era algo que un padre pudiera afrontar con su única hija. Le habría supuesto una vergüenza mortal, Anna Lou se habría ruborizado de golpe y, sabiendo que tenía las mejillas encendidas y que no podía evitarlo, todavía se habría sentido más expuesta y vulnerable.

Su hija era como él, tímida y un poco torpe a la hora de relacionarse con el resto del mundo. Incluida su familia.

A Bruno le habría gustado darle más. Por ejemplo, emplear parte del dinero obtenido con la venta del terreno a la compañía minera para enviarla a estudiar fuera del valle. Quizá a un buen colegio privado. Pero el terreno era de su mujer y, por lo tanto, también el dinero. Y Maria, como siempre, había decidido por todos. No es que él fuera contrario a hacer un generoso donativo a la congregación, pero le habría gustado que sus hijos pudieran disponer de su parte ahora y no en un hipotético futuro.

Porque Bruno Kastner no sabía si, por ejemplo, Anna Lou iba a tener un futuro.

Apartó molesto ese pensamiento. Deseaba dar un puñetazo a la mesa. Era lo suficientemente fuerte como para partirla en dos. Pero se contuvo. Llevaba toda la vida conteniéndose.

Se frotó los ojos y cuando volvió a abrirlos se detuvo en una foto en particular. Era bastante reciente. Su hija sonreía junto a otra chica. La comparación ponía en evidencia de manera despiadada que Anna Lou, con el chándal y las zapatillas de

deporte y el pelo rojo recogido con la acostumbrada coleta, parecía una niña. En cambio, su amiga iba maquillada, vestida a la moda y, básicamente, parecía toda una mujer. Al fijarse mejor, Bruno Kastner hubiera querido llorar, pero no le salía.

Lo que había ocurrido era culpa suya, sólo suya.

Era un hombre de fe, aunque no tan sólida como la de Maria, y se sentía enormemente culpable por ello. Pero si hubiera tenido la fuerza para imponerse ante su mujer, ahora Anna Lou estaría a salvo en la habitación de un colegio o quizá en otra parte. Si hubiera tenido el valor de decirle realmente a Maria lo que pensaba y hacer prevalecer su opinión, su hija no habría desaparecido.

En cambio, se había callado. Porque eso es lo que hacen los pecadores: se callan y, al callarse, mienten.

Bruno Kastner se dictó sentencia a sí mismo. Volvió a poner en su sitio casi todas las fotografías, guardó los álbumes y se dispuso a afrontar su tercera noche insomne.

Ahora sólo había una foto sobre la mesa. La de Anna Lou con su amiga.

Se la metió en el bolsillo.

26 de diciembre

Tres días después de la desaparición

El tiempo había cambiado, la temperatura se había vuelto más gélida y el resplandeciente sol de Navidad había sido sustituido por un espeso manto de nubes grises.

Avechot dormitaba todavía perezosamente después de los excesos de las fiestas. Vogel y Borghi, en cambio, se habían levantado temprano para aprovechar el día. Transitaban en el sedán oscuro por las calles del pueblo. El agente especial parecía estar en plena forma y se había vestido como si tuviera que asistir a una reunión oficial. Zapatos bien lustrados, traje príncipe de Gales, camisa blanca y una corbata de lana rosa. Borghi llevaba la misma ropa que el día anterior y no había podido planchar la camisa que había lavado en el hotel. Se sentía fuera de lugar al lado de su superior. Mientras él estaba concentrado al volante, Vogel miraba a su alrededor.

En las paredes de las casas se veían eslóganes de tema religioso. «¡Yo estoy con Jesús!». «Cristo es el camino». «Quien camina a mi lado estará a salvo». Por la factura de las pintadas, todas realizadas con pintura blanca, se deducía que no eran obra de ningún exaltado anónimo. Habían sido los mismos propietarios de las viviendas quienes las habían hecho, como un teatral testimonio de su fe. También había crucifijos por todas partes: en las fachadas de los edificios públicos o destacando en el centro de un parterre, incluso en los escaparates de las tiendas.

Parecía que el pueblo hubiera sido atravesado por una oleada de fanatismo religioso.

—Hábleme de la congregación a la que pertenecen los Kastner.

La petición de Vogel no cogió desprevenido a Borghi, que había hecho averiguaciones al respecto.

—Por lo que parece, hace unos veinte años, en Avechot hubo un escándalo: el cura local se fugó con una de sus parroquianas, esposa devota y madre de tres hijos.

—No me interesan los chismorreos —lo cortó ásperamente Vogel.

—Bueno, señor, es que fue ahí donde empezó todo. En otro contexto el asunto se hubiera resuelto con unos cuantos chismorreos y alguna murmuración, pero en Avechot se lo tomaron bastante en serio. El sacerdote era joven y carismático, dicen. Conquistó a todo el mundo con sus sermones y era muy apreciado.

«En una sociedad reducida, que vive encerrada entre las montañas, realmente hace falta carisma para hacer mella en el corazón de la gente... o para aprovecharse de la credulidad popular», pensó Vogel.

—El hecho es que el cura tuvo la oportunidad de crearse un nutrido séquito. La

comunidad siempre ha sido bastante practicante; por eso, después de lo ocurrido, de algún modo debieron de sentirse traicionados por su guía espiritual. En ese momento se impuso de lleno la desconfianza de la gente de aquí, los fieles empezaron a rechazar a todos los sustitutos que les enviaba la curia. De manera que, al cabo de un par de años, algunos miembros asumieron el papel de diáconos y desde entonces la comunidad se autogestiona.

—¿Como una secta religiosa? —preguntó Vogel, repentinamente intrigado.

—Algo así. En esta zona se vivía del turismo, pero en realidad los forasteros nunca les gustaron demasiado. Eran molestos y tenían costumbres que no se correspondían (digámoslo así) con la «cultura local». Con el descubrimiento del yacimiento de fluorita, por fin esta gente podía librarse de ellos y cortar casi completamente los puentes con el resto del mundo.

—Maria y Bruno Kastner deben de estar entre los fieles más fervientes, en vista de la cantidad de dinero que donaron a la causa religiosa.

—¿Se ha fijado en que hablan de su congregación como si fuera un círculo exclusivo, elitista? Una especie de «nosotros y los demás», no sé si me explico bien.

—Se explica bien.

—Los miembros de la comunidad fueron los primeros en movilizarse en busca de Anna Lou. Me consta que en estos días han estado muy cerca de la familia y desde esta mañana incluso algunos de ellos se han instalado en casa de los Kastner para atenderlos y no dejarlos nunca solos.

Llegaron a los aledaños de la iglesia de Avechot. Junto a la casa parroquial había sido construido un edificio más moderno.

—Esto de aquí es la sala de actos. La utilizan mucho más que la iglesia propiamente dicha, especialmente para los rituales de plegaria colectiva. Parece ser que la comunidad es muy influyente en el valle, capaz incluso de orientar las decisiones de la compañía minera, que, de hecho, la tiene muy en cuenta. El alcalde, los concejales y todos los funcionarios públicos forman parte de la congregación. El resultado es que han impuesto una serie de prohibiciones, como la de fumar en público o servir bebidas alcohólicas los domingos o los días festivos, además de por la noche, a partir de las seis de la tarde. Asimismo, la comunidad está en contra del aborto, la homosexualidad, y tampoco ve con buenos ojos las parejas de hecho.

«Fanáticos de los cojones», pensó Vogel, que, sin embargo, ya se había hecho una idea precisa de todo aquello. Pero una parte de él estaba extremadamente satisfecha.

El contexto de la desaparición de Anna Lou era perfecto. La misteriosa ausencia de una niña, el mal insinuándose en una comunidad rígidamente devota a Dios y a sus preceptos, un pueblo entero obligado a preguntarse sobre lo que estaba sucediendo.

O ya había sucedido.

Vogel había pedido reunirse con el alcalde y un guardabosques. Borghi se puso en

seguida en marcha, pero le sorprendió que el agente especial quisiera hacerlo a orillas del río que cruzaba el valle.

Cuando llegaron, Borghi aparcó el coche en una amplia explanada de grava en la que había un quiosco de madera en desuso, donde, según un viejo cartel, tiempo atrás se vendían cebos vivos y alquilaban cañas de pescar. El alcalde y el guardabosques ya estaban allí, habían llegado en un todoterreno con distintivos de la ciudad que pertenecía al Ayuntamiento.

El político era un hombre robusto, con un estómago exagerado sujeto a duras penas por el cinturón de los pantalones. Llevaba un chaquetón de montaña abierto por delante, una camisa azul de algodón y una corbata con unos horribles rombos rojos. La aguja de corbata era de oro y tenía una pequeña cruz de amatista en el extremo. Vogel no dejó traslucir lo mucho que despreciaba su vestimenta o la ridícula cortinilla de la cabeza de pera o el bigote que coronaba un labio demasiado grueso. Pensó que el alcalde era uno de esos individuos que siempre tenían calor, incluso en invierno. Sus mejillas perennemente rojas eran la prueba. Cuando este fue a su encuentro con su sonrisa más cordial, Vogel aceptó un enérgico apretón de manos, pero no correspondió a su entusiasmo.

—Agente especial, conozco a los Kastner de toda la vida, no sabe cuánto me apena lo que están pasando en estos momentos —dijo el alcalde transformando la sonrisa en una expresión consternada—. Nos alegra que sea usted quien se ocupe de nuestra Anna Lou. Teniendo en cuenta su fama, nuestra niña está en excelentes manos.

Anna Lou se había convertido de repente en la hija de todos, observó Vogel. Al fin y al cabo, siempre sucedía lo mismo, al menos de palabra. Sin embargo, cuando cerraban la puerta de casa a su espalda, todos daban gracias de que esa suerte le hubiera tocado al hijo de otro.

—Vuestra niña tendrá un trato preferente —contestó Vogel a su vez, aunque el otro no percibió la nota de sarcasmo en su voz—. ¿Ahora podemos ver el río?

Vogel lo adelantó rodeando su corpulencia y se dirigió hacia la orilla. El alcalde se quedó desconcertado durante un largo momento y a continuación fue tras él. Lo mismo hicieron el guardabosques y Borghi. El agente se preguntó hasta qué punto de la explanada quería aventurarse Vogel para acercarse al curso de agua. En cambio, para su gran sorpresa, lo vio rebasar el límite de grava, meter los pies en el barro que delimitaba el margen y seguir adelante sin importarle ensuciarse el bonito traje y los caros zapatos.

Así pues, los demás se vieron obligados a imitarlo.

El guardabosques era el único que llevaba botas, a los demás el lodo les llegaba hasta las rodillas. Borghi tomó nota de que esa noche en el hotel tendría que hacer una nueva colada, aunque quizá no sería suficiente para salvar el único traje que tenía.

—El cauce del río tiene una anchura media de ocho o diez metros y una corriente

bastante rápida. En este punto es donde más despacio va —dijo el guardabosques.

Vogel ya lo había interrogado sobre una serie de detalles. El guardabosques no entendía por qué le interesaba tanto.

—¿Qué profundidad alcanza? —preguntó el agente especial.

—Un metro y medio, de media, pero en algunos puntos incluso dos y medio. Es tan profundo que la corriente no puede limpiar el fondo de los residuos que se acumulan.

—¿Y entonces intervienen ustedes?

—Por término medio, una vez cada dos o tres años. En otoño, antes de que empiece a llover, se instala una presa artificial y las dragas hacen el trabajo durante una semana.

Borghi se volvió hacia el puente que cruzaba el río. Estaba a unos cien metros de distancia y en el centro se había detenido la furgoneta negra en la que ya se había fijado cerca de la casa de los Kastner el día anterior. Supuso que dentro también estaban los dos hombres que había visto. Tal vez debería comentárselo a Vogel.

—Desde que la mina regula el caudal para drenar parte del agua, en el fondo se acumulan residuos, desechos de todo tipo y restos de animales. Sólo Dios sabe lo que hay ahí debajo —siguió diciendo el guardabosques, y luego concluyó—: El río está enfermo.

La última frase hizo saltar al alcalde, que se apresuró a corregir al empleado.

—El Ayuntamiento ha convencido a la compañía para que financie un programa de protección medioambiental. Se gastan ingentes sumas de dinero para su saneamiento.

Vogel ignoró el comentario y se dirigió a Borghi distrayéndolo de la visión del furgón.

—Tendremos que hablar con los de la compañía, pedir el listado de proveedores externos y los nombres de los trabajadores que se desplazan hasta aquí.

El alcalde parecía visiblemente preocupado.

—Bueno, ¿para qué molestarlos por lo que podría resultar ser sólo una chiquillada?

Vogel se volvió a mirarlo, serio.

—¿Una chiquillada?

El otro intentó enderezar sus palabras.

—No me malinterprete, yo también tengo hijos y sé cómo se sienten esos padres... Pero ¿no le parece un poco precipitado este alarmismo? La compañía da trabajo a un montón de gente aquí en el valle y no le gusta este tipo de publicidad.

El alcalde utilizaba la sinceridad para ganarse la solidaridad de Vogel, reflexionó Borghi. Pero el pragmatismo político no iba a servir de nada con el agente especial.

—Déjeme que le diga una cosa... —Vogel se aproximó al hombre, hablando en voz muy baja, como si le estuviera haciendo una confidencia—. He aprendido que existen dos momentos en el tiempo en los que hacer las cosas. El ahora y el después.

Aplazarlas puede parecer juicioso, a veces hay que ponderar bien las situaciones y las posibles consecuencias. Pero, por desgracia, en ciertas circunstancias, reflexionar demasiado puede ser interpretado como indecisión o, peor aún, como debilidad. Retrasar las cosas significa agravarlas. Y no hay peor publicidad, créame.

Cuando terminó la pequeña lección, Vogel se volvió hacia la explanada por donde habían venido. Lo distrajo una voz que intentaba imponerse al ruido de la corriente. Inmediatamente, los demás también lo imitaron.

En el límite de la orilla, antes de que empezara la zona lodosa, había una mujer rubia con un traje chaqueta azul y un abrigo oscuro entallado agitando los brazos en su dirección.

* * *

Cuando llegaron donde ella estaba, Borghi intuyó por los zapatos sucios que la mujer había intentado adentrarse en el fango, pero los tacones se lo habían impedido.

—Soy la fiscal Mayer —se presentó. Era joven, de unos treinta años. No era muy alta, pero resultaba atractiva. No iba maquillada y tenía un aspecto sobrio. Solicitó en seguida hablar con los dos agentes en privado y parecía bastante contrariada—. Me han dicho que ayer hubo una sesión informativa. ¿Por qué nadie me lo comunicó?

—No quería apartarla de su familia precisamente el día de Navidad —contestó Vogel, haciéndose el tonto—. Además, creía que los fiscales no participaban en las actuaciones preliminares de la investigación.

Mayer, sin embargo, no se dejaba desautorizar fácilmente.

—¿Por casualidad habló ayer de un secuestrador, agente especial Vogel?

—Por el momento no podemos descartar ninguna hipótesis.

—Entiendo, pero ¿existe tal vez alguna prueba en ese sentido? ¿Un rumor, un testigo, un indicio?

—Lo cierto es que no. —Vogel estaba molesto, pero no quería demostrarlo.

—Entonces debo deducir que se trata de pura intuición de investigador —lo hostigó Mayer con un deje de sarcasmo.

—Si prefiere decirlo así... —fingió complacerla el otro.

Borghi asistía en silencio a su intenso diálogo.

—Estamos examinando diversas pistas —prosiguió el agente especial—. Sé por experiencia que es mejor empezar en seguida con las peores hipótesis, por eso hablé de un posible secuestrador.

—Me tomé la molestia de recopilar información sobre Anna Lou Kastner mucho antes de que usted llegara. Una niña tranquila que llevaba una vida sencilla, entre pulseras, gatitos y parroquia. Tal vez incluso un poco demasiado niña en comparación con las chicas de su edad, lo admito. Pero eso no la convierte en una víctima predestinada.

A Vogel le hacía gracia el perfil que había trazado la fiscal.

—¿Qué conclusiones ha sacado?

—Una familia en la que impera una educación rígida, una madre demasiado presente. A Anna Lou, por ejemplo, no se le permitía relacionarse con gente de su edad que no formara parte de la congregación, incluso en el colegio. No se le permitía salir con los amigos o realizar actividades fuera de las consideradas «lícitas» según la interpretación muy restrictiva de los cánones religiosos. En otras palabras, no se le permitía decidir nada, ni tampoco cometer sus propias equivocaciones. Y a los dieciséis años es casi un derecho cometer errores. Por eso puede llegar un momento en que quieres rebelarte ante las reglas.

Vogel asintió, pensativo.

—Usted, por tanto, cree que se trata de una fuga voluntaria.

—¿Cuántas veces lo hemos visto? Usted también lo sabe, las estadísticas apoyan esta teoría. Y más cuando Anna Lou salió de casa con una mochila de colores y ninguno de sus familiares es capaz de decir lo que contenía.

Mientras el agente especial fingía ponderar esas conclusiones, Borghi recordó el diario que la madre de Anna Lou le había entregado a Vogel el día anterior, cuando fueron a visitarla. En el cuaderno no había ninguna señal de que quisiera escapar.

—Su teoría es muy interesante —concordó Vogel.

Mayer, sin embargo, no era de las que se dejaban comprar con lisonjas y volvió al ataque.

—Conozco sus métodos, Vogel, sé que le gusta la luz de los focos, pero aquí en Avechot no encontrará ningún monstruo para su espectáculo.

Vogel intentó cambiar de tema.

—La sala de operaciones está en el gimnasio del colegio, y mi despacho, en un vestuario. Los hombres de que dispongo no tienen competencias en la materia y están mal equipados. Quisiera tener un equipo científico para analizar palmo a palmo el camino que recorrió la chica cuando desapareció, quizá confirmaríamos su teoría y nos lo quitaríamos para siempre de la cabeza.

A Mayer se le escapó una risita divertida, seguidamente volvió a ponerse seria.

—¿Tiene usted idea de lo que ocurriría si se filtrara la noticia de que la policía sospecha de la existencia de un secuestrador?

—No habrá ninguna fuga de noticias —le aseguró Vogel.

—¿Cómo tiene el valor de venir a pedirme un equipo científico si no tiene nada de nada?

—No habrá ninguna fuga de noticias —reafirmó el agente especial con más firmeza.

Borghi vio aparecer una vena más oscura en la frente de Vogel. Hasta ese momento, nunca lo había visto perder la calma.

Mayer pareció aplacarse. Después, antes de alejarse, los miró fijamente a ambos.

—Esto sigue siendo un caso de desaparición, no lo olviden.

Mientras volvían al gimnasio, en el coche reinaba un silencio absoluto. A Borghi le hubiera gustado decir algo, pero temía que si hablaba desencadenaría la ira que Vogel se estaba aguantando desde hacía rato.

En ese momento, el agente que conducía puso los ojos en el retrovisor y se fijó de nuevo en la furgoneta negra. Estaba siguiéndolos.

El gesto no pasó desapercibido a Vogel, que bajó la visera y utilizó el pequeño espejo de cortesía para controlar la carretera a su espalda. Después volvió a cerrarla con un gesto seco.

—Llevan detrás de nosotros desde ayer. ¿Quiere que los detenga? —preguntó Borghi.

—Son chacales —sentenció Vogel—. Van a la caza de noticias.

Borghi de entrada no lo entendió.

—¿Quiere decir que son periodistas?

—No —contestó en seguida Vogel sin mirarlo—. Son cámaras independientes. Cuando se huelen una posible historia turbia, se precipitan con sus cámaras con la esperanza de captar alguna imagen que vender a las cadenas. Los periodistas no malgastan su tiempo con niñas desaparecidas, a menos que exista la posibilidad de que se haya producido derramamiento de sangre.

Borghi se sintió estúpido porque de repente se dio cuenta de que su superior se había fijado en el furgón por la mañana y también el día anterior, junto a la casa de los Kastner.

—Y, entonces, ¿qué buscan esos chacales?

—Esperan a que aparezca un monstruo.

Borghi empezaba a entenderlo.

—Por eso la excursión al río de esta mañana... Usted quería que pensarán que nos disponemos a buscar un cuerpo.

Vogel no dijo nada.

Su silencio desconcertó al joven policía.

—Pero hace un rato le ha dicho a la fiscal que no iban a producirse fugas de noticias...

—A nadie le gusta quedar mal ante la opinión pública, agente Borghi —zanjó Vogel—. Ni siquiera a nuestra señorita Mayer, créame. —A continuación se volvió a mirarlo—. Para encontrar a Anna Lou necesito medios. Y el llamamiento de los padres, por sí solo, no basta.

Con la última frase, el agente especial puso punto final a la conversación. No volvieron a tocar el tema hasta que llegaron a la sala de operaciones. Pero en el trayecto Borghi se había hecho una idea concreta de las intenciones de Vogel. Al principio su comportamiento le había parecido cínico, pero ahora comprendía su lógica. Si la prensa no se interesaba por el caso, si la opinión pública no decidía «adoptar» a Anna Lou, sus superiores no le concederían los medios necesarios para llevar a cabo la investigación de la mejor manera posible.

Mientras Vogel se retiraba a su despacho en el vestuario, Borghi salió de nuevo para dirigirse a una pequeña ferretería que no estaba muy lejos. Cuando volvió al gimnasio, convocó alrededor de una mesa a los agentes presentes, luego repartió unos paquetes de plástico que contenían monos de pintor.

—¿Qué tenemos que pintar? —preguntó uno de ellos bromeando.

Borghi lo ignoró.

—Tienen que ponérselos e ir al lugar.

—¿Para hacer qué? —preguntó el otro, sorprendido.

—Hablaemos de ello cuando estén allí —fue la respuesta evasiva del agente.

Aquella noche empezó a nevar. No era una precipitación abundante, sino que más bien caía un ligero polvo que se derretía al entrar en contacto con las superficies, como un espejismo.

La temperatura había descendido varios grados, pero en el interior de la cafetería de la nacional se notaba una confortable calidez. Como era habitual, los clientes escaseaban. Había un par de camioneros que ocupaban dos mesas distintas y comían en silencio. De fondo sólo se oía la voz del viejo dueño dando órdenes en la cocina, el golpeteo de las bolas de billar y los sonidos atenuados del televisor encendido encima de la barra en el que pasaban imágenes de un partido de fútbol que nadie estaba viendo.

El tercer cliente del restaurante era Borghi, que se estaba tomando una sopa de verduras sentado en uno de los reservados. Arrancaba pequeños trocitos de una rebanada de pan y los hacía caer en el plato, para luego recogerlos con la cuchara. Mientras tanto, observaba con insistencia el reloj.

—¿Todo bien? —le preguntó la camarera con el tono de alguien que tiene que ser amable a la fuerza. Llevaba una bufanda roja y una pequeña cruz de amatista encima del uniforme del local. Borghi ya la había visto antes en la aguja de corbata del alcalde. Se imaginó que sería el símbolo de la congregación.

—La sopa está muy rica —contestó Borghi, esbozando una sonrisa.

—¿Quiere que le traiga algo más?

—Estoy bien así.

—¿Entonces quiere que le prepare la cuenta?

—Esperaré un poco más, gracias. —Faltaba poco para su cita.

La mujer se alejó sin insistir y regresó cabizbaja a la barra. De nuevo iba a ser una noche floja para las propinas. Borghi sintió compasión por ella, con toda probabilidad madre de familia. Reconoció en su rostro signos evidentes de cansancio. Quizá ese tampoco fuera su único trabajo. Pero había algo más. La mujer no paraba de arreglarse la bufanda roja que llevaba al cuello. A saber lo que pensarían los de la congregación de los maridos y los novios que pegaban a sus mujeres, pensó el agente.

Debería llamar a Caroline. Sólo se habían intercambiado mensajes de móvil

durante el día. Ahora estaba con sus padres y Borghi se sentía bastante tranquilo, pero ella seguía preguntándole igualmente cuándo iba a volver a casa. Lo cierto era que no lo sabía. Y tampoco creía que tuviera muchas ganas. Había demasiadas cosas que hacer, reorganizar un montón de asuntos antes de la llegada del bebé. En los últimos meses, Borghi había tenido que tomar una serie de decisiones una detrás de otra, casi sin respirar. Alquilar un apartamento más grande, remodelarlo, amueblarlo. Se había cambiado el coche: había elegido un modelo de segunda mano que pudiera transportar cómodamente a su familia. Había hecho frente a varios gastos y a veces le asaltaba una repentina ansiedad, dado que Caroline ya no tenía empleo y recaía todo sobre sus hombros. Y encima no era capaz de llevarle la contraria y, cuando ella se quejaba porque él trabajaba demasiado, nunca lograba replicarle que con una hija a punto de llegar y un solo sueldo no tenía alternativa. De modo que Borghi cogió el móvil, pero volvió a posponer la llamada a su joven esposa y consultó el reloj por enésima vez. Quería estar seguro de que su idea había dado sus frutos.

Eran las ocho en punto de la tarde. Hora de su cita.

Al cabo de un rato, la atmósfera indolente del local se animó. Sucedió cuando el dueño cambió de canal y subió el volumen. Los jugadores de billar interrumpieron la partida y los camioneros se volvieron hacia la pantalla. Debajo se formó un pequeño corro que también incluía al personal de la cocina.

El noticiario estaba transmitiendo un reportaje realizado en exteriores. Borghi reconoció el lecho del río que atravesaba el valle de Avechot. Las tomas habían sido hechas desde el puente que lo cruzaba. Vio a sus hombres vestidos con los monos de pintor moviéndose por el cieno en las inmediaciones del curso de agua. Miraban al suelo y fingían recoger pruebas y guardarlas en bolsas de plástico que luego sellaban, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que él mismo había impartido.

—El caso de la joven Anna Lou ha dado un giro inesperado —explicaba la voz del cronista de fondo—. La policía oficialmente sigue investigando una desaparición, pero esta tarde algunos técnicos del equipo científico han realizado una inspección por el río.

Aunque nadie miraba en su dirección, Borghi intentó no dejar entrever su satisfacción. El truco había funcionado.

—Se desconoce lo que están buscando —prosiguió el locutor—. Lo que sabemos es que se han llevado algunas pruebas que el agente especial Vogel, famoso por haber resuelto clamorosos casos policiales, ha definido como «interesantes» sin añadir nada más.

En ese punto, Borghi se levantó de la mesa para dirigirse a la caja a pagar la cuenta. A pesar de su mísero sueldo de poli, pensaba dejar una generosa propina a la camarera.

27 de diciembre

Cuatro días después de la desaparición

El furgón contenía una verdadera sala de control y estaba aparcado en la plaza situada frente al ayuntamiento. Fuera, un técnico con un amasijo de rastas recogidas en una coleta estaba enrollando unos cables. Alrededor, estaba todo lleno de cajas de material. Y en el respaldo de una silla plegable destacaba un nombre: «Stella Honer».

Rubia, elegante, de una belleza agresiva, con un ligero maquillaje que resaltaba unos grandes ojos oscuros, Stella estaba cómodamente sentada contemplando con distraída curiosidad el trabajo del técnico. Le sostenía los pies una cámara con el logo de la cadena para la que trabajaba. Tenía las espléndidas piernas estiradas y los tobillos cruzados, resaltados por unos zapatos de tacón vertiginoso. Y pensar que en el instituto del pequeño pueblo donde se había criado era de las que menos éxito tenía con los chicos. Curiosamente, se mantenían a distancia, a pesar de ser más mona que la media de las alumnas. Durante años se preguntó por qué. Lo descubrió mucho tiempo después, cuando comprendió que, en realidad, los hombres se asustaban de ella. Por eso intentaba parecer un poco frívola, a veces. Pero no para conquistarlos. Normalmente, hacía que se le acercaran y después se lanzaba a la yugular.

Sólo había un hombre al que nunca había podido engañar.

Lo vio acercarse lentamente en la bruma de la mañana, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo de cachemir y una extraña sonrisa estampada en el rostro.

—¡Ya llega quien nos desvelará qué hacemos aquí! —dijo en un tono triunfal, dirigiéndose al técnico de las rastas—. Este lugar no hace juego con mis zapatos.

—Lamento que hayas tenido que hacer un viaje tan largo, Stella —la saludó Vogel con tono burlón—. Seguro que tenías algo importante de lo que ocuparte. Últimamente me parece haber visto un reportaje tuyo sobre un tipo que mató a su esposa... ¿O era su novia? No lo recuerdo... Todos esos homicidios se parecen tanto...

Stella sonrió con el talante de quien sabe encajar el sarcasmo y cómo devolverlo. Esperó a que Vogel llegase justo frente a ella para lanzar una ojeada más allá de su hombro y se dirigió de nuevo al cámara.

—¿Sabes?, Frank, este hombre ya ha conseguido convencer a todo el mundo de que hay un monstruo sin tener ni una miserable prueba.

Vogel la escuchaba con una expresión divertida en el rostro, seguidamente también él se volvió hacia el cámara.

—¿Lo ves, Frank? Eso es lo que hacen los periodistas: manipulan la verdad para que parezcas más malo que ellos. Pero Stella Honer es la reina de los reporteros: ¡en

las conexiones sobre el terreno no la gana nadie! —Luego, volviendo a mirar a la periodista, dijo—: ¿En esta época no hace un poquito de frío para estar al aire libre?

—Eso digo yo. ¿Ha desaparecido una niña? ¡Pues vamos! Si tengo que helarme el culo, quiero hacerlo por una historia de verdad. Pero aquí no veo ninguna historia: yo me vuelvo a mi casa.

El técnico, que no había pronunciado ni una palabra y ni siquiera estaba interesado en su conversación, regresó al furgón dejándolos solos.

Stella dejó de ser mordaz y se lanzó al ataque.

—¿Dónde está tu ladrón de niños, Vogel? Porque, francamente, a mí no me parece en absoluto que haya uno.

El agente especial no se inmutó. Sabía que no iba a ser fácil convencer a Honer, pero se había preparado bien.

—Una sola carretera para entrar y salir del valle. Por un lado, una cámara de control de tráfico; por el otro, las de una gasolinera: estamos rastreando los vehículos que pasaron por allí, revisando la vida de cada conductor... Pero ya sé que será todo inútil.

Stella Honer parecía perpleja.

—¿Pues para qué tanto esfuerzo?

Vogel se jugó el primer golpe de efecto.

—Para demostrar mi teoría: es decir, que la niña nunca se ha movido de aquí.

Stella se quedó callada durante un momento de más, señal que el asunto empezaba a interesarle.

—Continúa...

Vogel sabía que si la periodista se había molestado en subir hasta allí, tenía que agradecerse a Borghi. La idea de los monos de pintor había recibido su recompensa. El chico sabía lo que se hacía. Pero ahora le tocaba al maestro hacer su papel. Siguió hablando con un tono enfático.

—Un valle perdido. Pero un día descubren que debajo de las montañas hay un mineral raro como la fluorita. De modo que, de repente, gente normal se hace rica. Un lugar donde todo el mundo se conoce, donde nunca sucede nada. O sí, pero nadie habla de ello, nadie dice nada. Porque aquí la costumbre es esconderlo todo, incluso la riqueza... Ya sabes lo que dicen, ¿no? «Comunidad pequeña, secretos grandes».

Parecía el prelude de una historia perfecta, pero para dar fuerza a su relato el agente especial extrajo del bolsillo del abrigo el diario de Anna Lou que la madre de la niña le había confiado. Se lo lanzó a la periodista, que lo cogió al vuelo.

Stella primero lo observó y a continuación empezó a hojearlo.

—«Veinticinco de marzo» —leyó en voz alta—. «Hoy he acompañado a mi amiga Priscilla al veterinario para que visitara a su gata. El doctor le ha puesto la vacuna anual y ha dicho que tiene que ponerla a dieta...». —Pasó otra página—. «Trece de junio: estamos preparando un recital sobre la infancia de Jesús con los chicos de la congregación...». —Siguió hojeándolo—. «Seis de noviembre: he

aprendido a hacer pulseras de perlititas...». —Stella cerró el cuaderno con un golpe seco y observó a Vogel pensativa—. ¿Gatitos y pulseras?

—¿Te esperabas otra cosa? —preguntó Vogel, divertido.

—Estas son las cosas que habría escrito yo si mi madre hubiera tenido la costumbre de leer a escondidas mi diario...

—¿Y entonces?

—No me jodas. ¿Dónde está el verdadero diario?

Vogel parecía satisfecho.

—¿Lo ves? Tenía razón: familia religiosa y chica integérrima... Pero si escarbas, siempre sale algo.

—¿Piensas que Anna Lou Kastner tenía algo que esconder? Tal vez una relación con alguien mayor, quizá incluso un adulto.

—Corres demasiado, Stella —afirmó Vogel, riendo.

La periodista lo observó, recelosa.

—Pero has querido que lo leyera para que lo pensara... ¿No te da miedo que pueda correr la voz de que hay algo turbio en la vida de la niña? Al público le gustaría.

—Eso no lo harías nunca —replicó el agente especial, convencido—. Primera regla de nuestro oficio: «santificar a la víctima». Además, los monstruos ya no son tan monstruosos si la gente empieza a pensar: «¡Bueno, ella se lo ha buscado!», ¿no te parece?

Stella Honer lo pensó un momento, ponderando bien la situación.

—Creía que todavía la tenías tomada conmigo por el caso del mutilador.

Efectivamente, así era: la tenía tomada con ella por el asunto por el que había perdido gran parte de su prestigio y de su credibilidad. El caso del «mutilador» había sido un desastre en términos de estrategia. A pesar de que al final Vogel tuviera motivos para comportarse como lo había hecho, eran demasiado complicados de explicar. Y el público no lo había entendido.

—No soy de los que guardan rencor —aseguró, en cambio—. Entonces, ¿estamos en paz?

Stella, sin embargo, sabía cuál era el fin real del armisticio.

—Me quieres aquí porque sabes que después las otras cadenas me seguirán. —Fingió pensarlo un rato más, aunque ya había tomado una decisión—. Pero me darás la exclusiva de cada avance que dé la investigación.

Vogel sabía que intentaría conseguir un trato. Primero sacudió la cabeza, a continuación contestó:

—Te concedo una ventaja de veinticinco minutos sobre la competencia. —Lo dijo con el tono de estar haciendo una oferta irrevocable.

Stella Honer se fingió indignada.

—Veinticinco minutos no son nada.

—Y al mismo tiempo son una eternidad, y lo sabes. —Vogel miró el reloj de

pulsera y añadió—: Por ejemplo, tienes veinticinco minutos para «eso», antes de que lo archive entre las pruebas del caso. —Le señaló el diario.

Stella hizo ademán de ponerse a protestar, pero en su mente la cuenta atrás ya había comenzado. Cogió el móvil y empezó a fotografiar las páginas del diario de Anna Lou Kastner.

Hacia las once, Honer ya había montado el primer reportaje desde Avechot para la edición del telediario de la mañana. A pocos pasos de la casa de Anna Lou, se había montado un puesto permanente desde donde la enviada especial contaría a los espectadores el desarrollo de las investigaciones. A mediodía los principales programas de seguimiento periodístico de la cadena se conectaron con Stella para estar actualizados en tiempo real sobre el desarrollo del caso.

Esa tarde Vogel reunió a los policías del equipo en el gimnasio del colegio para una nueva sesión informativa.

—A partir de ahora las cosas cambian —anunció a un atento auditorio—. Lo que ocurrirá de ahora en adelante será determinante para la resolución del misterio de la desaparición de Anna Lou Kastner.

Borghi advirtió que el agente especial sabía cómo motivar a sus hombres.

—Ya no se trata sólo de un caso local. En este momento, todo el país tiene los ojos puestos en Avechot y en nosotros. No podemos defraudarlos. —Lo dijo con énfasis, remarcando la última parte e insistiendo en el hecho de que si no encontraban un culpable, sería sólo culpa de ellos—. Muchos de vosotros os estareis preguntando de qué modo el eco generado por los informativos y la prensa podría beneficiarnos. Bien, el anzuelo está echado, ahora esperaremos a que alguien caiga en la trampa.

Por el modo en que todos escuchaban sus palabras, Borghi se dio cuenta de que las cosas realmente habían cambiado. Hasta hacía tres días lo consideraban un intruso que se había presentado allí para decirles cómo tenían que hacer su trabajo y para meter las narices en sus cosas. Un poli vanidoso y acaparador, que buscaba la fama pasando por encima de ellos. Ahora, en cambio, lo veían como a un guía, un hombre capaz de detener la pesadilla y, sobre todo, dispuesto a compartir la gloria con ellos.

Antes de explicar el plan, Vogel hizo una breve introducción.

—A todo el mundo le gusta ser famoso, incluso a aquellos que no quieren admitirlo. Ocurre una cosa curiosa: al principio consideras que no lo necesitas, que puedes pasar sin ello y tener de todos modos una vida gratificante. Y estás en lo cierto al pensar así. —Hizo una pausa—. Pero en cuanto los focos apuntan hacia ti, algo se dispara. De repente descubres que te gusta no seguir siendo el individuo anónimo que creías ser. Antes ni siquiera lo sospechabas, pero ahora incluso le tomas el gusto. Te sientes distinto a los demás, «especial», y quieres que esa sensación no acabe, que dure mucho tiempo, incluso para siempre. —Vogel juntó los brazos y dio un paso hacia la pizarra en la que todavía estaba escrita muy destacada la fecha del

veintitrés de diciembre. La observó, seguidamente se puso a caminar arriba y abajo delante del auditorio—. Estas últimas horas, todos cuentan la historia de Anna Lou, una joven chica pelirroja y con pecas desaparecida en la nada, pero el secuestrador sabe que en realidad están hablando de él, de lo que ha hecho. Su obra ha sido un éxito, ya que todavía no hemos sido capaces de identificarlo. Ha hecho un buen trabajo, y está orgulloso de ello. Pero, precisamente, hasta ahora se trata de un «buen» trabajo y nada más. ¿Qué le falta para que sea una «obra maestra»? El público. Así pues, podéis estar seguros, no se quedará en la sombra mirando en silencio mientras alguien le roba su lugar destacado en el escenario. Querrá su porción de fama: en el fondo, él es el verdadero protagonista del espectáculo... Nosotros estamos aquí porque él lo ha decidido, porque él lo ha querido. Porque ha corrido el riesgo de ser capturado, de perderlo todo. Por eso ahora querrá cobrar su tributo. —Vogel se detuvo, miró a todos fijamente—. Nuestro hombre está allí fuera, probando el dulce sabor de la celebridad. Pero con eso no tiene suficiente, quiere más... Y así será como lo sacaremos al descubierto.

Con esa nueva orden del día, la búsqueda de la niña pasaba oficialmente a segundo plano, notó Borghi. Había otra prioridad sobre la mesa de juego.

Hacer salir al monstruo.

En ese momento Vogel ilustró lo que había planeado. Lo primero que hizo fue enviar a un par de sus hombres a comprar velas de varios tamaños y una docena de gatos de peluche. A continuación mandó a algunos agentes de paisano a colocar esos objetos junto al muro que había frente a la casa de los Kastner.

Ahora, sólo se trataba de esperar.

Hacia las diez de la noche, los principales medios de comunicación del país hacían conexiones con sus reporteros delante de la casa de la familia de Anna Lou. Era el efecto Stella Honer, pero no sólo eso.

Cuando a la hora de la cena los telediarios dieron la noticia de que manos anónimas y compasivas habían depositado sus muestras de solidaridad en el muro de la vivienda de los Kastner, muchas otras decidieron seguir su ejemplo. De modo que se inició un peregrinaje espontáneo de ciudadanos de Avechot y también de gente llegada de los valles colindantes. Algunos vinieron de muy lejos, incluso de las ciudades, para participar en esa manifestación de apoyo.

La madre de Anna Lou, durante su desconsolado llamamiento para encontrar a su hija, le había prometido que cuando volviera a casa por fin recibiría el gato que tanto deseaba. Vogel había confiado precisamente en esa frase y ahora una profusión de gatitos de todo tipo —de peluche, pero también de cerámica o de tela— rodeaba la casa, ocupando por entero el muro exterior y gran parte de la calle delantera. En medio, velas de distintos tamaños producían un resplandor rojizo y, en el frío penetrante de la noche de invierno, transmitían una poderosa sensación de calidez.

Muchas de las ofrendas iban acompañadas de notas. Había quien escribía directamente a Anna Lou, quien se dirigía a sus padres o quien simplemente había dejado una oración.

El ir y venir de gente era casi permanente. El alcalde se había visto obligado a ordenar el cierre de la calle limítrofe para impedir una invasión de automóviles. A pesar de ello, el barrio estaba sitiado. Aunque todo se desarrollaba de manera ordenada. Los peregrinos se detenían delante de la casa, permanecían allí unos minutos en silencioso recogimiento y se marchaban.

Vogel había enviado a sus hombres para que se confundieran entre la multitud. Iban de paisano, llevaban un auricular bien disimulado y un micrófono oculto en el cuello del chaquetón. Sabiendo que los reporteros tenían la mala costumbre de escuchar las comunicaciones de la policía, el agente especial se había hecho traer unos sofisticados transmisores imposibles de interceptar.

—No olvidéis que nos interesan los sospechosos de sexo masculino. Sobre todo los que van solos —dijo el agente Borghi por radio. Junto a él, Vogel controlaba atentamente la escena que tenía delante. Se mantenían deliberadamente al margen de la multitud.

La operación de vigilancia llevaba en marcha un par de horas.

Daban por supuesto que el secuestrador debía de ser un hombre porque en los manuales eran rarísimos los casos de sustracción de menores adolescentes por parte de mujeres adultas. Y no sólo lo decían las estadísticas; también el sentido común.

Incluso podía conjeturarse un perfil del sujeto. A diferencia de lo que solía pensar la gente, casi nunca se trataba de majaderos o inadaptados. Solían ser individuos normales, con una educación media, competentes para relacionarse con los demás y, por eso, capaces de engañar para que su comportamiento pasara inadvertido. Su verdadera naturaleza era un secreto que sabían guardar celosamente. Eran hábiles y precavidos. Por esos motivos, siempre resultaba difícil identificarlos.

Uno de los policías habló por radio.

—En mi zona está todo tranquilo, cambio. —Todos habían recibido la orden de informar cada diez minutos.

Vogel sintió la necesidad de intervenir con unas breves palabras para que no bajaran la guardia.

—Si realmente el secuestrador viene aquí esta noche, habrá previsto nuestra presencia, aunque querrá vivir igualmente la sensación de pasearse tranquilamente en medio de los que lo están persiguiendo. —Pero había una manera eficaz de identificarlo—. No olvidéis que está aquí porque quiere disfrutar del espectáculo. Si tenemos suerte, con eso no tendrá bastante: querrá llevarse un recuerdo.

La recomendación era concentrarse no en los que dejaban una ofrenda, sino en los que intentaban llevarse algo a escondidas.

En ese momento, Vogel y Borghi se fijaron en un extraño movimiento entre la multitud. Había sido como si alguien hubiera dado una orden silenciosa; todos los

presentes se volvieron en la misma dirección. Los dos agentes lo hicieron a su vez y vieron que lo que había llamado la atención había sido la imprevista aparición de los padres de Anna Lou en el umbral de su casa.

El marido rodeaba los hombros de su esposa. A su alrededor, los miembros de la congregación. Todos llevaban una pequeña cruz de amatista y se habían colocado en semicírculo, en formación de protección. Inmediatamente las cámaras apuntaron sus objetivos hacia la entrada de la casa.

A pesar de sentirse muy débil, de nuevo fue Maria Kastner quien habló, dirigiéndose a la pequeña multitud.

—Mi marido y yo queremos darles las gracias. Es un momento difícil de nuestra vida, pero su afecto y nuestra fe en el Señor son de gran consuelo. —Luego señaló con el brazo la extensión de gatitos y velas—. Anna Lou estaría feliz con todo esto.

De los miembros de la congregación se alzó un unísono:

—Amén.

La multitud empezó a aplaudir.

Todos parecían conmovidos, pero Vogel no creía en la compasión. Es más, tenía la convicción de que muchos estaban allí convocados por los medios de comunicación, movidos por pura y simple curiosidad. «¿Dónde estabais cuando, el día de Navidad, esta familia necesitaba apoyo?».

Borghgi estaba pensando lo mismo. Aunque con menos cinismo que Vogel, no pudo evitar considerar cuántas cosas habían cambiado en esos pocos días. La mañana que fueron a visitar a los Kastner, en el exterior de la casa no había nadie, aparte de la furgoneta de los chacales. El agente todavía se acordaba del aplauso de Vogel resonando en el silencio del pequeño barrio de casitas. Borghgi no comprendía aún el sentido de ese gesto, ni por qué, al subir al coche inmediatamente después, el agente especial le avisó de la necesidad de estar alerta con Bruno Kastner.

«Ese hombre se muere de ganas de decirnos algo».

Mientras los padres de Anna Lou recibían el saludo de algunos de los presentes, siempre bajo la vigilancia de la atenta mirada de los miembros de la congregación, una voz irrumpió en la radio.

—A su derecha, agente Vogel, hacia el final de la calle: el chico con sudadera negra acaba de robar algo.

Vogel y Borghgi se volvieron al mismo tiempo en la dirección indicada por el policía. Tardaron un poco en distinguirlo entre la multitud.

El adolescente llevaba una cazadora vaquera y la capucha de la sudadera le cubría la cabeza para ocultar el rostro. Probablemente había aprovechado ese momento de distracción general para apropiarse de algo que ahora escondía bajo la ropa mientras se alejaba a toda prisa.

—Ha cogido un gatito rosa de peluche, lo he visto bien —aseguró el agente.

Borghgi hizo una señal a otro policía que estaba más cerca de la dirección que había cogido el chico. Este extrajo un móvil del chaquetón y sacó una serie de fotos.

—Lo tengo —dijo por radio—. Tengo su rostro. Voy a detenerlo.

—No —intervino Vogel tajante—. No quiero que sospeche nada.

El chico, mientras tanto, se había montado en un monopatín y se marchaba tranquilamente.

Borghi no podía creer la decisión que había tomado su superior.

—Al menos podríamos seguirlo.

Vogel contestó sin perder de vista al sospechoso.

—Piense en qué pasaría si uno de los reporteros que están aquí se diera cuenta de la situación...

Tenía razón, Borghi no lo había tenido en cuenta.

A continuación, Vogel se volvió para tranquilizarlo.

—Es un chico en monopatín, ¿adónde puede huir? Tenemos su cara, lo encontraremos.

30 de diciembre

Siete días después de la desaparición

La cafetería de la nacional estaba atestada de gente.

En la cristalera que daba a la gasolinera todavía destacaba el cartel de «Felices Fiestas». El dueño iba y venía de la cocina a las mesas para controlar que todos estuvieran servidos y satisfechos. Había tenido que contratar personal para hacer frente a la imprevista invasión de clientes. Eran periodistas, técnicos de televisión, reporteros gráficos, pero también simples ciudadanos llegados a Avechot para poder ver en persona los lugares de la historia que tanto estaba apasionando al país.

Vogel los definía como los «turistas del horror».

Muchos afrontaban un largo viaje con toda la familia. Había bastantes niños y en la sala se percibía un clima de euforia, de excusión a las afueras. Al final del día, se llevarían a casa unas fotos de recuerdo y la impresión de haber formado parte, aunque fuera levemente, de un acontecimiento mediático que estaba apasionando a millones de personas. Sin preocuparse por el hecho de que, a pocos centenares de metros de allí, unidades caninas y de submarinistas, así como equipos de rastreo y la policía científica, trabajaban para encontrar una pista o incluso sólo un indicio de la suerte de una niña de dieciséis años. Era lo que Vogel había previsto, y así había sido: al final, el revuelo mediático había convencido a sus superiores para que ignorasen los recortes de presupuesto y le concedieran los recursos que necesitaba. Habrían hecho cualquier cosa con tal de no quedar mal ante la opinión pública.

En ese momento, el agente especial estaba sentado a la misma mesa que había ocupado el día de Navidad, cuando era el único cliente del restaurante. Como siempre, mientras comía, tomaba apuntes en su libretita negra con la estilográfica de plata habitual. Lo hacía de manera minuciosa.

Esa mañana llevaba un traje de *tweed* en tonos grises y verdes combinado con una corbata oscura. Su elegancia desentonaba con el resto de los clientes de la sala. Pero así era como debía ser. Le servía para marcar la diferencia entre él y la humanidad ruidosa e indecorosa que lo rodeaba. Cuanto más los observaba, más cuenta se daba de un aspecto importante.

Ya se habían olvidado de Anna Lou.

La heroína silenciosa de la historia había pasado a un segundo plano. Y su silencio era un pretexto para la palabrería de los demás, para poder decir cualquier cosa de ella y de su breve existencia. Lo hacían los medios de comunicación, pero también lo hacía la gente común: por la calle, en el supermercado o en los bares. Sin pudor. Vogel también había pronosticado eso. Cuando ocurría, se activaba un extraño

mecanismo. Así era como sucesos reales se convertían en una especie de serial por capítulos.

Se producía un crimen cada siete segundos.

Sin embargo, sólo a una infinitésima parte de ellos se le dedicaban artículos de periódico, reportajes en los informativos, enteros programas de entrevistas con éxito de audiencia. Para esa minoría de casos se interpelaba a expertos criminólogos y psiquiatras, y se importunaba a psicólogos e incluso a filósofos. Se derramaban ríos de tinta y se reservaban horas y horas de parrillas de programación televisiva. Todo ello podía prolongarse durante semanas, a veces durante meses. Con un poco de suerte, durante años.

Pero, principalmente, lo que nadie decía era que un crimen podía dar vida a un verdadero mecanismo de actividades derivadas.

Un delito bien contado generaba excelentes resultados en cuanto a audiencia y podía reportar a una cadena millones en patrocinadores y publicidad, todo ello con un mínimo empleo de medios.

Un reportero, un cámara y un operador de cámara.

Si un hecho criminal asombroso —como un homicidio atroz o una desaparición inexplicable— tenía lugar en una pequeña comunidad, en los meses de sobreexposición mediática esa comunidad veía aumentar la presencia de visitantes y, en consecuencia, su riqueza.

Nadie era capaz de explicar por qué un crimen de repente se hacía más popular que otro. Pero todos estaban de acuerdo en que existía un elemento imponderable.

Vogel tenía una intuición especial para ello, una especie de olfato al que debía su fama.

«Excepto en el caso del mutilador.»

No debía olvidar la lección que aprendió. Pero considerando el éxito que estaba obteniendo la desaparición de Anna Lou, por fin se le había presentado una gran oportunidad de redimirse.

Evidentemente, no podía pretender que todo saliera según el guion que tenía en la cabeza. Los días siguientes al peregrinaje espontáneo ante la casa de los Kastner, se produjeron diversos episodios desagradables.

La población de Avechot, que en un principio había participado con fervor, de repente empezó a tomar distancia. Era un efecto natural de la sobreexposición. Los periodistas empezaron a invadir las vidas de todos. Y, como todavía no había respuestas, insinuaron en la opinión pública la idea de que la solución del misterio se ocultaba precisamente entre aquellas casas, entre aquellas personas.

Todavía no se trataba de una acusación concreta, pero se le parecía bastante.

En Avechot siempre habían sido muy recelosos con los forasteros, y convertirse en objeto de una velada difamación había incrementado el sentimiento de desconfianza. La congregación, concretamente, había dado muestras de que no le gustaba en absoluto la atención de la prensa.

En un principio los habitantes evitaron los objetivos de las cámaras. Después empezaron a contestar bruscamente, a veces con saña, a las preguntas de los reporteros. En ese clima encendido, de cólera a punto de estallar, era inevitable que alguien sufriera las consecuencias.

Le tocó a un joven forastero llegado de la ciudad en busca de trabajo. Su única culpa, o ligereza, había sido acercarse a una niña del lugar para pedirle información. La escena, para su desgracia, tuvo lugar ante la mirada de algunos parroquianos de un bar que primero lo amenazaron y, a continuación, pasaron a la acción y lo agredieron.

Después de comer, mientras aprovechaba un nuevo día de sol invernal para volver andando a la sala de operaciones, Vogel advirtió que, en la plaza de delante del gimnasio, la fiscal Mayer estaba esperándolo.

Por su expresión no cabía esperar nada bueno.

La mujer avanzó hacia él con paso decidido, haciendo resonar los tacones en el asfalto.

—No puede venir aquí a levantar sospechas en la mente de esta gente y creer que no ocurrirá nada —lo acusó.

—Lo han hecho ellos solos —replicó Vogel.

Cuando puso los pies en el valle, se encontró ante una comunidad mucho más confundida que asustada. Creían que, en medio de las montañas, se hallaban a salvo de las miserias del mundo. No estaban preparados para convivir con la incertidumbre. Y, también ahora, estaban convencidos de que el mal había llegado de fuera. Pero en el fondo de su corazón albergaban la sospecha de que siempre había estado entre ellos, agazapado en silencio, protegido. Y Vogel sabía que eso los aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

—Ha sucedido exactamente lo que me temía —afirmó Mayer—. Usted ha montado un espectáculo.

—¿Conoce un solo caso de desaparición voluntaria de un menor que no se haya resuelto al cabo de pocos días? —La pregunta del agente especial sonaba como un desafío—. Usted sabe que a estas alturas tenemos que excluir esa posibilidad y concentrarnos en otra cosa. Ahora ya no se trata de una niña que se ha escapado de casa, ¿lo entiende?

Por expresa voluntad de Vogel, Mayer no había sido puesta al corriente de la pista del chico del monopatín que habían identificado unas noches antes fuera de la casa de los Kastner.

—Aun admitiendo que haya un responsable detrás de todo esto, eso no le da derecho a implicar a la gente de Avechot trayendo aquí a equipos de televisión y fotógrafos. Porque los ha hecho venir usted, no lo niegue.

A Vogel no le apetecía quedarse a oír sus quejas. El día había resultado positivo y el paseo desde el restaurante le había proporcionado nuevas energías. De modo que le

dio la espalda y se dispuso a irse, pero luego se lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos.

—Ningún grito —dijo.

Mayer, sorprendida, lo miró sin comprender.

—Anna Lou no gritó mientras se la llevaban. Si lo hubiera hecho, los vecinos la habrían oído. Yo tuve suficiente con dar unas palmadas para llamar la atención. Un simple aplauso en el exterior de la casa y todos se asomaron.

—¿Está insinuando que la niña se fue voluntariamente con alguien?

Vogel permaneció callado dejando que la idea hiciera mella por sí misma en la cabeza de la fiscal.

—Le tenía confianza y le vio la cara —dijo Mayer—. Y si le vio la cara...

Vogel acabó la frase por ella.

—Si le vio la cara, entonces Anna Lou ya está muerta.

A continuación siguió una larga pausa. Mientras tanto, la expresión de la mujer se transformó. La rabia había sido reemplazada por otra cosa. Consternación.

—Podemos quedarnos a esperar acontecimientos o impedir que vuelva a suceder —concluyó Vogel—. ¿Usted qué prefiere?

Esta vez el agente especial se alejó de verdad. La fiscal se quedó inmóvil durante unos instantes, después una tos la obligó a volverse.

Detrás de la esquina del edificio se encontraba Stella Honer. Estaba fumando a escondidas un cigarrillo y, evidentemente, lo había visto y oído todo.

—Si la gente supiera mis pequeños pecados, sería el final —dijo en tono divertido, tirando al suelo la colilla y aplastándola con la punta de su zapato de salón—. Ya es bastante duro para una mujer abrirse camino, ¿no cree? —Seguidamente se puso seria—. Es un gilipollas, pero sabe lo que se hace... Y ocasiones como esta se presentan raras veces en la carrera de una fiscal.

Mayer la observó mientras pasaba frente a ella, pero no contestó.

El gimnasio destinado a sala de operaciones era un hervidero. El número de policías se había quintuplicado. En lugar de las mesas de los profesores había escritorios de verdad, con ordenadores y teléfonos que no cesaban de sonar. La vieja pizarra había sido sustituida por un proyector y una gran pantalla blanca. Había un enorme tablón repleto de informes, fotografías y pruebas científicas. En el centro de la sala se había colocado una maqueta del valle en la que se marcaban, en cada ocasión, las zonas rastreadas por los equipos de búsqueda que trabajaban las veinticuatro horas gracias a sistemas especiales de visión nocturna.

—Señor, los de la patrulla de rescate de montaña acaban de terminar de examinar las grietas del norte. —Un policía en mangas de camisa y corbata estaba poniendo al día a Borghi, que supervisaba las labores de investigación.

—Bien, ahora tienen que desplazarse a la vertiente este —ordenó el joven agente.

A continuación, se dirigió a otro sentado a un escritorio, que estaba hablando animadamente por teléfono—. ¿Dónde está el helicóptero que hemos pedido?

—Dicen que estará disponible a mediodía —contestó aquel, apartando un instante el auricular.

—Dijeron lo mismo ayer: pégate a ese teléfono y no lo sueltes hasta que te digan la hora exacta.

—Sí, señor.

El helicóptero era importante, Vogel había insistido mucho. Lucía bastante más que un grupo de perros olfateando por ahí. Y además sería visible desde cualquier punto del valle. Los cámaras se iban a volver locos siguiéndolo todo el día. Borghi ya concordaba plenamente con la filosofía del agente especial. Pero mientras se dirigía hacia la maqueta para actualizar la posición de las unidades sobre el terreno, en su cabeza tuvo que admitir que la estrategia y los esfuerzos estaban resultando vanos. Aparte del chico del monopatín, todavía no tenían ninguna pista concreta. Y no había ningún rastro de Anna Lou Kastner.

El agente se puso al lado de la representación del valle, pero se quedó paralizado. Había notado algo. Detuvo a uno de los hombres mientras pasaba junto a él. Luego señaló con discreción la puerta cortafuegos.

—¿Cuánto tiempo hace que está ahí?

El policía se volvió y también él advirtió que Bruno Kastner se encontraba de pie junto a la pared, sosteniendo lo que parecía ser una carta. Miraba a su alrededor con un aire extraviado y sumiso, como a la espera de que alguien se fijara en él.

—No sé —contestó el policía—. Tal vez una hora.

Entonces Borghi lo dejó todo y se encaminó hacia él.

—Buenos días, señor Kastner.

El otro le devolvió el saludo haciendo un gesto con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por usted?

El hombre grande y gordo parecía desorientado. No conseguía encontrar las palabras. Borghi decidió ayudarlo: se le acercó y le puso una mano sobre el hombro para tranquilizarlo.

—¿Ha sucedido algo?

—Es que... Me gustaría hablar con el agente especial Vogel, por favor.

Borghi intuyó que no era una simple petición. Se parecía más a una especie de llamada de socorro. En la cabeza del policía retumbó la profecía de Vogel sobre el hecho de que ese hombre se moría de ganas de revelarles algo.

—Por supuesto —dijo—. Venga, lo acompañaré.

* * *

Vogel estaba sentado en el vestuario donde había montado su despacho, con los pies en alto apoyados encima de la mesa. Estaba leyendo unos papeles, y lo hacía con

mucha atención. Un amago de sonrisa se le insinuaba en los labios.

No se trataba de informes policiales, sino de las cifras de audiencia televisiva.

Cada día recibía un informe que le indicaba el grado de satisfacción de los programas de entrevistas y de los telediarios que estaban siguiendo el suceso de Anna Lou Kastner, así como un resumen de lo que pasaba en Internet. Habían ganado dos puntos de cuota de pantalla. Bien, se dijo, la noticia de la desaparición volvería a ser portada en los medios de comunicación más importantes. Además el caso seguía estando en la cima de la lista de *trending topics* de las redes sociales y era recogido y comentado en todos los blogs.

Según las cifras, el público todavía no se había cansado de ellos. Pero Vogel sabía que, si no conseguía en breve alimentar a la prensa con algo más, la atención pronto disminuiría y se trasladaría hacia sucesos más suculentos.

El público era una bestia feroz. Y famélica.

Cuando oyó que llamaban a la puerta del vestuario, Vogel quitó los pies de la mesa e hizo desaparecer las hojas en un cajón.

—Adelante —dijo. Vio aparecer en el umbral al agente Borghi.

—Aquí fuera está el padre de la niña. ¿Tiene un momento?

Vogel le indicó que lo hiciera pasar. Al cabo de poco, Bruno Kastner entró en la habitación junto al joven agente, sin dejar de apretar el sobre entre las manos.

—Pase, por favor, señor Kastner —lo recibió Vogel yendo a su encuentro. Luego lo hizo sentar en uno de los bancos de delante de las taquillas y se sentó a su lado. Borghi permaneció junto a la puerta, de pie y con los brazos cruzados.

—No quiero molestarlo —dijo el hombre.

—No me molesta en absoluto.

—La tarde en que desapareció, yo no estaba. Me encontraba lejos, con un cliente. Y sigo pensando que, si hubiera estado en casa, tal vez todo esto podría haberse evitado. Cuando mi mujer me llamó por teléfono para decirme que Anna Lou no había vuelto a casa, una parte de mí ya lo sabía todo.

—No sirve de nada atormentarse —intentó reconfortarlo Vogel. No le desveló que también habían comprobado su coartada y que había salido de la lista de sospechosos.

—Hemos oído lo que dicen en la tele... —prosiguió el hombre—. ¿La historia de que alguien se ha llevado a mi Anna Lou es cierta? ¿Usted lo cree?

Vogel se retuvo, dedicándole una mirada falsamente compasiva que luego deslizó de forma fugaz sobre el sobre de carta.

—No debe creer en todo lo que afirman los periodistas.

—Pero están buscando a alguien, ¿verdad? ¿Eso puede decírmelo?

También esta vez Vogel fue ambiguo.

—Por experiencia, es mejor que los familiares no sepan cómo se desarrollan las investigaciones. Además siempre seguimos más de una pista, sin dejar de lado ninguna, y eso puede confundir las ideas. —O crear falsas esperanzas, le habría

gustado añadir.

Bruno Kastner no insistió. Empezó a trastear con el sobre. Tardó un poco en abrirlo y sacar su contenido. Mientras, Vogel cruzó una mirada interrogativa con Borghi.

En el sobre había una foto. Era en la que su hija salía sonriente junto a su mejor amiga.

El hombre se la tendió. Vogel la cogió y la miró sin comprender.

—Hace días que me torturo... —afirmó Bruno Kastner juntando sus grandes manos y apretándolas hasta que la piel de los nudillos se volvió blanca—. ¿Por qué ella? O sea, Anna Lou no es... guapa.

La afirmación le había costado un enorme esfuerzo, pensó Borghi. ¿Qué padre puede llegar a decir algo así de su propia princesita? Ese hombre debía de estar buscando desesperadamente una explicación.

Ciertamente, notó Vogel, la diferencia entre las dos era evidente. Una parecía una mujer; la otra, una niña. «La ha elegido precisamente por eso», tendría que haberle dicho. «La niña invisible, a la que puedes observar a distancia sin levantar sospechas. A la que puedes llevarte una noche de invierno, a pocos pasos de su casa, sin que nadie se dé cuenta de nada». Pero luego Vogel advirtió que había algo más, porque los fuertes hombros del hombre se hundieron en un gesto de rendición.

—He hecho una cosa de la que me avergüenzo —dijo Bruno Kastner con un hilo de voz. Se parecía mucho al principio de una confesión—. La otra chica de la foto se llama Priscilla... Un día busqué su número en el móvil de Anna Lou... y empecé a llamarla. En cuanto contestaba, yo colgaba. No creo que ella supiera que era yo. No sé por qué lo hacía.

Vogel y Borghi volvieron a mirarse, preocupados. En el rostro de Bruno Kastner, endurecido por el cansancio de los últimos días, apareció una minúscula lágrima que se deslizó veloz hasta debajo de la barbilla. Con un gesto casi infantil, el hombre sorbió por la nariz y pasó por encima el dorso de la mano.

Entonces el agente especial lo cogió de un brazo para ayudarlo a levantarse.

—¿Por qué ahora no se vuelve a casa y olvidamos toda esta historia? Créame, es mejor así. —Vogel hizo una señal a Borghi para que se hiciera cargo del hombre.

El agente se acercó, pero Bruno Kastner todavía no había terminado.

—Mi mujer tiene la fe, la congregación... Es difícil ser un padre y un marido perfecto al lado de semejante ejemplo de rectitud. A veces la envidio, ¿sabe? Maria no vacila nunca, nunca tiene dudas, nunca. Ni siquiera ahora que nos ha pasado esto. Es más, ella cree que forma parte de un plan, que Dios ha pensado que era mejor para nosotros enfrentarnos al dolor. Pero ¿qué clase de dolor es este? Deberíamos llorar, pero ¿por qué? Si alguien nos dijera que Anna Lou está muerta, al menos podríamos resignarnos. En cambio, así... Y yo he sido un padre indigno, porque debería haberme ocupado de ella, protegerla, y en cambio... he sido débil. He caído en la tentación.

—Estoy seguro de que es usted un buen padre —intentó consolarlo Vogel, pero sólo para convencerlo de que terminara con ese asunto. Si la prensa se hubiera oído aquello, lo habrían crucificado. A pesar de que su culpa era casi insignificante, Bruno Kastner se convertiría ante todos en el padre acosador de niñas. Un monstruo. Y eso no haría ningún bien a la imagen de perfección que Vogel había tramado alrededor de la familia. Y desviaba la atención del verdadero culpable, quienquiera que fuese.

—Había un chico —dijo casi a bocajarro el hombre mientras se encaminaba a la salida.

Vogel se interesó en seguida.

—¿Qué chico?

Bruno Kastner mantenía los ojos bajos mientras hablaba.

—De todos modos, su madre nunca le habría permitido que se relacionara con él, no forma parte de la congregación. Pero tal vez a Anna Lou le gustaba.

—¿Qué chico? —siguió insistiendo Vogel.

—No sé quién es, pero lo veía deambular por el exterior de nuestra casa. Sudadera negra con capucha y un monopatín.

Borghini estaba alarmado ante aquella repentina revelación. En cambio, Vogel, sólo estaba furioso.

—¿Y por qué no me lo ha dicho hasta ahora?

Finalmente el hombre levantó la mirada hacia él.

—Porque es difícil señalar con el dedo a alguien cuando piensas que Dios ha querido castigarte por tus pecados.

31 de diciembre

Ocho días después de la desaparición

El chico del monopatín se llamaba Mattia.

La policía lo había identificado hacía varios días, mucho antes de que Bruno Kastner se presentara ante Vogel para descargar su conciencia.

Concretamente, se produjo apenas doce horas después del peregrinaje ante la casa de Anna Lou, cuando el chico se llevó uno de los peluches que la gente había depositado espontáneamente frente a la casa. Un gatito rosa.

Pero Vogel había blindado ese filón de la investigación. El nombre del adolescente y lo que había pasado esa noche no podían filtrarse a los reporteros, de ningún modo. Se corría el riesgo de comprometer irremediablemente el avance que ello implicaba.

El agente especial, sin embargo, era consciente de que los periodistas siempre intentaban comprar información y temía que alguno de esos policías de montaña se dejara engatusar con la perspectiva de una gratificación navideña que complementara su mísero sueldo. Pero había sido hábil previniendo cualquier iniciativa en ese sentido, infundiendo en sus hombres el terror a ser descubiertos. Le había bastado con decirles que cualquier fuga de noticias sería castigada con el despido.

Mattia tenía dieciséis años, igual que Anna Lou. Su historia era más bien problemática.

—He hablado con el psiquiatra que lo trata. —Borghi lo puso al corriente de los últimos avances—. El médico se llama Flores, le hace un seguimiento desde que Mattia y su madre se trasladaron a Avechot, hace nueve meses. Parece que la familia ha peregrinado bastante en los últimos años. El motivo es siempre el mismo: los trastornos de personalidad que sufre el chico.

—Explíquemelo mejor —dijo Vogel, que parecía muy interesado.

Borghi había tomado apuntes.

—Mattia es de naturaleza solitaria y es incapaz de integrarse y de comunicarse. Además el chico tiene repentinos impulsos agresivos. En los lugares donde ha vivido con su madre, siempre ha pasado algo. Una agresión contra otro adolescente o un incontrolable ataque de ira. Hasta le sucedió en público: destrozó por completo una tienda sin motivo alguno. Y, cada vez, su madre se ha visto obligada a abandonarlo todo y trasladarse.

Probablemente, la mujer había pensado que aquella era la mejor medicina para su hijo, se dijo Vogel. Pensaba que un cambio radical de lugar y de costumbres arreglaría las cosas. En realidad, las había empeorado. Quizá porque la madre se

avergonzaba de su hijo o porque se sentía culpable por haberlo educado sin la presencia de una figura paterna, el caso es que huir y volver a empezar eran una constante en su vida.

—En el pasado, Mattia estuvo en tratamiento en un sanatorio —continuó diciendo el joven agente—. Ese tal Flores me ha dicho que actualmente toma fármacos para el control de la ira.

Nada más conocer el conflictivo pasado de Mattia, Vogel pensó que probablemente el misterio ligado a la desaparición de Anna Lou estaba a punto de resolverse.

Hasta ese momento no habían recopilado mucha información sobre el muchacho. Sólo sabían que su madre se las apañaba haciendo trabajos humildes y mal pagados, que la habían contratado en una empresa de limpieza y que además por la noche lavaba los platos en uno de los pocos restaurantes que quedaban abiertos en Avechot. Madre e hijo vivían en una casa modesta situada en las afueras. Vogel ya la había puesto bajo vigilancia de manera discreta.

Pero a Mattia no lo habían vuelto a ver.

Se había desvanecido en el aire y su rastro se había perdido igual que el de Anna Lou Kastner. Si bien las circunstancias de su repentina desaparición eran distintas.

Su madre continuaba con su vida de siempre. Iba a trabajar y regresaba a casa cada noche, como si nada pasara. Y no había tenido la necesidad de denunciar la desaparición de su hijo. Señal de que el chico se estaba escondiendo y ella lo protegía. Era un indicio de que sabía que Mattia había hecho algo. Pero nada que ver la acostumbrada pelea a puñetazos con un compañero de colegio. Algo grave.

Que el chico no estaba en casa lo demostraba el hecho de que los micrófonos direccionales colocados alrededor de la vivienda no habían captado ningún ruido sospechoso mientras no estaba la madre. Vogel todavía no había ordenado hacer un registro, porque pondría a la mujer en alerta. Sin embargo, la hacía seguir con la esperanza de que los condujera hasta su hijo.

Pero eso no había sucedido.

Parecía que el contacto entre los dos se hubiera interrumpido de golpe. Además, el móvil que tenía el chico estaba constantemente apagado.

Estuviera donde estuviese, Mattia no podía esconderse por mucho más tiempo, sin comida y con la policía peinando palmo a palmo el territorio en busca de Anna Lou. Vogel lo sabía, por eso prefería esperar a que fuera él quien diera un paso para salir de las sombras.

Los buzos estaban inspeccionando un pozo de aguas residuales en las cercanías de la mina. Según los mapas que Borghi había cogido en el ayuntamiento, existían por lo menos unos treinta idénticos, algunos en funcionamiento y otros ya en desuso. Sin contar los que no estaban registrados. Además, el valle estaba atravesado por un

enjambre de túneles subterráneos que formaban una maldita telaraña.

Eran perfectos para esconder un cuerpo. Y se necesitaría una eternidad para rastrearlos todos.

El cielo era un singular bloque plumizo encerrado entre las montañas. El efecto era parecido a un toro que iba descendiendo lentamente sobre las cosas para aplastarlas. Borghi se encontraba en el coche, aparcado a pocos metros del lugar donde los buzos estaban trabajando. Los observaba desde detrás de la capa de condensación que cubría el parabrisas. El silencio en el interior del habitáculo y la fina barrera de vapor otorgaban a la escena un sabor irreal. Como en un cuento. Un cuento maléfico, donde el único final posible es uno triste.

El agente supervisaba la inspección sin grandes expectativas: los submarinistas se metían por turnos en el agua fangosa para emerger al cabo de quince minutos sacudiendo la cabeza. Y ese gesto, esa coreografía, se repetía incesantemente.

El sedán estaba aparcado en medio de un campo baldío. El frío de la mañana era penetrante. Borghi juntó las manos formando un cuenco y echó el aliento en el interior con la esperanza de calentarlas. El alivio duró un instante. Por primera vez desde el inicio de la investigación, se sentía frustrado. Una parte de él le decía que nunca llegarían al fondo del asunto, que lo único que quedaría de Anna Lou Kastner sería un nombre en un listado de personas que se habían esfumado sin ningún motivo.

Al cabo de poco tiempo, era como si nunca hubieran existido.

Pero había otra razón por la que estaba alterado, algo que le incomodaba. Seguía pensando en lo que Vogel había comentado durante la primera sesión informativa, casi de pasada: que Anna Lou sólo tenía cinco números en la agenda de su móvil.

Mamá, papá, casa, casa de los abuelos y parroquia.

Su superior había referido ese dato para subrayar que el comportamiento habitual de la niña estaba por encima de cualquier sospecha. Esa breve lista de nombres y lugares también era la dimensión de su vida, de su mundo. Algo simple y comprensible, sin subterfugios, sin secretos. A la luz del día.

Mamá, papá, casa, casa de los abuelos y parroquia.

Todo el universo de Anna Lou se concentraba en esos lugares, entre esas personas. Después estaba el colegio, obviamente, y también la pista de patinaje. Pero las cosas que verdaderamente contaban se encerraban en esa especie de clasificación. Eran los números a los que ella llamaba habitualmente, y era allí donde habría pedido ayuda o consuelo en caso de necesitarlo.

Pero la visita de Bruno Kastner del día anterior había sembrado una duda en él. Una sospecha surgida al ver la foto que el hombre había llevado consigo.

Anna Lou al lado de su mejor amiga, Priscilla.

Durante todo ese tiempo, sus investigaciones se habían concentrado en otra parte. Habían ideado trucos para implicar a los medios de comunicación y recibir más fondos. Después habían empleado los recursos en intensificar la búsqueda. Incluso habían conseguido identificar al chico del monopatín y ahora iban tras él en secreto.

Pero a nadie, ni siquiera a la prensa, se le había ocurrido ir a hablar con esa chica, Priscilla, para comprobar si sabía algo que pudiera ayudarlos. El motivo era simple. No se trataba sólo de una distracción.

Mamá, papá, casa, casa de los abuelos y parroquia.

Si Priscilla, a decir de Bruno Kastner, era la mejor amiga de Anna Lou, ¿por qué su número no aparecía en los contactos del teléfono?

Borghí acercó la manga del abrigo al parabrisas y la usó para limpiar la condensación del cristal. Después arrancó. Había llegado el momento de averiguar la respuesta.

Avechot se preparaba para recibir el Año Nuevo de manera sobria. La gente lo celebraría en casa porque el alcalde había anulado todos los eventos públicos previstos.

—No puede haber alegría si una integrante de nuestra comunidad no puede celebrarlo con nosotros —había declarado a los periodistas, dejando que un silencio cargado de conmoción siguiera a sus afligidas palabras.

En los últimos días, el jefe del consistorio había estado muy activo e intentaba dar a los medios de comunicación una imagen positiva de los habitantes del valle. Para acallar las calumnias, incluso había reclutado a voluntarios para los grupos de búsqueda. Batían palmo a palmo los bosques apoyando a las fuerzas del orden.

Aquella mañana, ya tarde, el hombre había asistido al servicio religioso que se había celebrado en la sala de actos de la congregación. La reunión estaba dedicada una vez más a rezar por el regreso de Anna Lou. También habían asistido los Kastner.

Borghí, al volante de su coche, los vio abandonar el templo y encaminarse hacia su casa, siempre escoltados por un grupito de hermanos y hermanas que los protegían de la insistencia de los reporteros y fotógrafos que intentaban robar una frase o una imagen de su dolor. Al agente, sin embargo, le interesaba otra cosa.

La vio salir entre los últimos. Priscilla, con una parka verde y unas botas militares, iba con el pelo recogido y llevaba gafas de sol aunque el cielo estaba cubierto. Su ropa no era llamativa, pero igualmente estaba guapa. Iba acompañada de una mujer adulta. El parecido entre ambas era destacable, presumiblemente se trataba de su madre. Las dos se pusieron en marcha ignorando objetivos y micrófonos que ahora ya apuntaban hacia los miembros de la comunidad religiosa. Mientras la madre conversaba con otros hermanos, a su espalda Priscilla se rezagaba, como si quisiera poner distancia entre ambas. Al mismo tiempo miraba a su alrededor, controlando la situación. En un momento dado, aprovechó la aglomeración para separarse del grupo y alejarse en otra dirección.

Borghí la vio doblar una esquina y subirse a un coche deportivo que arrancó rápidamente. Al volante había un chico.

Al poco rato los encontró en un descampado detrás del pequeño cementerio del

pueblo. El agente se detuvo a un centenar de metros de distancia del coche de los chicos. Desde esa posición podía divisarlos mientras se quitaban la ropa y se besaban con tanto ardor que ni siquiera les permitía darse cuenta de que alguien los estaba observando. Cuando Borghi decidió que ya tenía bastante, abrió la ventanilla y colocó la luz de emergencia en el techo del sedán. A continuación la encendió haciendo sonar brevemente la sirena.

Los dos chicos se pararon en seco, asustados.

El agente avanzó lentamente, dándoles tiempo para que se vistieran. Cuando estuvo frente al deportivo, Borghi detuvo el coche. Luego bajó y fue a su encuentro. Se acercó a la ventanilla del lado del conductor.

—Hola, chicos. —Su sonrisa era intencionadamente amenazadora.

—Buenos días, agente, ¿hay algún problema? —El muchacho intentaba mostrarse tranquilo. A pesar de su arrogancia, se notaba que estaba asustado.

—Me imagino que has cogido el coche de tu padre sin su permiso, chico. No creo que tengas edad para conducir, ¿me equivoco? —Era una típica frase de poli. En realidad quería remarcar el hecho de que él ya tenía carnet de conducir y que su pasajera todavía era menor de edad.

—Oiga, no hemos hecho nada malo —intentó replicar él, torpemente. Pero la voz le temblaba.

—¿Quieres hacerte el duro conmigo, chico? —El tono de Borghi era ahora el del poli que está a punto de perder la paciencia.

Para impedir que ese idiota dijera algo más que pudiera agravar la situación, Priscilla se inclinó hacia la ventanilla.

—Se lo ruego, agente, no le diga nada a mi madre.

Borghi se la quedó mirando y dejó transcurrir algunos segundos, como si lo estuviera pensando.

—De acuerdo, pero te llevaré a casa.

Mientras iban en el coche por las calles del pueblo, Borghi aprovechó para observarla mejor. Era de estatura baja, pero las botas la hacían parecer más alta. Llevaba tres agujeros en una oreja, con tachuelas de colores, una ligera línea de lápiz oscuro le perfilaba los ojos. Los rasgos del rostro eran delicados. Bajo la parka verde llevaba un jersey negro de cuello alto que dejaba intuir un seno pequeño y firme. Llevaba unas mallas de flores, con un agujero a la altura de un muslo. Un desodorante de fresa demasiado dulce se mezclaba con un vago olor a sudor, humo de cigarrillo y chicle de menta. El conjunto era típicamente adolescente.

Borghi quería arrancarle alguna información. Primero la había asustado deliberadamente y ahora ella era vulnerable. Sabía que Priscilla sería sincera para no empeorar su situación.

—¿Qué puedes contarme de Anna Lou?

—¿Qué quiere saber?

—Eres su mejor amiga, ¿no es así?

—Bueno, era buena tía, en mi opinión. —La chica miraba a la carretera y mientras tanto se comía el esmalte rosa de las uñas de la mano derecha.

—¿Qué quieres decir?

—Que los chicos de nuestro colegio son muy cotillas. Ahora hay quien afirma que tenía secretos. Ella, en cambio, era buena con todos y nunca se enfadaba.

—¿Qué clase de secretos?

—Que tenía algún lío por ahí, que se lo montaba con los más mayores. Todo gilipolleces.

—¿Salíais juntas? ¿Qué le gustaba hacer?

—Su madre sólo le permitía salir conmigo, pero no es que en Avechot haya muchas cosas que hacer por la noche. Y, además, ella sólo tenía permiso para verme por las tardes, cuando venía a mi casa a hacer los deberes.

—Pero no ibais a la misma clase —le hizo notar Borghi.

—No, qué va. Pero quedábamos igualmente porque a Anna Lou se le dan muy bien las matemáticas y me echa una mano.

—Que tú sepas, ¿tenía novio?

A Priscilla se le escapó una risita.

—¿Novio? No, qué va.

—¿Le gustaba alguien?

—Sí, mi gata. —Se rio de nuevo. Pero su sentido del humor no fue secundado, de modo que volvió a ponerse seria—. Anna Lou era distinta, a ella no le interesaban cosas como gustar a los chicos o armar jaleo con los amigos.

—Entonces sólo te veía a ti, además, claro está, de a sus compañeros de escuela.

—Exacto.

Para Priscilla era muy importante pasar por la persona con quien Anna Lou tenía más confianza. Tal vez para desviar las sospechas sobre ella, pensó Borghi.

—En tu opinión, ¿qué le ha sucedido?

Priscilla hizo una pausa.

—No lo sé. Se dicen tantas cosas, por ejemplo, que se ha escapado. Yo no me lo creo.

—Quizá había ocurrido algo y no te habló de ello.

—Imposible: si hubiera habido algo, ella me lo habría dicho.

Mentía, Borghi estaba seguro.

—¿Y eso incluso después de que os pelearais?

La afirmación sorprendió a la chica. Priscilla se volvió a mirarlo.

—¿Y usted cómo puede saberlo?

Borghi no le dijo que lo había sabido porque Anna Lou había borrado su número de los contactos del móvil. Redujo la marcha y se acercó a la acera. A continuación apagó el motor porque quería mirarla bien a la cara.

—La historia no saldrá de aquí, pero quiero la verdad.

Priscilla empezó a comerse el esmalte de las uñas otra vez.

—No se lo he contado a nadie porque ya tengo bastantes follones con mi madre —se defendió—. Desde que se marchó mi último padrastro, está obsesionada con la congregación. Es el sexto o el séptimo hijo de puta que la abandona. Normalmente se trata de desgraciados hundidos en la miseria. Ella los va recogiendo a todos, como otros hacen con los perros callejeros. Consigue que salgan a flote y luego ellos se van sin siquiera darle las gracias. Ahora le cuenta a todo el mundo que la congregación la ha salvado, y encima quiere salvarme a mí. Dice que Jesús la ama, pero para mí sólo es otro más de la lista. Yo la acompaño a las reuniones para que esté contenta, pero no me interesa la religión.

—Anna Lou era tu tapadera, ¿verdad? Mientras tú siguieras viéndola, tu madre no podía tocarte las narices metiéndose con tus amistades. De modo que no le dijiste nada de la pelea; si no, te lo habría puesto difícil.

Priscilla tuvo un sentimiento de orgullo.

—No soy una cabrona, yo quiero de verdad a Anna Lou. Pero es verdad, cuando desapareció hacía al menos dos semanas que no nos hablábamos.

Borghi se la quedó mirando.

—¿Por qué?

—No se imagine cosas raras —replicó la chica, decidida—. No es nada del otro mundo. Sólo le abrí los ojos sobre algo que estaba sucediendo.

—¿El qué? —la apremió.

—El desgraciado que la seguía.

Mattia, pensó Borghi al instante.

—¿Sabes quién es?

—Claro, va a mi clase, se llama Mattia y no habla con nadie. Nadie quiere tener nada que ver con él.

—¿Por qué seguía a Anna Lou?

—No lo sé. Tal vez porque le gustaba o porque era la única que le dirigía la palabra. Pero así lo alentaba, yo ya le dije que se equivocaba. Anna Lou nunca se habría convertido en su novia, pero en mi opinión el desgraciado se hizo ilusiones, porque siempre le iba detrás.

Borghi empezaba a comprender, pero Priscilla, una vez más, no se lo estaba diciendo todo.

—De modo que la pusiste en guardia, pero ella no te escuchó: no me parece un motivo válido para llegar a romper una amistad.

El escepticismo del agente convenció a la muchacha para contar el resto.

—Está bien: también sucedió otra cosa. Un día, el tipo nos iba detrás, como siempre: intentaba no hacerse notar, pero era un patoso. Entonces me ofusqué: me acerqué a él y le solté cuatro frescas. Yo pensaba que reaccionaría, que se pondría a discutir. En vez de eso, me miró como un cachorrito asustado y no dijo una palabra. Y a continuación se meó encima.

—¿Se meó encima? —preguntó el agente.

—Eso he dicho. Vi una mancha oscura que empezó a formarse en sus pantalones, a la altura de los calzoncillos. Y luego el pipí formó una especie de charco debajo de sus zapatillas de gimnasia. Algo increíble, qué desgraciado.

Borghí suspiró y sacudió la cabeza. «Adolescentes», pensó. Qué complicado.

—De modo que Anna Lou te echó la culpa a ti.

—¿Qué podía hacer yo? Ella incluso le había hecho una de sus pulseras de perlitas, quería regalársela. De modo que después la tomó conmigo, dijo que lo había humillado y no quiso volver a hablarme.

Borghí se dio cuenta de que había subestimado a Anna Lou. Creía que era una persona débil y sumisa. En cambio, era decidida y, llegado el caso, sabía ser justa. Había castigado a Priscilla por su inútil crueldad. El agente no podía preguntar a esa chica si creía que Mattia tenía algo que ver en la desaparición. Era evidente que Priscilla no sospechaba de él, y tampoco podía saber que el chico que se había hecho pipí en los pantalones había tenido problemas en el pasado con el control de la ira. Entonces preguntó:

—¿Por qué, según tu opinión, Mattia podía representar un peligro para Anna Lou? De acuerdo, la seguía, pero no entiendo...

—Porque la seguía con una cámara de vídeo.

A las ocho de la tarde, en los telediarios se sucedían los reportajes sobre las celebraciones de Nochevieja en varias ciudades del país. Pero también llegaría el momento de los sucesos y los enviados mostrarían una casa vacía, situada en un barrio residencial de un pueblecito de montaña, donde un padre y una madre todavía sufrían por la suerte de su hija mayor.

Mezclar lo dulce con lo amargo era una apuesta ganadora de los medios de comunicación. Vogel lo sabía bien.

La televisión de la habitación del hotel estaba encendida, pero nadie la miraba. Sin embargo, el sonido llegaba hasta el agente especial en el baño. Vogel estaba en albornoz frente al espejo y con un pincel se repasaba las cejas con tinte oscuro. Delicadamente, lentamente. Mientras realizaba la operación, tenía los labios entreabiertos. Era un gesto involuntario que, sin embargo, se perdía en el reflejo de su rostro y lo hacía parecer ridículo.

El armario junto a la cama estaba abierto y se podía entrever la hilera de trajes elegantes que Vogel se había traído, como si quisiera quedarse en Avechot durante meses. Cada uno estaba colgado en su percha de madera y tenía al lado una bolsita de tela con flores secas de lavanda para mantener a las polillas alejadas y el tejido fresco. Fijado en una de las hojas había un listón en el que se alineaban las corbatas de seda, lana o cachemir. Tenían estampados distintos, pero la mano atenta de Vogel las había colocado en una escala ordenada de colores. Al final, abajo, estaban los zapatos: al menos cinco pares. Todos de cordones, ingleses, italianos, acabados a

mano y perfectamente brillantados. Uno al lado del otro, como los soldados de un pelotón de ejecución.

Ese guardarropa era sólo una parte del que Vogel tenía en su casa. Era fruto de años de búsquedas y de pasión. Cada traje, además, iba conjuntado con un tipo de colonia, escrupulosamente rociada en el pañuelo del bolsillito. El agente especial era maniático con eso. Su colección de camisas y de gemelos rozaba la obsesión.

Despreciaba a los compañeros que iban sin arreglar. No sólo era una cuestión de apariencia o de vulgar vanidad. Para él esa ropa era como la armadura de un caballero. Denotaba fuerza, disciplina y seguridad en uno mismo.

Pero esa noche los trajes iban a quedarse en el armario porque Vogel no tenía ninguna intención de salir. Fuera amenazaba tormenta y él se quedaría encerrado en la habitación esperando la Nochevieja solo, como hacía siempre. Había pedido una cena ligera y pensaba abrir una botella de cabernet procedente de su bodega; la había metido en la maleta antes de salir.

Mientras en el baño ya saboreaba la velada que le esperaba, recapituló delante del espejo lo que habían deducido tras las investigación.

«Anna Lou conocía a su raptor». Por eso lo había seguido sin oponer resistencia.

«Casi con toda seguridad estaba muerta». Hacerse cargo de un rehén era bastante complicado, especialmente para un secuestrador solo. Era casi seguro que la había matado después de secuestrarla. Quizá había sobrevivido unas pocas horas.

«La chica sentía la necesidad de tener un diario falso para su madre». Pero ¿adónde había ido a parar el verdadero? ¿Y qué inconfesable secreto custodiaba?

Su móvil empezó a sonar. Vogel resopló, pero en vista de que el odioso aparato no quería parar, interrumpió la labor de teñirse las cejas y fue a responder.

—Mattia grababa vídeos de Anna Lou —dijo Borghi sin siquiera una frase previa de saludo.

—¿Qué? —preguntó Vogel, asombrado.

—La seguía por todas partes y la filmaba.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Me lo ha dicho la mejor amiga de la chica; por la tarde he obtenido la confirmación. Parece que una patrulla, hace tiempo, lo sorprendió grabando a las parejitas que se ponen detrás del cementerio.

Era una excelente noticia, consideró el agente especial. Al parecer no era el único que tenía obsesiones. Pero la de Mattia era mucho más inquietante que su inocua pasión por ser sofisticado a la hora de vestir. Ponderó el nuevo escenario que se presentaba y, a la luz de esa importante novedad, tomó una decisión.

—¿Los nuestros están vigilando la casa del chico todo el tiempo?

—Un par de agentes cada vez, con turnos de cuatro horas. Pero todavía no han detectado nada anormal.

—Diga a los hombres que se retiren.

Al otro lado, Borghi se quedó un segundo callado.

—¿Está seguro, señor? Pensaba que esta noche es la última del año y Mattia podría aprovechar la confusión que habrá por ahí para volver a casa a buscar provisiones.

—No lo hará, no es tan estúpido —dijo en seguida Vogel—. Estoy seguro de que intentará ponerse en contacto con su madre, que esta noche también trabaja como lavaplatos.

Borghì, sin embargo, no parecía convencido.

—Señor, disculpe, pero no lo entiendo: ¿cuál es el plan?

Pero Vogel no tenía intención de compartir la estrategia con él.

—Haga lo que le he dicho, agente —contestó con calma. A continuación añadió—: Confíe en mí.

Borghì no preguntó nada más.

—De acuerdo —dijo únicamente, con poca convicción.

«Qué cojones quieres saber de mi plan», pensó Vogel molesto mientras colgaba.

1 de enero

Nueve días después de la desaparición

No hacía mucho que había pasado la medianoche del último día del año cuando Vogel cruzó el pueblo a bordo de un coche oficial.

Sólo se veía a algún rezagado que se apresuraba a llegar a una fiesta privada. El agente especial podía vislumbrarlos por las ventanas iluminadas de las casas, mientras celebraban, abrazándose y sonriendo, el final del año viejo y la llegada del nuevo. Ridículas supersticiones. A él no le hacía falta. Desprenderse del pasado sólo era una manera de no tener que admitir los propios fracasos. Y el futuro que dentro de poco todos acogerían con tanta alegría, al cabo de doce meses pasaría a ser una vida inútil que olvidar.

Vogel, en cambio, discurría como los medios de comunicación. Sólo contaba el presente, nada más. Algunos eran sus artífices. Otros, simplemente, lo sufrían. Él se sentía parte de la primera categoría porque sabía sacar provecho de todas las situaciones. La segunda la componía quien, como Anna Lou, estaba predestinado a un papel de víctima y pagaba el precio de la gloria de los demás.

Por eso, de momento, Vogel no estaba interesado en la Nochevieja. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Y, mientras conducía directo a su meta, cogió el móvil y marcó el número que se sabía de memoria.

Stella Honer tardó menos de dos tonos en responder.

—Estoy aquí —dijo.

—Veinticinco minutos antes que los demás, ¿recuerdas?

Y Stella comprendió que esa noche iba a suceder algo.

Al llegar a un centenar de metros de la casa donde vivían Mattia y su madre, Vogel detuvo el coche. El pequeño chalet estaba en lo alto de una pequeña colina rodeada por un prado descuidado y baldío, y por una cerca que reclamaba urgentes labores de mantenimiento. Estaba oscuro, excepto por el resplandor rojizo de detrás de una de las ventanas.

El agente especial era consciente de que hacer retirar a los hombres no era suficiente, porque el perímetro de alrededor de la casa estaba plagado de micrófonos de ambiente listos para interceptar cualquier sonido en el interior. Por eso debía hacerlo todo con extrema cautela: nadie podía saber que había estado allí. Pero tenía una solución también para eso.

Miró la hora y sólo tuvo que esperar unos minutos. A continuación, como había

pronosticado el servicio meteorológico, empezó a llover. Eran aguaceros intermitentes que retumbaban violentamente en el suelo y encima de las casas, cubriendo así cualquier otro sonido.

Vogel bajó del coche y se encaminó rápidamente hacia el sendero de tierra. Cuando se refugió en el porche de la vivienda, se sacudió el agua del abrigo y subió con cautela un par de escalones. Delante de la puerta de entrada, cogió del bolsillo un destornillador y un par de guantes de látex para no dejar huellas. Lo usó para desmontar la cerradura. No fue difícil. La puerta se abrió y, tras asegurarse de que no había nadie en los alrededores, el agente especial se introdujo rápidamente en la casa.

Su primera impresión fue la de una decorosa pobreza. Olor a col y a humedad. Muebles viejos y polvo. Ropa puesta a secar entre dos sillas y platos sucios. Frío. En ese desorden, sin embargo, también se percibía el amor de una mujer por un hijo inadecuado. El poli podía notar el miedo de la madre de Mattia. El terror de no conseguirlo, de fracasar, de que todo se derrumbara en cualquier momento. Porque ella sabía que el chico que había traído al mundo era peligroso para sí mismo y para los demás. Y también sabía que los fármacos y los psiquiatras nunca podrían hacerle nada.

Las lamas del viejo suelo de madera crujían bajo el peso de los pasos de Vogel, pero la lluvia golpeaba en el tejado atenuando los ruidos. De modo que empezó a deambular por las pocas habitaciones.

Había una estufa en un rincón de la cocina que también servía como sala de estar. De allí procedía el resplandor rojizo que había vislumbrado a través de la ventana. Pero el calor que emitía era débil y no conseguía ni siquiera calentar esa habitación. Pasó de largo de un sofá hundido y continuó hacia otra habitación. Había una cama de matrimonio en la que destacaba un pequeño crucifijo de madera y algunas repisas que hacían de armario abierto; las demás paredes estaban desnudas. Había toallas acumuladas sobre una silla y unas zapatillas desgastadas descansaban junto a una mesilla de noche.

La tercera habitación era un cuarto de baño. Baldosas desportilladas, periódicos amontonados. El desagüe emitía una especie de hipido quedo; era evidente que necesitaba una reparación. La bañera era pequeña y se veían incrustaciones de cal.

En vista de que eso era toda la casa, Vogel se preguntó dónde dormía Mattia. Quizá en el sofá que había visto en la sala de estar o en la misma cama de la madre, pero no estaba convencido de ello. Cuando estaba a punto de volver sobre sus pasos para examinarlo mejor, divisó un rectángulo en una pared del pasillo. En esa especie de revestimiento de madera, apenas se notaba.

Una puerta.

Vogel se acercó y la empujó con la palma de la mano. Se abrió sobre una escalera de ladrillos desnudos que descendía entre dos paredes de roca y presumiblemente llevaba al sótano.

Allí abajo, sin embargo, estaba oscuro.

Vogel cogió el móvil y encendió la pantalla para alumbrarse; a continuación empezó a bajar con cautela. Los escalones eran empinados y tenían el borde desgastado. Se notaba un ligero olor a rancio, pero no se respiraba humedad. Al llegar al pie de la escalera, el agente especial paseó la luz alrededor para ver dónde se encontraba.

No era una bodega, sino un sótano. Por el modo en que estaba decorado, dedujo que se trataba del dormitorio de Mattia. O mejor dicho, de su escondite.

No había ventanas ni puntos de ventilación. Allí abajo el ruido de la lluvia era un único sonido sordo, lejano. Como un lamento.

A la derecha había un catre pegado a la pared. La cama estaba sin hacer y encima se amontonaba un amasijo de mantas. En esa habitación hacía mucho más frío que en el resto de la casa, consideró el agente especial. Pero tal vez un adolescente se adaptaba bien, con tal de tener un poco de independencia.

Frente a él, Vogel vio que había una mesa. Y en la pared de encima de la mesa, unas fotos colgadas. Eran fotogramas ampliados, extraídos de filmaciones.

En todos aparecía Anna Lou.

Vogel se acercó para verlos mejor. Una treintena de primeros planos. La chica había sido grabada en varios momentos y siempre aparecía con una expresión espontánea. Casi nunca sonreía en aquellas imágenes. Pero revelaba una belleza escondida, pensó Vogel. Algo que a simple vista normalmente no se nota. Era como si Mattia, en su delirante proyecto fotográfico, hubiera sabido captar algo que nadie más había sido capaz de ver. Ni siquiera Bruno Kastner, que, de hecho, no consideraba que su hija fuera lo suficientemente guapa como para interesar a un secuestrador.

Encima de la repisa de la mesa había un PC no demasiado moderno. A su lado, una cámara de vídeo.

Vogel la cogió, la levantó para verla mejor. Al parecer, con las prisas de la huida, Mattia había dejado en casa el objeto del que nunca se separaba. A continuación, la mirada de Vogel captó otra cosa.

Sobre un estante había un gatito rosa de peluche, probablemente el que el chico había cogido en la calle frente a la casa de los Kastner la noche en que lo identificaron. Vogel lo cogió, lo observó mientras le daba vueltas entre las manos. El chico se había llevado un recuerdo, con eso tenía suficiente para inculparlo ante los medios de comunicación. Justo en el momento en que al agente especial le recorría un escalofrío, oyó un ruido a su espalda. No se trataba sólo de una impresión, era real.

En la cama se había movido algo.

Vogel dejó el gatito de peluche y se volvió lentamente. Vio que el amasijo de mantas cobraba vida. De debajo asomó una figura. Mattia llevaba puesta en la cabeza la capucha de la sudadera y la sombra impedía divisar su rostro.

Vogel lo vio levantarse lentamente; era mucho más alto y vigoroso de lo que

recordaba. De repente, el policía comprendió muchas cosas. Por ejemplo, que el muchacho no había huido en absoluto y que para esconderse había tenido suficiente con encerrarse en casa. Los micrófonos de ambiente colocados en el exterior nunca habrían podido percibir su presencia allí abajo, con la protección de a saber cuántos metros de tierra y rocas.

Vogel tenía ambas manos ocupadas, por la cámara de vídeo y por el móvil con el que se alumbraba. No podía coger la pistola de su funda; además el muchacho estaba muy cerca y podría saltarle encima y desarmarlo. De modo que intentó utilizar otro tipo de arma, que generalmente se le daba bastante bien.

—Así pues, ¿es esto lo que te gusta hacer? —Señaló con la cabeza la cámara de vídeo; tenía una sonrisa cómplice—. Apuesto a que eres bueno.

El chico no contestó.

Vogel podía notar la intensidad de su mirada bajo la capucha de la sudadera.

—Puedo hacer que seas famoso, ¿sabes? Tus vídeos podrían acabar en la tele, tendrías toda la atención que te mereces. Tengo muchos amigos periodistas, sus jefes pagarían un montón por todo esto. Todo el mundo hablaría de ti. —Luego subió la dosis de promesas—. Piensa en tu madre: ya no tendrá que trabajar. Podrá tener una casa de verdad y todo lo que ahora no puede permitirse. Y tú serías quien le diera todas esas cosas... Obtenerlas es fácil, Mattia. Sólo tenemos que salir de aquí. Después me llevarás a donde está Anna Lou. Es más, iremos con los equipos de los telediarios. Y a continuación tú serás el protagonista, nadie se reirá de ti, todos te respetarán...

No sabía si realmente Mattia lo estaba considerando. Transcurrieron unos larguísima segundos en los que no ocurrió nada. Vogel esperó que sus palabras hubieran hecho mella en él. Entonces el chico se movió, dando un pequeño paso en su dirección. Instintivamente, el policía retrocedió. Mattia se paró. A continuación dio un segundo paso. Vogel se golpeó el costado contra el canto de la mesa. También esta vez el chico se detuvo.

El agente especial entonces lo entendió. El chico no quería asustarlo ni agredirlo. Sólo le pedía permiso para avanzar.

«No, no viene hacia mí —pensó Vogel—. Va hacia el ordenador».

Se apartó para permitir que Mattia llegara hasta la mesa. El chico se acercó y encendió el PC. Pasaron algunos minutos hasta que el sistema arrancó. Luego, cuando estuvo operativo, Mattia abrió una carpeta titulada simplemente «Ella». En la pantalla aparecieron los iconos de varios vídeos. «Ella» era Anna Lou.

El chico se puso a buscar con el ratón el que le interesaba y con un clic empezó a reproducir una filmación.

Vogel, a su espalda, miraba la pantalla preguntándose qué iba a ver.

La grabación empezó. Se veía a Anna Lou paseando por la calle, con la misma mochila de colores con la que había desaparecido y una bolsa con los patines de hielo. Caminaba sola en un día de sol, sin darse cuenta de que la estaban filmando;

pasó al lado de un todoterreno blanco. Después la imagen cambió y Vogel comprendió que era un montaje que Mattia había hecho. Esta vez Anna Lou iba acompañada de Priscilla, su amiga. Charlaban fuera del colegio. Otro cambio: la niña se dedicaba a vender dulces para beneficencia junto a otros integrantes de la hermandad en la pequeña plaza frente a la sala de actos. Mientras se preguntaba cuál era el sentido de ese montaje, Vogel se fijó una vez más en el todoterreno blanco que salía en la primera escena. Probablemente también estaba presente en la segunda, pero él no se había dado cuenta.

Las secuencias sucesivas confirmaron sus sospechas.

Anna Lou con sus padres en un pícnic en la montaña: el todoterreno blanco estaba estacionado en el *parking* junto a otros coches. Anna Lou saliendo de casa acompañada de sus hermanitos: el todoterreno blanco era visible a unos metros de distancia, al lado de la acera.

Las imágenes se iban sucediendo. Vogel se volvió a observar a Mattia, concentrado en la pantalla que le iluminaba el rostro. Siguiendo a Anna Lou, el chico había descubierto algo.

No era el único que la seguía.

La distancia de las tomas era tal que no permitía reconocer el rostro del conductor o leer el número de matrícula. Sin duda, con un *software* adecuado sería posible ampliar los fotogramas. Pero Vogel estaba convencido de que no iba a ser necesario.

—Tú sabes quién es, ¿verdad? —preguntó al chico.

Mattia se volvió en dirección a la repisa en la que estaba el gatito rosa de peluche. Lo señaló con la mirada, a continuación asintió débilmente.

Lo conocía.

23 de febrero

Sesenta y dos días después de la desaparición

La noche en que todo cambió para siempre, al otro lado de la ventana, la niebla seguía amenazando con su falsa inocencia, que, sin embargo, no lograba engañar a la oscuridad de la noche.

El radiador de la habitación de Flores emitía una especie de gorgoteo. Un sonido gutural, casi vivo; parecía una voz humana. Una voz escondida en otra dimensión, que buscaba en vano comunicar un mensaje.

Vogel había interrumpido su relato y ahora estaba concentrado en un punto impreciso de la pared, en medio de las fotos y los reconocimientos enmarcados.

Flores se fijó en que la atención del policía se centraba en un ejemplar de pez disecado, de color plateado y con una franja roja que le recorría el dorso.

—*Oncorhynchus mykiss* —citó de memoria—. También conocido como trucha irisada o trucha arcoíris. Es originaria de la América septentrional, pero también de algunos países asiáticos del Pacífico. Hace muchos años fue introducida en Europa, puede encontrarse en algunos lagos de montaña. Para sobrevivir necesita aguas frías y oxigenadas. —El psiquiatra había divagado a propósito. No quería forzar al otro a seguir, debía ser ante todo un mediador, erigirse como intermediario entre el sujeto y su propio conflicto. Y el instinto le decía que el policía había removido o estaba intentando desesperadamente esconderse a sí mismo lo que había ocurrido antes del accidente de coche, el motivo por el que su ropa estaba manchada de la sangre de otra persona.

Después Vogel perdió interés por el pez y siguió hablando.

—Los medios de comunicación establecen los roles —dijo inesperadamente—. El monstruo, la víctima. A la segunda hay que protegerla de cualquier posible ataque o sospecha: debe ser «pura». En otro caso, existe el riesgo de ofrecer una coartada moral a quien le ha hecho daño. A veces, sin embargo (y es inútil negarlo), hay víctimas que han tenido un papel en lo que les ha ocurrido. Son culpas macroscópicas, provocaciones propiamente dichas, o nimiedades que prolongadas en el tiempo incitan a una reacción. Recuerdo el caso de un jefe de oficina que en su puesto de trabajo pronunciaba mal a propósito el nombre de un empleado. Lo hacía delante de todos, pero como de broma. Una mañana, el empleado se presentó puntual como siempre, pero con una pistola automática.

—¿Y también fue así para Anna Lou Kastner? —preguntó Flores.

—No —dijo Vogel, apesadumbrado.

—Agente especial, ¿por qué no intentamos olvidarnos un rato de esa historia y

nos concentramos en lo que le ha ocurrido esta noche?

—Mi ropa manchada de sangre. Ya... —recordó el otro.

Flores no podía preguntar directamente de quién era la sangre, tenía que llegar a eso paso a paso.

—Sería importante saber dónde ha estado antes del accidente o adónde se dirigía después.

Vogel hizo un esfuerzo.

—Me dirigía a casa de los Kastner... Sí, iba a su casa a devolverles una prenda.

—Bajó la mirada hacia la pulsera que llevaba en la muñeca.

—¿Y por qué a esa hora, tan tarde?

Vogel lo pensó un momento.

—Tenía que hablar con ellos, decirles una cosa... —Pero luego el recuerdo pareció apagarse en su cabeza.

—¿Una cosa?

—Sí, pero...

Flores esperó a que la memoria se desbloqueara. No estaba del todo seguro de si Vogel fingía; en su opinión había una especie de obstáculo que impedía al agente especial sacar lo que llevaba dentro. ¿Qué quería contarles a los Kastner que fuera tan importante? El psiquiatra tuvo la impresión de que, fuera lo que fuese, tenía que pasar a través del relato de lo que había sucedido unos meses antes. Por eso, intentó que empezara por allí.

—¿Estuvieron buscando realmente a Anna Lou o el hecho de creerla ya muerta les indujo a buscar sólo un cuerpo que sirviera como prueba para inculpar a un posible asesino?

Vogel sonrió débilmente: así era.

—Entonces, ¿por qué no lo dijeron en seguida? ¿Por qué alimentar la esperanza?

Vogel pareció tomarse una pausa para reflexionar.

—A la pregunta de una reciente encuesta sobre cuál debe ser el objetivo de una investigación policial, la mayoría de los entrevistados contestó: «capturar al culpable». Sólo un porcentaje muy bajo afirmó que el objetivo de una investigación policial debería ser «descubrir la verdad». —Vogel se enderezó en el sillón en el que estaba sentado—. ¿Entiende lo que le he dicho? Nadie quiere la verdad.

—¿Por qué, según usted?

El policía lo pensó un momento.

—Porque la captura del culpable hace que nos engañemos pensando que estamos a salvo, y en el fondo con eso nos basta. Pero hay una respuesta mejor: porque la verdad nos implica, nos convierte en cómplices. —A continuación, Vogel se explicó mejor—: ¿Se ha fijado en que los medios de comunicación y la opinión pública, en una palabra, todos nosotros, pensamos en el culpable de un crimen como si no fuera humano? Como si perteneciera a una raza aparte, dotada de un poder especial: hacer el mal. No nos damos cuenta, pero lo convertimos en... un héroe. —Pronunció la

última palabra con mayor énfasis—. Sin embargo, el culpable suele ser un hombre corriente, sin ningún impulso creativo, incapaz de distinguirse de la masa. Pero si lo aceptamos así, entonces debemos admitir que, en el fondo, se nos parece un poco.

Vogel tenía razón. La mirada de Flores se posó por un instante en la esquina arrugada de un viejo periódico en medio del desorden del escritorio. El psiquiatra sabía exactamente desde cuándo estaba allí el diario y recordaba perfectamente el motivo por el que no lo había tirado.

En el título de cabecera había un nombre.

«El nombre del monstruo del caso Kastner».

En el transcurso de los días y luego de las semanas y los meses, sobre ese periódico dejado sobre la mesa se habían amontonado otros papeles, expedientes. Era el destino de las noticias: ser enterradas vivas. «En el fondo, todos queremos olvidar», se dijo el psiquiatra. A él, en particular, no le gustaba recordar el llanto desgarrador de Maria Kastner, que, con el paso del tiempo, se fue convirtiendo en un lamento quedo, casi imperceptible. Flores había tratado personalmente a la familia en el camino inicial de aceptación del dolor. Combatió con los silencios y la cerrazón de Bruno Kastner; intentó impedir que Maria se derrumbara poco a poco. Hizo su trabajo lo mejor posible mientras la congregación se lo permitió. Luego, lentamente, lo fueron apartando de la familia.

—Agente especial Vogel, hace un rato ha dicho que esta noche se dirigía a casa de los Kastner para darles una noticia, pero no recuerda cuál.

—Exacto.

—Pero tampoco recuerda que en esa casa ya no vive nadie.

La noticia pareció impactar a Vogel como un puñetazo en pleno rostro.

—No podía no saberlo —prosiguió el psiquiatra—. Entonces, ¿cómo ha ocurrido, lo ha olvidado?

Vogel calló durante un rato, luego dijo algunas frases en voz baja, como una admonición.

—Aquí hay algo maligno...

Flores sintió un escalofrío mientras el policía lo miraba a los ojos.

—Algo maléfico se ha colado en sus vidas —prosiguió Vogel—. Anna Lou era sólo una puerta, una manera de entrar. Una chica pura, inconsciente: la perfecta víctima expiatoria... Pero el plan que hay detrás de su desaparición es mucho más perverso. —Sacudió la cabeza—. Es demasiado tarde para la salvación. Esa cosa ya está aquí y no quiere marcharse.

En ese instante, un golpe violento y repentino los obligó a ambos a volverse hacia la ventana. Pero lo que realmente los aterrorizó fue que fuera no se viera nada. Era como si su conversación hubiera despertado a un espectro de la niebla que, furioso, había intervenido para que se callaran.

Flores se levantó del sillón y fue a echar un vistazo abriendo las dos hojas. Miró alrededor, sin entender, mientras la bruma gélida le acariciaba la cara. A continuación

entrevió una mancha oscura junto al canalón.

Era un cuervo.

Se había despertado en plena noche, había tomado la luz de las farolas reflejada en la niebla por la luz del día y había levantado el vuelo. Luego debía de haberse desorientado, hasta que se estrelló contra los cristales de la ventana.

Los cuervos eran las primeras víctimas en las noches de niebla, se encontraban decenas de ellos a la mañana siguiente, en los campos o por las carreteras.

Flores vio que el pájaro todavía se movía, el pico le temblaba débilmente. Era como si quisiera hablar. Después calló para siempre.

El psiquiatra cerró la ventana y se volvió de nuevo hacia Vogel. Por unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

—Como ya le he dicho, después de todo lo que sucedió, creía que no volveríamos a verlo por aquí —afirmó Flores.

—Yo también lo creía.

—La investigación fue un desastre, ¿no es verdad?

—Es verdad —admitió—. Pero a veces pasa.

Si Flores quería saber lo que el policía había venido a hacer a Avechot una noche de frío y niebla, debía obligarlo a enfrentarse con sus fantasmas.

—¿Considera que no tiene ninguna culpa en el fracaso de la investigación?

—Sólo hice mi trabajo.

—¿Y cuál era? —lo provocó el psiquiatra.

—Está claro: hacer feliz al público —dijo Vogel con una sonrisa intencionadamente falsa. A continuación, volvió a ponerse serio—. Todos necesitamos un monstruo, doctor. Todos tenemos la necesidad de sentirnos mejores que alguien. —El hombre del todoterreno blanco, recordó—. Yo sólo les di lo que querían.

22 de diciembre

El día antes de la desaparición

—La primera regla de un gran novelista es «copiar». Ninguno lo admite, pero todos se inspiran en una obra anterior o en otro autor.

Loris Martini miró fijamente a la clase, intentando entender si al menos la mayoría de los alumnos le prestaba atención. Algunos se reían o cuchicheaban, y, en cuanto se daba la vuelta, un par se lanzaban bolitas de papel convencidos de que él no se daba cuenta. El profesor, aun así, siempre prefería dar la clase de pie, paseando entre los pupitres. Según él, estimulaba la concentración.

En general, sin embargo, la atmósfera de esa mañana era aburrida. Siempre ocurría lo mismo el último día antes de las fiestas de Navidad. El colegio cerraría sus puertas durante un par de semanas y los alumnos se sentían como si ya estuvieran de vacaciones. Debía pensar en algo que les animara a participar.

—No son los héroes quienes determinan el éxito de una obra. Olvidaos por un instante de la literatura y pensad en vuestros videojuegos... ¿Qué os gusta hacer en un videojuego?

La pregunta suscitó el interés de la clase. Precisamente fue uno de los que lanzaban bolitas de papel quien intervino.

—¡Destruir cosas! —afirmó, entusiasmado. Todos se rieron con su salida.

—Bien —lo animó en seguida Martini—. ¿Y qué más?

—Matar —añadió un segundo estudiante.

—Excelente respuesta. Pero ¿por qué nos gusta matar de forma virtual?

Priscilla, la más guapa de la clase, levantó la mano para que la escogiera. Martini la señaló para autorizarla a contestar.

—Porque en la realidad matar está prohibido.

—Muy bien, Priscilla —la felicitó el maestro. La chica bajó los ojos y sonrió, como si le hubieran hecho un gran cumplido. Un compañero imitó su reacción melosa para tomarle el pelo. Priscilla le correspondió levantando el dedo corazón.

Martini podía darse por satisfecho, los había conducido al punto que quería.

—Lo veis, el mal es el verdadero motor de cualquier relato. Una novela o una película o un videojuego en el que todo va bien no sería interesante... Recordad: son los malos quienes hacen la historia.

—Los buenos no le gustan a nadie —intervino Lucas, que era famoso en el colegio por sus malas notas, especialmente en comportamiento, y por el tatuaje de una calavera que le asomaba detrás de una oreja. Tal vez se sintiera aludido y, teniendo en cuenta que los buenos no gustaban a nadie, había encontrado por fin la

ocasión de redimirse.

El profesor experimentaba una sensación extraña cada vez que lograba un pequeño resultado con la clase. Estaba satisfecho. Y era difícil de explicar lo que significaba alcanzar una meta que a cualquiera le hubiera parecido modesta. Pero para un maestro no lo era, para Loris Martini no lo era. En ese momento era perfectamente consciente de haber sembrado en sus cabezas una idea. Y que esa idea tal vez no se desvanecería. Las nociones sí que podían olvidarse, pero la formación espontánea del pensamiento seguía un recorrido distinto. La idea los acompañaría durante el resto de sus vidas, quizá permaneciendo agazapada en un rincón del cerebro para luego aparecer de repente cuando la hubieran necesitado.

«Son los malos los que hacen la historia».

No era sólo literatura. Era la vida.

Cuando sus colegas hablaban de la clase usaban expresiones como «material humano» para referirse a los alumnos, o eran propensos a quejarse o a imponer una férrea disciplina que generalmente era esquivada con suma facilidad. El primer día de colegio varios de ellos lo pusieron en guardia diciéndole claramente que era inútil crearse demasiadas expectativas porque el nivel medio era más bien mediocre. Martini tenía que admitir que, a principio de curso, no alimentaba grandes esperanzas sobre el rendimiento de su «material humano». Pero con el paso de las semanas encontró una manera de abrir una brecha en su suspicacia y, poco a poco, empezó a ganarse su confianza.

En Avechot había dos tipos de valores. La fe y el dinero. A pesar de que muchas familias formaban parte de la congregación, los alumnos se burlaban de lo primero y veneraban lo segundo.

El dinero era un tema de conversación constante entre ellos. Los adultos que se habían enriquecido en el pueblo gracias a la compañía minera exhibían su prosperidad conduciendo coches de gran cilindrada o luciendo relojes caros. Eran objeto de admiración y respeto por parte de los más jóvenes, que, sin embargo, tenían tendencia a compadecer a quienes no podían permitirse ciertos lujos, aunque fueran sus padres.

El lugar donde más se notaba la diferencia entre las dos categorías sociales que dividían Avechot era precisamente el colegio. Los hijos de los más acaudalados iban siempre vestidos a la moda y exhibían aparatos envidiables, empezando por últimos modelos de *smartphone*. Muy a menudo, todo ello era fuente de tensiones. Incluso se habían producido peleas en el patio por culpa de la costumbre de despreciar a los que no podían permitirse ciertos privilegios. Y hasta algún caso de hurto.

Por eso, cuando Martini se presentó a la clase con sus americanas de pana con los codos gastados, los pantalones de franela y los viejos Clarks deformados, desencadenó la hilaridad de sus alumnos. Comprendió que no gozaba de su respeto. Y, tenía que admitirlo, por un instante se sintió inadecuado. Como si, a los cuarenta y tres años, hubiera dedicado su vida a perseguir un objetivo equivocado.

—No os pondré deberes para las vacaciones de Navidad. —En la clase se oyeron gritos de alegría—. Además, sé que tampoco los haríais —añadió, provocando una carcajada—. Pero quiero que, en el tiempo que os quede entre romper escaparates o robar bancos, leáis al menos un libro de esta lista. —Cogió una hoja de su mesa para mostrarla. El descontento fue general.

Sólo uno de los alumnos no dijo ni una palabra.

Había permanecido durante todo el tiempo que duró la clase con la cabeza gacha en su pupitre al fondo del aula, escribiendo o garabateando algo en un gran cuaderno que siempre llevaba consigo junto con una cámara de vídeo. Encerrado en su mundo, en el que nadie podía entrar, ni siquiera sus compañeros, que de hecho lo aislaban. Martini, de vez en cuando, lo intentaba, pero era rechazado.

—Mattia, ¿a ti te parece bien leer por lo menos un libro en las próximas dos semanas? —intentó animarlo.

Él levantó un instante la mirada del papel y luego volvió a sumergirse en sí mismo sin responder.

En ese momento, sonó el timbre que anunciaba el final de las clases.

Mattia recogió rápidamente la mochila y el monopatín que guardaba debajo del pupitre y fue el primero en salir del aula.

Martini se dirigió una última vez a los alumnos, antes de que se fueran.

—Que paséis unas buenas Navidades... E intentad no hacer demasiados destrozos por ahí.

En los pasillos del colegio había un frenético ir y venir de estudiantes que se apresuraban a salir del edificio. Algunos corrían esquivando a Martini, que, en cambio, caminaba a un paso normal, con la bolsa de lona verde en bandolera y el aspecto distraído que solía tener. Oyó que lo llamaban.

—¡Profesor Martini! ¡Profesor!

Se volvió y vio que Priscilla se dirigía hacia él con una gran sonrisa. Por mucho que se vistiera como un marimacho, con esa parka verde que le iba demasiado grande y esas botas para parecer más alta, Martini pensaba que era muy mona. Aflojó el paso para esperarla.

Priscilla lo alcanzó.

—Quería decirle que ya he elegido la novela que leeré durante las vacaciones —afirmó con un entusiasmo algo excesivo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—*Lolita*.

—¿Por qué has elegido precisamente esta?

Martini se esperaba que dijese que, en el fondo, la protagonista se le parecía.

—Porque sé que mi madre no lo aprobaría —dijo, en cambio, la chica.

Martini sonrió por su motivación. Al fin y al cabo, los libros eran rebelión.

—Pues feliz lectura.

Intentó marcharse. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que Priscilla estaba loca por él, incluso sus compañeros lo habían notado, por eso siempre intentaba evitar hablar con ella demasiado tiempo en público, no quería que nadie pensara que la alentaba.

—Espere, profesor. Hay otra cosa. —La chica parecía incómoda—. ¿Sabe que mañana voy a salir en la tele? Me encargo de extraer los números de la tómbola benéfica de la congregación... Es sólo una televisión local, pero por algún sitio hay que empezar, ¿no?

Priscilla había manifestado en varias ocasiones su deseo de hacerse famosa. Un día quería participar en un *reality*; al siguiente, ser cantante. Últimamente se le había metido en la cabeza convertirse en actriz. No tenía las ideas claras sobre cómo alcanzar el éxito, pero quizá todo ello se debiera a una petición de ayuda, una manera de decir a la gente que quería escapar de Avechot, cuando, en cambio, lo más seguro era que al cabo de unos años acabara encontrando a un chico tan descarriado como ella que la dejaría embarazada y la obligaría a pasarse allí el resto de su vida. A fin de cuentas, a su madre le había pasado lo mismo. Martini sólo había hablado una vez con ella, en una reunión de profesores y padres. Era idéntica a su hija, pero mayor. Aunque sólo se llevaban unos quince años, la madre de Priscilla tenía profundas arrugas alrededor de los ojos y una tristeza insoslayable en la mirada. Martini recordaba que le había hecho pensar en la reina del baile que se queda sola en medio de la pista con la corona y el cetro cuando las luces de la fiesta ya se han apagado y todos se han marchado a casa. Priscilla se le parecía mucho. Por lo que sabía, la niña estaba entre las más solicitadas del colegio. Pero también suscitaba muchos rumores. Había leído frases dedicadas a ella y a su madre en las paredes de los servicios de los chicos.

—¿Has hablado con alguien más de tu deseo de dedicarte a la interpretación?

Priscilla arrugó la nariz.

—Mi madre no estaría de acuerdo, porque los de la congregación le han metido en la cabeza que las actrices son unas fulanas. Pero ella de joven intentó ser modelo. No es justo que me impida perseguir mi sueño sólo porque no consiguió hacer realidad el suyo.

Claro, era totalmente injusto.

—Deberías estudiar interpretación, así la convencerías.

—¿Por qué? ¿En su opinión no soy lo bastante guapa para arrasar?

Martini sacudió afablemente la cabeza en señal de reprobación.

—Hice unos cursos de teatro en la universidad.

—¡Pues entonces podría darme clases! ¡Por favor, por favor, por favor!

Los ojos de la chica brillaban de excitación. Era imposible decirle que no.

—Está bien —aceptó Martini—. Pero tendrás que esforzarte al máximo, en otro caso sólo será una pérdida de tiempo.

Priscilla entonces se descolgó la mochila y la dejó en el suelo.

—No se arrepentirá —dijo mientras arrancaba una tira de papel de la libreta y escribía algo—. Aquí tiene mi número de móvil. ¿Me llamará?

Martini asintió y le sonrió. A continuación la vio alejarse feliz como unas pascuas.

—¡Feliz Navidad, profe!

El profesor observó el número en el papel, escrito con un bolígrafo de tinta rosa. Priscilla había añadido además un corazoncito. Se lo metió en el bolsillo y continuó hacia la salida.

En la plaza de delante del colegio, unos estudiantes se habían quedado riendo y bromeando, y un enjambre de *scooters* se perseguían. Conduciendo una de ellas estaba Lucas, el alumno rebelde. Mientras Martini buscaba las llaves del coche en la bolsa, el chico pasó por su lado, rozándolo por despecho. A continuación se volvió.

—¿Cuándo se va a cambiar esa carraca, profe?

Sus amigos se rieron. Loris Martini, sin embargo, había aprendido a no hacer caso de las provocaciones de Lucas. Ya tuvieron una desavenencia en el pasado y el alumno se la tenía jurada.

—Cuando me toque la lotería —contestó el profesor a su vez para seguir con la broma.

Finalmente encontró las llaves en el fondo de la bolsa de lona y abrió las puertas de su viejo todoterreno blanco.

El veintidós de diciembre era uno de los días más cortos del año solar. Cuando Martini llegó a casa, la luz ya empezaba a declinar.

Cruzó el umbral y la vio, recostada en un sillón de mimbre junto a la ventana. Tenía puesta una mantita sobre las piernas y se había quedado dormida con un libro en la mano.

Clea estaba tan hermosa, con el resplandor del atardecer, que se le encogió el corazón.

Sus cabellos castaños se teñían de fuego. Una sombra, sin embargo, le caía justo en medio del rostro, como en un cuadro. A él le habría gustado acercarse y besarle los labios entreabiertos. Pero su mujer parecía tan relajada que no se atrevió a despertarla.

Dejó la bolsa en el suelo de madera y se sentó en el primer peldaño de la escalera que conducía a la planta de arriba. Con las manos juntas debajo de la barbilla, se puso a contemplarla. Llevaban juntos desde hacía al menos veinte años, se conocieron en la época de la universidad. Ella estudiaba Derecho; él, Letras.

«Los futuros jueces o abogados normalmente no se mezclan con los que consideran que la literatura es la única manera de hablar del mundo», le dijo en su primera cita. Llevaba gafas graduadas de montura negra y gruesa, quizá demasiado

grandes para su bello rostro, pensó él. Peto vaquero, una camiseta roja sobre la que se entreveía el logo de la facultad y un par de zapatillas deportivas blancas estropeadas por el uso. Llevaba los libros de Derecho abrazados en el pecho, un mechón rebelde le caía con insistencia sobre la frente y Clea lo apartaba soplando hacia arriba. Se encontraban en el parque que rodeaba el campus universitario, era un radiante día primaveral. Loris vestía un viejo chándal gris, acababa de terminar el entrenamiento de baloncesto de los jueves por la mañana y estaba completamente sudado. La distinguió desde lejos mientras volvía a su habitación y se puso a correr hacia ella antes de que entrara en el dormitorio femenino. Tenía el pelo revuelto y se apoyaba con una mano en la pared de ladrillos del edificio. A pesar de ser más alto, Clea no parecía intimidada en absoluto. Lo miraba como si no le asustara decirle a la cara lo que pensaba. Y estaba seria.

—Los futuros jueces o abogados normalmente no se mezclan con los que consideran la literatura la única manera de hablar del mundo... —Al principio le pareció una broma, una especie de flirteo amoroso.

—Por supuesto, pero eso no impide que los futuros jueces o abogados se alimenten con regularidad —rebatía él con una sonrisa.

En ese momento, ella lo escrutó con recelo. En su mirada había una advertencia. «¿De verdad se cree que le resultará tan fácil llevarme a la cama?». Loris percibió los siniestros chirridos de su ego a punto de derrumbarse.

—Gracias, pero siempre me alimento yo sola —contestó ella, volviéndole la espalda, y a continuación subió rápidamente la escalera que conducía a la entrada.

Se quedó paralizado por la sorpresa; también por la decepción. Pero ¿quién se creía que era esa arrogante? Se habían conocido unas noches antes en una fiestecita a base de alcohol y emparedados rancios organizada por los del Departamento de Ciencias Naturales. Se fijó en ella enseguida, con su suéter negro y el pelo recogido en la nuca. Estuvo buscando todo el tiempo una excusa para acercarse a ella. Se presentó la ocasión cuando la vio hablando con un tipo que conocía a duras penas y del que ni siquiera recordaba su nombre, Max o Alex, no importaba. Se acercó con la excusa de saludarlo, con la esperanza de que se la presentara. Al tipo le costó un rato, quizá él también estuviera interesado. Al final, lo hizo sólo para ahorrarse a ella la incomodidad de presenciar en silencio su diálogo.

—Soy Loris —dijo él en seguida, tendiéndole la mano, como si pudiera escapársele de un momento a otro.

—Clea —contestó, frunciendo el ceño, un gesto que con el tiempo le acabaría siendo familiar: curiosidad mezclada con escepticismo. Seguramente era así como se sentían observados los primates en el zoo, pero en ese momento a Loris le pareció adorable.

Él no perdió el tiempo y se intercambiaron la información esencial para iniciar una conversación. A qué facultad vas, de dónde eres, qué harás después de la universidad. Después buscó un interés común, un fino hilo con el que empezar a

tramar una relación. Dedujo unas cuantas cosas sobre ella: tenía una belleza espontánea, pero era lo bastante decidida como para no utilizarla; inteligente, pero sin querer por eso humillar a los demás; progresista y tolerante, y, finalmente, orgullosamente independiente.

Llegó a la conclusión de que, por esos motivos, lo que tenían en común era sin duda el baloncesto.

Loris empezó a disertar con naturalidad sobre tácticas y jugadores; Clea conocía estadísticas y resultados de los partidos. El campeonato de los campus universitarios no tenía secretos para ella.

De modo que estuvieron hablando toda la noche e incluso consiguió hacerla reír en un par de ocasiones. Estaba seguro de que invitarla a salir no sería un problema, pero no quiso rematar la faena en seguida. La próxima vez, se dijo. Porque con una chica así no había que precipitarse.

Pero el epílogo de la mañana delante del dormitorio femenino fue del todo inesperado. Ella lo había liquidado con frialdad, casi con aversión. Mejor dicho, sobre todo con aversión. Y Loris no se lo pensó mucho a la hora de mandarla a freír espárragos.

Pero el rechazo se reveló difícil de digerir. En los días posteriores estuvo pensándolo, a veces sacudiendo la cabeza de manera divertida por lo absurdo de la escena, aunque a menudo con rabia. Sin darse cuenta, un pequeño gusano se había introducido en su mente y escarbaba un hueco que debía llenar.

No lograba olvidarla.

Entonces tomó la decisión más descabellada de su vida. Se compró un traje azul marino y una camisa blanca en unos grandes almacenes, así como una impresentable pajarita roja. Se peinó hacia atrás la melena rebelde y, después de invertir en un ramo de rosas rojas una cantidad disparatada para sus finanzas, se presentó a las nueve de la mañana en la puerta del aula en la que se impartía el curso de Derecho Privado Comparado. Y esperó. Cuando, al acabar la clase, la masa de estudiantes irrumpió en el pasillo como el torrente de un río, Loris no se dejó arrastrar. Permaneció estoicamente quieto en medio de la corriente, a la espera de cruzarse con una mirada en concreto. Cuando sucedió, Clea se dio cuenta al instante de que él estaba allí por ella. Se le acercó sin dudar.

Loris le tendió el ramo de flores, serio.

—¿Me permites invitarte a cenar?

Ella observó el regalo, a continuación lo estudió a él frunciendo el ceño. A diferencia de la primera vez, cuando se lo propuso en chándal, sudado después de un partido de baloncesto y con la actitud de quien da por supuesta una respuesta afirmativa, esta vez Loris se había esforzado por demostrar que la respetaba y que deseaba salir con ella, a costa de correr el riesgo de hacer el ridículo. El rostro de Clea se iluminó con una sonrisa.

—Por supuesto —dijo.

Mientras recordaba aquel episodio viéndola dormir con el sol invernal que se iba poniendo como una caricia sobre su rostro, Loris Martini pensó en que hacía ya mucho tiempo que había dejado de ver una sonrisa como aquella en sus labios. Y ese pensamiento le hizo daño.

Habían llegado al valle seis meses antes. Fue ella quien propuso trasladarse. Él encontró una plaza libre en Avechot y se mudaron sin pensárselo demasiado. No estaba claro que un pequeño pueblo de montaña fuera el mejor sitio para volver a empezar, pero daba igual. Clea había sido clara y concisa al decidir marcharse, aunque ahora Martini temía que su mujer no fuera feliz. Por eso la estudiaba a distancia, intentando descifrar alguna huella de lo que no funcionaba. Quizá todo había ocurrido demasiado deprisa. Quizá al final sólo habían salido huyendo de algo.

«El asunto —se dijo—. Sí, todo es culpa del asunto».

Clea empezó a despertarse. Primero abrió ligeramente los ojos, seguidamente soltó el libro que tenía en el regazo y abrió los brazos para desperezarse. A mitad del gesto, al reparar en él, se quedó parada.

—Eh —lo saludó con un leve esbozo de sonrisa.

—Eh —contestó él, permaneciendo sentado en la escalera.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Acabo de llegar —mintió—. No quería molestarte.

Clea apartó la mantita y miró la hora.

—Uy, debo de haber dormido un montón. —Después se recogió los brazos sobre el pecho con un escalofrío—. ¿No hace un poco de frío aquí?

—Puede que la calefacción no se haya puesto en marcha todavía. —En realidad, esa mañana había retrasado el temporizador un par de horas. El último recibo había subido bastante—. Me ocupo en seguida, y también encenderé la chimenea —dijo, levantándose del escalón—. ¿Has visto a Mónica?

—Creo que está en su cuarto —contestó Clea, con una expresión preocupada—. A su edad no debería aislarse tanto.

—¿Tú cómo eras a su edad? —preguntó él para intentar quitar hierro al asunto.

—Yo tenía amigos —respondió ella, ofendida.

—Pues yo, en cambio, era una máscara de granos y me pasaba el rato rasgando una guitarra. Imagínate, creía que aprender a tocarla me serviría para que los demás me aceptaran.

Clea, sin embargo, no se lo tragó. Estaba realmente inquieta por su hija. «No es sano para Monica», se dijo, preocupada.

—¿A ti te parece que nos oculta algo?

—Sí, pero no creo que sea un problema —afirmó Martini—. A los dieciséis años es normal tener secretos.

23 de diciembre

El día de la desaparición

A las seis de la mañana todavía estaba oscuro.

Martini se había despertado temprano. Mientras su mujer y su hija dormían, se preparó un café y se lo bebió de pie, apoyado en un mueble de la cocina, disfrutando del calor de la bebida en la atmósfera amarillenta provocada por la lámpara que colgaba encima de la mesa. Lentamente, y con la mirada perdida en sus pensamientos. Llevaba ropa deportiva y zapatos de *trekking*: la noche anterior le anunció a Clea que iba a ir a hacer una excursión de alta montaña.

Salió de casa hacia las siete. Fuera hacía frío, pero era agradable. El aire escocía y los perfumes del bosque se habían deslizado hasta el valle, desplazando por un tiempo los desagradables efluvios procedentes de la planta de extracción. Cargó la mochila en el todoterreno y oyó que lo llamaban.

—¡Eh, Martini!

Al otro lado de la calle, su vecino le hacía señales con un brazo levantado. Loris respondió al saludo. Los Odevis en seguida se habían mostrado cordiales con Clea y él. Marido y mujer tenían su misma edad, aunque los hijos de la pareja eran mucho más pequeños que Monica. Por lo que Martini había podido ver, él se dedicaba al ramo de la construcción, pero había oído decir que su capital procedía de la venta de un terreno a la compañía minera. Vivían bien. Él era un poco engreído, pero básicamente inofensivo. Su esposa era una mujer inconsistente y perfeccionista, parecía salida de un anuncio para amas de casa de los años cincuenta.

—¿Adónde vas? —preguntó Odevis.

—Subiré al desfiladero, después seguiré por la vertiente este. Nunca la he explorado.

—Lástima, la próxima vez a ver si puedo ir contigo. Me iría bien perder algún kilo. —Rio y se dio una palmada en su prominente estómago—. Pues yo hoy voy a llevar a mi cachorro a dar un paseo —dijo señalando el garaje con la puerta abierta y el Porsche azul que estaba aparcado. No era más que el último juguete caro que había adquirido, porque a Odevis le encantaba gastar su dinero para exhibirlo.

—Puede que la próxima vez vaya yo contigo —le contestó Martini.

El hombre se rio de nuevo.

—Y bien, ¿está todo confirmado para Navidad?

—Claro.

—De verdad, estamos encantados de teneros con nosotros —le confió.

Clea había aceptado la invitación sin consultárselo, pero Martini no le había

recriminado nada. Su mujer se pasaba los días en casa y era comprensible que quisiera hacer un poco de vida social. Además, le pareció que los Odevis también buscaban nuevos amigos; tal vez a causa de su nuevo tren de vida la relación con sus viejos conocidos se había enfriado un poco.

—Bueno, entonces que te vaya bien la caminata —dijo el hombre dirigiéndose hacia el Porsche.

El profesor le devolvió el saludo y se apresuró a subir en el viejo todoterreno blanco que ya había acumulado demasiados kilómetros y empezaba a enviar inequívocas señales de cansancio en forma de ruidosas vibraciones y de humo demasiado denso saliendo del tubo de escape. Arrancó y se alejó hacia las montañas, mientras la oscuridad de la noche empezaba a disiparse.

Cuando regresó, volvía a estar oscuro. Abrió la puerta principal y lo embistió un olor inconfundible a sopa y asado. Eran casi las ocho y ese olorcillo era el prelude de un premio merecido tras un largo día.

—Soy yo —anunció, pero nadie respondió. En el pasillo sólo había la luz que provenía de la cocina; el ruido de la campana seguramente impedía que Clea lo oyera. Martini dejó la mochila en el suelo y se sacó las botas de *trekking* para no ensuciar. Llevaba barro por todas partes y la mano derecha envuelta en unas vendas improvisadas, aunque seguía sangrando. La escondió detrás de la espalda y se encaminó descalzo a la cocina.

Como sospechaba, Clea estaba totalmente absorta en los fogones y de tanto en tanto lanzaba una ojeada al pequeño televisor situado sobre una alacena. Martini se acercó por su espalda.

—Hola —dijo intentando no asustarla.

Clea se volvió por un instante.

—Hola —le contestó antes de volver a concentrarse en la tele—. Llegas tarde. —Había soltado la frase sin verdadera intención de reprimirlo. En realidad, su esposa parecía estar pensando en otra cosa—. He intentado llamarte al móvil durante toda la tarde —añadió.

Martini hurgó en un bolsillo del chaquetón y sacó el aparato. La pantalla estaba apagada.

—Debe de haberse quedado sin batería en la montaña y no me he dado cuenta. Perdóname.

Clea ni siquiera lo escuchó. Sí, su tono de voz era distinto: Loris se percataba en seguida cuando algo la preocupaba. Se acercó a ella y le rozó el cuello con un pequeño beso. Clea alargó una mano para acariciarlo, pero no perdió de vista la pantalla del televisor.

—Ha desaparecido una niña en Avechot —dijo señalando el telediario local. El ruido de la campana velaba la voz del locutor.

Martini se inclinó por detrás de su hombro y miró.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace pocas horas, por la tarde.

—Bueno, quizá sea un poco pronto para afirmar que ha desaparecido —dijo para tranquilizarla.

Clea se volvió a mirarlo; estaba inquieta.

—Ya la están buscando.

—A lo mejor sólo se ha escabullido de su casa. Se habrá peleado con sus padres.

—Parece que no —rebatió ella.

—Los chicos de esa edad se escapan continuamente. Yo los conozco, trato con ellos todos los días. Ya verás, volverá en cuanto se le acabe el dinero. Siempre te tomas las cosas demasiado a pecho.

—Tiene la misma edad que nuestra hija.

Martini entonces comprendió de dónde procedía tanta aprensión. Le rodeó la cadera, la atrajo hacia sí y le habló dulcemente como sólo él sabía hacer.

—Escucha, es sólo la noticia de una emisora local, si realmente fuera algo grave hablarían de ello en todos los telediarios.

Clea pareció serenarse un poco.

—Tal vez tengas razón —admitió—. De todos modos, iba a tu escuela.

En aquel instante apareció en la pantalla la imagen de una adolescente pelirroja y con pecas. Martini se la quedó mirando y a continuación sacudió la cabeza.

—No es alumna mía.

—¿Qué te has hecho ahí?

El profesor se había olvidado de la mano vendada. Clea se había fijado en ella.

—Oh, nada grave —dijo quitándole importancia.

Ella se la cogió para observar mejor la palma herida.

—Pues parece que sangra bastante.

—Resbalé por una pendiente, para frenarme me agarré a una rama que sobresalía del suelo y me hice un corte. Pero es superficial, no es para tanto.

—¿Por qué no vas a urgencias? Puede que necesites puntos de sutura.

Martini retiró la mano.

—Que no, no hace falta. No es nada, tranquila. Ahora me limpiaré la herida, cambiaré la venda y ya verás cómo se cura sola.

Clea se cruzó de brazos y lo miró hosca.

—Eres el mismo testarudo de siempre, no haces nunca nada de lo que te dicen.

Martini se encogió de hombros.

—Porque así te enfadas y te pones todavía más guapa.

Clea sacudió la cabeza, pero su intento de reprimenda estaba a punto de transformarse en una sonrisa.

—Ve a lavarte, anda: apestas como un macho cabrío.

El profesor se llevó la mano herida a la frente y le dedicó un saludo militar.

—¡A sus órdenes!

—Y date prisa, que cenaremos dentro de poco —lo exhortó Clea mientras él se alejaba hacia el pasillo.

En la sala de estar, marido y mujer se miraban en silencio mientras la cena se estaba enfriando sobre la mesa.

—Ahora voy a subir y me va a oír —amenazó Clea.

El profesor acercó la mano para acariciar la de ella.

—Déjalo estar, bajará en seguida.

—La he avisado hace veinte minutos y luego tú has ido a llamar a la puerta de su cuarto. Ya estoy harta de esperar.

Le habría gustado decirle que así sólo empeoraba las cosas, pero siempre temía entrometerse en las delicadas dinámicas entre madre e hija. Clea y Monica habían encontrado una manera propia de comunicarse. Chocaban a menudo, incluso por cosas triviales. Pero la mayoría de las veces llegaban a una especie de tácito armisticio, porque ambas eran orgullosas y tenían que seguir viviendo bajo el mismo techo.

Oyeron cerrarse la puerta de la habitación de la niña y a continuación sus pasos en la escalera. Monica apareció en la sala de estar con una chaqueta demasiado grande, completamente vestida de negro, incluida la raya bajo sus ojos que endurecía una mirada que normalmente era dulce. Quizá por eso se la hacía, pensó Martini. Le decía a su esposa que la niña estaba atravesando su etapa *dark*, pero Clea rebatía que esa etapa ya empezaba a durar demasiado. «Parece una viuda, no la soporto», decía. Eran idénticas, no sólo de aspecto. Martini encontraba en la una el gesto juvenil de la otra, el mismo modo de enfrentarse al mundo.

Monica se sentó a la mesa sin dedicarles ni una mirada. Cabizbaja, con el flequillo cayéndole sobre los ojos como una providencial pantalla protectora. Sus silencios parecían cada vez más un desafío.

Martini cortó el asado y sirvió las porciones, reservando la última para él. Entretanto, intentaba atraer la atención de Clea para que no empezara con una regañina, pero por la expresión de ella dedujo que estaba a punto de explotar.

—Y bien, ¿cómo te ha ido hoy? —preguntó a su hija antes de que empezara la pelea.

—Como siempre —fue su lacónica respuesta.

—Me he enterado de que os han hecho un examen sorpresa de matemáticas.

—Sí. —Monica jugaba con el tenedor en el plato, moviendo la comida sin parar y llevándose a los labios sólo pequeños bocados.

—¿A ti te han preguntado?

—Sí.

—¿Qué nota has sacado?

—Un seis. —Su tono desganado era intencionadamente provocativo, al igual que la inutilidad de las respuestas.

Martini no tenía valor de censurarla. Al fin y al cabo, era la única que no había tenido ni voz ni voto en la cuestión del traslado a Avechot. Y ellos tampoco le habían dado demasiadas explicaciones sobre los motivos. Monica no había tenido otra alternativa que aceptar la incomprensible y absurda decisión de sus padres, pero era demasiado espabilada para no ver que le pedían que pagara el precio de una fuga.

Del «asunto», recordó Martini.

—Deberías buscarte algo que hacer, Monica —atacó Clea—. No puedes pasarte toda la tarde metida en tu habitación.

Martini vio que su hija no contestaba. Pero su mujer no tenía intención de dejarlo estar.

—Haz una actividad, una cualquiera. Ve a patinar, apúntate al gimnasio, elige un instrumento musical.

—¿Y quién me pagará las clases? —Monica había levantado la mirada del plato y ahora sus ojos estaban clavados en su madre. Pero Martini sabía que la frase acusatoria en realidad iba dirigida a él.

—Encontraremos un modo, ¿verdad, Loris?

—Sí, claro. —Su respuesta, sin embargo, no era de las más alentadoras. Monica tenía razón, con su sueldo no podían permitirselo.

—No puedes estar siempre sola.

—Siempre puedo irme con esos de la congregación. Ir allí es gratis —replicó ella con un hiriente sarcasmo.

—Sólo digo que necesitas hacer amigos.

Monica dio un puñetazo en la mesa y la vajilla tintineó.

—Ya tenía amigos, pero ¿no lo adivinas? Tuve que abandonarlos.

—Bueno, pronto harás otros —le respondió su madre, dándole largas.

Martini percibió en ella una pequeña flaqueza, como si no supiera cómo rebatírselo.

—Yo quiero regresar, quiero volver a casa —protestó la niña.

—Tanto si lo quieres como si no, ahora esta es nuestra casa. —Una vez más, las palabras de Clea eran duras, pero el tono en que las había pronunciado traslucían debilidad.

Entonces Monica se levantó de la mesa y subió corriendo la escalera para refugiarse de nuevo en su cuarto. Al cabo de un momento, desde abajo oyeron un portazo. Se produjo un breve silencio.

—Ni siquiera ha terminado de cenar —dijo Clea observando el plato de su hija todavía lleno.

—Tranquila, más tarde subiré y le llevaré algo.

—No comprendo por qué es tan hostil.

Pero Clea lo comprendía perfectamente, Martini estaba seguro de ello. Al igual

que estaba convencido de que, para desquitarse, su hija rechazaría la comida que le llevara. Hubo una época en que no era así. Una época en que él podía mediar entre madre e hija. De todos modos, tenía la sensación de ser el raro tipo larguirucho que vivía con las dos, que se afeitaba la cara en vez de las piernas, que no saltaba por una nadería una semana al mes y ocasionalmente intentaba expresar su opinión. Con Monica, su papel de padre taciturno pero comprensivo siempre había funcionado. Luego, algo se rompió en su familia.

Si bien él estaba seguro de que podría arreglarlo.

Se fijó en que Clea estaba a punto de llorar. Sabía distinguir cuándo los nervios le daban por las lágrimas. Esta vez, en cambio, eran lágrimas de dolor.

«Es por la niña desaparecida», se dijo. «Está pensando que podría pasarle a nuestra hija, porque ella ya no la conoce lo suficiente».

Martini se sintió culpable. Porque sólo era un profesor de instituto, porque tenía un sueldo miserable, porque no había sabido ofrecer una alternativa de vida mejor a las dos mujeres que más amaba en el mundo y, además, por haber encerrado a su familia entre las montañas de Avechot.

Clea se puso a comer, pero las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas. Martini no quería volver a verla en ese estado.

Sí, lo arreglaría todo. Se lo juró a sí mismo, volvería a poner las cosas en su sitio.

25 de diciembre

Dos días después de la desaparición

La mañana de Navidad, el centro de Avechot estaba lleno de gente. Parecía que todos se hubieran decidido a comprar los regalos en el último momento.

Martini figoneaba entre las estanterías de una librería examinando los lomos de las novelas en busca de algo que leer durante las vacaciones. Tenía ejercicios por corregir e iba retrasado con los informes del trimestre, pero no quería renunciar a un poco de tiempo para sí mismo. En realidad, en casa todavía había mucho que hacer. Pequeños trabajos que siempre posponía y que, estaba seguro de ello, Clea le recordaría que tenía que realizar. Como el cenador del jardín. Cuando decidieron vivir allí, su mujer se enamoró precisamente de ese pequeño espacio verde detrás de la casa. Pensaba cultivar un huerto o plantar rosas. El cenador estaba estropeado, pero Loris le sugirió la idea de transformarlo en un invernadero. Por desgracia para él, Clea acogió la propuesta con demasiado entusiasmo. Esperaba no tener que aguardar hasta el verano para acabar la remodelación y que estuviera ya listo durante ese mismo invierno. Le tocaría pasar unas cuantas horas allí fuera con el frío, pero valía la pena con tal de ver una sonrisa de gratitud en su rostro.

En ese momento vio a Clea, que entraba en la tienda y lo buscaba paseando la mirada entre los pasillos. Le hizo una señal. La mujer llevaba una bolsa atada con un lazo y le brillaban los ojos.

—¿Qué, las has encontrado? —le preguntó cuando llegó hasta él.

Ella asintió entusiasmada.

—Son justo las que quería.

—Bien —aprobó—. Así dejará de odiarnos... Al menos por un tiempo. —Se rieron—. ¿Y a ti qué te gustaría?

Ella le rodeó la cadera con los brazos.

—Yo ya he recibido mi regalo.

—Venga, habrá algo que quieras.

—«Ningún placer poseo ni persigo. Salvo el que tengo de ti y de ti puedo obtener» —contestó.

—Deja de citar a Shakespeare cuando no toca y dime qué quieres. —Se dio cuenta de que la sonrisa del rostro de su esposa se había desvanecido. Clea había divisado algo a su espalda. Martini se volvió.

A poca distancia de ellos, la dueña de la librería estaba colgando detrás de la caja una octavilla con el rostro de la niña desaparecida.

—No puedo imaginar cómo se sentirán los Kastner —le decía a una cliente—.

Todas estas horas sin saber qué le ha pasado a su hija.

—Qué tragedia —coincidió la otra.

Martini cogió delicadamente la barbilla de su esposa entre los dedos y la obligó a volverse de nuevo en su dirección.

—¿Quieres que nos vayamos?

Ella asintió mordiéndose el labio inferior.

Un poco más tarde, el profesor aparcó delante del supermercado, al lado de un carro repleto de productos. Habían aprovechado las ofertas navideñas para hacer la compra por lo menos para un mes. Después de insistirle varias veces, Clea se decidió a echar un vistazo a una tienda de ropa para que escogiera un regalo. Él la aguardó con la esperanza de verla salir con algo. Mientras estaba allí, se miraba la mano izquierda vendada. Le había dolido toda la noche y se había visto obligado a tomar un analgésico, aunque no había sido suficiente para dormir. Esa mañana se había cambiado de nuevo el vendaje, pero iba a necesitar antibióticos: corría el riesgo de que la herida se infectara.

Se olvidó de la mano porque vio un rostro familiar a lo lejos.

Priscilla estaba sentada en el respaldo de un banco junto a un kiosco de perritos calientes, holgazaneaba con algunos amigos. Bromeaban, si bien parecían aburridos. Martini observó un rato a su alumna más guapa. Mascaba un chicle y de vez en cuando también se mordía las uñas. Un chico le dijo algo al oído; ella le sonrió con malicia.

—Creo que he agotado toda mi imaginación para encontrar algo que realmente me gustara en esa tienda. —Era Clea quien hablaba, reavivando la atención de su marido. Le mostró una bolsita roja—. ¡Ta chan! —anunció.

—¿Qué es?

—Una bufanda de una fibra sintética finísima.

Martini le dio un beso en los labios.

—No me cabía duda de que también criticarías el regalo que te has elegido tú misma.

Clea lo cogió de la mano sana y empujó el carro. Parecía feliz.

—Yo siempre lo digo: en los negocios hay que aprovechar las oportunidades. —Odevis hablaba mientras reavivaba el fuego de la gran chimenea de piedra con un atizador.

Loris y Clea estaban sentados en uno de los sofás blancos del salón. A sus pies, una alfombra de pelo del mismo color y una mesita de cristal. Tras ellos, la mesa estaba todavía ricamente dispuesta con las sobras de la comida de Navidad; las velas rojas colocadas de adorno se consumían lentamente. También había un gran árbol adornado que casi llegaba al techo. En general, todo en aquella casa tenía un aspecto opulento, y también chabacano.

—Modestamente, yo siempre he sabido dónde iba el dinero —subrayó el vecino para dar fuerza a la teoría que poco antes había apoyado—. Es cuestión de instinto. Unos lo tienen y otros no.

Martini y su mujer asintieron porque no sabían qué otra cosa decir.

—Aquí está el café —anunció la radiante señora Odevis, llevando una bandeja de plata con las tazas.

Martini no pudo evitar observar que todavía llevaba puesto el collar de oro y diamantes que le había regalado su marido, si bien el contexto debería haberle aconsejado no hacer ostentación de él. Habían abierto los regalos en su presencia antes de sentarse a la mesa. Los Odevis no se preocuparon de la incomodidad que eso podría suscitar en sus invitados. Habían querido exhibirse delante de ellos. Martini estaba furioso, pero Clea todavía no le había hecho ninguna señal para que se fueran. A saber por qué, se preguntó. Tal vez a su esposa le importaba de veras la amistad de esos nuevos ricos tan paletos.

Mientras conversaban, los hijos de la pareja, un chico y una chica de diez y doce años, jugaban con la consola de videojuegos conectada a la gran pantalla de plasma. El volumen de un juego de guerra estaba demasiado alto, pero nadie les decía que lo bajaran. Monica, en cambio, estaba arrellanada en un sillón, con las piernas levantadas sobre el reposabrazos y un par de flamantes botas rojas bien a la vista. El regalo de Navidad de sus padres no había hecho mella en su coraza y ahora trasteaba con el móvil sin decir una palabra desde hacía al menos tres horas.

—Hay quien dice que la mina se ha cargado la economía del valle, pero es una gran gilipollez —prosiguió Odevis—. En mi opinión, sólo es que la gente no ha sabido espabilarse y aprovecharlo. —A continuación se dirigió a Clea—. A propósito, he oído que antes de trasladaros a Avechot trabajabas como abogada.

—Sí —admitió ella un poco apurada—. Estaba en un bufete de la ciudad.

—¿Y no has pensado en volver a ejercer aquí?

Clea evitó mirar a su marido.

—Es difícil cuando no conoces bien un lugar. —La verdad era que habría sido demasiado caro abrir un despacho.

—Pues me gustaría hacerte una propuesta. —El hombre sonrió a su mujer, que lo animó a proseguir—. Ven a trabajar para mí, siempre hace falta alguien que le eche un vistazo a los papeleos legales. Serías perfecta como secretaria.

Su oferta cogió desprevenida a Clea, que no dijo nada. Estaba en una situación delicada. Había tenido alguna discusión con su marido porque ella insistía en buscarse un trabajo. Martini no quería que se conformara con un empleo de dependienta, y hacer de secretaria tampoco era ningún paso adelante.

—Te lo agradezco mucho —afirmó al final con una sonrisa de circunstancias—. Pero por ahora prefiero dedicarme a la casa, todavía queda mucho por hacer, parece que los traslados no se acaban nunca.

En ese momento, Martini se dio cuenta de que su hija de repente se había

desinteresado por el móvil y, después de levantar los ojos al cielo en señal de desaprobación, se lo había quedado mirando con una clara expresión de reproche.

La propuesta y el rechazo habían creado una situación incómoda entre los presentes. Quedó resuelta por el providencial timbre del teléfono de la casa. Odevis fue a contestar y, después de intercambiar un par de frases con un misterioso interlocutor, colgó y se apoderó del mando del televisor de plasma.

—Era el alcalde —dijo. Me ha dicho que miremos algo en la tele—. A continuación, cambió de canal sin atender las protestas de sus hijos, que seguían absortos en el videojuego.

En la pantalla, aparecieron los rostros abatidos de Maria y Bruno Kastner.

El padre de la niña desaparecida mostraba al objetivo de la cámara una foto de su hija con una túnica blanca y un crucifijo de madera. La madre miraba fijamente a cámara.

«Nuestra hija Anna Lou es una buena chica, quienes la conocen saben que tiene un gran corazón: le gustan los gatos y confía en las personas. Por eso hoy también nos dirigimos a quienes no la han conocido en sus primeros dieciséis años de vida: si alguien la ha visto o sabe dónde se encuentra, ayúdenos a que vuelva a casa».

En el salón de los Odevis, como probablemente en otras casas de Avechot, el clima festivo se evaporó. Martini se volvió ligeramente hacia su mujer, que, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo, observaba a aquella mujer como si se estuviera viendo a sí misma en un espejo.

Cuando, luego, Maria Kastner se dirigió directamente a su hija, la calidez navideña se desvaneció al instante, dejando sólo un frío presagio en el corazón de todos.

«Anna Lou..., mamá, papá y tus hermanos te queremos. Estés donde estés, espero que te llegue nuestra voz y nuestro amor. Y cuando vuelvas a casa, te regalaremos el gatito que tanto deseas, Anna Lou, te lo prometo... Que el Señor te proteja, pequeña mía».

Odevis apagó el televisor y se sirvió un vaso de whisky del mueble bar.

—El alcalde dice que ya ha llegado a Avechot un pez gordo de la policía para coordinar las investigaciones. Uno de esos que salen a menudo en la tele.

—Por lo menos hacen algo —dijo su mujer—. No me ha parecido que las autoridades locales se hayan volcado en la búsqueda hasta ahora.

—A esos sólo se les da bien poner multas. —Odevis sabía algo del tema porque le habían llegado varias por exceso de velocidad con el Porsche.

Martini escuchaba y se tomaba su café sin intervenir.

—De todos modos —prosiguió su vecino—, yo no creo en la historia que cuentan por ahí de la mosquita muerta que va de casa a la iglesia y de la iglesia a casa. A mí me parece que esa Anna Lou tenía algo que esconder.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? —Clea estaba indignada.

—Porque siempre pasa lo mismo. A lo mejor se ha escapado porque alguien la ha

dejado embarazada. A esa edad puede pasar, practican sexo y luego se arrepienten cuando ya es demasiado tarde.

—¿Y entonces ahora dónde está, según tú? —preguntó Clea, intentando desmontar esa versión tan absurda de lo ocurrido.

—Y yo qué sé —afirmó el hombre abriendo los brazos—. Ella acabará volviendo y sus padres y los de la congregación intentarán tapar el asunto.

Clea cogió la mano de su marido, la que llevaba vendada. La apretó sin hacer caso de la herida. Martini aguantó el dolor, no quería que su mujer se peleara. Siempre había mucho que aprender de gente limitada como los Odevis. De hecho, al cabo de poco, el vecino remató su obra maestra de lógica:

—Para mí que tiene que ver con uno de esos inmigrantes que de vez en cuando vienen a pedirme trabajo. Que quede claro: no soy racista. Pero me parece que deberían limitar la entrada de personas procedentes de países en los que el sexo está prohibido. Está claro que luego quieren desahogar sus necesidades con nuestras hijas.

A saber por qué los racistas, antes de hablar, siempre tenían la necesidad de dejar patente que no lo eran, pensó Martini. Clea estaba a punto de estallar, pero Odevis se dirigió oportunamente a él.

—¿Tú qué opinas, Loris?

El profesor reflexionó un momento antes de responder.

—Hace unos días, cuando Clea y yo comentábamos la noticia, le dije que probablemente Anna Lou se había escapado de casa y que todo se resolvería en poco tiempo. Pero ahora me parece que han pasado demasiadas horas... En resumen, no puede descartarse que a la chica le haya ocurrido algo.

—Sí, pero ¿qué? —insistió Odevis.

Martini sabía que lo que estaba a punto de decir iba a aumentar la preocupación de Clea.

—Yo soy padre, y un padre incluso en la desesperación deja siempre un resquicio a la esperanza, pero... Pero los Kastner deberían empezar a prepararse para lo peor.

La afirmación tuvo el efecto de hacer callar a todos. No fue tanto el sentido de esas palabras como el tono con que Martini las había pronunciado. Un tono convencido, carente de incertidumbre.

—Así pues, ¿el año que viene lo repetimos? —propuso el vecino, que tenía un brazo apoyado en el hombro de su mujer en el umbral de su espléndida y chabacana casa.

—Claro —afirmó el profesor sin mucha convicción. Monica había entrado ya en casa mientras que él y Clea se habían quedado despidiéndose de la pareja.

—Bien —dijo Odevis—. Pues está decidido.

Martini y su mujer se fueron abrazados. Mientras cruzaban la calle, oyeron la puerta cerrarse tras ellos. Clea se apartó un poco demasiado bruscamente de su marido.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

Ella se volvió, estaba enfadada.

—Es porque me ha propuesto un trabajo de secretaria, ¿verdad?

—¿Cómo? No te entiendo...

—Hace un rato, cuando dijiste esas cosas sobre la familia de Anna Lou —afirmó como si estuviera explicando algo obvio—. Que los Kastner deberían empezar a prepararse para lo peor...

—¿Y bien? Es lo que pienso.

—No, lo has dicho aposta. Has querido castigarme porque no he sido lo suficientemente resuelta al rechazar la oferta de Odevis.

—Por favor, Clea, no empieces ahora —intentó apaciguarla él.

—¡No me digas que me calme! Sabes perfectamente cuánto me ha afectado esta historia. ¿O te has olvidado de que tenemos una hija de dieciséis años y que todo esto está sucediendo en el lugar donde «nosotros» decidimos traerla en contra de su voluntad?

Clea había cruzado los brazos y estaba temblando, pero Martini comprendió que no era sólo por el frío.

—De acuerdo, tienes razón. Me he equivocado.

Su mujer lo miró a la cara y se dio cuenta de que estaba sinceramente apenado. Se le acercó y recostó la cabeza sobre su pecho. Martini la abrazó para reconfortarla. A continuación, Clea levantó la barbilla para buscar su mirada.

—Te lo ruego, dime que no pensabas de verdad esas cosas.

—No las pensaba —mintió él.

27 de diciembre

Cuatro días después de la desaparición

Llegaban en grupos o bien solos. Algunos habían traído a la familia. Era un ir y venir continuo pero ordenado. Se acercaban a la casa y depositaban en el suelo un gatito de tela, de cerámica o de peluche. En sus rostros se reflejaba el resplandor de las velas. Se recogían en ese oasis de luz y calor en medio de la oscuridad y el frío de la noche y encontraban consuelo.

Clea había visto en la tele las imágenes de la procesión espontánea delante de la casa de los Kastner y le pidió en seguida a su marido que la acompañara. Monica se quedó en casa, pero ofreció uno de sus muñecos preferidos para que su madre lo llevara como regalo a la niña desaparecida.

Un gatito rosa de peluche.

Clea y su hija se habían acercado mucho durante esos días. Era lo que ocurría cuando el mal afectaba a otra persona, pensó Martini. Producía efectos balsámicos en la vida de los extraños, que, de ese modo, redescubrían el verdadero valor de las cosas. Por miedo a perderlas, se apresuraban a cuidarlas antes de que alguien o algo se las llevara. Los Kastner no habían llegado a tiempo. A ellos les había tocado la ingrata tarea de ser el principio de la cadena, de pasar el mensaje a los demás.

El profesor permanecía en el coche estacionado a un centenar de metros de distancia de la casa donde había crecido Anna Lou. Un cordón policial impedía que los vehículos se acercaran más. La gente llegaba andando. Clea se agregó a la pequeña multitud y él iba a esperarla allí.

Con la mano vendada apoyada sobre el volante, Martini observaba la escena a través del parabrisas.

Se veían las furgonetas de las cadenas y a los enviados de los telediarios, cada uno iluminado por el haz de un pequeño reflector. Hablaban del pasado y del presente sin conocer nada del futuro. Pero era el truco para conseguir audiencia, dejar que sobre cada historia flotara siempre un secreto. Reporteros, fotógrafos y cronistas habían acudido en masa atraídos por el olor del dolor, que era más fuerte que el de la sangre, especialmente porque en Avechot la sangre todavía no corría. El dolor ajeno producía un efluvio extraño, era fuerte y penetrante, pero a la vez seductor.

Luego estaba la gente normal. Muchos eran simples curiosos, aunque también había muchos que iban allí a rezar. El profesor nunca había sido un hombre de fe, por eso siempre le sorprendía ver cómo las personas confiaban ciegamente en Dios en momentos como ese. Una niña había desaparecido y su familia llevaba días sufriendo. Un dios realmente bueno nunca lo habría permitido, y, sin embargo, había

sucedido. ¿Por qué, entonces, ese mismo Dios que había dejado que ocurriera debería volver a poner las cosas en su sitio? De haber existido, tampoco lo habría hecho. Dejaría que las cosas se produjeran naturalmente. Y como la naturaleza preveía que a la creación la precediera y la siguiera la destrucción, Anna Lou Kastner a los ojos del Señor era sacrificable. La clave quizá era precisamente esa: el sacrificio. Sin sacrificio no existía la fe, no existían los mártires. Y, de hecho, allí abajo ya habían empezado a santificarla.

En ese momento, un grupo de chicos de la escuela pasó por delante del todoterreno blanco. Martini reconoció a Priscilla. Seguía a los otros con las manos metidas en los bolsillos de la parka y la espalda encorvada. Parecía triste.

El profesor estuvo pensándolo un rato y a continuación alargó el brazo para sacar la cartera del bolsillo posterior del pantalón. La abrió. En un compartimento estaba la nota en la que Priscilla, el último día antes de las vacaciones, había escrito su número de móvil con la esperanza de recibir las anheladas clases de interpretación. Martini la miró. Seguidamente cogió el móvil y empezó a teclear algo. Cuando hubo terminado, volvió a levantar la mirada hacia la niña. Esperó.

Priscilla estaba charlando con una amiga cuando algo llamó su atención, seguramente un sonido o una vibración. Martini la vio sacar una mano del bolsillo de la parka y observar un buen rato la pantalla del móvil. Mientras leía el mensaje, en su rostro se dibujó una expresión sorprendida y a la vez un poco turbada. Al final, Priscilla se guardó el aparato en el bolsillo y no dijo nada a los demás. Pero se veía claramente que le seguía dando vueltas.

En la ventanilla del lado del copiloto apareció la figura de Clea de regreso de la casa. Martini se inclinó para abrirla la portezuela. Su mujer subió al coche.

—Es desgarrador —dijo—. Hace un momento los padres de la chica han salido para dar las gracias a la gente. Están todos consternados, tú también deberías haber venido.

—Mejor que no —rehuyó él.

—Tienes razón —convino ella—. No va con tu manera de ser... Pero podrías ayudar de todos modos.

Martini reconoció una súplica en los ojos de su esposa.

—¿En qué estás pensando?

—He oído que están organizando grupos de búsqueda por la montaña. En estos seis meses has recorrido estos lugares a lo largo y a lo ancho haciendo *trekking*, ¿no? Así que podrías...

—De acuerdo —la interrumpió él con una sonrisa.

Clea le lanzó los brazos al cuello y le estampó un fuerte beso en la mejilla.

—Lo sabía, eres un buen hombre.

Martini arrancó. Mientras maniobraba para salir del aparcamiento, sin que su mujer se diera cuenta, volvió una vez más la mirada en dirección a Priscilla.

La chica se había puesto de nuevo a charlar con sus amigos como si nada.

Y no había contestado a su mensaje.

31 de diciembre

Ocho días después de la desaparición

Los equipos de búsqueda seguían un método establecido.

Los voluntarios avanzaban lentamente sobre el terreno en partidas de veinte hombres como máximo, separados entre sí al menos tres metros, exactamente igual que hacían los grupos de rescate cuando buscaban a gente sepultada por un alud. Pero en vez de ir equipados con un bastón para ir clavándolo en la nieve, ellos habían sido instruidos sobre cómo usar la vista, dirigiéndola de una punta a otra de la porción de suelo que les correspondía y trazando líneas con la mirada en un rectángulo imaginario llamado «parrilla».

El objetivo no era, claro está, encontrar únicamente un cuerpo enterrado, para eso ya estaban los perros rastreadores de cadáveres. Ante todo debían identificar un rastro, un indicio que pudiera llevarlos a la situación actual de la víctima.

Anna Lou, sin embargo, todavía no era oficialmente una víctima, pensó Martini mientras avanzaba alineado con los demás por una pendiente en medio del bosque. Con todo, había acabado convirtiéndose en una, como un ascenso que se había ganado sobre la marcha. La gente ahora estaba convencida de que no se iba a producir un desenlace positivo. Y, en el fondo, todos, de una manera algo cínica, lo esperaban. Un final dramático es lo que el público realmente espera. Todos quieren quedar desolados.

El profesor tomaba parte en las operaciones desde ya hacía algún que otro día. Los equipos siempre eran guiados por un miembro de la policía. Para que no decayera el nivel de concentración, los hombres se iban reemplazando cada treinta minutos. Los turnos de búsqueda duraban cuatro horas en total.

El último día del año, a Martini le tocó el turno de primera hora de la tarde. Era el más corto, porque hacia las tres el sol se ponía inexorablemente detrás de las montañas, decretando el final de toda actividad de rastreo para los voluntarios, que no tenían equipo de visión nocturna.

Las primeras veces la búsqueda se había llevado a cabo casi en completo silencio, con los hombres atentos para que no se les escapara nada. Pero después se había instaurado un peligroso clima de camaradería, por lo que algunos se habían sentido autorizados a dar conversación o, peor aún, a llevar comida o cerveza como si se tratara de una excursión. A pesar de ello, nadie se atrevía a detenerlos.

Y huelga decir que, de Anna Lou, no había ni rastro. Al igual que de su misterioso raptor.

Para cumplir la palabra que le había dado a su esposa de llevar a cabo su

cometido lo mejor posible, Martini no se relacionó con nadie. Siempre iba a la suya, sin siquiera intercambiar impresiones con los demás, ya que a menudo parecían más chismorreos que otra cosa.

Ese día se dio cuenta de que había un clima distinto. Todos se esforzaban de manera notable. El motivo era la presencia de Bruno Kastner. El padre de la niña desaparecida ya había tomado parte en la búsqueda, pero nunca habían coincidido. Después de asistir a una ceremonia en la sala de actos de la congregación, el hombre se unió al último grupo. Al observarlo, Martini notó que, a pesar de que se veía consumido por la tensión, lo impulsaba una increíble fuerza interior. No le daba miedo encontrar una señal que ratificara el fin de las esperanzas por encontrar a su hija. Tal vez para él habría significado una liberación. El profesor se preguntó cómo habría actuado él en su lugar. No existía una respuesta para esa duda, había que sentir en carne propia la sensación lacerante de la pérdida.

Al término de las operaciones, los voluntarios regresaron al campamento base. En la explanada que había en medio de los bosques se había instalado una tienda de campaña en la que los jefes de grupo acudían por turnos a informar. Las zonas ya exploradas se marcaban en un gran mapa. Algunas, especialmente las más impracticables, requerían que los equipos volvieran a peinarlas. A continuación se procedía a establecer el programa para el día siguiente.

Los voluntarios habían aparcado sus vehículos a poca distancia y se disponían a regresar a casa. Martini estaba apoyado en el capó del todoterreno blanco quitándose las botas embarradas.

—Bien, escúchenme todos —dijo en voz alta el jefe de grupo llamando la atención de los presentes que en seguida se situaron a su alrededor—. He hablado con la sala de operaciones en el valle; dicen que el pronóstico meteorológico es pésimo. A partir de esta noche lloverá al menos durante cuarenta y ocho horas, de modo que tenemos que suspender las labores hasta el dos de enero.

Los hombres no se lo tomaron bien. Algunos habían hecho muchos kilómetros para estar allí, dejando a su familia y pagando los gastos de su propio bolsillo. Era un golpe para su moral.

El jefe de grupo intentó calmar el descontento.

—Ya sé que para ustedes no sería un problema, pero las condiciones del terreno se volverán muy desfavorables en las próximas horas.

—El barro cubrirá las huellas —hizo notar alguien.

—O puede que las descubra —rebatía el jefe de grupo—. En cualquier caso, no podemos hacer bien el trabajo si existen limitaciones: sería un esfuerzo inútil y perjudicial, créanme.

Al final acabó convenciéndolos. Martini los vio volver a sus coches, afligidos. Pero notó que de camino se detenían formando un corrillo.

En medio estaba Bruno Kastner.

Pasaban por su lado, de uno en uno, para estrecharle la mano y darle una palmada

silenciosa en el hombro. El profesor podría haberse unido a ellos y ofrecer a ese padre su solidaridad, pero no lo hizo. Se quedó al lado del todoterreno. Luego, sin que nadie se fijara en él, se subió al coche y fue el primero en marcharse.

* * *

Estaba en el pasillo en albornoz y zapatillas y llamaba insistentemente a la puerta del cuarto de baño desde hacía al menos diez minutos. Del interior sólo llegaba el sonido distorsionado de una canción *rock*, pero ninguna respuesta. Martini empezaba a perder la paciencia.

—Vamos a ver, ¿todavía vas a tardar mucho? —Reparó en Clea, que subía por la escalera con un montón de ropa limpia entre los brazos—. Lleva encerrada ahí dentro una hora —le hizo notar—. ¿Qué demonios se puede hacer en el baño todo este tiempo?

La mujer sonrió.

—Ponerse guapa, tonto. —Y luego añadió, en voz baja—: La han invitado a una fiesta esta noche.

Martini se quedó sorprendido.

—¿Quién la ha invitado?

—Qué importa, es una buena señal, ¿no? Empieza a hacer amigos.

—¿Y eso quiere decir que pasaremos la Nochevieja solos?

—¿Tienes pensado algún buen plan, profesor? —preguntó, insinuante, y luego avanzó hasta el armario.

—Todavía podemos permitirnos una pizza y una botella de vino.

Y mientras Clea pasaba por su lado con las manos ocupadas, aprovechó para pellizcarle el trasero.

Monica salió de casa hacia las ocho. Como siempre, iba vestida de negro, pero esa noche se permitió ponerse una falda. Al verla así, Loris Martini de repente cayó en la cuenta de que su hija pronto se convertiría en una mujer adulta. Sucedería de un día para otro, sin previo aviso. La niña que se acurrucaba entre sus brazos durante las tormentas ya no le pediría más que la protegiera. Pero él sabía que siempre lo necesitaría. Sólo tenía que encontrar la manera de cuidarla sin que ella lo advirtiera.

Mientras Clea estaba bajo la ducha, Martini fue un momento a la pizzería de la esquina a pedir dos caprichosas para llevar. Volvió a casa y encontró a su esposa en el sofá, con un suave pijama de franela y una mantita sobre las piernas.

—Pensé que iba a ser una velada peligrosa, no de arrumacos —protestó.

Clea entonces deslizó hacia abajo la cremallera del pijama y le mostró la ropa interior de encaje negro que llevaba debajo.

—Nunca hay que quedarse con las apariencias.

Se le acercó y, después de dejar las pizzas sobre la mesita, la besó cogiéndole el rostro con ambas manos. A continuación, tras un largo intercambio de sabor y calor, ella, sin decir una palabra, lo condujo al piso de arriba, a su dormitorio.

¿Cuánto tiempo hacía que no hacían el amor así? El profesor se lo preguntó mientras miraba al techo tendido en la cama a su lado; estaban desnudos. Claro, habían tenido otros momentos de sexo después del «asunto». Pero esa era la primera vez que él no había pensado en ello mientras lo hacía. Había resultado difícil volver a encontrar la complicidad o simplemente las ganas de hacerlo. Al principio hacían el amor con rabia, como por venganza. Se había convertido en una manera de echarse en cara lo ocurrido sin tener que discutir. Al final, acababan siempre extenuados.

Pero esa noche había sido distinto.

—¿Tú crees que nuestra hija es feliz? —preguntó Clea de buenas a primeras.

—Monica es una adolescente. Todos los adolescentes están angustiados.

—No me sirve una broma como respuesta —le recriminó—. ¿Has visto lo contenta que estaba esta noche cuando ha salido?

Tenía razón, en casa se había respirado una euforia que hacía tiempo que no se vivía.

—He comprendido una cosa con lo que le ha ocurrido a esa niña, Anna Lou. —Notó que sus palabras interesaban a Clea—. Quiero decir que siempre se dispone de poco tiempo para conocer a los hijos. Ahora esos padres, los Kastner, seguramente estarán preguntándose en qué se han equivocado, cuál ha sido el error que los ha conducido a este sufrimiento, en qué momento de su vida pasada se produjo la pequeña desviación que los ha llevado hasta aquí... La verdad es que no tenemos tiempo para preguntarnos si nuestros hijos son felices, porque hay algo más importante que hacer: preguntarnos si ellos creen que somos felices nosotros y asegurarnos de que nuestros errores no les caigan encima.

Clea quizá se sintió aludida, pero no lo demostró. En cambio, volvió a besarlo, agradecida por ese pensamiento.

Al cabo de un rato, estaban sentados semidesnudos a la mesa de la cocina, comiendo pizza fría y bebiendo en copas desaparejadas un vino tinto que el profesor tenía reservado para una ocasión especial. Loris le contaba anécdotas de sus compañeros y de los alumnos del colegio sólo para hacerla reír. Parecían haber regresado a los tiempos de la universidad, cuando a finales de mes se les acababa el dinero y compartían una lata de atún en el estudio al que se habían ido a vivir juntos.

Dios, cómo amaba a su esposa, habría hecho cualquier cosa por ella. «Cualquier cosa».

Estaban tan unidos esa noche que no se dieron cuenta de que había pasado la medianoche y había empezado el Año Nuevo. Fue una lluvia torrencial lo que los devolvió a la realidad.

—Voy a llamar a Monica —dijo Clea, levantándose de la mesa y abriendo el móvil—. Con este aguacero a lo mejor tendrás que ir a buscarla.

La chica de la universidad volvió entonces a ser la esposa y madre en la que se había convertido con los años. Martini asistió a la transformación mientras ella esperaba en silencio una respuesta al otro lado del teléfono. A continuación, la vio envolverse en su vieja chaqueta de punto que ella se había apropiado y que ahora sólo usaba en casa. No tenía frío, sino miedo.

—No consigo línea —dijo con un poco de aprensión.

—Hace poco que ha pasado medianoche, todo el mundo estará llamando para felicitarse. Habrá una sobrecarga en la red, es normal.

Clea, sin embargo, no lo escuchó y volvió a intentarlo, y otra vez. Sin éxito.

—¿Y si le ha ocurrido algo?

—Ahora te estás poniendo paranoica.

—Voy a llamar al sitio donde hacían la fiesta.

Martini la dejó hacer. Clea encontró el número.

—¿Cómo que no ha ido? —La frase le salió en un tono desgarrador. Mientras su mente procesaba una serie de escenarios catastróficos, la expresión de su rostro se transformó rápidamente en un *crescendo* de emociones negativas. Y, después de colgar, su preocupación se había convertido en terror.

—Dicen que no ha ido.

—Ahora cálmate y pensemos dónde puede haber ido —dijo Martini, pero cuando intentó acercarse a ella recibió su rechazo con un gesto perentorio de la mano.

—Tienes que encontrarla, Loris. Prométeme que la encontrarás.

Se metió en el coche y estuvo dando vueltas por Avechot sin saber adónde ir. La tormenta que arreciaba sobre el valle había vaciado las calles de viandantes. El agua incluso le impedía ver bien, porque los limpiaparabrisas del todoterreno no daban abasto a despejar el cristal.

En seguida se dio cuenta de que Clea le había contagiado su preocupación. También él se puso a hacer comparaciones entre Monica y Anna Lou.

«No, no puede ser», se dijo, intentando apartar la idea de su mente.

Habían pasado apenas veinte minutos desde que había salido de casa, pero parecían una eternidad. Dentro de poco, su esposa lo llamaría para tener noticias, estaba seguro. Y él no tenía nada que decirle.

Monica desaparecida en la nada. La policía difunde una alerta. Los telediarios dan la noticia. Los equipos de búsqueda en los bosques.

«No, eso no ocurrirá. A ella no».

Pero el mundo estaba lleno de monstruos. Insospechados monstruos.

Pensó en el padre de Anna Lou, lo recordó mientras recibía palmadas de ánimo en el hombro. Recordó su mirada resignada. Porque un padre siempre sabe la verdad, aunque le sea imposible admitirla. Esa mañana había intentado ponerse en su piel, sin lograrlo. ¿Y ahora?

«Tengo que encontrarla. Lo he prometido. No puedo perder a Clea. Otra vez no».

Debía mantener la lucidez, pero era casi imposible. Entonces se le ocurrió la idea de volver al punto de partida. La fiesta.

Al cabo de cinco minutos se presentó en la puerta del chalet privado del que procedían sonidos amortiguados, una música potente y acompasada. Se pegó al timbre, llamó varias veces para que le abrieran. Mientras, la lluvia helada le empapaba el pelo y la ropa. Cuando por fin alguien reparó en él, entró con rabia en la casa.

En el salón había por lo menos unos sesenta chicos amontonados. Algunos bailaban, otros estaban arrellanados en los sofás. El volumen estaba demasiado alto para poder hablar, pero el alcohol hacía que todos estuvieran más relajados. La penumbra y un denso humo de cigarrillos le impedían vislumbrar ningún rostro familiar.

Al final reconoció a un par de sus estudiantes. Uno era Lucas, el alumno rebelde con la calavera tatuada detrás de la oreja.

—¡Profesor, feliz año! —lo recibió cuando Martini se acercó, y le sopló en la cara su aliento a licor.

—¿Has visto a mi hija?

El otro fingió pensarlo.

—A ver... ¿Cómo es? ¿Puede describírmela?

Martini se metió una mano en el bolsillo y sacó una foto de Monica de la cartera.

—Es esta, ¿la conoces?

Lucas cogió la fotografía y empezó a estudiarla.

—Es mona —dijo para provocarlo—. Tal vez estuviera aquí esta noche.

Martini, sin embargo, no tenía ganas de bromear. Lo aferró por la camiseta sudada, empujándolo con violencia contra la pared más cercana. Nunca había tenido una reacción parecida, no en público al menos. Algunos se volvieron en su dirección.

—¡Chicos, hay una pelea! —anunció una voz, y varios de los presentes se agruparon a su alrededor.

Pero el profesor tenía la mirada clavada sólo en los ojos de Lucas.

—Y bien, ¿la has visto o no?

El chico no estaba acostumbrado a que lo trataran así, era evidente que iban creciendo en él las ganas de reaccionar a la afrenta. En cambio, con una sonrisa amenazadora, dijo:

—Podría denunciarlo por esto.

Él no se dejó intimidar.

—No volveré a repetírtelo.

Con un gesto seco, Lucas se sacó de encima las manos de su profesor.

—Sí, sé dónde está —admitió. Luego añadió, triunfante—: Pero no le va a gustar.

* * *

Había dejado de llover cuando Martini llegó a las inmediaciones de la casa. Las luces del interior estaban apagadas. El sonido del timbre resonó en el silencio total. Poco después, alguien encendió una luz en el pasillo.

Martini vio la escena a través de los cristales esmerilados de la puerta; parecía un espejismo o una pesadilla.

Un chico con el torso desnudo y el pecho perfectamente liso le abrió la puerta. Iba descalzo y sólo llevaba un pantalón de chándal. Tras él, de una habitación, se asomó Monica. Iba vestida, pero sus cabellos revueltos daban otra versión.

Mientras volvían a casa en el todoterreno, ninguno de los dos dijo una palabra durante bastante rato. Martini se había limitado a comunicar a su mujer por teléfono que todo estaba bien, que estaba regresando con su hija, pero no había querido añadir nada más.

—La fiesta era un palo, así que nos largamos —se justificó la chica. El padre callaba—. Nos quedamos dormidos y perdimos la noción del tiempo. Lo siento.

Martini apretaba el cambio de marchas con rabia, sin preocuparse del dolor de la mano vendada.

—¿Has fumado? —preguntó con dureza.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes qué quiero decir. ¿Era hierba?

Ella sacudió la cabeza, pero sabía que era inútil mentir.

—No sé qué era, pero juro que no ha ocurrido nada más.

Martini intentaba mantener la calma.

—Aun así, ahora te las verás con tu madre.

Cuando aparcó el todoterreno blanco en el sendero, Clea estaba en el umbral, ciñéndose la chaqueta. Monica fue la primera en bajar del coche. Su padre la miró correr hacia casa. Su madre abrió los brazos y la abrazó. Era un abrazo liberador. Martini se quedó mirando la escena desde detrás del parabrisas, sin atreverse a interrumpir el momento con su presencia. Recordó lo que le había ocurrido a su familia apenas seis meses atrás, cuando estuvo a punto de perderlo todo.

«El asunto».

No, no iba a suceder. Nunca más.

3 de enero

Once días después de la desaparición

Las previsiones eran acertadas. La lluvia no dio tregua durante dos días enteros.

Pero la tercera mañana amaneció iluminada por un pálido sol que se había quedado agazapado detrás de una fina capa de nubes blanquecinas.

Martini decidió que era el día idóneo para dedicarse al cenador del jardín. Tenía intención de distraer a Clea de la historia de la niña desaparecida; desempolvar la idea de un huerto y un invernadero le pareció la estrategia más acertada. Su mujer no tenía nada que hacer y se pasaba los días viendo programas dedicados obsesivamente al tema de Anna Lou Kastner. A falta de una verdad oficial y probada, cada uno se sentía autorizado a contar su propia versión. Ahora en la tele no se hablaba de otra cosa. Y no sólo eran los expertos quienes se pronunciaban; a menudo se invitaba a actrices de poca monta o a personajes del mundo del espectáculo. Era indecente. Se formulaban las hipótesis más absurdas y fantasiosas, los aspectos más insignificantes de la biografía de Anna Lou eran seccionados, analizados y discutidos como si, de un momento a otro, justo de ahí pudiera emerger la solución del enigma.

Daba la impresión de que el circo de palabrería podría seguir adelante hasta el infinito.

Ahora, en casa del profesor se vivía con el constante sonido del televisor encendido de fondo. Por ese motivo, por la mañana se subió al coche y fue a la ferretería. Compró un rollo de tela plastificada y uno de plancha moldeable, así como una serie de pernos y tuercas y unas bridas de acero para fijar los tensores. Mientras lo cargaba todo en el espacioso maletero del todoterreno, lo distrajo un sonido.

Un monopatín arañando el asfalto.

Se volvió y vio a Mattia pasando a pocos metros de él.

—¡Mattia! —Levantó el brazo para saludarlo.

El alumno no había reparado en él, pero cuando lo vio tuvo una reacción extraña. Primero aminoró la velocidad, luego aceleró y se alejó.

Martini suspiró porque no comprendía en absoluto a ese chico. A continuación se metió en el coche para volver a casa.

Normalmente tomaba una carretera que rodeaba el pueblo, una especie de circunvalación que le permitía evitar el centro. El tráfico solía ser bastante fluido, pero esa mañana se encontró delante de una columna de coches que circulaban lentamente. Quizá se había producido un accidente, pasaba a menudo a la altura del cruce de más adelante. De hecho, al cabo de un rato, le pareció ver las luces de las sirenas de un coche patrulla de la policía. Sin embargo, a medida que se iba

acercando, no conseguía ver ningún vehículo accidentado.

No se trataba de un accidente. Había un puesto de control.

Eran frecuentes durante esos días en Avechot a causa del caso de la niña desaparecida. Aparte de exasperar a la población, Martini no comprendía el sentido de esos controles. Era algo así como cerrar el establo cuando se habían escapado los bueyes, pensaba. Pero sospechaba que los policías, con el misterio que día a día se hacía más profundo y la acuciante atención de los medios de comunicación, tenían que demostrar a la opinión pública que estaban haciendo algo.

Los automovilistas que hacían cola no tenían carreteras secundarias para evitar el bloqueo y habría parecido demasiado sospechoso cambiar de sentido. De modo que también Martini se resignó y esperó con paciencia a que llegara su turno. Pero mientras avanzaba lentamente, iba creciendo en él una inquietud especial. Un hormigueo en la punta de los dedos, una extraña sensación de vacío en el estómago.

—Buenos días, ¿puede mostrarme su documentación? —dijo el agente de uniforme inclinándose hacia la ventanilla bajada.

El profesor ya tenía preparado lo necesario y le tendió el carnet de conducir y el permiso de circulación.

—Gracias —le dijo el otro para alejarse seguidamente hacia el coche patrulla.

Martini se quedó mirando la escena. Los policías eran sólo dos. El segundo estaba en medio de la calzada con un disco con el que indicaba a los vehículos que pararan. El agente con el que había hablado había subido al coche patrulla y dictaba los detalles de la documentación por radio, Martini podía verlo claramente a través de la luneta. Pero, al poco rato, empezó a preguntarse por qué tardaba tanto. Tal vez fuera sólo una impresión, tal vez les sucedía a todos a los que paraban, pero igualmente se abrió paso en él la sospecha de que algo no iba bien.

Al final, el agente bajó del coche patrulla y volvió con él.

—Señor Martini, ¿podría seguirnos, por favor?

—¿Qué sucede? —preguntó, quizá demasiado alarmado.

—Es una formalidad, sólo serán unos minutos —contestó amablemente el policía.

Lo escoltaron hasta la pequeña comisaría de Avechot. Allí lo hicieron pasar a una especie de archivo. Aparte de los ficheros y las carpetas ordenadas en los estantes, en la habitación habían ido dejando de todo: viejos ordenadores ya en desuso, lámparas, material de oficina, incluso un pájaro disecado.

Había una mesa y dos sillas. El profesor seguía observando la que permanecía vacía frente a él y se preguntaba quién la ocuparía. Ya habían transcurrido cuarenta minutos desde que estaba allí y todavía no se veía a nadie. El silencio y el olor a polvo eran enervantes.

La puerta se abrió de pronto y Martini vio entrar a un hombre de unos treinta años con americana y corbata. Llevaba en la mano el permiso de circulación del

todoterreno y su carnet de conducir. Su aspecto era apacible y le sonrió.

—Disculpe si le he hecho esperar, soy el agente Borghi.

Martini estrechó la mano que el otro le tendía y ante su cortesía se relajó un poco.

—No hay problema.

Borghi se sentó en la silla vacía y dejó los documentos sobre la mesa, echándoles una rápida ojeada como si no hubiera tenido ocasión de revisarlos antes.

—Bueno, señor... Martini —dijo, leyendo su nombre.

El profesor se preguntó si sólo se trataba de una maniobra para demostrarle que no había nada que temer, porque sabía desde el principio cómo se llamaba.

—Sí, soy yo —confirmó.

—Me imagino que se estará preguntando por qué lo hemos parado. Hacemos controles aleatorios, acabaremos rápido.

—Es por la niña desaparecida...

—¿La conoce? —preguntó el otro ásperamente.

—Tiene la misma edad que mi hija y va a la escuela en la que enseño, pero francamente no me acuerdo de ella.

El joven agente hizo una pausa y Martini tuvo la impresión de que lo estaba estudiando. A continuación, Borghi siguió hablando con la cordialidad de antes.

—Voy a hacerle una pregunta de poli —dijo sonriendo—. ¿Dónde estaba el veintitrés de diciembre a las cinco de la tarde?

—En la montaña —contesto rápidamente—. Hice una excursión de varias horas. Regresé a casa a la hora de cenar.

—¿Escalador?

—No, aficionado al *trekking*.

Borghi hizo un gesto de aprobación.

—Caramba. ¿Y en qué zona estuvo el veintitrés?

—Subí al desfiladero y luego elegí una ruta por la vertiente este.

—¿Iba alguien con usted? ¿Un amigo, un conocido?

—No, nadie. Me gusta caminar solo.

—Entonces alguien que lo viera, otro excursionista, alguien recogiendo setas o que pueda confirmar dónde estaba...

Martini lo pensó un momento y dijo:

—Me parece que no me encontré a nadie el veintitrés.

Borghi hizo otra pausa.

—¿Qué se ha hecho en la mano?

Martini se miró el vendaje de la mano izquierda, como si se hubiera olvidado de ella.

—Resbalé justo ese día. Puse un pie en falso y para frenar la caída me agarré instintivamente a una rama que sobresalía del suelo. Le está costando un poco curarse.

Borghi lo estudió de nuevo. Martini notó una sensación de malestar. A

continuación, el agente volvió a sonreír.

—Bien, hemos terminado —le dijo devolviéndole los documentos.

Martini estaba sorprendido.

—¿Es todo?

—Le dije que tardaríamos pocos minutos, ¿no?

El agente se levantó. Martini hizo lo mismo. Se estrecharon la mano.

—Gracias por su tiempo, profesor.

Esa noche, para cenar, Clea había preparado pollo asado y patatas fritas, el plato favorito de la familia. Cuando algo no iba bien o cuando querían concederse un premio, los Martini se sentaban alrededor de un buen pollo.

No sabía el motivo por el que su esposa había elegido ese menú, tal vez para celebrar que se había recobrado cierta paz con Monica. Él no le había contado el episodio de Nochevieja, esperaba que lo hiciera su hija. La chica no tenía valor para hacerlo, pero su sentimiento de culpa la había llevado a un acercamiento con su madre.

Mientras comían, en casa se respiraba una atmósfera nueva. Por fin alguien charlaba alegremente en la mesa. El tema eran los vecinos. Los Odevis eran objeto de una divertida burla; Clea y Monica se reían de ellos y no paraban de hablar. Por suerte, pensó Martini. Así nadie se daría cuenta del hecho de que, en cambio, él estaba muy silencioso.

Tras salir de la comisaría de policía, condujo hasta su casa con una sensación de calma. Pero, con el paso de las horas, extrañas preguntas habían empezado a tomar forma en su cabeza. ¿Por qué lo habían dejado marchar tan deprisa? ¿Debía creer en serio que la amabilidad del agente Borghi era auténtica? ¿La circunstancia de que no tuviera posibilidad de probar su «coartada» para el día de la desaparición los había hecho sospechar?

Después de cenar intentó corregir algunos ejercicios de clase, pero su mente seguía distrayéndose. Hacia las once se fue a la cama, consciente de que el sueño tardaría en llegar.

«Todo irá bien», se dijo mientras se metía bajo las sábanas. «Sí, irá bien».

* * *

«—¿Escalador?

—No, aficionado al *trekking*.

—Caramba. ¿Y en qué zona estuvo el veintitrés?

—Subí al desfiladero y luego elegí una ruta por la vertiente este.

—¿Iba alguien con usted? ¿Un amigo, un conocido?

—No, nadie. Me gusta caminar solo.

—Entonces alguien que lo viera, otro excursionista, alguien recogiendo setas o que pueda confirmar dónde estaba...

—Me parece que no me encontré a nadie el veintitrés.

—¿Qué se ha hecho en la mano?».

Vogel interrumpió el vídeo del interrogatorio. El primer plano del profesor permaneció en la pantalla. El agente especial se volvió hacia Borghi y Mayer.

—No tiene ninguna coartada y presenta una herida en la mano —afirmó, triunfante.

—Pero este hombre no tiene manchas en su pasado, ningún precedente que pueda hacernos pensar que sea capaz de un acto violento —objetó la fiscal.

Después de haber visionado todos los vídeos de Mattia, Vogel se había convencido de que el chico realmente les había proporcionado la pista que buscaban. Era su testigo estrella. A él y a su madre los habían llevado a un lugar protegido.

A continuación, se habían puesto a seguir la pista del profesor. En las últimas setenta y dos horas prácticamente no lo habían perdido de vista en ningún momento. Sus hombres lo habían observado a distancia, filmándolo en secreto y anotando su comportamiento en cada momento. No habían apreciado nada anómalo, pero Vogel tampoco esperaba encontrar en seguida una prueba concluyente para arrestarlo. Y además en estos casos también era necesario dar un pequeño empujón a las cosas. Por eso había organizado el simulado puesto de control de esa mañana. Pero antes había hecho salir a Mattia de su refugio y le había explicado exactamente lo que tenía que hacer al ver al profesor por la calle. Necesitaba un reconocimiento facial.

Mientras, en el exterior de la ferretería, Martini se preguntaba por qué el chico huía al verlo, desde un coche camuflado Vogel analizaba cada expresión de su rostro.

Llevarlo a la pequeña comisaría de policía y hacerlo esperar durante cuarenta minutos solo en un archivo polvoriento había sido un modo de someterlo a presión. Borghi, por su parte, había interpretado bien su papel. Había sido amable, había quedado satisfecho con las respuestas. Pero las preguntas no habían sido pensadas para que el interrogado cayera en contradicciones, sino para suscitar dudas.

Todo ello daría sus frutos en las próximas horas, Vogel estaba convencido de ello. Mayer no tanto.

—¿Sabe cuántos hombres a los que hemos interrogado informalmente estos días no tienen una coartada creíble para el veintitrés de diciembre? Doce. Y además cuatro de ellos tienen antecedentes.

Vogel se esperaba el escepticismo de la fiscal. En cambio, para él, el profesor Loris Martini tenía el perfil ideal.

—La invisibilidad es un talento —afirmó—. Requiere autocontrol y mucha disciplina. Estoy convencido de que, en su mente, el profesor Martini ya ha cometido acciones imperdonables, preguntándose en cada ocasión si sería capaz de llevarlas a cabo en realidad. Pero nadie nace siendo un monstruo. Es como con el amor: hace falta la persona adecuada... Cuando conoció a Anna Lou, comprendió por fin cuál

era su naturaleza. Se enamoró de su víctima.

Borghi asistía a la conversación sin hacer comentarios. Si pudiera hacer caso a su instinto, habría jurado que el profesor se había mostrado incluso demasiado tranquilo durante su encuentro.

—Usted mismo dijo hace tiempo que probablemente Anna Lou conociera a su raptor y no le costó seguirlo —afirmó Mayer—. Aquí, en cambio, no tenemos la seguridad de que ellos dos se conocieran.

—Martini da clases en la misma escuela de la chica. Seguro que lo conocía de vista.

—Tal vez Anna Lou sabía quién era, pero ¿se habría fiado de él? Se necesita mucho más que conocer a alguien superficialmente para convencer a una niña de que se suba a un coche cuando fuera está oscuro. Especialmente si la niña en cuestión ha sido educada para reducir al mínimo sus contactos con quienes no forman parte de la congregación... Y no me parece que este profesor Martini forme parte de ella.

—¿Y los vídeos de Mattia, cómo se los explica?

—Esas imágenes todavía no son una prueba: lo sabe perfectamente.

«Pero lo serán», pensó Vogel. Y echó otro vistazo a la imagen congelada del rostro del hombre.

Sí, el profesor Martini era perfecto.

5 de enero

Trece días después de la desaparición

La luz amarillenta del crepúsculo formaba una especie de aura azul alrededor del perfil de las montañas.

El profesor conducía por la nacional. A su lado, su esposa. La calefacción del todoterreno estaba encendida y vibraba un poco, pero en el habitáculo se notaba una agradable calidez. Hacía unos minutos que Clea había dejado de conversar y parecía disfrutar del sopor de esa atmósfera relajada. Martini de vez en cuando se volvía hacia ella, Clea acogía su mirada con una sonrisa.

—Has tenido una buena idea —dijo—. Hacía mucho que no íbamos al lago.

—Desde el verano pasado —le recordó—. Pero creo que en invierno es más fascinante.

—Estoy de acuerdo.

Habían pasado todo el día en un pequeño lago de alta montaña. Para llegar allí había que caminar un par de horas. No era una ruta demasiado difícil, como en las que solía aventurarse él. Clea no estaba entrenada y la había elegido adrede. En el bosque, riachuelos y torrentes se intercalaban con el sendero, que limpiaban con frecuencia para permitir que los excursionistas llegaran a su meta. La anómala ausencia de nieve en esa estación facilitaba el ascenso. El premio, una vez llegados a la cima, era la visión de un pequeño valle rodeado de cumbres rocosas, a pocos pasos de un enorme glaciar. A los pies de este, un espejo de agua clara, cuya superficie estaba estriada por leves resplandores dorados. Alrededor, una selva de plantas de rododendro que en verano exhibían una intensa floración roja. Junto al pequeño lago, había un refugio donde podían degustarse viandas típicas de la zona. La carta era siempre la misma y constaba de tres platos. Pero Martini y su esposa iban allí sobre todo por la sopa de legumbres y pan negro. Las horas habían transcurrido rápidamente. Cuando hubieron descendido e iban a meterse en el coche, casi había oscurecido.

—¿En qué piensas? —preguntó Clea. La pregunta parecía completamente inocente.

—En nada. —Era sincero. Los pensamientos que lo habían angustiado el día anterior habían desaparecido y ahora estaba de nuevo tranquilo. Pero no le había contado nada del puesto de control ni de la especie de interrogatorio al que lo habían sometido.

—Deberías cortarte el pelo —dijo ella, pasándole una mano por la mata de rizos castaños.

A Martini le gustaban las pequeñas atenciones de su mujer. Le daban la sensación de que todavía tenía ganas de ocuparse de él.

—Tienes razón, mañana iré a la peluquería.

Eran felices, aunque también estaban cansados. La idea de volver a casa y darse una buena ducha los atraía. Pero Martini se fijó en que se había encendido la luz de la reserva en el salpicadero.

—Tengo que poner gasolina.

—¿No puedes dejarlo para mañana? —preguntó Clea a quien no le apetecía nada pararse.

—Por desgracia, no.

Al cabo de unos diez kilómetros divisó una estación de servicio. Pero cuando se desvió, se dio cuenta de que estaba llena de coches y autocaravanas de turistas. Qué raro, porque normalmente en ese lugar nunca había nadie. «La niña desaparecida — pensó—. Han venido aquí a curiosear».

Se respiraba un clima festivo, habían acudido incluso en comitiva y el vocerío de la gente y de los niños era casi insoportable. Cuando llegó su turno, Martini se sirvió él mismo en el surtidor. A continuación se dirigió al interior del edificio para pagar. Se puso a hacer cola delante de la caja. Una solícita y joven empleada intentaba acelerar el cobro. Sobre una repisa situada en alto, en una esquina cerca del techo, había un televisor. Las voces de cuantos llenaban el local superaban su volumen, pero en la pantalla pasaban las imágenes del enésimo reportaje periodístico sobre Anna Lou Kastner. Martini resopló y se desinteresó de ello.

Por fin le llegó el momento de pagar.

—He puesto gasolina en el surtidor número ocho —comunicó a la cajera.

—Usted es de por aquí, imagino —dijo la mujer mientras controlaba el importe en el ordenador. Tenía un tono exasperado.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—He visto cómo resoplaba hace un momento. —Luego añadió en voz baja—: Mi jefe está contento con esta invasión, dice que los negocios van mejor, pero yo vuelvo a casa por la noche con los pies hinchados y un dolor de cabeza que ni le cuento.

Martini sonrió por la confianza.

—Quizá no dure demasiado —la animó.

—Esperemos, pero hoy ha sido un día especial: las televisiones parecen haberse vuelto locas y no hacen más que poner en antena las mismas imágenes.

—¿Qué imágenes?

Pero la cajera se había distraído de su actividad principal y la cola se alargaba.

—Lo siento, ¿me ha dicho el surtidor número ocho?

—Sí, exacto.

La mujer se volvió hacia la cristalera del edificio por el que se veía claramente el todoterreno blanco. Luego volvió a observar a Martini, con una expresión inquieta en el rostro.

—¿Hay algún problema?

La cajera levantó la mirada al televisor. Martini hizo lo mismo.

En la pantalla estaban transmitiendo las imágenes de un videoaficionado. Se entreveía a Anna Lou en varios momentos de su vida. Mientras caminaba sola por la calle con la mochila de colores y una bolsa con los patines de hielo. Acompañada de una amiga: Martini reconoció en seguida a Priscilla. En otra escena, Anna Lou salía de casa junto a sus hermanos pequeños. Luego las imágenes se detuvieron y enfocaron el todoterreno blanco siempre visible en el fondo, a unos metros de distancia.

El profesor comprendió cuál era la novedad evidente que transmitían las cadenas durante todo el día. La misma que había empujado a toda aquella gente a Avechot. Por fin había una pista. Un todoterreno blanco similar al suyo.

No, no simplemente «similar»: era precisamente el suyo.

La primicia llevaba la firma de la famosa periodista televisiva Stella Honer y sobreimpresa aparecía una frase: GIRO EN EL CASO: ALGUIEN LA SEGUÍA.

El profesor dejó un billete de cincuenta sobre el mostrador, aunque el importe que debía pagar era inferior. Sin preocuparse de la expresión atónita de la cajera, salió rápidamente de la cola. Todavía no había cruzado la puerta del edificio cuando se dio cuenta de que alguien señalaba algo desde la cristalera.

—¡Eh, es ese coche! —exclamó otro.

Mientras tanto, fuera ya se había formado un corrillo de hombres detrás del vehículo. Examinaban el número de matrícula. Por suerte, Clea estaba en el interior ocupada mandando un mensaje de móvil y no se había dado cuenta de nada. Martini aceleró el paso, mientras la mirada de los presentes se clavaba en él y lo seguía. Al llegar al todoterreno subió a bordo rápidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Clea al verlo tan agitado.

—Te lo cuento luego —la acalló él, y sin perder más tiempo metió la llave en el contacto.

El coche no arrancaba porque las manos le temblaban. Entre tanto, la gente había empezado a rodearlos. En la mirada de hombres, mujeres y niños podía reconocerse el mismo asombro mezclado con temor que había notado en los ojos de la cajera. «Si uno de ellos decide hacer algo, los demás lo seguirán», pensó aterrorizado Martini. Al final, consiguió poner el coche en marcha, dio gas y salió. Se metió rápidamente en la nacional, seguidamente dio una ojeada al retrovisor. Todavía estaban allí, quietos, mirándolo con aire amenazador.

—¿Quieres decirme qué está sucediendo? —preguntó una vez más Clea, alarmada.

No tenía valor para volverse a mirarla.

—Vamos a casa.

Mientras regresaban no pudo evitar la ristra de preguntas que su mujer no paraba de hacerle. Intentó explicarle algo que, en realidad, ni él lograba comprender del todo.

—¿Qué significa que te pararon?

—Hace dos días, en un puesto de control.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no me pareció importante. Pararon a un montón de gente, no sólo a mí. Le sucedió a otras personas que conozco —mintió.

Cuando finalmente llegaron a su destino, Martini se esperaba que la policía estuviera aguardándolo. En cambio, la calle de delante de su casa estaba extrañamente desierta. No se veía ni un alma, pero, aun así, el profesor metió prisa a su esposa.

—Entremos en casa, date prisa.

Cuando cruzaron el umbral, encontraron a su hija de pie en medio del salón. Miraba la pantalla de la tele.

—Mamá, ¿qué sucede? —Estaba asustada—. En la tele dicen que la chica desaparecida..., que alguien la seguía..., y luego enseñan un coche que parece el nuestro.

Clea abrazó a Monica sin saber qué decir, después miró a su marido para que él dijera algo. Pero Martini no podía moverse del pasillo.

—No lo sé, no lo entiendo. Debe de haber un error —murmuró.

En la pantalla apareció el todoterreno blanco.

—Pero ese es nuestro coche. —Clea no podía creerlo, estaba alterada.

—Lo sé, es una locura. —Mientras, el profesor vio que su hija empezaba a llorar—. Te lo he dicho: estuve en la comisaría de policía, me hicieron algunas preguntas y luego me mandaron a casa. Estaba convencido de que no había ningún problema.

—¿Estabas convencido? —En el tono de Clea había una acusación.

Martini parecía estar cada vez más inquieto.

—Sí, me preguntaron dónde estaba cuando la niña desapareció. Cosas así...

Clea se quedó unos segundos callada, como si intentara recordar.

—Ese día estuviste en la montaña. Volviste por la noche —dijo con calma. Pero en el fondo de su corazón empezaba a darse cuenta de que su marido no tenía coartada—. Sí, han cometido un error —convino con firmeza, porque no podía imaginar una hipótesis distinta—. Ahora llamas a la policía y les pides explicaciones. —Pero su determinación escondía inseguridad.

Finalmente, Martini consiguió avanzar hasta el salón, alcanzó el teléfono y marcó el número. Contestaron al cabo de unos instantes.

—Soy Loris Martini, pásame con el agente con quien hablé el otro día, por favor. Me parece que se llamaba Borghi.

Mientras esperaba a que se lo pasaran, el profesor se dirigió con la mirada a su

mujer y a su hija. Estaban confusas, atemorizadas. Verlas en ese estado le hacía sufrir. Pero la peor sensación para él era que ese abrazo en el que se habían refugiado no lo incluía, era como si ya hubieran decidido distanciarse de él.

Pasaron unos minutos, luego una voz respondió:

—Sí, soy Borghi.

—¿Puede decirme qué está sucediendo? ¿Por qué sale mi coche en televisión? —
Martini estaba fuera de sí.

—Lo siento, profesor —dijo el policía en un tono impasible—. Ha habido una filtración. No debería haber ocurrido.

—¿Una filtración? ¿Se me acusa de algo?

Al otro lado hubo un breve silencio.

—No puedo decirle más. Lo llamaremos nosotros, pero le aconsejo que se busque un abogado. Buenas noches.

Cuando Borghi concluyó bruscamente la llamada, Martini se quedó con el auricular pegado al oído sin saber qué hacer, mientras Clea y Monica imploraban una respuesta.

En ese momento, un relámpago iluminó por un instante la habitación.

No había sido una alucinación, porque los tres miraron a su alrededor sin comprender. El resplandor se repitió una vez más y, después de unos segundos, otra. Parecía una tormenta, pero al rayo no le seguía ningún trueno.

Martini se acercó a una de las ventanas y miró fuera, su mujer se acercó a su espalda.

Los relámpagos procedían de la calle. Algunas figuras, oscuras como sombras, se movían alrededor de la casa. De vez en cuando emitían un resplandor. Parecían marcianos, curiosos y amenazadores.

Eran fotógrafos.

6 de enero

Catorce días después de la desaparición

Ya durante la noche las furgonetas de las cadenas habían tomado posesión de la calle frente a la casa de los Martini. Quien había llegado primero se había adjudicado la mejor posición para encuadrar el tranquilo chalet que acabaría viéndose en televisión continuamente, las veinticuatro horas del día.

Al lado de ese circo, de los fotógrafos y los cronistas, grupos de curiosos se agolpaban al otro lado de las vallas que la policía local había colocado para delimitar una zona de seguridad. Pero la medida no podría protegerlos ni a él ni a su familia si la multitud decidía aplicar un criterio de justicia sumario, pensó el profesor, mientras, hacia las nueve de la mañana, echaba un vistazo por la ventana.

Había sido una noche difícil. Ninguno había pegado ojo. Monica se había derrumbado antes del amanecer y Clea se había encerrado en un atormentado mutismo. Martini no podía tolerar todo eso. Tenía que hacer algo.

—Borghi ha dicho que dirán algo, pero no tengo intención de esperar —anunció a su mujer—. Yo no he hecho nada y no tienen nada que demuestre lo contrario, en otro caso ya me habrían arrestado, ¿no te parece?

Clea razonó sobre ese aspecto y pareció recuperar un poco de confianza.

—Sí, tienes que ir a verlos y aclarar tu situación.

Martini se afeitó y se puso su mejor traje e incluso corbata, con la intención de salir de casa y mostrarse como siempre había sido ante quienes lo conocían: un buen hombre. Cuando cruzó la puerta fue embestido por una ráfaga de *flashes*. Procedían de todos los rincones, como un bombardeo. Se protegió el rostro con una mano, pero sólo para no quedar deslumbrado. A continuación, se dirigió hacia el todoterreno, pero se lo pensó mejor. Después de la historia del vídeo, era mejor que no siguieran asociándolo con ese coche. Y, además, habría resultado arduo salir de la callejuela con tal aglomeración. De modo que decidió ir andando.

Un policía lo vio mientras se ponía a caminar y le gritó:

—Señor Martini, quizá será mejor que vuelva a casa. —No era una orden, sólo le estaba aconsejando que no se enfrentara a la multitud porque podía ser peligroso.

Martini lo ignoró y siguió andando, rebasando las vallas. Cámaras y periodistas armados con micrófonos se le echaron encima en un instante.

—¿Por qué aparece su coche en los sitios a los que iba la chica?

—¿Conocía bien a Anna Lou? ¿La seguía?

—¿La policía ya lo ha citado para interrogarlo?

—Según su opinión, ¿ha sido asesinada?

Martini no decía nada e intentaba seguir su camino, pero lo frenaban. Entre tanto, el público presente empezaba a murmurar. El profesor no podía oír los insultos que le dirigían, pero en el enjambre que lo rodeaba vislumbraba muchos rostros enfadados. Todavía no se le acercaban, pero sus intenciones eran evidentes. Cuando alguien lanzó el primer objeto contra él, Martini ni siquiera pudo ver qué era. Sólo oyó el ruido seco que produjo al precipitarse sobre el asfalto a poca distancia. Al momento, algunos imitaron al contestatario camuflado entre la multitud. Lanzaron otros objetos: latas de cerveza y monedas. Los reporteros, temiendo ser alcanzados, se alejaron unos pasos dejando libre un espacio en torno a él y convirtiéndolo así en una fácil diana.

Martini levantó los brazos para protegerse, pero era inútil. La policía presente no era capaz de contener la rabia de la gente. En ese momento se oyó un chirrido de neumáticos. Martini se había inclinado para esquivar las cosas que le llovían, pero se incorporó lo suficiente para ver un Mercedes con los cristales oscuros que paraba a pocos metros de él. La portezuela posterior se abrió y un hombre que llevaba un elegante traje de raya diplomática le tendió una mano.

—¡Adelante! —le dijo en voz alta.

A pesar de no saber quién era, Martini no pudo evitar aceptar su invitación. Subió a bordo y el coche arrancó rápidamente, librándolo de un linchamiento seguro.

Lo primero que hizo el hombre elegante fue tenderle una caja de *kleenex*.

—Límpiese, profesor. —A continuación, se dirigió a su chófer—. Llévanos a un sitio donde podamos hablar con calma.

Martini descubrió que tenía manchas de una sustancia amarillenta, que, por el olor, parecía ser mostaza.

—Me han tirado de todo ahí fuera.

—No debería enfrentarse a la multitud de esa manera, eso los provoca, ¿no lo entiende?

—¿Y qué debería hacer entonces? —preguntó el profesor, airado.

—Por ejemplo, ponerse en mis manos. —El hombre se rio, seguidamente le tendió la mano para presentarse—. Soy Giorgio Levi, abogado.

Martini lo observó con desconfianza.

—Usted no es de por aquí.

El hombre se rio de nuevo.

—No, por supuesto que no. —Tenía una risa profunda, sincera. Entonces se puso serio—. La sospecha se propaga en una comunidad siguiendo las mismas dinámicas que una epidemia, ¿lo sabía? Hace falta poco para que el contagio se vuelva imparable. La gente no busca justicia, sólo quiere un culpable. Para darle un nombre al miedo, para sentirse segura. Para seguir engañándose creyendo que todo va bien, que siempre hay una solución.

—Entonces tal vez debería denunciar a los medios de comunicación y a la policía

—afirmó Martini, convencido.

—No se lo aconsejo. —El abogado lo dijo en un tono circunspecto.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Nada —respondió tajante.

—O sea, ¿tengo que dejar que me destruyan sin reaccionar? —El profesor no podía creerlo, estaba indignado.

—Es una guerra perdida; por lo tanto, luchar no sirve de nada. Cuanto antes se dé cuenta, mejor. Más bien debemos concentrar nuestras fuerzas en su imagen de hombre honesto, de buen marido y padre de familia.

—Pero en la tele dicen que seguía a la niña desde casi un mes antes de que desapareciera. ¡Es absurdo!

—«Usted no» —precisó—. La seguía «su coche»... De ahora en adelante tenga cuidado con las palabras que emplea, profesor: en las filmaciones, sólo se ve al fondo su todoterreno.

—Los periodistas también dicen que ha sido un alumno mío quien ha hecho las tomas.

—Se llama Mattia —le reveló Levi.

Martini pareció sorprendido.

—Aun así, supongamos que esas filmaciones sólo son una absurda coincidencia —prosiguió el abogado—. Usted y Anna Lou viven en el mismo sitio, es plausible. Pero hay algo más sobre lo que debo ponerlo en guardia...

El Mercedes se detuvo. Por la ventanilla, Martini reconoció la explanada que estaba a la espalda del cementerio de Avechot, donde a veces los chicos iban en coche para practicar sexo o fumar marihuana.

—El poli que va detrás de usted se llama Vogel. —El abogado había pronunciado el nombre con tono preocupado—. No lo definiría como un investigador de primera categoría ni tampoco como un sabueso. No tiene competencias criminológicas y no le interesan cosas como las pruebas de la Científica o el ADN. Es de los que se sirven de la prensa para lograr su objetivo.

—No le entiendo...

—Vogel sabe que las filmaciones que tiene no constituyen una prueba. Además, las ha hecho un chico obsesionado con Anna Lou y que tiene antecedentes por agresividad y que toma psicofármacos. Lo lleva un psiquiatra de aquí, un tal Flores. En pocas palabras, si hay una fuente en la que no se puede confiar, es precisamente Mattia. Vogel no puede utilizarlo. Por eso usted está todavía en libertad, profesor.

—¿Y no temen que pueda huir?

Levi volvió a reírse.

—¿Y adónde podría ir? Ha salido en los telediarios nacionales, profesor. A estas alturas, todo el país conoce su cara.

Martini observó mejor al hombre. Era mayor que él, si bien aparentaba menos edad de la que tenía. Tal vez fuera a causa del pelo, todavía abundante y del color

original. Seguramente a las mujeres les parecía fascinante. Desprendía un agradable aroma a agua de colonia, pero no era sólo eso. Su calma y su seguridad infundían confianza.

—¿Y usted qué hace aquí, entonces?

—¡He venido para defenderlo, evidentemente! —respondió el abogado, sonriendo.

—¿Y cuánto me costaría contratarlo?

—Ni un céntimo —dijo Levi levantando los brazos—. Me lo cobraré con la publicidad del caso. Pero habrá gastos. —Empezó a enumerarlos—: Primero, un investigador privado que lleve a cabo unas pesquisas paralelas a las de la policía. Y luego, en caso de juicio, peritos privados, expertos de diversos ámbitos, alguien que se ocupe de estudiar la jurisprudencia.

Martini intentó en vano imaginar cuál sería el coste.

—Tengo que hablarlo con mi esposa.

—Por supuesto. —A continuación el abogado metió una mano en la bolsa de cuero que estaba a sus pies y sacó una caja blanca: era un móvil por estrenar, todavía perfectamente empaquetado—. De ahora en adelante, para ponerse en contacto conmigo, utilice este, ya que es muy probable que le hayan interceptado el suyo. Y no se mueva de casa si no puede desplazarse con seguridad.

Vogel estaba arreglándose la corbata de cachemir delante del espejo de su habitación del hotel. Se la había comprado antes de ir a Avechot, saboreando por anticipado el momento —y la ocasión— en que se la pondría.

Abajo lo esperaba una pequeña multitud de periodistas. Y a él le gustaba la idea de hacerlos esperar. Al fin y al cabo, lo habían hecho sufrir bastante durante los últimos meses.

«El caso del mutilador», recordó.

Había tenido que padecer las consecuencias, pero ahora volvía a estar en la pista y una vez más tenía a esos bastardos a sus pies, esperando a que les lanzara unas sobras de noticias con las que aplacar momentáneamente su insaciable apetito.

El mutilador había sido un error, debía reconocerlo. Pero no volvería a cometerlo. Habían bastado pocos días para rehabilitar su reputación y volver a ser el ídolo de los medios de comunicación. Estaba a un paso de recuperar el poder de antes, por eso debía ser cauto.

Stella había sido muy eficiente al utilizar el vídeo de Mattia. El montaje con el *zoom* sobre el todoterreno del profesor era una obra maestra mediática. Además, el agente Borghi se había revelado como un válido aliado, nunca se lo habría esperado. Tal vez el chico tenía futuro, lo llevaría con él en los próximos casos. Pero el problema era Mayer. Putilla sabionda. No había nada peor que una fiscal idealista. Aunque aprendería a domarla, sólo debía acariciar su ego, hacerle sentir el calor de

los focos. Nadie podía renunciar a ello, incluso a costa de quemarse.

Con el mutilador él había corrido precisamente ese riesgo. Pero lo peor había pasado.

Llamaron a la puerta.

—Señor, tiene que bajar. Ya no podemos contenerlos —le dijo Borghi.

Poco después, Vogel se plantó delante de un auditorio bullicioso y ansioso por saber, reunido en la sala de desayunos del hotel. Todas las sillas estaban ocupadas y muchos reporteros permanecían de pie. Al fondo del local había trípodes con cámaras.

—No tengo mucho que decirles, por desgracia —empezó diciendo ante una maraña de micrófonos—. Me parece que terminaremos rápidamente. —Uno protestó, pero Vogel era demasiado experto para dejarse arrastrar a una entrevista colectiva. Sólo iba a decir lo que le convenía.

—¿Por qué no han arrestado todavía al profesor Martini? —preguntó un periodista de prensa escrita.

—Porque queremos asegurarle todas las garantías previstas por la ley. De momento sólo es sospechoso.

—Pero, aparte de los vídeos del todoterreno blanco, ¿han encontrado algún otro vínculo con Anna Lou Kastner? —preguntó una enviada con un traje chaqueta azul.

—Eso es información reservada —contestó Vogel. Era una de sus frases favoritas: no era una confirmación, pero tampoco lo desmentía. El agente especial quería que todos pensaran que la policía se guardaba un as en la manga.

—Sabemos que el profesor Martini se ha trasladado hace poco al valle. —Esta vez fue Stella Honer quien habló—. Su mujer dejó su trabajo como abogada y siguió a su marido a Avechot. Según usted, ¿huían de algo?

A Vogel le gustó la pregunta. Stella siempre era hábil a la hora de recoger los aspectos insólitos de las historias que contaba.

—Estamos indagando el pasado de esta persona, pero puedo decirles desde ahora mismo que parece un hombre intachable. —La defensa de Martini era calculada, servía para indignar al público, que, a estas alturas, ya había tomado su propia decisión y no le gustaba que le llevaran la contraria—. De hecho, han sido ustedes quien han manchado su reputación con la filtración —afirmó sin pudor—. No tengo nada más que decirles.

—Entonces ¿por qué nos han convocado? —se quejó alguien.

—Para ponerlos sobre aviso —siguió hablando Vogel con decisión—. No podemos impedirles que difundan una noticia, pero es necesario que sepan que cualquier información que salga sin el consentimiento de la policía puede perjudicar la investigación y, con ella, a la joven Anna Lou Kastner. El hecho de que ella no esté aquí, con nosotros, no significa que debamos ignorarla. —Pronunció la última frase en dirección a las cámaras que lo enfocaban. Luego se desmarcó de los micrófonos y se dirigió a la salida, mientras las preguntas seguían persiguiéndolo. Pero Vogel ya no

las escuchaba. Le distrajo la vibración de su móvil. Lo cogió y observó el texto de un mensaje en la pantalla.

«Necesito hablar con usted. Llámeme a este número».

Debía de ser algún periodista en busca de una primicia. Decidió ignorar el mensaje y lo borró al instante, molesto.

—En realidad no teníamos relación alguna. La mujer y la hija parecían buenas personas, pero él nunca me gustó. —El rostro de Odevis apenas cabía en el pequeño televisor de la cocina de los Martini—. Si quiere que le diga la verdad, ya me había fijado en alguna actitud..., bueno, extraña. Por ejemplo, la mañana que desapareció Anna Lou nos encontramos cuando él salía de casa. Yo lo saludé, pero él ni siquiera me miró. Cargó una mochila en el maletero de esa carraca de todoterreno y... Sí, tenía mucha prisa, en fin, como alguien que tiene algo que esconder.

Después de haber escuchado la increíble mentira de su vecino, Martini estuvo tentado de dar un puñetazo a un armario. Pero se contuvo justo a tiempo, porque era con la mano vendada.

Desde la mesa a la que estaba sentada, Clea apagó la tele.

—Esa fea herida todavía no se te ha curado, te dije que fueras a que te la viera el médico. —Pronunció la frase con una calma resignada.

Martini todavía hervía de rabia.

—Qué hijo de puta.

—¿Por qué, qué te esperabas?

El profesor intentó recobrar el control de sí mismo. Fue a sentarse junto a su esposa. Eran más de las once de la noche, la casa estaba silenciosa. La mesa de la cocina, iluminada por la lámpara de techo, parecía un refugio de luz en medio de la oscuridad. Delante del matrimonio había facturas y recibos, además de una copia de la última declaración de la renta. Clea había repasado los números con la calculadora por lo menos diez veces. El resultado siempre era el mismo.

—No hay suficiente dinero para pagar los gastos que dice el abogado Levi —tuvo que admitir Martini, desconsolado.

—Significa que dejaremos de pagar el alquiler durante un tiempo.

—Sí, claro. ¿Y adónde vamos a ir a vivir cuando nos desahucien?

—Ya lo pensaremos cuando llegue el momento. Y mientras tanto también podría pedir un préstamo a mi familia.

Martini sacudió la cabeza, subrayando así que la situación en la que se encontraban era absurda y que todo estaba ocurriendo demasiado rápidamente.

—Tendremos que prescindir de Levi, no hay otra opción.

—Se nos han terminado las provisiones.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Hoy he salido para ir al supermercado. Alguien me ha reconocido, he tenido

miedo y me he ido sin comprar nada. —Al ver la rabia que volvía a aparecer en el rostro de su marido, Clea le cogió la mano. Le habló en voz baja, pero su tono estaba lleno de dolor—. Han insultado a Monica en Internet. La han obligado a cerrar su perfil de Facebook.

—Sólo son estúpidos y frustrados en busca de atención, no me preocuparía por eso.

—Sí, lo sé..., pero dentro de unos días tendrá que volver al colegio.

Tenía razón, con tantas cosas no lo había pensado.

—No puedes dejar que te linchen así, sin reaccionar. Cada acusación dirigida a ti repercute en nosotras.

Martini suspiró.

—De acuerdo, le diré a Levi que proceda.

Alguien llamó al timbre de la puerta. Marido y mujer se miraron en silencio, sin saber quién podía ser a esa hora. A continuación, él se levantó de la mesa de la cocina y fue a abrir.

—Buenas noches, profesor Martini —dijo Borghi en el umbral. A su espalda había al menos cinco coches patrulla con las luces de las sirenas encendidas, un furgón de la policía y una grúa. Un despliegue de cara a los medios de comunicación. Cámaras y fotógrafos captaban la escena—. Traigo una orden de registro e incautación. —Borghi le mostró el documento.

Clea apareció por la espalda de su marido, pero al ver a todos esos policías en el exterior de la casa se paró en seco.

—También tenemos que tomarle las huellas y recoger muestras corporales —prosiguió el agente—. ¿Está de acuerdo en que lo hagamos aquí o prefiere que nos traslademos a un recinto más apropiado?

Martini estaba desorientado.

—No, está bien, hagámoslo aquí.

Borghi se volvió hacia los policías que esperaban y les hizo una seña para que se acercaran a la casa.

El profesor estaba sentado en el centro de su sala de estar. Tres técnicos de la Científica equipados con batas blancas y guantes de látex trajinaban a su alrededor. Mientras uno tomaba muestras de saliva con un tampón, el segundo extraía partículas de debajo de las uñas de la mano derecha en busca de material orgánico de Anna Lou. El tercero se dedicaba a la mano izquierda. Le quitó la venda y cogió una muestra de tejido de la herida todavía sin cicatrizar. Al final, fotografió el corte con un modelo especial de réflex que permitía obtener imágenes desde muy cerca.

Martini se sometía a cada proceso sin mostrar ninguna reacción, como si estuviera alelado.

A su alrededor, los agentes hurgaban entre sus cosas, los recuerdos de una vida.

Había un intenso ir y venir. Los policías salían de la casa llevándose bolsas transparentes con los objetos más dispares: cuchillos de cocina, zapatos, incluso herramientas de jardinería. En el sendero del chalet, la grúa cargaba el todoterreno ante la mirada atenta de todo el vecindario, que se había despertado por el revuelo. Llevaban el pijama debajo de chaquetones invernales y comentaban la escena con expresiones de desagrado.

Desde una esquina del salón, Clea observaba a su marido y abrazaba a su hija, a la que habían tenido que sacar de la cama. Ambas parecían muy turbadas. Por enésima vez, Martini se sintió culpable.

9 de enero

Diecisiete días después de la desaparición

Habían elegido al mejor técnico que había en la Científica para ocuparse del coche de Martini.

Era un hombrecillo de cierta edad y aspecto curioso. Lo que tenía de raro era que, aun estando casi calvo, llevaba el pelo recogido en una coleta. Además, la piel que se veía por debajo de la camisa blanca estaba completamente cubierta de tatuajes. Su nombre era Kropp.

—Hemos practicado todos los análisis posibles, por eso hemos tardado tanto tiempo —se justificó ante Vogel y Mayer.

La policía se había apropiado de un garaje de Avechot para permitir que el equipo trabajara en las mejores condiciones. El interior del amplio local había sido revestido por completo con lonas plastificadas. Sobre el suelo habían extendido un gran hule blanco; el auto estaba colocado sobre un elevador. Los técnicos seguían trabajando desmontando pieza por pieza el todoterreno. Los componentes se habían dividido en varias áreas y habían sido examinadas con maquinaria muy sofisticada.

—Y bien, ¿hay alguna novedad? ¿Sí o no? —preguntó Vogel, impaciente.

Kropp, sin embargo, no parecía tener prisa y se lo explicó todo con mucha flema.

—El primer resultado es que el coche ha sido limpiado hace poco, pero sólo por dentro.

La noticia no pudo por menos que complacer al agente especial.

—Hay restos de detergentes y disolventes, y eso podría hacer pensar que alguien quería borrar huellas —prosiguió el técnico.

—Y, al mismo tiempo, ¿por qué dedicarse sólo al habitáculo si no hay nada que esconder? —hizo notar Vogel a Mayer.

—¿Sangre u otros fluidos orgánicos? —preguntó la fiscal, que, evidentemente, no se conformaba del todo con el resultado.

El técnico sacudió la cabeza, la coleta se balanceó entre los hombros.

—En resumen, no hay nada que pruebe que Anna Lou subiera a ese coche —continuó Mayer.

—¿De verdad esperaba que encontraríamos sangre? —la presionó Vogel.

—ADN —precisó la fiscal—. Esperaba que hubiera ADN de la chica.

A Vogel le habría gustado preguntarle de dónde procedía su obstinada ingenuidad. ¿Lo decía en serio o sólo quería ponerlo nervioso?

—¿No entiende que es una buena noticia que no hayamos encontrado nada?

—Perdone, ¿una buena noticia?

—Los indicios no siempre son tangibles. El vacío, por ejemplo, es un indicio: significa que en ese espacio antes había algo que ahora ya no está. En todo caso, la pregunta que habría que formularle al profesor Martini sería que explicara por qué sintió la necesidad de limpiar el coche sólo por dentro.

—Lo que dice, agente especial, es sólo una opinión, no un hecho. Y, más concretamente, es una opinión suya. Hay miles de motivos por los que una persona sensata puede decidir no lavar la carrocería de su coche en invierno, especialmente si vive en un sitio de montaña y suele salir a hacer excursiones. Barro, nieve, lluvia volverían a ensuciar el vehículo al cabo de pocos días. Mientras que es más sensato que el habitáculo esté siempre limpio, teniendo en cuenta que lleva a los pasajeros.

Mayer se esforzaba al máximo para atacarle los nervios, pero Vogel reconoció que en el fondo admiraba su terquedad. Lo que no comprendía era por qué la fiscal siempre quería negar las evidencias, incluso yendo contra sus propios intereses. No tenían nada más a lo que cogerse, aparte de ese modesto profesor; la investigación ya había costado millones a los contribuyentes y pronto alguien también se dirigiría a ella para que rindiera cuentas del dinero gastado.

—El mecanismo que hemos puesto en marcha sin duda tiene que dar sus frutos — intentó explicar Vogel con calma—. Estamos obligados a hilvanar una acusación para ir a juicio, es algo que usted también tiene que aceptar. Nuestra tarea no es juzgar pruebas e indicios, sino llevarlos ante un juez y un tribunal.

—Tiene razón. Nuestra tarea no es juzgar las pruebas —confirmó Mayer, decidida—. Nuestra tarea es «encontrarlas». Repito: necesitamos el ADN.

Kropp, que hasta entonces había asistido con cierta indiferencia a la conversación, decidió intervenir.

—La verdad es que hemos encontrado ADN.

Los dos se volvieron hacia el técnico, preguntándose por qué no había hablado antes.

—Algo hay, y es bastante raro —prosiguió Kropp—. ADN de gato. O, mejor dicho, «pelos de gato».

—¿Pelos de gato? —repitió Vogel, sin poder creerlo.

—Un ejemplar moteado, rojo y marrón. Había bastantes sobre los asientos y las alfombrillas.

—Los Martini no tienen gato —dijo Mayer.

«Pero a Anna Lou le gustaban muchísimo», habría querido añadir Vogel. Pero no lo hizo porque vio que Borghi entraba en el garaje. El joven agente hablaba por el móvil y lo buscaba con la mirada. Estaba preocupado por algo.

—Disculpen —se despidió Vogel para reunirse con él.

Mientras tanto, Borghi había terminado de hablar.

—Tenemos un problema —dijo en voz baja.

La madre de Anna Lou, descalza y en camisón, estaba absorta recogiendo las notas y quitando las flores secas de la hilera de gatitos que la gente había depositado en el exterior de su casa hacía ya bastantes días. El peregrinaje había terminado en cuanto se difundió la noticia de que existía un sospechoso. La piedad había sido reemplazada por la curiosidad morbosa, y ya a nadie le importaba realmente el destino de la niña desaparecida. Ni siquiera a los medios de comunicación, que, de hecho, habían abandonado ese plató. Cuando Vogel y Borghi llegaron al lugar a bordo del sedán, sólo algunos fotógrafos captaban despiadadamente la escena.

—Échalos de aquí —ordenó en seguida el agente especial a su subordinado. Después se acercó a la mujer—. Señora Kastner, soy el agente Vogel, ¿recuerda?

La mujer se volvió y lo observó aturdida. Caía una fina llovizna que había empapado el tejido del camisón, haciendo evidente de manera indecorosa que debajo no llevaba ropa interior. Entonces Vogel se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros.

—Aquí hace frío. ¿Por qué no entramos en casa?

—Tengo que terminar de ordenar esto —contestó la mujer, como si fuera la tarea más importante del mundo.

Vogel entonces le mostró la pulsera de perlas que había hecho Anna Lou y que ella le había puesto en la muñeca el día de Navidad, cuando fue a visitarlos a su casa la primera vez.

—¿Recuerda la promesa que me pidió que hiciera? Bueno, hay novedades... Hablemos dentro, ¿le parece?

Maria Kastner pareció pensarlo un momento.

—Ese hombre, ese profesor... ¿De verdad piensan que ha sido él? O sea, quiero decir, no me parece de esa clase: en mi opinión, es inocente... Porque si tuviera prisionera a Anna Lou, ya deberían haber descubierto dónde está mi niña, ¿no?

Vogel se puso a buscar una respuesta. Era evidente que la mujer se negaba a enfrentarse con la realidad.

—Lo estamos vigilando —la tranquilizó.

—Pero los días pasan y Anna Lou podría tener hambre. Si ese hombre está siempre vigilado, entonces ¿quién le lleva la comida?

Por primera vez en su carrera y en su vida, Vogel se quedó sin palabras. Por suerte para él, en ese momento llegó Bruno Kastner, a quien alguien había avisado de lo que estaba sucediendo delante de su casa.

—Lo siento, estaba trabajando —se justificó el hombre. A continuación cogió a su esposa por debajo del brazo y la condujo hacia la puerta principal—. Son las pastillas para dormir que le ha recetado su psiquiatra.

—Señor Kastner, necesito que su esposa esté lo más lúcida posible. Tal vez sería oportuno revisar la dosis. —Pensaba que la prensa aprovecharía el estado de

confusión de la mujer e incluso le atribuiría afirmaciones infundadas.

—Lo hablaré con el doctor Flores —aseguró Bruno Kastner cuando ya le había dado la espalda al agente especial.

Vogel se quedó mirando a ese marido que se ocupaba de su mujer con tanta ternura. A continuación volvió a mirar la pulsera de perlitas que llevaba en la muñeca.

Stella Honer se encontraba en la sala de estar de una vivienda modesta pero digna. El sofá en el que se sentaba estaba cubierto con una funda arrugada, tal vez para esconder la tapicería original que se había estropeado o para protegerla del paso del tiempo. Como siempre, la periodista tenía un aspecto impecable. Traje chaqueta gris y un fular de seda roja anudado alrededor del cuello. En una mano sostenía un micrófono.

La cámara amplió el encuadre y en la pantalla apareció también la persona que vivía en aquella casa y que estaba sentada a su lado.

Esta vez, Priscilla no vestía la ropa de chica rebelde que solía llevar. Su aspecto era definitivamente más sobrio, con los vaqueros bien planchados y sin agujeros y una camiseta blanca. Las tres tachuelas de la oreja habían desaparecido, al igual que el lápiz de ojos negro que le endurecía la mirada. Iba sin maquillar y parecía una niña. Apretaba un pañuelo entre las manos.

—Y bien, Priscila, ¿puedes decirnos lo que ocurrió? —preguntó Honer con dulzura.

La muchacha asintió, como para infundirse valor.

—Estaba delante de la casa de los Kastner, había llevado un gatito de trapo para Anna Lou. Iba con unos amigos, todos estábamos impresionados por lo sucedido. De repente me di cuenta de que me había llegado un mensaje... Era del profesor Martini. —La chica se bloqueó, no podía seguir hablando.

Stella Honer vio que debía ayudarla a continuar.

—¿Por qué te sorprendió que lo hiciera?

—Yo..., yo respetaba al profesor Martini, me parecía un buen tipo..., pero después de lo que ha sucedido...

Esta vez, Honer dejó que el silencio se prolongara más para dejar que los espectadores digirieran las palabras de la chica. Era buena creando suspense.

—¿Qué ponía en el mensaje?

Tal como le habían dicho que hiciera antes de empezar la conexión en directo, Priscilla cogió el móvil del bolsillo de los vaqueros y leyó el texto, con la mano y la voz temblorosas.

—«¿Te apetece pasar por mi casa mañana por la tarde?».

Otra pausa con efecto dramático introducida por Honer, esta vez porque había visto aparecer una lágrima en el ojo izquierdo de la muchacha, pero no quería que

llorara. «Todavía no». De modo que, para que tuviera tiempo de recuperarse, cogió delicadamente el móvil de las manos de Priscilla y lo mostró a cámara.

—A veces nos acusan de contar sólo verdades a medias, alteradas para manipular al público. Pero ahora no se trata de una invención periodística, miren: ha ocurrido de verdad. —Dejó transcurrir el tiempo suficiente para que, a través del primer plano, los espectadores pudieran leer el mensaje de la pantalla, y a continuación volvió a dirigirse a su invitada—. ¿Y qué pensaste después, Priscilla?

—Al principio, nada, sólo me pareció raro. Luego, cuando dijeron en la tele que la policía sospechaba del profesor, pensé en Anna Lou y que quizá, después de ella, podía sucederme a mí...

Honer asintió gravemente y puso su mano sobre la de Priscilla. Como había previsto, el gesto desencadenó la reacción que la periodista esperaba. Priscilla empezó a llorar. Honer no preguntó nada más y, con pericia, dejó que la cámara se recreara en la escena y en el rostro de la muchacha.

* * *

—Sólo son las fantasías de una niña que se moría por salir en la tele. —La voz de Martini estaba rota por la desesperación.

Su mujer, en cambio, parecía más que nada furiosa.

—¡Pero, mira, esa niña te ha costado el empleo! ¿Puedes decirme qué vamos a hacer ahora?

A dos días del final de las vacaciones navideñas y de la reanudación de las clases, el director del colegio había llamado al profesor para comunicarle que quedaba suspendido de empleo y, lo que era peor para él, de sueldo.

—¿Cómo vamos a pagar los gastos para tu defensa? Ya tenemos un montón de deudas, ¿y tú te pones a hacer el imbécil con una alumna? ¿Una niña?

—Conozco a Priscilla. ¡Ese aspecto apocado, esa ropa, es todo teatro!

Vogel disfrutaba escuchando la escena cómodamente sentado en su despacho improvisado en el vestuario del gimnasio escolar. Llevaba unos cascos, había puesto ambos pies sobre la mesa y se balanceaba en la silla con las manos cruzadas en el regazo. La idea de colocar micrófonos durante el registro de la casa de los Martini no había aportado resultados hasta ese momento, pero quizá ahora se produjera algún avance. Vogel parecía divertido por la discusión del matrimonio, teniendo en cuenta además que había sido él quien persuadió al director de la escuela para que apartara al profesor antes de que la entrevista de Honer a Priscilla desencadenara las iras de los padres de los alumnos. Ira que, obviamente, también caería sobre él. El hombre, un burócrata sin carácter, se dejó convencer incluso demasiado fácilmente.

—¿Por qué le mandaste ese mensaje? —Su mujer se encaró con él directamente.

—Me había pedido que le diera clases de interpretación. Pero, perdona, si hubiera querido aprovecharme de ella, no habría sido tan estúpido de citarla en nuestra casa,

¿no te parece?

Clea Martini permaneció callada, pareció que vacilaba un instante. Luego siguió hablando y lo hizo con voz afligida:

—Te conozco de casi toda la vida, por eso sé que eres un buen hombre... Pero no sé lo inocente que eres. —La frase tuvo un efecto explosivo, le siguió otro breve silencio—. Eres bastante inteligente para diferenciar entre las dos cosas: a veces, las buenas personas también se equivocan... Fuera de aquí sólo me cruzo con miradas hostiles. Siempre tengo miedo de que alguien pueda hacerte o hacernos daño. Monica ya no sale de casa, ha perdido a los pocos amigos que tenía y no aguanta más la tensión.

Vogel sabía lo que estaba a punto de ocurrir, era lo que quería y había planeado.

—Por pequeños o grandes que sean tus errores —prosiguió la mujer—, permaneceré a tu lado todos los días que me quedan de vida. Lo prometí y lo haré. Pero a tu hija no la obliga ningún juramento... Por eso ahora me la llevaré lejos de aquí.

Vogel hubiera querido celebrarlo, pero se contuvo.

—Quieres decir lejos de mí. —Las palabras de Martini no eran una pregunta, sino una amarga constatación.

Su mujer no contestó. Al cabo de un rato, sólo se oyó el ruido de una puerta que se abría y luego volvía a cerrarse. Vogel sacó los pies de la mesa y se agachó, llevándose las manos a los cascos y apretando los auriculares en las orejas para concentrarse mejor en el silencio.

Martini todavía estaba en la habitación. Oía su respiración. Baja, acompasada. La respiración de un hombre acosado que él todavía no podía meter en la cárcel, pero que de todos modos ya era prisionero de su propia existencia, de la que no podía escapar.

Vogel le había hecho el vacío a su alrededor. «Ahora que hasta su mujer y su hija lo han abandonado, se derrumbará —se dijo—. Es un hombre acabado».

Pero en ese momento sucedió algo que el agente especial no había previsto. Era una cosa absurda, sin sentido.

El profesor se puso a canturrear.

Lo hacía bajito, a media voz. Esa alegría desentonaba claramente con lo que acababa de ocurrir. Vogel escuchaba perplejo la canción surrealista. Era una cantinela. Sólo captó algunas palabras de la letra.

Hablaba de niñas y de gatitos.

10 de enero

Dieciocho días después de la desaparición

Levi lo llamó al móvil «seguro» que le había entregado días antes para pedirle que se vieran. Después envió a su chófer a recogerlo a su casa. Los reporteros en seguida se pusieron a seguir al Mercedes, pero tuvieron que rendirse cuando el profesor bajó del coche para entrar por la cancela de una vivienda privada.

El abogado la había alquilado para seguir el caso de cerca.

Cuando Martini cruzó el umbral, se encontró ante una escena que no se esperaba. El comedor había sido transformado en una oficina; un puñado de colaboradores estaba en plena actividad. Uno estudiaba textos legales y legajos, otro hablaba por teléfono y otro más discutía sobre las estrategias de defensa. También había un tablero colgado con los resultados del caso. Estaban tan ocupados que no advirtieron su presencia.

Levi lo esperaba en la cocina para conversar en privado.

—¿Ha visto qué organización he montado? Y todo esto sólo por usted —se jactó el abogado.

Martini pensaba en cuánto le iba a costar y en que ya ni siquiera tenía un empleo.

—Francamente, estoy perdiendo la esperanza.

—No debería —lo reprendió Levi. Seguidamente le señaló una silla para que se sentara; él permaneció de pie—. Me he enterado de que su mujer y su hija se marcharon ayer.

—Están en casa de mis suegros.

—Francamente, es mejor así, confíe en mí. La atmósfera se está volviendo tensa y creo que empeorará en las próximas semanas.

A Martini se le escapó una sonrisa amarga.

—¿Y todavía tiene valor para decirme que no pierda la esperanza?

—Por supuesto, porque ya lo preveía.

—Es ese Vogel, ¿no es cierto? Es él quien lo dirige todo...

—Sí, pero eso lo hace previsible. Se está limitando a seguir el guion de siempre, ese hombre no tiene inventiva.

—Pero todo el mundo le hace caso.

El abogado se acercó al frigorífico, del que cogió un botellín de agua mineral, desenroscó el tapón y se lo tendió al profesor.

—Lo único que puede salvarle es tener la cabeza clara y unos nervios de acero. De modo que calma... y déjeme hacer a mí.

—Ese policía me ha destrozado la vida.

—Pero usted es inocente, ¿no es así? —le recordó el abogado.

Martini bajó la mirada hacia el botellín.

—A veces hasta yo lo dudo.

Levi se rio, a pesar de que la intención del profesor no era que su frase resultara graciosa. Después el abogado le puso una mano en el hombro.

—Vogel también tiene un punto débil y empezaremos a atacarlo justo por ahí... Y le hará daño, mucho daño.

Martini levantó la cabeza hacia Levi. En sus ojos brillaba tal vez una esperanza.

—¿Ha oído hablar alguna vez del caso Derg? —preguntó el letrado.

—Diría que no —admitió el profesor.

—Fue un caso que tuvo una enorme repercusión mediática hace aproximadamente un año. Pero a lo mejor usted recuerda a Derg con el nombre que le asignaron los periódicos: «el mutilador».

—Sí, sí, oí hablar de ello... Pero normalmente no me interesan demasiado los sucesos.

—Bueno, durante mucho tiempo la policía estuvo yendo detrás de un «terrorista en serie» que escondía pequeños artefactos explosivos en productos de supermercado que después volvía a dejar en las estanterías: una caja de cereales, un tubo de mayonesa, una lata de conserva. Las explosiones hirieron a varias personas, arrancándoles de cuajo dedos y falanges, en una ocasión incluso una mano entera.

—Dios mío. ¿Nunca mató a nadie?

—No, pero habría ocurrido antes o después: el mutilador se habría hartado y habría intentado dar un golpe por sorpresa. En el fondo, todo el mundo se lo esperaba. Si lo recuerda, había sembrado el pánico. Pero antes de que pudiera haber algún muerto, Vogel consiguió encontrar a un inofensivo contable aficionado al modelismo y la electrónica: el señor Derg. La casualidad quiso que el hombre hubiera perdido el índice de la mano derecha cuando era pequeño. En ese momento se habló de un banal accidente doméstico. En realidad, fue su madre quien lo mutiló con una tijera de trinchar porque quería castigarlo. La mujer sufría trastornos psíquicos y atormentaba a su hijo.

—Dios mío... —comentó el profesor.

Levi lo señaló.

—¿Lo ve? Usted está pensando exactamente lo mismo que pensó todo el mundo, es decir, que Derg era el culpable perfecto.

—Es cierto —admitió Martini—. Su comportamiento violento de adulto es plausible si pienso en lo que le ocurrió de pequeño.

—Así es como se crean los monstruos. Pero la cuestión es otra. En el caso de Derg tampoco había pruebas, sólo indicios. Vogel montó un espectáculo para los medios de comunicación y convenció al fiscal para que incriminara a Derg. Pero, al final, el contable fue absuelto de todos los cargos.

—¿Por qué?

—El explosivo usado por el mutilador era rudimentario. Incluso un aficionado hubiera podido prepararlo con sustancias fácilmente localizables en una ferretería. Pero tiene un inconveniente: deja un rastro químico en quien lo manipula. Y Derg no tenía ningún rastro en él...

—¿Y eso fue suficiente para exculparlo?

—Obviamente no. Pero escuche esto: el indicio más serio contra él fue hallado por la policía durante un registro. Derg tenía en su casa una caja de galletas idéntica a una en la que el mutilador había escondido uno de los artefactos y, encima, según el número de serie, resultó que la había comprado en la misma tienda que había atacado el maníaco. Y, sin embargo, Derg siempre había negado haber estado allí.

—Pues, entonces, cómo...

—Ahora viene lo bueno: quien fuera que le metiera en su casa esa caja para incriminarlo no tuvo en cuenta la fecha de envasado de las galletas. Habían sido producidas en el período en que Derg ya estaba en la cárcel, en espera de juicio, por eso no había podido comprarlas él. ¿Resultado? Lo sacaron de la cárcel y lo exculparon en seguida.

Martini se quedó pensando un momento.

—¿Y Vogel?

—Vogel salvó las apariencias descargando la responsabilidad sobre un subordinado, un joven agente al que al final acabaron echando. Siempre hace lo mismo: pide que le asignen un chivo expiatorio para sacrificarlo en caso necesario... Pero, después de Derg, los medios de comunicación empezaron a desconfiar de las informaciones que Vogel les pasaba y lo fueron arrinconando poco a poco.

—Hasta ahora —comentó el profesor—. Yo soy su oportunidad para que las luces de los focos vuelvan a iluminarlo.

—Pero, cuando eso suceda, intentaremos que parezca lo que en realidad es: un tramposo.

Martini parecía haber recuperado un poco de confianza.

—Saldré de esta, entonces.

—Sí, pero ¿a qué precio? —El tono del abogado había vuelto a hacerse grave—. Derg se pasó cuatro años en la cárcel, a la espera de que terminara el proceso contra él. Mientras tanto, sufrió un ictus y perdió su trabajo, los amigos y la familia.

El profesor se dio cuenta de que las palabras de Levi tenían un objetivo concreto.

—¿Qué puedo hacer para evitarlo?

—Olvídese de que es inocente.

Martini no comprendió el sentido de la frase, pero el abogado lo despidió estrechándole la mano sin darle más explicaciones.

—Pronto tendrá noticias mías —prometió.

La noche anterior, el agente Borghi no había conseguido dormir. Estuvo dando

vueltas en la cama pensando una y otra vez en la escena que había presenciado delante de la casa de los Kastner, en esa madre destrozada y aturdida que vagaba en camisón entre los gatitos que la gente había llevado para su hija. Maria intentaba darle un sentido a su dolor.

«Los gatos son la respuesta», se dijo a sí mismo.

Los pelos del ejemplar moteado rojo y marrón que habían recogido en el interior del todoterreno del profesor no tenían sentido. Cuando se enteró de ese particular, Borghi hizo el mismo razonamiento que Vogel.

«Los Martini no tenían gato. A Anna Lou le habría gustado mucho tener uno».

Durante su insomnio, Borghi concluyó que la clave para encontrar una solución al enigma era precisamente la niña. En cambio, todos se habían desinteresado de ella. Ya no se preguntaban qué le había ocurrido. Los medios de comunicación, el público e incluso la policía habían pasado a hacerse otro tipo de preguntas. ¿Cómo la mató el profesor? ¿La violó primero? Daban por descontado que había sido asesinada y, si bien no lo decían abiertamente, se preocupaban de saciar su malsana curiosidad con detalles escabrosos.

Por ejemplo, nadie se preguntaba: «¿Por qué la mató?».

El móvil por el que un aparentemente inofensivo profesor de un pueblecito de montaña había podido matar a una niña invisible como Anna Lou seguía siendo un interrogante no expresado. Y, sin embargo, debía ser determinante.

«¿Por qué la mató?».

Al amanecer, Borghi comprendió que era necesario volver a empezar precisamente por ella, por Anna Lou Kastner. Al fin y al cabo, ¿qué sabían de la niña? Sólo lo que les habían contado la familia y los conocidos. Pero ¿era suficiente? En la academia de policía había aprendido una lección.

Que las víctimas también tienen voz.

Se resignaban demasiado pronto al hecho de que ya no podían contar su versión. En cambio, sí podían. El pasado, por lo general, hablaba por ellos. Pero hacía falta alguien que lo escuchara.

Por eso, después de descubrir que la escuela a la que asistían Anna Lou y el profesor tenía un viejo sistema de videovigilancia para frenar los casos de acoso o vandalismo, Borghi se encerró en una especie de trastero en el que se amontonaban antiguas grabadoras de vídeo. Llevaba horas revisando las filmaciones en las que aparecía la niña. Eran escenas de la vida diaria, en las que Anna Lou se mostraba en toda su ingenuidad. Las clases no estaban vigiladas, pero en el comedor, el gimnasio y los pasillos ella siempre era la misma. Tímida, reservada, pero capaz de dedicar una sonrisa a quien le dirigiera la palabra. No se observaba ningún comportamiento anómalo en su conducta.

El sistema de videovigilancia se reseteaba cada quince días. Las cintas se reutilizaban borrando las grabaciones precedentes. Por suerte, las vacaciones navideñas habían interrumpido el ciclo, preservando los contenidos durante más de

dos semanas.

Exactamente, los quince días anteriores a su desaparición.

Aun así, eran horas y horas de grabaciones. Borghi adoptó un método en el que se saltaba imágenes: escogía los momentos por casualidad y entonces se concentraba en la pantalla en busca de la niña. Se había recluido en el trastero situándose delante de un monitor en blanco y negro con una silla plegable y un termo de café que, sin embargo, ya se había enfriado. Había visionado varias filmaciones. No había conseguido ver en ningún momento a Anna Lou en compañía del profesor. En ese momento estaba observando el último día de escuela antes de las vacaciones, que también era el anterior a la desaparición. Su móvil sonó.

—¿Por qué no me llamaste ayer por la noche? —Era Caroline y su tono era de enfado.

—Perdona, tienes razón. El trabajo me está tomando mucho tiempo.

—¿El trabajo es más importante que tu mujer embarazada? —No era una pregunta, sino una acusación directa.

—Claro que no —intentó calmarla él—. No pretendía justificarme, es sólo la verdad. Si estoy trabajando, no puedo llamarte, pero pienso en ti constantemente.

Al otro lado del teléfono, Caroline suspiró. Quizá fuera uno de sus días «buenos», en que las hormonas no hacían que se volviera loca. Pero Borghi no podía decirle eso bajo ningún concepto, en caso contrario ella se habría puesto histérica.

—¿Recibiste el paquete que te envié?

—Sí, y a propósito, gracias. La verdad es que me hacía falta algo de ropa de recambio.

—Anoche mi padre te vio en la tele —dijo.

Borghi podía imaginar una sonrisa en su rostro. Sí, por eso no estaba enfadada: se sentía orgullosa de él.

—¿Ah, sí? ¿Y salía bien?

—Sólo te digo que espero que nuestra hija se parezca a mí. —Se rieron—. A mi madre le gustaría que nos quedáramos aquí una temporada después de que nazca.

Ya habían hablado de ello largo y tendido. Caroline sostenía que la mujer podría ayudarla los primeros días, pero eso implicaba que él también se trasladara y, por bien que se llevara con sus suegros, Borghi no quería arriesgarse a vivir con ellos por miedo a que la situación se alargara hasta una fecha indeterminada.

—¿Podemos hablar de ello cuando vuelva? Al fin y al cabo, aún faltan unos meses para el parto.

Caroline lo ignoró.

—Papá ya ha preparado una habitación para nosotros al final del pasillo. Era la de mi hermano antes de que se fuera a vivir solo. Está apartada y tendremos privacidad.

Por su tono, parecía que Caroline ya había decidido por los dos. Borghi hubiera querido objetar algo, pero en ese momento dio un respingo en la silla plegable. Había entrevisto algo en el monitor.

—Lo siento, Caroline, te llamo más tarde.

—¿Será posible que una de las pocas veces que hablamos te me quites de encima así?

—Lo sé, perdóname. —Colgó sin esperar su contestación. A continuación se concentró en el vídeo.

Por primera vez, Anna Lou y el profesor estaban juntos en el mismo encuadre.

El pasillo del colegio estaba desierto, excepto por la niña que caminaba llevando unos libros en las manos. Por la dirección contraria apareció el profesor.

Pasaron el uno al lado del otro, casi rozándose.

Borghi echó la cinta hacia atrás para volver a ver la escena. Fue un detalle lo que le impresionó. Si los medios de comunicación lo descubrían, se organizaría un buen follón. Tenía que informar a Vogel.

A las once de la noche, Martini estaba sentado en el sofá del salón, a oscuras. De la calle procedían las voces de los equipos que se habían instalado en el exterior de su casa. No conseguía entender lo que decían, pero de vez en cuando incluso los oía reír.

«Siempre es extraño cuando tu vida se detiene y, en cambio, la de los demás sigue adelante», pensó. Así era como se sentía. Atrapado en su propia vida.

Había apagado las luces para impedir que los de fuera echaran un vistazo por las ventanas para ver qué hacía el monstruo. Pero había otra razón. Quería evitar la mirada de Clea y Monica, que desde las fotos enmarcadas no dejaban de perseguirlo por la casa. Habían huido de él y ahora él quería huir de ellas. Estaba furioso, pero también era capaz de comprender su posición. En el fondo, era por su bien.

Una vibración pareció despertarlo. Al mismo tiempo, una lucecita se encendió encima de una repisa. Martini se levantó del sofá para ir a ver. En la pantalla del teléfono que le había entregado Levi aparecía un mensaje.

«En el cementerio dentro de media hora».

El profesor se preguntó por qué el abogado le proponía citarse en un sitio tan insólito en vez de encontrarse en la casa que había alquilado para utilizarla como su cuartel general. Todavía le retumbaban en la cabeza las palabras que el letrado le había dirigido por la mañana.

«Olvídese de que es inocente».

Quizá obtuviera una respuesta. Por eso elaboró rápidamente un plan para salir de casa sin ser visto. Subió al piso de arriba para coger un viejo chaquetón y una gorra con visera. Los usaría para camuflarse y caminar por la calle tranquilamente. Para despistar a los reporteros saldría por detrás y saltaría uno de los setos del jardín.

Tardó más de media hora en llegar al cementerio. Quería estar seguro de que nadie lo hubiera seguido. La verja de la entrada sólo estaba entornada. La empujó y se coló entre las lápidas.

En el cielo había una luna llena y gris. Martini estuvo dando una vuelta, seguro de

que vería aparecer al abogado Levi de un momento a otro. Pero luego divisó un puntito rojo intermitente a lo lejos. Lo siguió como si fuera un faro que le indicara la dirección correcta. Cuando llegó a los alrededores del origen de la pequeña luz, se dio cuenta de que era un cigarrillo. La punta se encendía y se apagaba cada vez que Stella Honer daba una calada.

—Tranquilo, estoy aquí en calidad de amiga —dijo en seguida la mujer, divertida. Se había sentado sobre una lápida y cruzaba las piernas como si estuviera en un salón.

—¿Qué quiere? —Su tono era duro, enfadado.

—Ayudarte.

Le molestaba que Honer se dirigiera a él con tanta confianza.

—No necesito su ayuda.

—¿Quieres que te demuestre lo buena amiga que soy? De acuerdo... Tu mujer estuvo a punto de dejarte por otro hombre hace seis meses. Os trasladasteis aquí para intentar volver a empezar.

«El asunto», pensó Martini. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Lo ves? Somos amigos —prosiguió Honer, dándose cuenta de que el profesor estaba más desconcertado que furioso. Vogel, que le había pasado la información, había previsto que reaccionaría así—. Habría podido utilizar la noticia, pero no lo he hecho... Sé que ahora Clea se ha ido con tu hija, pero, si quieres que vuelvan contigo, tendrías que ser listo.

—Cuando se aclare mi posición, volverán y reanudaremos nuestra vida de antes.

Stella inclinó la cabeza, mirándolo con ternura.

—Pobre iluso, ¿de verdad piensas que pasará eso?

—Soy inocente.

—Entonces no has entendido una mierda. —Honer dijo esa frase como si fuera una amenaza—. A nadie le importa nada si eres inocente. La gente ya ha decidido. Y los policías nunca te dejarán en paz: están gastando dinero a espaldas para resolver este caso, no tienen recursos para permitirse otra investigación y, sobre todo, otro culpable.

Martini tragó saliva con dificultad, pero quería parecer calmado.

—De modo que, o yo, o nadie más...

—Exacto. El único motivo por el que todavía estás en libertad es que no han encontrado el cadáver. Sin el cuerpo no pueden formalizar una acusación de homicidio. Pero antes o después saldrá algo, siempre pasa lo mismo.

—Si estoy desahuciado, ¿por qué motivo la necesito a usted? —El profesor seguía dirigiéndose a Honer de manera formal, para marcar las distancias.

La mujer hizo una breve pausa, sonrió. Sus ojos profundos brillaban a la luz de la luna.

—Me necesitas para obtener la máxima ventaja de esta historia. Podrías sacar bastante de los medios de comunicación que ahora te son hostiles: una entrevista hoy

se paga a precio de oro. Y yo quiero comprarla... Naturalmente, la oferta durará mientras estés en libertad: en la cárcel ya no valdrás nada.

—¿Ha sido Levi quien ha organizado este encuentro? Por eso la charla de esta mañana... —Martini hizo una mueca de desagrado.

—Tu abogado es un hombre práctico. Si quieres tener la esperanza de salir de esto, tendrás que tener dinero suficiente para pagar una investigación paralela minuciosa, con peritos e investigadores privados.

—Sí, él también me lo ha dicho.

—¿Y dónde crees que vas a encontrar el dinero? ¿Y has pensado en lo que le sucederá a tu familia cuando estés en la cárcel? ¿Cómo lo harán para seguir adelante?

Debería haberse enfadado; sin embargo, en ese momento el profesor empezó a reírse. Su reacción sorprendió mucho a la periodista, pero Martini no podía parar.

—Disculpe —dijo después, intentando reprimirse—. Es extraño... Para todo el mundo soy el monstruo, aunque no haya pruebas. Hasta mi mujer alberga dudas. Pero ¿sabe lo que le digo? —Tomó aire y se puso serio—. Le digo que yo sé «exactamente» quién soy. Por eso no pienso aprovecharme de la vida de una niña desaparecida y del dolor de su familia sólo para salvarme o para salvar a mi mujer y a mi hija. Dígaselo también a mi abogado. —En ese momento, Martini se dio la vuelta para marcharse.

—Es usted un idiota, ¿lo sabe? —le dijo un segundo después Stella Honer. Pero como respuesta tuvo que conformarse con ver la espalda del profesor mientras se alejaba.

Esa noche, Vogel había tomado una cena ligera en su habitación y ahora estaba anotando algo en su habitual libretita negra antes de irse a la cama. Estaba sentado en bata en una butaca y sonrió para sus adentros. Estaba seguro de que ese viejo zorro de Levi ya había empezado a mover sus peones en el tablero.

Cuando se enteró de la presencia del abogado en la ciudad, tampoco le sorprendió mucho. Levi formaba parte del carromato desde hacía tanto tiempo que era casi normal que apareciera en cualquier momento. Su número de circo siempre era una sorpresa. Podía ser el prestidigitador que asombra a la multitud o el payaso que entra para distraer al público mientras el león devora al domador. En este caso, seguramente se había puesto en contacto con Stella Honer para que convenciera al profesor de que se ofreciera él mismo como pasto a las fieras.

Martini aceptaría. Porque todos siempre acababan aceptando. Derg también se puso durante un tiempo la máscara de monstruo. El tiempo suficiente para recaudar algo de dinero antes de volver a proclamar su inocencia.

Si el profesor aparecía en la tele, las cosas para el agente especial se simplificarían. El muy tonto seguramente intentaría granjearse la empatía del público, pero el resultado sería que todavía lo enfurecería más. Y entonces todos pedirían su

cabeza, no sólo la gente normal, sino también los jefes de policía e incluso el ministro. Y Mayer no podría hacer nada.

Cuando su móvil empezó a vibrar, Vogel se quedó atónito. Reconoció el misterioso remitente del mensaje que había recibido cuatro días antes, al finalizar la conferencia de prensa.

«Necesito hablar con usted. Llámeme a este número».

En esta ocasión también decidió ignorar a quienquiera que fuese y lo borró sin pensarlo demasiado. En ese momento llamaron a la puerta. Vogel se preguntó si por casualidad los dos acontecimientos estarían relacionados. Seguro de que se encontraría delante al enigmático pesado, abrió la puerta con vehemencia.

Era Borghi, con la ropa arrugada y profundas ojeras. Llevaba consigo una bolsa con un portátil.

—¿Puedo hablar con usted?

—¿Podemos dejarlo para mañana? —Vogel estaba irritado—. Iba a meterme en la cama.

—Debo mostrarle una cosa y será mejor que lo vea en seguida —afirmó el otro dando una palmada en la bolsa del ordenador.

Poco después, el portátil estaba abierto encima de la cama. Los dos agentes estaban de pie delante de la pantalla.

—He encontrado esta grabación en el sistema de videovigilancia del colegio —dijo Borghi—. Mire qué ocurre...

El joven policía había visto la escena al menos veinte veces, pero para Vogel era la primera. En el pasillo desierto, Anna Lou caminaba tranquila. Luego aparecía el profesor que iba a su encuentro desde la dirección opuesta. Los dos se cruzaban, muy cerca, y después ambos desaparecían del encuadre.

Borghi detuvo la filmación.

—¿Se ha fijado?

—¿Fijarme en qué? —preguntó el agente especial, irritado.

—Ni siquiera se han mirado... Si quiere puedo correrlo hacia atrás y vuelve a verlo.

Mientras Borghi se acercaba para poner de nuevo la secuencia, Vogel le cogió la muñeca.

—No hace falta.

—¿Cómo que no? —Estaba realmente sorprendido—. Uno de los pilares de la acusación es que Anna Lou conocía a su raptor, ¿recuerda? Por eso se confió y lo siguió, y ningún vecino vio ni oyó nada. Fue usted quien lo dijo...

Vogel dejó escapar una sonrisa. La ingenuidad de ese chico era conmovedora.

—¿Esto, según usted, demuestra que Anna Lou no sabía quién era Martini?

Borghi lo pensó un momento.

—En efecto...

—En efecto, podía saber perfectamente quién era y no mirarlo a la cara porque

era tímida.

Pero Borghi no acababa de conformarse con esa explicación.

—Sigue siendo un riesgo.

—¿Para quién? ¿Para nosotros? ¿Usted tiene miedo de que si los medios de comunicación llegaran a enterarse de la existencia de este vídeo cambiarían su posición con respecto al profesor?

Obviamente no, pero Borghi no lo comprendió hasta ese momento. Ya estaba todo decidido. Y, a menos que se produjera algún giro inesperado, no cambiarían de idea sobre Martini. Simplemente porque no les convenía.

—¿Y por eso ha desaparecido todo el día? —El tono de Vogel era de afable reproche—. Mientras usted invertía sus horas así, yo también he hecho examinar los vídeos.

—¿Qué vídeos? —preguntó Borghi, asombrado.

—Los de las cámaras de vigilancia de las casas de los vecinos de los Kastner.

—Pero había dicho que no le interesaban porque los objetivos sólo enfocaban el interior de sus propiedades, no a la calle. —«Primero son mis dientes que mis parientes». Durante la primera sesión informativa, Vogel había utilizado exactamente esa frase. ¿Qué le estaba escondiendo ahora?

Pero el agente especial no tenía ninguna intención de compartir sus descubrimientos con él. Le puso una mano en el hombro para acompañarlo a la puerta.

—Vaya a descansar, agente Borghi. Y déjeme hacer mi trabajo.

11 de enero

Diecinueve días después de la desaparición

—No tengo intención de autorizar ningún arresto.

La frase de Mayer sonó como una decisión perentoria. Vogel volvía a toparse una vez más con la obstinación de la fiscal.

—Lo está echando todo a perder —intentó protestar—. Necesitamos el arresto del profesor, porque, si no, dirán que estamos atormentando sin motivo a un hombre inocente.

—¿Y no es así?

Vogel le había llevado como regalo un indicio determinante: las ampliaciones de algunas imágenes congeladas de las filmaciones de las cámaras de vigilancia de las casas de los vecinos de los Kastner. Esperaba que mostrárselas a Mayer fuera suficiente para que cambiara de actitud. Evidentemente, no había sido así.

—Necesito una prueba concluyente. ¿Cómo tengo que decírselo?

—Las pruebas sirven para condenar; los indicios, para arrestar —replicó el agente especial—. Si lo encerramos ahora, es muy probable que decida colaborar.

—Usted quiere sacarle una confesión.

Llevaban así al menos veinte minutos, reclusos en el vestuario-despacho de Vogel.

—Cuando se dé cuenta de que lo ha perdido todo y que no tiene escapatoria, entonces Martini hablará para limpiar su conciencia.

Ambos estaban de pie entre las taquillas, pero Mayer seguía repiqueteando nerviosamente en el suelo la punta del zapato de tacón.

—Ya entiendo su jugada, Vogel. No soy estúpida: usted quiere ponerme entre la espada y la pared y hacer que tome a la fuerza una decisión que no comparto. Me amenaza con ponerme en ridículo ante la opinión pública.

—No necesito amenazarla para obtener mis propósitos —la exhortó él—. Mi antigüedad en el servicio y mi experiencia son suficientes para dar validez a mi teoría.

—¿Como en el caso del mutilador?

Mayer había sacado a posta la historia. Vogel se preguntaba por qué no lo había hecho antes. Sonrió.

—Usted no sabe nada del caso Derg. Mejor dicho, cree que lo sabe, pero, en cambio, no lo sabe.

—¿Y qué tengo que saber, perdone? Un hombre acabó metido en la cárcel con una acusación fabricada con artimañas. Se pasó cuatro años de su vida en una celda

de pocos metros, aislado. Lo perdió todo, incluidos vínculos afectivos y salud. Estuvo a punto de morir a causa de un ictus. ¿Y todo ello por qué? Porque alguien maquilló una investigación relacionada con él colocando una prueba falsa. —La fiscal había dicho todo aquello con desprecio—. ¿Quién me asegura que no podría volver a suceder?

Vogel se negó a contestar. En vez de eso, recogió las fotos que consideraba sus cartas ganadoras y que estaban esparcidas sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta con la intención de abandonar en seguida la habitación.

—¿Recuerda al menos el día en que perdió su dignidad, agente Vogel?

Las palabras de Mayer lo alcanzaron en la puerta, y entonces el agente especial se quedó parado. Algo le impedía marcharse. Se volvió de nuevo hacia la fiscal, con mirada desafiante.

—A Derg lo declaró inocente un tribunal, incluso percibió una generosa indemnización por los perjuicios de su injusta detención... Pero si el mutilador no era él, entonces ¿cómo es que después de su arresto de repente cesaron los atentados? — A continuación, sin esperar respuesta, salió.

Fuera de allí, en el gimnasio convertido en sala de operaciones, lo acogió un silencio total. Sus hombres, que sin duda habían escuchado la discusión, lo miraban intentando comprender si el ahínco y el esfuerzo que habían invertido durante esos veinte días habían sido en vano.

Vogel, sin embargo, sólo se dirigió a Borghi.

—Ha llegado el momento de enfrentarse al profesor.

Era una mañana soleada, atípica para enero. Ni siquiera parecía invierno. Loris Martini se había despertado muy temprano. Mejor dicho, era más exacto decir que los pensamientos que lo corroían lo habían despertado, llevándole su ofrenda de angustia envuelta en un simple mensaje.

«Está llegando el momento. Dentro de poco te arrestarán».

Pero el profesor no tenía intención de desperdiciar ese bonito día soleado y extraordinariamente cálido. Le había hecho una promesa a Clea y pretendía cumplirla. De modo que cogió la caja de herramientas y se fue al jardín, donde reporteros y curiosos no podrían molestarlo. Allí, al abrigo de los altos setos, empezó a transformar el decadente cenador en un invernadero.

Mientras trabajaba duro con los clavos y el martillo, sentía el beso del sol sobre la nuca, el sudor bajándole lentamente en pequeñas gotas por la frente, el cansancio vigorizándole los músculos y, en el fondo, también su corazón. Era reconfortante. Pero la tristeza volvía a visitarlo de vez en cuando. Le bastaba con estar allí, en silencio, para recordarle por qué había llegado a ese punto, el motivo por el que lo había perdido todo.

Todo empezó antes de Avechot. El pueblecito de montaña le pareció el lugar más

apropiado para comenzar de nuevo, en cambio, sólo había sido el epílogo de una desagradable historia.

«El asunto». Hasta Stella Honer lo sabía.

Martini se preguntaba cómo se habría enterado. Se le escapaba la respuesta más sencilla. Y eso les sucede a menudo a los hombres ingenuos. Especialmente a los que dejan que otro les birlea su mujer sin que se den cuenta.

Había sido el examante de Clea quien había vendido la noticia. Elemental.

Y pensar que hasta ese momento incluso había llegado a apreciar mínimamente a ese hombre. Quizá porque era el que Clea había elegido, y él se fiaba del juicio de su mujer. Era una reflexión absurda, lo sabía. Pero también era un modo de redimirla a sus ojos, porque no podía pensar que Clea hubiera sido tan superficial.

«Siempre intentamos salvar a los demás para salvarnos a nosotros mismos», pensó. Y tal vez interpretar el papel de marido comprensivo lo ayudaba a rehuir su deber de enfrentarse a la verdad.

Si Clea lo había engañado, también era por su culpa.

Aquella lejana mañana de primeros de junio, la broma estúpida de un estudiante había puesto fin a las clases antes de tiempo. La llamada anónima avisando de que había una bomba en la escuela era típica del final de curso, cuando los alumnos intentaban esquivar las últimas pruebas para evitar los suspensos. A pesar de que no se lo creía nadie, estaban obligados por ley a cumplir el protocolo de seguridad. Así pues, todos volvieron antes a casa.

Martini cruzó el umbral de su apartamento y fue recibido por un silencio inesperado. Por lo general, cuando regresaba, Clea y Monica ya estaban allí y podía notar su presencia porque la televisión o el equipo de música estaban encendidos, o simplemente por el olor: el aroma de lirios de Clea y el de chicle de fresa de Monica. Aquella mañana, sin embargo, al profesor no lo estaba esperando nada de eso.

En el recorrido en autobús que lo llevaba a casa, Martini había pensado en cómo invertir las horas que le habían regalado. Tenía que preparar las preguntas de los exámenes finales, y esa era precisamente su intención. En cambio, una vez en el apartamento, descubrió que no le apetecía. Fue a la nevera y, después de prepararse un bocadillo de salchichón y queso, se sentó en la butaca y puso el televisor, con el volumen bajo. En un canal daban un viejo partido de baloncesto; no podía creer que pudiera disponer de algo de tiempo sólo para él.

No recordaba exactamente cuándo ocurrió. Si había terminado de comerse el bocadillo o cómo estaba el marcador del partido, pero todavía se acordaba del sonido que sutilmente se interpuso entre la voz del comentarista y el ruido de los botes de la pelota.

Era parecido a un aleteo, una especie de murmullo.

Al principio sólo volvió la cabeza para ver de dónde procedía. Pero luego un instinto lo empujó a levantarse. El sonido no se había repetido; aun así, él se dirigió al pasillo. Cuatro puertas cerradas, dos en cada lado. Pero, de alguna manera, escogió la

de su dormitorio. La abrió despacio y lo vio.

No se percataron de su presencia. Al igual que él antes tampoco se había percatado de la suya. En una casa pequeña, sus vidas se habían estado rozando durante minutos enteros, inconscientemente. Y habrían podido seguir así si algo no hubiera provocado las circunstancias de ese encuentro.

Clea estaba desnuda, sólo las piernas y la cadera estaban cubiertas con la sábana. Tenía los ojos cerrados, en una postura que a su marido le era familiar. Loris se concentró en el hombre que estaba debajo de ella, convencido de reconocerse a sí mismo. En cambio, era otro. Y esa escena no tenía nada que ver con él.

No recordaba nada aparte de eso.

Clea le contó que oyó el golpe de la puerta. Y que fue entonces cuando comprendió lo que acababa de suceder.

Cuando regresó a casa muchas horas más tarde, ella llevaba un ancho jersey blanco y el pantalón de un chándal que le iba demasiado grande. Quizá quería esconder su cuerpo y, con él, su pecado. Estaba sentada en la butaca en la que él, esa mañana, había estado viendo el partido. Con las rodillas sobre el pecho, se balanceaba. Lo miró con una mirada ausente. El pelo revuelto, el rostro pálido. No había buscado excusas. «Vámonos de aquí —dijo—. En seguida, mañana.»

Y él, que en su peregrinaje sin meta, dando vueltas por la ciudad, había buscado algo que decirle sin encontrarlo, sólo pronunció dos palabras: «De acuerdo».

Desde entonces, no habían hablado nunca más de ello. El traslado a Avechot se produjo dos semanas después. Ella renunció al trabajo que amaba y a todo lo demás sólo para ser perdonada con un silencio. Y en ese momento Loris comprendió cuánto la aterraba la idea de perderlo. Si se hubiera imaginado que él estaba más aterrado que ella...

Lo peor de todo, sin embargo, fue descubrir quién era el hombre con el que su mujer lo había engañado. Era abogado como ella, tenía medios y dinero para permitirle huir de la mísera vida que le ofrecía su marido.

Loris tuvo que lidiar con una verdad desgarradora. Clea se merecía algo mejor.

Y de ese modo se refugiaron entre las montañas, para no tener que pensar más en ello. Pero la amarga huella de la traición había permanecido y poco a poco iba consumiendo el amor que quedaba. Loris lo veía. Y sabía que no podía hacer nada.

Por eso había hecho la promesa. «Nunca más».

Ahora, bajo el sol inmerecido de una mañana de enero, pensó una vez más en «el asunto» esperando que de verdad fuera la última vez. Cuando sonó el teléfono en el interior de la casa, dejó caer el martillo sobre el césped, seco por el invierno, y fue a la cocina a cogerlo.

—De acuerdo, allí estaré —fue lo único que dijo.

Después abrió la nevera. Dentro sólo había una manzana arrugada y un paquete de cuatro botellas de cerveza. Cogió una y volvió al jardín. La destapó con la ayuda de un destornillador. A continuación se sentó sobre el césped muerto, con la espalda

apoyada en una viga del cenador. Se bebió un sorbo con calma, entrecerrando los ojos.

Cuando hubo terminado, se miró la mano todavía vendada desde el día de la desaparición de Anna Lou Kastner. Se quitó las vendas y observó la cicatriz. Estaba casi curada.

Entonces cogió de nuevo el destornillador con el que había abierto la cerveza e hizo lo mismo con la herida: la abrió. Clavó la punta en la carne y separó los bordes. De sus labios no salió ni un solo lamento. Había sido cobarde en el pasado, por eso sabía que se merecía ese dolor.

La sangre empezó a brotar manchándole la ropa y goteando lentamente sobre la tierra desnuda.

La cálida jornada de sol era sólo un recuerdo. Por la tarde, densas y compactas nubes habían cubierto el valle soltando una lluvia densa e intensa.

En la cristalera de la cafetería de la nacional todavía estaba el cartel intermitente que deseaba «Felices Fiestas» a los conductores que transitaban por allí. Navidad y Nochevieja hacía tiempo que habían pasado, pero nadie había tenido tiempo de quitarlo. Demasiado trabajo últimamente.

A las diez de la noche, sin embargo, el local estaba vacío.

El agente especial Vogel le había pedido al viejo dueño que le reservara la sala para una reunión especial. Si bien el policía no había reivindicado ningún mérito sobre el repentino aumento del volumen de negocio de las últimas semanas, el hombre había intuido por sí mismo que estaba en deuda con él.

La puerta de cristal de la entrada se abrió haciendo sonar un timbre. El profesor golpeó los pies en el suelo un par de veces para sacudirse la lluvia del chaquetón, a continuación se quitó la gorra de visera y miró a su alrededor.

Estaba oscuro, excepto por una luz que iluminaba uno de los reservados pegados a la pared. Vogel ya estaba allí sentado y lo esperaba. Martini se encaminó hacia él, sus Clarks mojados gemían en contacto con el suelo de linóleo. Se situó al otro lado de la mesa de fórmica azul, justo delante del agente especial.

Vogel iba elegante, como siempre. No se había quitado el abrigo de cachemir y ante él tenía una carpeta delgada sobre la que tamborileaba con los dedos de ambas manos.

Era la primera vez que se encontraban.

—¿Usted cree en los proverbios? —empezó diciendo el agente especial sin siquiera saludar.

—¿En qué sentido? —preguntó el profesor.

—Siempre me ha fascinado ese modo elemental de distinguir lo que está bien de lo que está mal... Las leyes, en cambio, siempre son tan complicadas, deberían estar escritas como los proverbios.

—¿Usted piensa que el bien y el mal son sencillos?

—No, pero encuentro reconfortante pensar que alguien lo vea de esa manera.

—Personalmente creo que la verdad nunca es sencilla.

Vogel asintió.

—Sí, es posible.

Martini apoyó ambos brazos sobre la mesa. Estaba tranquilo.

—¿Por qué ha querido que nos viéramos aquí?

—Por una vez, nada de cámaras ni micrófonos. Ningún reportero pesado. Nada de jueguitos. Sólo usted y yo... Quiero ofrecerle la oportunidad de que me convenza de que he cometido un error, de que su implicación en esta historia sólo es fruto de un gran equívoco.

Martini intentó aparentar seguridad.

—Ningún problema —dijo—. ¿Por dónde empezamos?

—No tiene coartada para el día de la desaparición y además se hirió en una mano. —Señaló el vendaje manchado de sangre—. Veo que todavía no se le ha curado, quizá necesita unos puntos de sutura.

—Mi esposa piensa lo mismo —contestó Martini para hacerle entender que no le gustaba su falsa preocupación—. Fue un accidente —confirmó una vez más—. Me resbalé e instintivamente me agarré a una rama para frenar la caída.

Vogel bajó la mirada hacia la carpeta, sin abrirla.

—Qué raro, porque el médico forense puso en evidencia que los bordes de la herida son homogéneos..., como si hubiera sido provocada por la hoja de un cuchillo.

Martini no replicó.

A pesar de ello, Vogel no insistió en ese punto y siguió adelante.

—Los vídeos de Mattia en los que aparece su coche. Ahora me dirá que sólo se trata de una casualidad y que, de todos modos, no se ve a quien conduce. Al fin y al cabo, el todoterreno estaba a disposición de la familia... A propósito, ¿su mujer tiene permiso de conducir?

—Yo era quien conducía, deje tranquila a mi mujer. —Había incumplido las indicaciones de Levi, pero no le importaba. No quería que Clea se viera implicada, ni aunque sirviera para aliviar su situación.

—Hemos analizado el interior de su coche —prosiguió Vogel—. No hallamos ADN de Anna Lou, pero, curiosamente, había pelos de gato.

—Nosotros no tenemos gato —se defendió el profesor, un poco ingenuamente.

El agente especial se inclinó hacia él y le habló con voz meliflua.

—¿Qué diría si, precisamente gracias a ese animal, consiguiera situarle en el lugar de la desaparición de la niña?

Martini pareció no entender lo que decía, pero por su mirada se intuía curiosidad mezclada con temor.

Vogel suspiró.

—Hay algo que me asombra desde el principio... ¿Por qué Anna Lou no intentó

impedir que se la llevaran? ¿Por qué no gritó? Nadie del vecindario oyó nada. La conclusión a la que he llegado es que la niña siguió a su raptor voluntariamente... Porque se fiaba de él.

—Entonces lo conocía bien, y eso me excluye a mí: aunque iba a mi escuela, no encontrará a nadie que esté dispuesto a testificar que nos hubiera visto relacionándonos o, simplemente, hablando.

—En efecto —dijo Vogel, tranquilo—. Anna Lou no conocía a su raptor..., conocía a su gato. —Finalmente Vogel abrió la carpeta y le tendió la ampliación del fotograma que había mostrado a Mayer esa misma mañana para convencerla de arrestar a Martini—. Hemos examinado las grabaciones de los sistemas de videovigilancia de las casas de los vecinos de la chica. Por desgracia, ninguna cámara enfocaba hacia la calle. ¿Cómo se dice? «Primero son mis dientes que mis parientes». Pero resulta que, en los días anteriores a la desaparición, deambulaba un gato callejero por los alrededores.

Martini observó la foto. Se entreveía un gran gato moteado, rojo y marrón, mientras vagaba por un terreno con césped.

Vogel le señaló algo con el índice.

—¿Ve qué lleva al cuello?

El profesor miró con más atención. Vislumbró una pulsera de perlitas de colores.

Vogel se quitó de la muñeca la que le había regalado Maria Kastner y la dejó al lado de la fotografía.

—Las hacía Anna Lou para regalárselas a las personas a las que quería.

Martini parecía anonadado, incapaz de reaccionar.

Vogel decidió que había llegado el momento de dar el golpe de gracia.

—El secuestrador utilizó el gato como anzuelo. Lo llevó allí unos días antes, dejando que deambulara libremente por el barrio, seguro de que Anna Lou, a la que le encantaban los gatos, pero no podía tener uno suyo, antes o después repararía en él... Pero ella no sólo lo vio, llegó incluso a adoptarlo poniéndole en el cuello esa pulsera. Por eso, a partir de hoy, querido profesor, no voy a ir más tras usted. Si consigo encontrar ese gato, para usted todo habrá terminado.

Transcurrieron unos instantes de silencio. Vogel sabía que lo tenía en un puño. Lo miraba fijamente esperando su reacción, algo que le dijera que se había equivocado. Pero el profesor no pronunció palabra. En vez de eso, se levantó y se dirigió con calma hacia la salida. No obstante, antes de cruzar el umbral se volvió de nuevo hacia el agente especial.

—A propósito de proverbios —afirmó, tranquilo—, en una ocasión alguien dijo que el pecado más estúpido del diablo es la vanidad. —Después abandonó el local haciendo sonar el avisador de la puerta.

Vogel, en cambio, permaneció un rato allí, disfrutando de la tranquilidad del momento. Estaba convencido de haber llegado a un punto importante. Mayer, sin embargo, todavía constituía un problema. Debía encontrar la manera de neutralizarla.

«El pecado más estúpido del diablo es la vanidad».

A saber lo que había querido decir Martini con su última frase. Podía interpretarse como un insulto. Pero Vogel no era quisquilloso. Sabía perfectamente que los golpes se encajan y, sobre todo, se devuelven. Y el profesor tenía las horas contadas.

Decidió que era el momento de irse. Mientras ordenaba el contenido de la carpeta, se quedó perplejo. Había notado algo sobre la mesa. Se inclinó para verlo mejor.

Sobre el tablero de fórmica azul, en el lugar donde el profesor había apoyado la mano vendada, destacaba una pequeña mancha de sangre fresca.

16 de enero

Veinticuatro días después de la desaparición

El pequeño Leo Blanc había cumplido cinco años hacía una semana cuando desapareció sin más.

En aquella época, no existían los sofisticados medios de investigación de que en ese momento disponían las fuerzas del orden. Se conformaban con «peinar el terreno», como se decía entonces. El caso se asignaba a polis con experiencia, que conocían el lugar, y a la gente de toda la vida, que sabían cómo obtener información y no necesitaban equipos científicos o ADN. Era un trabajo duro, cotidiano, hecho de pequeños pasos, resultados modestos que, al final, puestos todos juntos, constituían el armazón de la investigación. Hacía falta estar dotado principalmente de paciencia.

La paciencia era un don que había ido a menos con la llegada de los medios de comunicación. El público exigía respuestas rápidas; de no ser así, cambiaba de canal. Así pues, las cadenas ponían presión a los investigadores, obligándolos a veces a llevar a cabo su trabajo de manera apresurada. Era fácil, en esos casos, que se cometieran errores. Lo importante, sin embargo, era que el espectáculo no parase.

Sin saberlo, Leo Blanc, con su pequeña y trágica historia, con su breve existencia, marcaría una importante línea divisoria entre el antes y el después.

Una mañana, su madre, Laura Blanc, una viuda de veinticinco años que había perdido a su compañero a la vez que padre de su hijo en un accidente de coche, se presentó en la comisaría de policía del pequeño pueblo de la planicie donde vivía. Estaba desesperada. Aseguraba que alguien se había introducido en su casa para raptar a su Leonard.

Vogel era un simple agente en aquellos tiempos, acababa de obtener el diploma en la academia de policía. Por ese motivo le asignaban trabajos elementales y aburridos, como archivar informes o pasar a máquina las denuncias que se presentaban. Por lo demás, sólo tenía que observar a los agentes de más edad mientras trabajaban. Y, obviamente, aprender. Pero fue precisamente él quien le tomó declaración a Laura.

La mujer aseguraba que hasta esa mañana no se había dado cuenta de que había olvidado en su coche el cartón de leche que compró la tarde anterior en un pequeño supermercado. Antes de que su hijo se despertara y reclamara el desayuno, salió a buscarlo. Al fin y al cabo, el vehículo estaba aparcado en la calle, a unos cincuenta metros. Quizá por distracción, o tal vez porque los habitantes del pueblo se conocían todos y estaban acostumbrados a no cerrar con llave la puerta de casa incluso de noche, Laura dejó la suya un poco entreabierta. Y ahora no podía perdonárselo.

Siguiendo el procedimiento, Vogel le pasó en seguida la denuncia al agente con el

que hacía el aprendizaje. Ambos se personaron en la vivienda de la mujer. Si bien no detectaron señales de violencia, sí encontraron la habitación del pequeño Leo patas arriba. La conclusión fue que el niño se había despertado y, asustado por la presencia de un extraño, habría intentado oponerse a las intenciones del secuestrador. Sin embargo, al final este se había salido con la suya.

Laura Blanc se encontraba en estado de *shock*, pero aun así consiguió reconstruir paso a paso con la policía el curso exacto de los acontecimientos. Había un vacío de apenas ocho minutos entre el momento en que había salido y en que había regresado; durante ese breve período incluso cruzó algunas palabras con una vecina. Pero ese tiempo había bastado al secuestrador para introducirse en la casa y llevarse al niño.

En seguida se puso en marcha la persecución. Pero las cosas habrían ido de otra manera si durante esos días un equipo del telediario no hubiera estado en la zona haciendo un reportaje sobre las aves migratorias que poblaban los pantanos limítrofes. La idea se le ocurrió a un teniente. Se pidió a los periodistas que recogieran el llamamiento de la madre, que pedía ayuda a cualquiera que tuviera noticias de su niño.

Después de la transmisión de aquel mensaje grabado, el revuelo fue inmediato.

La gente empezó a acribillar a la policía con llamadas. Muchos estaban seguros de haber visto al pequeño Leo, describían lugares y hechos con exactitud. Había gente que afirmaba haberlo visto en compañía de un hombre que le compraba un helado; otros, de una pareja en un tren; incluso había quien daba nombres y apellidos. La mayor parte de las indicaciones resultó infundada, pero de todos modos era imposible verificarlas todas. La cantidad de información que llovía sobre la cabeza de los investigadores acabó obstruyendo la investigación. Pero lo realmente sorprendente fue la cantidad de personas que sólo llamaban para informarse sobre la evolución del caso. Llamadas en ese mismo sentido llegaban masivamente a las centralitas de las cadenas, que decidieron «cubrir la noticia», como se decía en su argot, y enviaron equipos y periodistas al lugar.

Vogel vio cómo sucedía todo eso en poquísimos tiempo. Al ser un joven e inexperto policía no tuvo la habilidad de comprender la revolución que se estaba produciendo ante sus ojos. Lo único cierto es que todo aquello le pareció muy irreal. Hasta la verdad, transfigurada por los medios de comunicación, parecía distinta. Laura Blanc pronto se convirtió en una triste heroína. Vogel la había conocido como una chica modesta, incluso algo fea, pero de repente su aspecto cambió. Con el maquillaje y la luz adecuada, empezó a recibir cartas de pretendientes ansiosos por ocuparse de ella. Su hijo, Leo, fue adoptado implícitamente por todas las madres del país. Un niño de sólo cinco años se convirtió en un icono, la gente tenía su foto en casa y muchos padres pusieron su nombre a sus recién nacidos.

Cuando la solución del misterio parecía ya una quimera, durante otro registro más en la casa apareció una huella dactilar. Se necesitaron dos semanas para buscar en los archivos alguna coincidencia. Al final, también la encontraron.

El hombre se llamaba Thomas Berninsky. Un obrero de cuarenta años con antecedentes por actos lascivos contra menores y que en esa época trabajaba precisamente para una empresa que construía naves industriales en la zona.

La caza a Berninsky duró muy poco. El hombre fue arrestado y encontraron en su poder el pijama del pequeño Leo, manchado de sangre. El pedófilo asesino admitió que se había fijado en el niño hacía tiempo y condujo a los investigadores al vertedero abandonado donde había enterrado el pequeño cuerpo.

El descubrimiento de una muerte tan horrenda sacudió al público. Pero alguien, en las altas esferas de la policía y de las cadenas, intuyó que, de repente, algo había cambiado y que ya no volvería atrás.

Había comenzado una nueva era.

La justicia ya no era un asunto reservado a los tribunales, sino que pertenecía a todos, sin distinciones. Y en este nuevo modo de ver las cosas, la información era un recurso, «la información era oro».

El negocio había cobrado vida tras la muerte de un pobre niño inocente.

Vogel, joven policía idealista, todavía no se imaginaba que entraría a formar parte de ese perverso mecanismo construyendo su brillante carrera sobre las desgracias ajenas. Pero, aun así, en esa época llegó a una conclusión sorprendente... Laura Blanc contó que se había alejado de su vivienda para ir al coche a buscar la leche que había comprado la tarde anterior. Su casa había sido puesta patas arriba decenas de veces durante los registros de la policía hasta que encontraron la huella dactilar de Berninsky.

Entonces, ¿por qué nadie encontró nunca ese famoso cartón de leche?

El Vogel adulto, con años de experiencia sobre los hombros, todavía se lo preguntaba. Y la posible respuesta todavía le provocaba escalofríos. Laura Blanc rehízo pronto su vida con un hombre al que había conocido antes de los hechos y que quizá no quería asumir la responsabilidad del hijo de otro. La idea de que la mujer hubiera intuido desde hacía tiempo las intenciones de Berninsky y que incluso hubiera favorecido su acción habría sido difícil de vender a los medios de comunicación. Laura Blanc se había alejado de su casa a propósito, Vogel estaba seguro de ello. Pero sabía que había secretos que debían continuar siéndolo. Por eso nunca le contó a nadie sus sospechas. Aunque volvía a pensar en ello cada vez que en algún caso sucedía algo llamativo.

Y aquella mañana, al amanecer, el caso del pequeño Leo le volvió a la mente mientras viajaba en el coche oficial al lado del agente Borghi. Había ido corriendo a recogerlo desde el hotel.

Al parecer, los buzos habían hallado en un conducto de desagüe la mochila de colores de Anna Lou Kastner.

A veces la casa se hacía claustrofóbica y entonces sentía la necesidad de escapar.

Martini se había vuelto hábil a la hora de despistar a los periodistas apostados fuera. Por ejemplo, había aprendido que las horas entre las cinco y las siete, cuando los equipos se preparaban para las primeras ediciones de los telediarios, eran las mejores para escabullirse por detrás.

Había un laberinto de calles «seguras» que podía recorrer para dejar Avechot atrás. Después se introducía en los bosques y se abandonaba a la soledad de la naturaleza, convencido de que al cabo de poco perdería el privilegio de la libertad. Habían transcurrido cinco días desde su encuentro con el agente especial Vogel en la cafetería. Imaginar al policía metido en la persecución de un gato de pelo moteado rojo y marrón lo hacía parecer indudablemente ridículo. La verdad era que no tenía ningún miedo de lo que podía pasarle. A pesar de que su aspecto desaliñado dejaba entender otra cosa, Loris Martini no había dejado de fortalecer su alma. Su barba larga y el olor corporal eran ahora una especie de coraza con la que se hacía ilusiones de poder mantener a la gente a distancia. Clea habría tenido algo que objetar, siempre estaba atenta y le hacía continuas recomendaciones sobre su aspecto. Había sido así desde el día en que, en el campus, Loris se había puesto un traje azul y una ridícula pajarita para pedirle que cenara con él. La apariencia, las formas eran importantes para su esposa.

Martini echaba de menos a Clea y a Monica, pero sabía que debía ser fuerte también por ellas. No habían tenido ningún contacto desde que se marcharon, ni siquiera por teléfono. A decir verdad, tampoco él había intentado llamarlas. Quería protegerlas. Protegerlas de sí mismo.

La bruma de la mañana se deslizaba lentamente por las hojas y a Martini le gustaba acariciarlas y notar la sensación de frescor mojado en la palma de las manos. Mientras caminaba, abría los brazos y entrecerraba los ojos disfrutando de una pequeña dicha. Luego respiraba a pleno pulmón el aire cargado de perfumes. Su mente se llenaba de verde, mientras la noche empezaba ya a hacerse a un lado para acoger el día. Los animales del bosque salían de sus madrigueras, los pájaros cantaban felices por haberse salvado de las tinieblas.

Cuando el reloj de cuarzo que llevaba en la muñeca empezaba a emitir un sonido breve y constante, Martini sabía que estaban a punto de cumplirse las dos horas de libertad de los medios de comunicación y que había llegado el momento de volver. De modo que, también ese día, hizo el recorrido inverso hacia su casa. Pero por el camino que conducía a Avechot advirtió una figura que avanzaba hacia él. Caminaba por el lado opuesto de la calzada, el profesor hubiera querido evitarla, pero no había ningún sendero por el que meterse, estaba rodeado de campos. Se vio obligado a proseguir; no obstante, bajó la mirada y se caló más la gorra sobre la cabeza de manera que la visera le cubriera gran parte del rostro. Con las manos en los bolsillos y la espalda algo encorvada, siguió por una línea imaginaria con la intención de respetarla fielmente. Pero la tentación de echar un vistazo al rostro del misterioso viandante se impuso y, cuando lo reconoció, la respiración se le atascó en la garganta.

Bruno Kastner se fijó en Martini con algunos segundos de retraso. También él sintió algo repentino e incierto, porque aflojó el paso.

Ambos estuvieron a punto de detenerse, pero era como si cada uno esperara que fuera el otro quien lo hiciera primero. El padre de la niña desaparecida tenía una expresión indescifrable pero digna. Martini no pensó en su probable reacción, en qué podría hacerle al presunto monstruo que había raptado a su hija. En vez de eso, curiosamente, pensó en lo que habría hecho él en su lugar. Y eso le dio miedo.

Sus pasos sobre el asfalto se volvieron sincrónicos, el sonido de los unos desaparecían en el sonido de los otros. El trecho restante duró una eternidad. Cuando por fin se emparejaron, sus espaldas sólo distaban un par de metros. Pero ninguno de los dos se volvió. Martini fue el primero en pararse, esperando algo.

Sin embargo, el hombre no se detuvo. Es más, aceleró un poco el paso, desapareciendo de su vista.

Martini no podía moverse. Sólo oía el palpar de su corazón retumbándole en el pecho. Seguía notando la presencia de Bruno Kastner a su espalda. Por un momento deseó que se diera la vuelta y lo agrediera. Pero no ocurrió. Cuando se volvió, el hombre grande y gordo era sólo un puntito lejano en los márgenes del bosque.

El profesor no iba a olvidar la experiencia. Y en ese momento también tomó una decisión.

La mochila de colores de Anna Lou Kastner estaba sobre la mesa de autopsias del pequeño tanatorio de Avechot. La habían colocado allí a falta de un cadáver. Pero a Vogel le parecía estar viendo igualmente a la niña pelirroja y con pecas. Tendida, desnuda, fría e inmóvil bajo la luz de la lámpara cialítica que la iluminaba desde arriba, dejando todo lo demás en penumbra.

A veces los golpes de suerte se producían, pensaba el agente especial. Quien fuera que hubiese tirado la mochila en el conducto de desagüe se había preocupado primero de vaciarla y luego de llenarla de piedras pesadas, pero no había sido suficiente. Esa precaución era una prueba decisiva. Ahora la existencia de un monstruo ya no era sólo una teoría de la investigación. Era real.

La mochila, en ese momento, era Anna Lou. Y fue como si la niña abriera los ojos y volviera la cabeza hacia Vogel, que estaba allí desde hacía al menos media hora, solo, evaluando las posibles implicaciones de ese hallazgo. Un mechón de cabello rubio le cayó sobre la frente y sus labios se movieron, pronunciando una frase sin voz. Un mensaje sólo para el agente especial.

«Todavía estoy aquí».

Y Vogel recordó la primera vez que estuvo en casa de los Kastner, el día de Navidad. También le volvió a la cabeza el árbol adornado, que, según las palabras de la madre de la niña, se quedaría encendido hasta que su hija volviera como un faro en la noche. Se acordó del regalo envuelto con un lazo rojo que esperaba a que la chica

lo abriera. Ahora aquella caja sería sustituida por un ataúd blanco.

—No te encontraremos nunca —le dijo en voz baja. Y al momento esa convicción arraigó en él profundamente.

«El pecado más estúpido del diablo es la vanidad».

Por eso había llegado el momento de actuar. Y de impedir que volviera a suceder.

* * *

Hacia las nueve de la mañana, el profesor Loris Martini se metió debajo de la ducha. El agua caliente se llevó consigo el cansancio acumulado. Poco después, desnudo delante del espejo, encontró reflejado su propio rostro, que había evitado cuidadosamente durante los últimos días. Empezó a afeitarse.

Frente al armario abierto, de entre los trajes que tenía, escogió el que representaba mejor su estado de ánimo. Americana beis de pana, pantalón oscuro de franela y una camisa de cuadros azules y marrones con la que combinaría una corbata de color grisáceo. Cuando terminó de atarse los Clarks, se puso el chaquetón y se colgó la bolsa de lona en bandolera. A continuación salió de casa.

Al verlo aparecer en el umbral, cámaras y reporteros se quedaron atónitos. Los objetivos se desplazaron en seguida hacia él, que, despreocupado, recorría el sendero hasta la calle, superaba las vallas y se encaminaba tranquilamente por las calles de Avechot.

Pasó por la avenida principal y la gente se detenía, incrédula, y lo señalaba. Los clientes salían de las tiendas para presenciar la escena. Pero ninguno decía ni hacía nada. El profesor evitaba cruzar la mirada con nadie, aunque sentía su peso.

Cuando llegó delante del edificio escolar, una pequeña multitud se había agrupado detrás de él. Martini vio que, aparte del gimnasio requisado para convertirlo en sala de operaciones de la policía, no había cambiado nada más.

Subió la escalera que conducía a la entrada, seguro de que a su espalda los chacales se detendrían ante aquella frontera. Así fue. Una vez en el interior reconoció el sonido familiar del timbre. Según el horario de clases, a las diez tocaba literatura. De modo que se dirigió hacia su clase mientras sus compañeros maestros y los alumnos presentes en el pasillo lo veían pasar ante ellos.

Entre los pupitres había la confusión típica de cualquier cambio de hora. Dentro de poco llegaría el sustituto que el director del colegio había asignado a la clase, pero de momento los estudiantes aprovechaban el retraso del maestro para reír y bromear.

Priscilla llevaba de nuevo su vieja ropa. Había vuelto a pintarse mucho los ojos y se había puesto otra vez las tachuelas en la oreja.

—Voy a ir a hacer una prueba para un *reality* —contaba excitada a sus amigas.

—¿Y tu madre está de acuerdo? ¿No dice nada? —le preguntó una compañera.

—Aunque así fuera, qué más da. Ahora mi vida ha tomado una dirección y ella tiene que hacerse a la idea —dijo la chica zanjando el asunto a la vez que se encogía de hombros—. Quizá debería buscarme un agente.

Lucas, el rebelde con la calavera tatuada, se dirigió a alguien al fondo del aula.

—¿Y a ti, desgraciado, no te han ofrecido nada?

La broma fue coreada por una carcajada general, pero Mattia fingió no haberla oído y siguió garabateando algo en su libreta de siempre.

La puerta se abrió. No se volvieron todos en seguida. Sólo algunos lo hicieron. Y se callaron de inmediato. Pero cuando Martini llegó a su mesa y dejó la bolsa encima se hizo un silencio total.

—Buenos días, chicos. —Los había saludado con una sonrisa. Ninguno contestó, estaban aturridos, incluido Mattia, que parecía aterrorizado. Transcurrieron algunos segundos en los que el profesor los observó uno a uno, de pie. Luego empezó a hablar como si nada.

—Durante nuestra última clase os estuve ilustrando sobre la técnica narrativa de las novelas. Expliqué que todos los autores, incluso los más grandes, empiezan tomando ejemplo de lo que se ha escrito antes de ellos. La primera regla es «copiar», ¿lo recordáis? —No hubo ninguna respuesta. Así estaba bien, se dijo Martini. Al fin y al cabo, la clase nunca había estado tan atenta.

La puerta del aula se abrió de nuevo. Esta vez los alumnos se volvieron. Vogel hizo su entrada y, al ver la escena, levantó la mano para que los presentes vieran que todo iba bien, casi excusándose. A continuación, mientras tomaba asiento en un pupitre vacío, observó al profesor como si quisiera invitarlo a proseguir la lección.

Martini continuó, imperturbable.

—Os dije que el mal es el verdadero motor de cualquier narración: los héroes y las víctimas sólo son un instrumento, porque a los lectores no les interesa la vida cotidiana, ya tienen la suya. Quieren conflictos, sólo así consiguen distraerse de su propia mediocridad. —Miró intencionadamente al agente especial—. Recordad: el malo es quien hace que la mediocridad sea más aceptable, él es quien «hace» la historia.

De repente, Vogel empezó a aplaudir. Lo hizo con convicción, batiendo las palmas enérgicamente y asintiendo con satisfacción. Seguidamente dirigió la mirada a la clase para que lo siguieran en su elogio. Al principio, los alumnos se miraron sin saber qué hacer. Después, tímidamente, alguien empezó a imitarlo. Era una situación absurda, paradójica. Vogel se levantó de su asiento y se dirigió a la mesa, sin dejar de aplaudir. Al llegar frente a Martini, a pocos centímetros de su cara, paró.

—Bonita lección. —Después se acercó a la oreja del hombre y le susurró—: Hemos encontrado la mochila de Anna Lou. El cuerpo no, pero no nos hace falta... Porque en la mochila estaba su sangre, profesor.

Martini no replicó, no dijo nada.

Vogel extrajo del bolsillo del abrigo de cachemir un par de esposas.

—Y ahora tenemos que irnos.

23 de febrero

Sesenta y dos días después de la desaparición

La noche en que todo cambió para siempre, la planta de extracción de Avechot era lo único que se veía por la ventana de la consulta del doctor Flores. Las torres de ventilación de la mina estaban coronadas por luces rojas intermitentes que parecían pequeños ojos atentos. Centinelas en la niebla.

—¿Tiene usted familia, agente especial?

Vogel, por alguna razón, contemplaba las uñas de su mano derecha y desde hacía un rato se había postrado de nuevo en el silencio. Por eso no comprendió en seguida la pregunta del psiquiatra.

—¿Familia? —repitió—. Nunca he tenido tiempo.

—Yo, en cambio, llevo casado cuarenta años —dijo Flores sin que el otro se lo hubiera preguntado—. Sophia ha criado a nuestros tres magníficos hijos, ahora está completamente volcada en los nietos. Es una mujer maravillosa, no sé qué haría sin ella.

—¿Qué hace un psiquiatra en Avechot? —preguntó Vogel, curioso—. En un sitio pequeño como este es la última persona con la que uno espera encontrarse.

—Los suicidios —dijo Flores, serio—. En esta zona se da el porcentaje más elevado de la nación en relación con el número de habitantes. Cada familia tiene una historia que contar: padres, madres, hermanos, hermanas. A veces un hijo.

—¿Cuáles son los motivos?

—No hay. Los que vienen de fuera, nos envidian. Piensan que en un lugar tranquilo como este, a salvo en medio de las montañas, la vida siempre transcurre plácidamente. Pero quizá sea precisamente esta tranquilidad la verdadera enfermedad de la gente. No basta para ser feliz; es más, se convierte en una cárcel. Para escapar de ella se quitan la vida, y siempre eligen las maneras más cruentas. No les basta con tomarse un par de frascos de pastillas o con cortarse las venas de las muñecas, sino que tienen tendencia a hacerse daño, como si quisieran castigarse.

—¿Y usted ha salvado a muchos?

Flores dejó escapar una breve carcajada.

—Mis pacientes, más que fármacos, lo que necesitan es a alguien con quien desahogarse.

—Apuesto a que consigue hacerlos hablar usando las frases adecuadas, probablemente porque los conoce desde siempre y para ellos es fácil abrirse con usted.

El policía tenía razón. Flores era bueno a la hora de estudiar a la gente, sin duda

porque sabía escuchar y nunca se imponía. Por ejemplo, no perdía la paciencia, nunca había levantado la voz en el transcurso de una discusión, ni siquiera para regañar a sus propios hijos. Le gustaba la idea de que lo consideraran un hombre equilibrado y le encantaba calificarse como médico de montaña, similar a esos médicos de antaño que principalmente cuidaban del alma de sus pacientes y de ese modo los curaban de cualquier aflicción.

—Tal vez no sean simplemente infelices. Tal vez el tener demasiada tranquilidad les arrebató el miedo a morir, ¿no lo ha pensado?

—Es posible —admitió el médico—. ¿Usted ha tenido miedo a la muerte alguna vez, agente especial? —La pregunta escondía una provocación. Quería llevarlo de nuevo a la realidad de su ropa manchada de sangre y al motivo por el que había regresado allí.

—Cuando te rodeas de la muerte de los demás, no hay forma de pensar en la tuya —dijo amargamente—. Y usted, ¿piensa en ella a menudo?

—Cada día desde hace treinta años. —Se señaló el pecho—. Tres *bypass*.

—¿Un infarto? ¿Siendo usted tan joven?

—Entonces ya era padre de familia. Sé que no significa nada, pero la juventud es sólo un detalle cuando tienes responsabilidades tan grandes. Gracias a Dios, sobreviví a una delicada operación de doce horas y ahora sólo tengo que acordarme de tomar mis píldoras y de ir a que me echen un vistazo de vez en cuando. —Flores siempre tendía a quitar importancia a ese momento de su pasado, quizá porque no quería admitir que lo había marcado profundamente. Pero la noche en que todo cambió para siempre iba a dejar en un segundo plano cualquier episodio de su vida anterior, incluso ese.

Llamaron a la puerta. El psiquiatra no invitó a entrar a quien fuera. En vez de eso, se levantó de su asiento para salir de la sala. Era una señal acordada. Pero Vogel no pareció darse cuenta.

En el pasillo, Mayer caminaba arriba y abajo, impaciente.

—¿Y bien? —le preguntó en cuanto lo vio.

—Alterna momentos de lucidez con otros en los que parece ausente —fue el primer dictamen del médico.

—Pero ¿está fingiendo o no?

—No es tan sencillo —explicó Flores—. Ha empezado a hacer una larga narración del caso de Anna Lou Kastner, estoy dejándolo hablar porque pienso que al final llegaremos al accidente de coche de esta noche. —Más que una narración, parecía una confesión. Pero eso el psiquiatra se lo guardó para sí mismo.

—Tenga cuidado. Vogel es un manipulador.

—No necesita manipularme si dice la verdad. Y hasta ahora no me parece que haya mentado.

Pero Mayer no estaba convencida.

—¿Está Vogel al corriente de que Maria Kastner se quitó la vida hace tres días?

—No lo ha mencionado y no sé si lo sabe.

—Debería restregarle la noticia por la cara; en el fondo, lo que ha ocurrido ha sido ante todo culpa suya.

Flores en seguida supo que la mujer no lo resistiría. Pero le impidieron hacer algo. Después del suicidio, la congregación tomó distancia de Maria, que fue vilipendiada por su acto sacrílego. Incluso le negaron un funeral religioso.

—No creo que sea útil sacar la historia en este momento. Es más, pienso que incluso sería perjudicial.

Mayer se situó a pocos centímetros del médico para mirarlo directamente a la cara.

—No deje que lo embauque a usted también. Yo cometí ese error sólo una vez y todavía no me lo he perdonado.

Flores asintió.

—No se preocupe, si todo es una farsa, lo descubriremos.

Cuando volvió a entrar en la sala con dos tazas de café humeante, Vogel ya no seguía sentado en el sillón, sino que estaba de pie observando de cerca el ejemplar disecado de trucha irisada que tanto le había llamado la atención un rato antes.

—He traído algo de beber —dijo Flores con una sonrisa, dejando una de las tazas sobre la mesa.

Vogel ni siquiera se volvió.

—¿Sabe por qué nunca recordamos el nombre de las víctimas?

—Disculpe, ¿cómo dice? —Flores se estaba sentando y no lo había entendido.

—Ted Bunty, Jeffrey Dahmer, Andrej Cikatilo... Todos recordamos el nombre de los monstruos, pero casi nunca nadie recuerda el de las víctimas. ¿Se ha preguntado alguna vez el porqué? Y, sin embargo, debería ser al contrario. Decimos que sentimos piedad, compasión, pero luego nos olvidamos de ellos. Párese a pensar...

—¿Usted conoce el motivo?

—La gente le dirá que en el fondo es culpa de la prensa, porque nos bombardea con el nombre del monstruo hasta la saciedad. Los medios de comunicación son malos, ¿lo sabía? —afirmó con una nota de sarcasmo—. Pero al mismo tiempo también son inocuos si los neutralizamos pulsando una tecla del mando a distancia... Sólo que nadie lo hace. Todos somos demasiado curiosos.

—Quizá sea la justicia lo que realmente nos preocupa, no los monstruos.

—*Nooo* —contestó el agente especial rechazando la idea con un gesto de la mano, como si se tratara de una evidente ingenuidad—. La justicia no gana audiencias, amigo mío. La justicia no le interesa a nadie.

—¿Tampoco a usted?

Vogel se quedó callado, atrapado en la pregunta.

—Yo sabía que el profesor era culpable... Hay cosas que un poli no puede explicar. El instinto, por ejemplo.

—¿Por eso lo persiguió haciéndole la vida imposible? —Flores sentía que habían llegado a un pequeño punto de inflexión.

—Cuando vi la mochila de colores de Anna Lou sobre la mesa de autopsias, algo estalló en mi interior... La fiscal Mayer habría retirado las acusaciones. —Calló de nuevo. A continuación, en voz baja, dijo—: No podía permitirlo.

—¿Qué intenta decirme, agente Vogel?

El otro levantó la mirada hacia él.

—No iba a haber otro caso Derg. El mutilador al final se salió con la suya con las disculpas de todos, incluso cobró un premio de millones camuflado como resarcimiento por detención injustificada.

Flores estaba como paralizado, pero no quería apretarle las tuercas.

—La noche de nuestro primer encuentro de verdad, en la cafetería de la nacional, Martini llevaba la mano vendada. Ese estúpido no había querido que le dieran puntos de sutura y la herida todavía sangraba... —Vogel recordaba con claridad el momento en que, mientras guardaba las fotos en la carpeta, se fijó en la mancha roja sobre la mesa de fórmica.

—La sangre de la mochila —dijo Flores, sin poder creerlo—. Entonces es cierto... Falsificó la prueba.

17 de enero

Veinticinco días después de la desaparición

Después de medianoche, un coche oscuro y anónimo rebasó las vallas de seguridad de la prisión. Se detuvo en un estrecho patio hexagonal rodeado de altos muros grises, que lo convertían en algo parecido a un pozo.

Dos agentes de paisano bajaron por las puertas de atrás, a continuación ayudaron al profesor a salir del habitáculo. Las esposas entorpecían los movimientos de Martini. Cuando puso un pie en el asfalto, lo primero que hizo fue mirar hacia arriba.

El cielo estrellado estaba encerrado en un espacio angosto y claustrofóbico.

Borghí iba sentado delante, por una vez él no conducía. Llevaba una carpeta con la orden de arresto firmada por Mayer y la transcripción del interrogatorio al que esa tarde la fiscal había sometido al profesor. Martini no dejó de negar todos los cargos, pero las pruebas y los indicios en su contra eran muy serios.

Borghí precedió a los dos agentes de la escolta y al profesor al interior del módulo C. Seguidamente entregó la documentación al jefe de los guardias para que se hiciera cargo del detenido.

—Loris Martini —dijo, presentándolo—. Acusado de secuestro y homicidio de una menor, con el agravante de haber ocultado el cuerpo.

Evidentemente, el otro sabía quién era y por qué se encontraba allí, pero era la práctica habitual. De modo que se limitó a hacer firmar al agente los formularios de ingreso en la cárcel.

Una vez cumplidas las formalidades, Borghí se volvió una última vez hacia Martini, que parecía confuso y desorientado. El profesor lo miró con la expresión implorante de quien intenta comprender qué iba a pasar después. El joven agente no le dijo una palabra; en cambio, se dirigió a los policías que lo habían acompañado.

—Vámonos —dijo.

Martini los siguió con la mirada mientras se alejaban. A continuación, dos manos lo aferraron por los codos y lo arrastraron. Los dos guardias lo condujeron a una pequeña sala contigua, con las paredes rezumantes de humedad. Sólo había un bajo taburete de hierro y, en el centro del suelo inclinado, la rejilla de un desagüe.

—Desnúdese —le ordenaron tras quitarle las esposas.

Él obedeció. Cuando estuvo completamente desnudo, le dijeron que se sentara en el taburete, luego abrieron la ducha que estaba en perpendicular sobre él —y en la que no se había fijado— y le pasaron una pastilla de jabón. Cuando Martini quiso levantarse para lavarse mejor, se lo impidieron. El reglamento no lo permitía. El agua estaba templada y olía a cloro. Al final le dieron una toalla blanca demasiado pequeña

y que se empapó casi en seguida.

—Levántese y ponga las dos manos en la pared, después inclínese hacia adelante lo más posible —dijo el guardia.

El profesor temblaba de frío, pero también de miedo. No podía ver lo que sucedía a su espalda, pero lo imaginó cuando reconoció el chasquido de un guante de látex. La inspección corporal duró pocos segundos, durante los cuales el profesor cerró los ojos para apartar la humillación. Después de comprobar que no escondía nada en el recto, lo invitaron de nuevo a sentarse en el taburete.

Transcurrieron algunos minutos en completo silencio. Nadie le informaba de nada y Martini se veía obligado a esperar los acontecimientos. Luego, un sonido de pasos precedió la llegada de un médico con bata blanca que llevaba una carpeta.

—¿Tiene alguna afección crónica? —preguntó sin presentarse.

—No —contestó el profesor con un hilo de voz.

—¿Necesita tomar medicamentos?

—No.

—¿Está aquejado o ha sufrido en el pasado enfermedades venéreas?

—No.

—¿Consume estupefacientes?

—No.

El médico de la cárcel anotó también la última respuesta en la carpeta y a continuación se marchó sin añadir nada más. Los guardias cogieron de nuevo a Martini por los brazos, obligándolo a levantarse. Uno de ellos le entregó el uniforme de la prisión, de tela áspera de color azul desvaído, y un par de chanclas de plástico dos números más pequeñas.

—Vístase —le conminó. Luego lo condujeron esposado por un pasillo que parecía no terminar nunca. A su paso, se abrieron y se cerraron una serie de rejas.

Aunque era de noche, la cárcel no dormía nunca.

En una de las celdas empezó un ruido bajo y metálico, rítmico, que pronto se propagó a las demás. El sonido acompañaba su paso con los guardias, como una fanfarria que precediera al condenado a muerte. De detrás de las puertas cerradas llegaban susurros siniestros.

—Hijo de puta.

—Cuenta los días, te vamos a despellejar.

—Bienvenido al infierno.

Era el recibimiento reservado a los culpables de crímenes horribles contra menores. Según el código de honor de los presos, su delito los hacía indignos incluso de estar detrás de los barrotes. Los demás presos, de hecho, no soportaban mezclarse con los asesinos de niños. Para esos estaba prevista una pena adicional. Tenían que cumplir una condena dentro de la condena. Ser marcados como carne muerta.

Martini caminaba con la cabeza gacha, el uniforme le quedaba demasiado ancho y se le caía de la cadera, pero con las muñecas esposadas era difícil mantenerlo en su

sitio.

Llegaron frente a una gruesa puerta de hierro. Uno de los guardias la abrió y lo empujó al interior. El espacio era angosto para una persona, ni decir ya para tres. Había un catre y, en una esquina, un váter de acero y un lavabo en la pared. De una ventanita alta se filtraba la luz de la luna junto a una corriente de aire helada.

Una cuarta persona cruzó el umbral. Era un hombre robusto, de unos cincuenta años. Los bíceps tiraban del tejido del uniforme.

—Soy el jefe Alvis —se presentó—. Dirijo el módulo de aislamiento.

El profesor se imaginaba que le iba a soltar una parrafada para ilustrarlo, en tono severo, sobre cómo funcionaban las cosas allí dentro. En cambio, le puso entre los brazos una manta marrón de lana, un cuenco y una cuchara de silicona, para que no pudiera usarlos para hacer o hacerse daño.

—Estos objetos, al igual que el colchón del catre, son propiedad de la cárcel. Se le entregan íntegros, en caso de pérdida o deterioro se le cargarán a usted —repitió de memoria, para luego añadir—: Ahora firme aquí.

Le tendió una carpeta y Martini estampó su firma al pie de la breve lista, preguntándose qué valor podían tener esos objetos para que se tomaran tantas molestias. En ese momento entendió que precisamente la obsesión por la burocracia era el peor aspecto de la cárcel. Cualquier cosa de la vida detrás de los barrotes se regulaba mediante formularios y codicilos, incluso la más insignificante. Cualquier decisión ya había sido tomada por alguien. Para limitar al mínimo la implicación de las personas, cualquier acción se traducía a un estándar preestablecido. Y se deshumanizaba. De este modo no quedaba espacio para la emotividad, la compasión o la empatía.

Cada uno estaba solo consigo mismo y con su culpa.

Mientras los guardias y el jefe Alvis abandonaban la celda, Martini permaneció de pie sosteniendo entre los brazos la manta marrón y el cuenco con la cuchara. La gruesa puerta de hierro se cerró y se oyeron las vueltas de las llaves.

«Carne muerta», se repitió el profesor mientras el silencio se cernía sobre la celda.

Había esperado veinticuatro horas antes de hacer declaraciones. Vogel quería que primero disminuyera un poco el revuelo por el arresto del día anterior, para que sólo él estuviera en el centro de los focos.

El policía que había conseguido incriminar a un asesino incluso sin el cadáver de la víctima.

Ahora el agente especial disfrutaba de la atención de los medios de comunicación ante una selva de micrófonos y cámaras en el gimnasio de la escuela que hacía las veces, ya por poco tiempo, de sala de operaciones. Había optado por un traje nuevo para presentarse a los periodistas. Americana oscura de terciopelo, pantalón gris y

una corbata regimental. En los puños de la camisa blanca resaltaba un par de gemelos de oro blanco con forma de estrella. Todavía llevaba la pulsera de perlitas de Anna Lou y pretendía exhibirla como un trofeo.

—Al final, la puntual y silenciosa labor de la policía ha llevado al resultado que todos esperábamos. Como ven, la constancia y la paciencia siempre obtienen su recompensa. Las presiones de los medios de comunicación y de la opinión pública no nos han condicionado. Hemos trabajado sin dejarnos ver y con las luces apagadas para alcanzar el objetivo que nos habíamos propuesto desde el principio: averiguar la verdad del caso de la desaparición de Anna Lou Kastner.

Era paradójico el modo en que conseguía tergiversar los hechos sin sentirse avergonzado, pensó el agente Borghi, que asistía a la escena en un lado. Y si bien la verdad de que hablaba Vogel no incluía una respuesta sobre qué había sido de la niña pelirroja y con pecas, aun así conseguía convencer a todo el mundo de lo que decía. Porque, en el fondo, era el primero en estar convencido de ello.

—En este punto, nuestra labor en Avechot ha terminado y dejamos paso a la justicia, seguros de que la fiscal Mayer sabrá hacer buen uso de los valiosos e inequívocos resultados de la investigación.

Mayer, que estaba a su lado, apartó ligeramente la mirada de los objetivos que la enfocaban. Fue un gesto pequeño pero elocuente para Borghi. No era capaz, como Vogel, de mentirse a sí misma.

—¿Cómo han recibido los Kastner la noticia del arresto? —preguntó un reportero.

—Me consta que ayer se enteraron por la televisión —contestó el agente especial—. He preferido no interferir en el comprensible dolor de estos momentos. Pero iré a verlos en cuanto sea posible, para explicarles lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá ahora.

—¿Deja de buscar a Anna Lou? —Lo había preguntado Stella Honer.

Vogel, que se esperaba esa pregunta, evitó contestarle directamente a ella y se dirigió a todos.

—Por supuesto que no —los tranquilizó en seguida—. No descansaremos hasta que encontremos la última pieza que falte. El destino de esa pobre chica siempre ha sido nuestra prioridad.

Pero con ese «pobre chica» ya había decretado oficialmente el final de cualquier esperanza de encontrarla, advirtió Borghi. Eran pequeños detalles dialécticos, pero que le permitirían salir airoso en caso de error. Por otra parte, los fondos para la búsqueda sufrirían un claro reajuste a partir de que se apagaran los reflectores. Nada de equipo científico, de unidad canina ni de buceadores. Ningún helicóptero sobrevolaría ya las montañas. Los voluntarios poco a poco regresarían a sus casas. Pero los primeros en abandonar Avechot serían los periodistas. Al cabo de un par de días, el circo levantaría el campamento. En su lugar quedaría una extensión baldía y llena de papeles tirados. Los equipos de televisión se desmovilizarían dejando que el

valle y sus habitantes se sumergieran de nuevo en su inexorable letargo. Volverían a la vida de antes, reaparecerían las disparidades entre quienes habían tenido la suerte de poseer un suelo bajo el que se encontraba una vena de fluorita y quien, en cambio, a causa de la mina, se había empobrecido. Hoteles y restaurantes, que habían vuelto a abrir temporalmente, irían perdiendo gradualmente la clientela, los turistas del horror elegirían otras metas, otros crímenes sangrientos para sus excursiones domingueras con la familia. Tal vez la cafetería de la nacional pospondría un año su cese de la actividad, pero al final el dueño también se resignaría y comprendería que cerrar las puertas sería la mejor opción.

Para Avechot se había agotado una breve temporada de inesperada y, a veces, molesta popularidad. Pero nadie olvidaría nunca ese invierno.

Vogel estaba a punto de despedirse de su auditorio, ya que debía volver lo antes posible a la ciudad, donde lo esperaban para participar en un programa nocturno de debate, cuando Stella Honer levantó de nuevo la mano.

—Agente especial Vogel, una última pregunta —dijo la periodista sin que él la hubiera autorizado a tomar la palabra—. Después de este importante éxito, ¿podemos afirmar que el caso Derg fue sólo una desdichada página de su carrera?

Vogel detestaba la capacidad casi cruel de Stella de meter el dedo en la llaga. Se permitió una sonrisa de circunstancias.

—Mire, señora Honer, ya sé que para usted y sus colegas es bastante fácil distinguir entre el éxito y el fracaso, pero para nosotros los policías existen matices. El mutilador (como lo bautizasteis vosotros en los medios de comunicación) no ha vuelto a atacar. Tal vez un día vuelva a hacerlo, o tal vez no. Pero me gusta creer que lo hemos asustado tanto que se lo pensará mucho antes de colocar otro artefacto. —Había puesto el punto final, ahora era el momento de retirarse. Vogel se alejó de los micrófonos antes de que alguno de los presentes pudiera retenerlo con otra pregunta incómoda.

Mientras los *flashes* acompañaban la salida del protagonista de ese drama, el agente Borghi se apartó de la pared del fondo de la sala para alcanzarlo. Una parte de él estaba contenta de que por fin se hubiera terminado, pero había otra, muy pequeña y tenaz, que no se resignaba con ese epílogo. Por un momento había creído realmente formar parte de algo épico, una especie de batalla entre el bien y el mal. Pero después del arresto del profesor no había tenido ningún sentimiento de satisfacción. En el fondo, el caso se había resuelto con un golpe de suerte. El aspecto positivo era que ahora podía volver con Caroline y que juntos esperarían la llegada de su niña. Pero iba a echar de menos el trabajo. Iba a echar de menos Avechot.

Borghi alcanzó a Vogel en el exterior del gimnasio.

—¿Quiere que lo acompañe al hotel? —preguntó.

Vogel miró al cielo.

—No, gracias. Aprovecharé este bonito día para ir dando un paseo. —Y se sacó del abrigo su habitual libretita negra.

Borghgi le había visto hacer ese gesto decenas de veces en el transcurso de la investigación. Tenía curiosidad por saber qué apuntaba con tanta diligencia el agente especial. Seguramente había mucho que aprender de esas notas.

—Bien, agente Borghgi, tenemos que despedirnos. —Vogel hasta le puso una mano en el hombro, un gesto paternal que no era propio de él—. En el próximo caso que se presente, pediré que lo asignen a mi equipo. —En efecto, pensó el agente especial, esta vez las cosas habían salido de la mejor manera y no había sido necesario cargar la responsabilidad de un fracaso en un subordinado. Pero Borghgi podía resultarle útil: el chico era lo suficientemente inmaduro para creerse todo lo que le contaba.

—Ha sido un honor trabajar para usted, agente especial —afirmó el joven policía con convicción—. He aprendido mucho.

Vogel lo dudaba. Su técnica de investigación era un conjunto de táctica y oportunismo. No se aprendía fácilmente, y él no estaba dispuesto a compartir su secreto.

—Bueno, me alegro por usted —dijo con una sonrisa. Se disponía a marcharse cuando Borghgi llamó de nuevo su atención.

—Disculpe, señor, me preguntaba una cosa...

—Diga, agente.

—¿Nunca se ha preguntado por qué el profesor Martini raptó, mató y ocultó el cuerpo de Anna Lou? Sí, o sea... ¿Cuál es el móvil, según usted?

Vogel fingió que se tomaba la pregunta en serio.

—Las personas odian, agente Borghgi. El odio es algo impalpable, es difícil de demostrar y no aporta pruebas que puedan mostrarse ante un tribunal. Pero, por desgracia, existe.

—Perdone, pero no lo entiendo: ¿por qué iba a odiar Martini a Anna Lou?

—No a ella en concreto, sino al mundo entero. En el fondo, el profesor llevaba una vida modesta, carente de satisfacciones. Su mujer lo había engañado con otro, corría el riesgo de perder a su familia y de quedarse solo, como sucedió luego. Con el tiempo, la rabia acumulada necesita encontrar una salida. Creo que Martini albergaba un deseo de venganza contra los demás... Y Anna Lou, con su candor y la inocencia de la juventud, era perfecta para castigarnos a todos.

Borghgi, sin embargo, no estaba convencido.

—Es curioso, porque en la academia nos enseñaron que el odio no está de los primeros entre los móviles de un crimen.

Vogel sonrió de nuevo.

—Le daré un consejo que nunca más oírás decir a un policía... Aprenda a considerar cada caso por sí mismo y olvídense de todo lo que ha aprendido; si no lo hace, nunca logrará desarrollar el instinto de captura.

Borghgi observó el abrigo de cachemir mientras se alejaba. El instinto de captura, reflexionó. Como si fuera lo contrario del instinto de matar.

«El odio no es el primer móvil de un crimen», se repitió Vogel mientras entraba en su habitación del hotel. ¿Qué sabía ese mocoso de criminales? ¿Y cómo osaba poner en duda sus palabras? Pero él no dejaría que el enfado ofuscará la sensación de bienestar que había sentido durante todo el día. Borghi no tenía futuro, eso seguro.

Sobre la cama ya estaban dispuestos los trajes que durante todos esos días habían estado colgados en el armario. Cada uno en su funda. Al igual que los zapatos, que estaban metidos en sus correspondientes bolsas de algodón; luego, las corbatas, las camisas y el resto de la ropa interior. Todo el conjunto ocupaba por entero la superficie del colchón y formaba un perfecto y ordenado mosaico cromático. Al cabo de un rato, Vogel lo metería todo en la maleta. Pero, cuando se acercó a la cama, se fijó en algo que antes no estaba.

Sobre la mesita, al lado del televisor, había un paquete.

Se acercó con recelo. Alguien del personal del hotel debía de haberlo dejado allí mientras no estaba. Pero no había ninguna nota que lo acompañara. Le pareció extraño. Tras unos segundos de titubeo, decidió quitar el papel de regalo de todos modos.

Cuando abrió la caja, se encontró ante un viejo portátil lleno de arañazos y abolladuras.

«¿Qué clase de broma es esta?», pensó. Levantó la pantalla y vio que sobre el teclado había una tarjeta con algo escrito a bolígrafo con buena letra.

«*Es inocente*».

Debajo de esas palabras, como firma aparecía un número de móvil. El mismo desde el que había recibido dos mensajes anónimos, que había despachado pensando que se trataba de algún periodista en busca de una primicia.

«Necesito hablar con usted. Llámeme a este número».

Vogel estaba irritado. No toleraba que nadie se entrometiera en su esfera privada. Pero, al mismo tiempo, tuvo que admitir que sentía una extraña curiosidad por el contenido del ordenador. Su sentido común le sugería que lo dejara ahí, pero al fin y al cabo hacer una comprobación no costaba nada.

Alargó una mano y pulsó la tecla de encendido.

El portátil tardó un poco en cobrar vida. La pantalla negra pasó a ser azul. En el centro había sólo un icono, el de un navegador de Internet. Vogel estaba a punto de arrancarlo, pero la conexión fue automática. Al poco rato apareció una página web con un grafismo sencillo y rudimentario. El agente especial pensó en seguida en un viejo sitio que llevaba años en la Red y que, nadie consultaba, pero que seguía flotando como basura por la superficie del ciberespacio.

La página también tenía título.

«El hombre de la niebla».

Bajo ese nombre, un desfile de los rostros de seis niñas, muy parecidas entre sí. Pelirrojas y con pecas. Y, sobre todo, muy parecidas a Anna Lou Kastner.

Al otro lado de la línea, el teléfono sonó varias veces. Respondió una ronca voz femenina.

—Agente especial, se ha tomado su tiempo.

—¿Quién es usted y qué quiere demostrar con esto? —la atacó en seguida Vogel.

La otra, en cambio, estaba tranquila.

—Veo que por fin he captado su atención. —La frase fue seguida por un breve ataque de tos—. Me llamo Beatrice Lemman, soy periodista. O mejor dicho, lo era.

—No haré ninguna declaración sobre lo que acabo de ver, sea lo que sea. De modo que no se haga ilusiones: no se hará famosa con esta historia.

—No deseo hacerle ninguna entrevista —contestó Lemman—. Hay algo que me gustaría mostrarle.

Vogel lo pensó un momento. Su rabia no disminuía, pero algo le decía que escuchara a esa extraña mujer.

—De acuerdo, veámonos —propuso.

—Tendrá que venir usted.

Vogel dejó escapar una carcajada enojada.

—¿Y por qué?

—Ya lo verá.

La mujer colgó sin que él pudiera replicar.

21 de enero

Veintinueve días después de la desaparición

Beatrice Leman estaba postrada en una silla de ruedas.

Vogel había tardado cuatro días en decidir si iba a verla, pero mientras tanto, con discreción, estuvo recogiendo información sobre ella. Como periodista se había ocupado principalmente de noticias locales, pero con sus artículos había puesto entre las cuerdas a políticos y gente poderosa más de una vez. Era un hueso duro de roer, si bien sus mejores días ya habían pasado. Ahora no asustaba a nadie.

En un primer momento, Vogel decidió ignorar los delirios de una vieja reportera en busca de gloria para redimirse del anonimato. Pero luego reflexionó sobre la posibilidad de que Leman se pusiera en contacto con alguien como Stella Honer. Sin duda, esa mujer no perdería la oportunidad de desenterrar el caso Kastner proponiendo al público una apetitosa versión alternativa de la verdad determinada por su investigación. Habría sido desastroso que alguien diera crédito a tales desvaríos, especialmente teniendo en cuenta que él había falsificado una prueba para incriminar a Martini. Vogel no quería que nadie más metiera las narices en el asunto, por eso al final decidió encontrarse con la mujer.

Leman vivía en un chalet a las afuera de Avechot. Nunca se había casado y su única compañía era una manada de gatos que habitaba en la especie de estudio en el que se recluía. Cuando lo recibió, Vogel se encontró delante de una mujer avinagrada y decepcionada, con el rostro surcado por profundas arrugas marrones y el pelo gris recogido en un moño despeinado detrás de la nuca. Llevaba un forro polar manchado de ceniza de cigarrillo y había ceniceros repletos de colillas diseminados por todas partes. En la casa se percibía un persistente olor a nicotina rancia que se mezclaba con otro penetrante a orina de gato que, acostumbrada, Leman ya no advertía. Destacaba un desorden de papeles y periódicos viejos amontonados incluso por el suelo.

—Bienvenido, agente especial Vogel —dijo mientras lo conducía al interior. En el caos era visible una especie de sendero que permitía a Leman moverse bastante cómodamente con la silla de ruedas.

Vogel se ciñó el abrigo de cachemir porque no quería tocar nada, temeroso del polvo y, sobre todo, de los gérmenes que podían anidar en el lugar.

—Francamente, todavía no sé por qué he venido —aclaró.

La anciana periodista se rio.

—Lo importante para mí es que usted esté ahora aquí. —A continuación se colocó detrás de un escritorio e hizo un gesto a su huésped para que ocupara la silla

que había frente a la mesa.

Aunque de mala gana, Vogel se sentó.

—Veo que no me ha traído el portátil que le envié. Es el único que tengo y me gustaría recuperarlo.

—Creía que era un regalo para mí —ironizó Vogel—. De todos modos, me ocuparé de devolvérselo pronto.

Leman se encendió un cigarrillo.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Vogel.

—Soy parapléjica de nacimiento por culpa de la maniobra errónea de una obstetra, así que me importa una mierda lo que pueda ser dañino para los demás —contestó, insolente.

—De acuerdo, pero vayamos al grano: no tengo tiempo que perder.

—Fundé y dirigí durante cuarenta años un pequeño diario local. Digamos que lo hacía todo yo: desde las crónicas hasta las necrológicas. Después, la llegada de Internet hizo que todos los esfuerzos fueran inútiles y cerré el negocio por falta de lectores... Ahora sabes en tiempo real lo que ocurre en la otra punta del mundo, pero no sabes qué cojones sucede en la esquina de tu casa. —Tras la breve introducción, Beatrice cogió un grueso dossier de un estante, provocando una pequeña avalancha de papeles y periódicos. Se lo puso sobre las rodillas, sin abrirlo—. Un periodista se ocupa de centenares de sucesos durante su carrera —prosiguió la mujer—. Pero siempre hay uno que se te queda grabado: no puedes olvidar el nombre y el rostro de las víctimas, y lo llevas contigo como una especie de parásito que se nutre de sentimientos de culpa... Quizá a ustedes, los policías, les pase lo mismo.

—A veces —admitió Vogel con tal de que prosiguiera con su historia.

—Bien, mi solitaria empezó a construir su madriguera con la desaparición de Katya Hilmann. —Levantó el dossier para luego dejarlo caer pesadamente sobre la mesa—. Ella fue la primera.

El golpe resonó brevemente en la angosta habitación. Vogel observó en silencio la voluminosa carpeta que tenía delante. Sabía que si aceptaba entrar en ese asunto, luego sería difícil salir. Pero no tenía elección. Levantó la tapa de cartón y empezó a hojearlo.

Se topó en seguida con una vieja fotografía de Katya Hilmann. Ya la había visto en el sitio de Internet, pero ahora la observó con más atención. La niña llevaba una bata azul, el uniforme del colegio. Sonreía dirigiéndose al objetivo. Tenía los ojos verdes y sinceros. Seguían las imágenes de otras adolescentes pelirrojas y con pecas. Vogel las estudió, una por una. Parecían hermanas. En las expresiones de sus rostros había el mismo candor. Predestinadas, se dijo. La maldición de la inocencia se había abatido sobre ellas.

Mientras Vogel consultaba los documentos, Beatrice lo observaba fumando en silencio su cigarrillo, lo sujetaba sólo con la punta de los dedos y lo consumía con caladas lentas y profundas, dejando que la ceniza se acumulara en equilibrio en el

extremo.

Vogel constató que, acompañando las fichas personales de las presuntas víctimas, había numerosos artículos de periódico escritos por la misma Lemán y escuetos informes policiales.

—Todas las chicas tenían situaciones familiares difíciles —afirmó Beatrice rompiendo el silencio—. Padres violentos, madres que sufrían sin denunciar. Tal vez por eso los polis de Avechot y de los pueblos de alrededor nunca investigaron demasiado las desapariciones: era casi normal que las chicas se escaparan de ese infierno.

—Usted, en cambio, juntó los casos, suponiendo un comportamiento compulsivo.

—Edad entre los quince y los dieciséis años, pelirrojas, pecosas: son los elementos de una obsesión, es evidente... Pero nadie me creyó.

—La última desaparición se remonta a hace treinta años —le hizo notar Vogel leyendo la fecha de un informe.

—Exacto —dijo Beatrice—. En esa época, «su» profesor Martini no vivía en Avechot y, lo que es más importante, todavía era un niño.

Sí, pensó Vogel, Stella Honer habría disfrutado mucho con esa historia. Aunque la considerara una mera coincidencia con el caso Kastner, no podía irse de allí simplemente encogiéndose de hombros. Primero debía sacar de la cabeza de Lemán la idea de que pudiera existir una relación. Y para hacerlo debía saber más cosas.

—¿Cómo es que, después de la desaparición de Anna Lou, nadie aparte de usted ha sacado a la luz esta historia?

—Porque la gente olvida deprisa, ¿no lo sabía? Hace años creé el sitio de Internet que le mostré con la esperanza de mantener viva su memoria, pero esas pobres chicas ya no le importan a nadie.

—¿Y por qué «el Hombre de la Niebla»?

La voz de Beatrice Lemán, ya de por sí profunda por los muchos cigarrillos fumados durante una vida entera, se convirtió en un único sonido áspero.

—La niebla hace desaparecer a las personas: sabemos que están ahí, pero no podemos verlas... Esas chicas todavía están entre nosotros, agente especial Vogel, aunque les haya ocurrido algo malo, aunque estén muertas. Por algún oscuro motivo, el Hombre de la Niebla las cogió; porque se trata de un único autor, estoy segura. Como queda claro que no es el profesor, apuesto a que todavía está por ahí fuera, en busca de una nueva presa.

—No tiene sentido —la contradijo—. ¿Por qué hacer una pausa de treinta años?

—Tal vez se trasladara a otra parte y ahora haya vuelto. Quizá haya actuado en otros lugares y no lo sepamos. Sólo hay que buscar a niñas con las mismas características.

Vogel sacudió la cabeza.

—Lo siento, no lo creo: con la repercusión del caso Kastner, alguien habría llevado ante la policía o los medios de comunicación casos parecidos.

Leman estaba a punto de argumentar algo, pero se interrumpió para toser.

—No es sólo ese dossier lo que quería mostrarle —pudo decir en medio del acceso. A continuación, abrió un cajón del escritorio y le tendió a Vogel un envío postal—. Me llegó hace algún tiempo, pero si lee el matasellos de origen se dará cuenta de que lleva la fecha de la desaparición de Anna Lou.

El agente especial se desentendió del dossier y cogió el paquete.

—Como puede ver, va dirigido a usted con mi dirección —prosiguió Beatrice—. Pero en vista de que usted no respondía a mis mensajes, hace unos días lo abrí.

Vogel levantó el paquete para observar su contenido a través del borde rasgado. Seguidamente metió la mano y extrajo un librito rosa, con imágenes de gatitos sobreimpresas.

El «verdadero» diario de Anna Lou, pensó al instante.

El que escondía a su madre y que no habían encontrado. Seguramente lo llevaba en la mochila que había acabado en el conducto de desagüe.

Vogel observó el pequeño candado con forma de corazón que lo sellaba.

Intentó racionalizar la situación. Si alguien había enviado el diario a Leman era porque quería reavivar la atención sobre el caso del Hombre de la Niebla. ¿Habría sido el monstruo? Y, entonces, ¿qué papel había tenido Martini en esa historia? Surgió en él el presentimiento de que se había equivocado en cuanto al profesor. Y, sin embargo, había tenido la misma sensación que tuvo con Derg. También entonces su convencimiento de hallarse ante el mutilador lo empujó a falsificar las pruebas. Sólo que con el contable no había cometido ningún error. Él era quien llevaba a cabo los atentados, por eso después no hubo más.

—¿Qué quiere a cambio? —le preguntó a la mujer, agitando el diario. Pretendía ser práctico.

—La verdad —dijo Leman sin dudar.

—¿Quiere tener la primicia o qué?

—Usted es demasiado diabólico, amigo mío. Yo soy una mujer sencilla.

«El pecado más estúpido del diablo es la vanidad», se dijo Vogel recordando las palabras de Martini y reflexionando sobre su situación actual. Quizá había pecado de vanidad, y ahora iba a ser castigado.

—Si hubiera querido lo que usted está ofreciéndome ahora, habría recurrido a una cadena y habría vendido el diario por mucho dinero.

Ella tenía razón, qué estúpido había sido por no pensarlo. Pero si la periodista no buscaba notoriedad o dinero, entonces ¿qué buscaba?

—Le prometo que si aquí dentro hay algo que pueda permitir reabrir la investigación y conectarla con la desaparición de las otras seis chicas, no lo dudaré ni un momento. —Hizo que sonara como una promesa solemne.

—Esta es la última oportunidad para capturar al Hombre de la Niebla —dijo entonces Leman—. Estoy segura de que no la desperdiciará.

Al parecer, se lo había tragado.

La sala de entrevistas entre presos y familiares estaba amueblada con mesas de acero clavadas al suelo con tornillos, al igual que las sillas que había alrededor. El techo era bajo y, normalmente, las voces resonaban de manera molesta haciendo casi imposible hablar. Pero en ese momento, aparte de cuatro guardias silenciosos que observaban la escena a distancia, únicamente estaba el profesor Martini y el abogado Levi.

Aunque sólo había pasado unos pocos días recluido, el profesor parecía extenuado.

—Soy muy popular aquí dentro. Me tienen en aislamiento, pero, aun así, por la noche oigo a los otros presos amenazándome desde sus celdas: como no pueden tenerme en sus manos, hacen de todo con tal de mantenerme despierto.

—Hablaré con el director, haremos que lo trasladen.

—Mejor no, no quisiera ganarme más enemistades. Ya resulta difícil ser una estrella. —Se rio con amargura—. Es más, uno de los vigilantes me ha hecho entender que es mejor que no toque la comida que traen de la cocina de la cárcel. Creo que los guardias también me desprecian y que sólo lo ha dicho para meterme miedo. Bueno, lo ha conseguido, porque desde entonces me las arreglo con galletas saladas y pastelitos.

Levi intentaba animar a su defendido, pero parecía seriamente preocupado por él.

—No puede seguir así, debe comer, conservar las fuerzas. De otro modo, no podrá aguantar la presión del juicio.

—¿Tiene idea de cuándo empezará?

—Hablan de un mes, tal vez un poco más. La acusación tiene pruebas suficientes, pero nosotros nos estamos preparando para contraatacar.

—¿Cómo lo haré sin dinero? —Martini estaba desesperanzado.

Levi habló en voz baja para que no lo oyeran los guardias.

—Le organicé el encuentro con Honer precisamente por eso. Fue realmente estúpido no aceptar su oferta.

—Entonces, ¿renunciará a la defensa, abogado?

—No diga tonterías. Pienso que aún tenemos una oportunidad: la prueba de ADN acredita por sí misma el conjunto de indicios contra usted; si la desmontamos, todo se vendrá abajo. Ya he encontrado a un especialista en genética que repetirá todos los análisis de compatibilidad con el perfil hallado en la mancha de sangre de la mochila.

Martini no pareció creérselo mucho.

—Me han dicho que lo invitaron a la televisión para hablar de mí y de mi caso.

Sonaba como una acusación, pero Levi no pareció tomárselo mal.

—Es necesario que la gente también escuche su versión. Usted no puede estar presente, por eso debo hacerlo yo.

Martini no puso ninguna objeción, al fin y al cabo el letrado se financiaba con la publicidad. Así pues, que se sirviera de su historia.

—¿Ha hablado con mi familia? ¿Cómo están mi mujer y mi hija?

—Están bien, pero mientras esté en aislamiento no pueden venir a visitarlo.

No iban a ir de todos modos, pensó el profesor.

—Ya verá, cuando llegue el juicio, rebatiremos las acusaciones y se sabrá la verdad.

Después de abandonar la casa de Beatrice Leman, Vogel estuvo dando vueltas en coche durante toda la tarde, recorriendo únicamente carreteras secundarias que se encaramaban hacia las montañas. Necesitaba reflexionar, aclarar las ideas. Había previsto dejar Avechot días antes; en cambio, todavía seguía allí anclado, obligado a hacer algo que nunca había hecho y que no estaba seguro de saber hacer.

Indagar.

El Hombre de la Niebla le había desbaratado los planes. Y ahora tal vez lo estaba observando tras su blanco manto protector. Y se reía de él.

El presunto diario de Anna Lou estaba en el asiento de al lado. Vogel todavía no lo había abierto porque no estaba convencido de que fuera la jugada adecuada. Primero debía evaluar los pros y los contras. Quizá la solución sería deshacerse de él, quemarlo definitivamente y olvidarlo todo. Quizá el Hombre de la Niebla no tenía ninguna intención de aparecer, quizá sólo quería asustarlo. Quizá. Pero ¿se daría por satisfecho? «Seguramente también lo habrá previsto», se dijo el agente especial. Por eso todavía no había destruido la prueba que podía exculpar a Martini. También se le había pasado por la mente la idea de usar el diario para agenciarse el mérito de la puesta en libertad del profesor, pero luego alguien se preguntaría si, hipotéticamente, había falsificado los resultados del caso como había hecho con Derg. La sospecha podría acabar con su carrera. No creía ni remotamente que en la cárcel hubiera un inocente. No era asunto suyo, ya no. En todo caso, tenía miedo de que el Hombre de la Niebla decidiera realmente volver a actuar después de treinta años. En ese caso, serían los acontecimientos los que desmentirían a Vogel, porque después de Anna Lou seguramente le tocaría a otra. Una niña pelirroja y con pecas. La hija de alguien. Pero eso también era irrelevante para el agente especial. Antes que nada debía pensar en sí mismo. No se trataba de cinismo, era puro instinto de supervivencia.

Fuera, el sol ya había empezado a ponerse inexorablemente hacia las tinieblas.

Después de vagar durante casi tres horas, fue el indicador de la gasolina lo que obligó a Vogel a parar. Detuvo el coche en la explanada de delante del depósito de residuos de la mina. Bajó y aspiró el aire cargado de polvo. Frente a él, una serie de montículos de fluorita. En la oscuridad, el mineral emitía un resplandor verdoso, parecido a una aurora boreal. No había ni un alma alrededor. Vogel se acercó y, ante ese escenario encantado, se abrió la bragueta y empezó a orinar. Mientras vaciaba la vejiga, notó como una especie de pequeños golpes en la espalda. Obviamente era fruto de su imaginación, pero, aun así, parecía que alguien estuviera intentando llamar su atención.

El diario lo invocaba desde el asiento del coche. «No puedes ignorarme», parecía decirle.

Cuando hubo terminado, el agente especial volvió hacia el habitáculo. Se sentó y cogió el librito. Lo observó como si fuera una reliquia. Luego, movido por un impulso repentino, cogió el pequeño candado con forma de corazón y tiró hasta arrancarlo. Tenía frío y calor. Estaba nervioso.

Abrió una página cualquiera y reconoció en seguida la letra de Anna Lou Kastner. —Mierda —murmuró.

Entonces empezó a leer. Su esperanza era encontrar algo que lo condujera a Loris Martini: cualquier cosa que probara que él era realmente el asesino de la niña desaparecida y no el Hombre de la Niebla. Evidentemente, no era plausible que el profesor hubiera hecho llegar el diario a Beatrice Leman. Pero el envío se había producido el mismo día de la desaparición, así que quienquiera que lo hubiera hecho no pretendía exculpar a Martini, que en esos días ni siquiera era sospechoso. No, ese paquete postal tenía otro significado.

Era una firma.

Por eso Vogel no encontró nada allí que relacionara a Anna Lou con el hombre que actualmente estaba preso. El secreto que la niña intentaba custodiar celosamente en el diario era otro.

«Once de agosto: en la playa he conocido a un chico muy majo. He hablado con él sólo un par de veces, creo que le gustaría besarme. Pero no ha sucedido. Me pregunto si volveremos a vernos el año que viene... Se llama Oliver, es un bonito nombre. He decidido que cada día me escribiré su inicial con un boli en el brazo izquierdo, el del corazón. Y lo haré durante todo el invierno, hasta que vuelva a verlo el año que viene. Será mi secreto, una prenda para volver a encontrarnos».

Vogel hojeó de prisa las demás páginas. Había otros pasajes referentes al misterioso Oliver, objeto de inocentes fantasías y deseos que nunca se harían realidad.

—Oliver —dijo para sus adentros el agente especial pensando en la inicial que ahora estaba impresa en el brazo del cadáver de Anna Lou Kastner. Una pequeña «O» dibujada con bolígrafo que se estaba consumiendo junto a ella y que nunca nadie descubriría.

Su secreto había muerto con ella.

Pero en el diario había algo más. Vogel no se fijó en seguida en el papelito que se había deslizado de las páginas. Lo recogió de la alfombrilla de debajo del asiento. Lo abrió y lo miró. Al instante entendió que no había sido la niña quien lo había puesto allí.

La nueva pista de la caza era un mapa.

22 de enero

Treinta días después de la desaparición

Había pasado la noche en blanco.

El mapa estaba sobre la mesita al lado de la cama. Vogel, con el edredón subido hasta la barbilla, se había quedado todo el tiempo mirando al techo, inmóvil. Las preguntas y dudas que se agolpaban en su cabeza le impedían razonar. Ahora había empezado una nueva partida, y él no podía permitirse no jugar. El Hombre de la Niebla no se lo iba a permitir. Por eso sólo podía hacer una cosa.

Seguir adelante.

A pesar de que Vogel temía que el final que el monstruo había previsto no sería agradable para él. Por primera vez en su carrera, tenía miedo de la verdad.

Hacia las cinco decidió que ya estaba harto de estar en la habitación del hotel. Era el momento de actuar. Sólo si se anticipaba a los acontecimientos podría salvarse. De modo que se desembarazó de la concha de mantas en la que se había encerrado y se levantó de la cama. Antes de vestirse comprobó la pistola reglamentaria, la que llevaba encima desde hacía años únicamente para aparentar. En realidad, nunca había disparado ni un tiro, excepto en el campo de prácticas, y dudaba poder hacerlo todavía. Al igual que no sabía efectuar un buen mantenimiento del arma, ya que, de hecho, normalmente asignaba esa tarea a algún subalterno. Cuando cogió la Beretta, de repente le pareció más pesada, pero era la inquietud lo que transfiguraba la consistencia de las cosas. Se aseguró de que el cargador estuviera lleno y de que el carro se deslizara correctamente por la guía. Pero le temblaba la mano. «Calma», se dijo. Se vistió, pero no con su traje elegante habitual. Escogió un jersey oscuro, un pantalón informal y los zapatos más cómodos que tenía. Por último, se puso el abrigo y salió.

Casi todos los periodistas habían abandonado Avechot. Se habían quedado algunos equipos que cubrían los últimos flecos del caso, pero los nombres de los enviados eran otros. Los peces gordos de la pantalla se habían marchado. Aun así Vogel albergaba igualmente el temor de que algún periodista en prácticas en busca de una primicia para terminar antes su aprendizaje lo viera al salir. De modo que fue muy prudente al dejar la población. Miraba insistentemente por el espejo retrovisor para asegurarse de que nadie lo seguía. Mientras conducía, con una mano sujetaba el mapa intentando averiguar la dirección.

En el centro del plano, una «X» roja señalaba un punto exacto. Y también había indicaciones, de modo que el día anterior compró una brújula en una tienda de artículos de alpinismo. Evitó pensar en lo que iba a encontrarse. El lugar estaba

situado al noroeste, en una zona no demasiado impracticable que había sido batida varias veces por los equipos de rastreo, también durante esos días. Entonces, ¿por qué no habían visto nada? «El trabajo se ha hecho mal», se dijo Vogel. Nadie se había preocupado realmente de encontrar a Anna Lou Kastner. Y la culpa era sólo suya, tendría que haber supervisado las labores; en cambio, había confiado todas las decisiones propias de la investigación al joven e inexperto Borghi para estar libre y ocuparse de los medios de comunicación.

Los regueros de un alba rojiza habían superado las vetas de las montañas y empezaban a invadir el valle como un río de sangre. Vogel llegó a las inmediaciones del lugar indicado, pero a partir de allí empezaba el bosque. Se vio obligado a dejar el coche y proseguir andando con una linterna. El terreno estaba ligeramente en pendiente y los zapatos resbalaban sobre el manto de hojas que cubría el suelo. Se agarraba a las ramas para mantenerse de pie. La maraña era tan densa que una zarza le hirió ligeramente en la sien. Vogel ni siquiera se dio cuenta. De vez en cuando se detenía para comprobar el mapa y la brújula. Tenía que apresurarse, antes de que saliera el sol. Le angustiaba que alguien notara su presencia.

Desembocó en un pequeño claro. Según el mapa se encontraba cerca de la X roja. Si no hubiera estado en juego su carrera, su propia vida, todo aquello le habría parecido una broma. Aunque, en el fondo, lo era. El Hombre de la Niebla se estaba burlando de él. «Está bien, veamos qué me tienes preparado, cabrón».

Barrió el terreno con el haz de la linterna, pero no vio nada anómalo. Hasta que apuntó la luz hacia arriba, entonces se fijó en algo. Alguien había colocado en una rama una caja de galletas. «El caso Derg», pensó al instante. Al parecer, el Hombre de la Niebla conocía bien sus puntos débiles. Vogel hasta consiguió captar la ironía de la referencia al mutilador y a la prueba falsificada.

Y también supo dónde debía excavar.

Se arrodilló a los pies del árbol, se puso un par de guantes de látex y apartó las hojas muertas del suelo. A continuación empezó a sacar la tierra húmeda, sin preocuparse de ensuciarse la ropa. No tenía intención de ahondar demasiado, porque si allí estaba el cadáver de Anna Lou Kastner, él no quería verlo. Sólo necesitaba una confirmación. Pero, después de excavar unos pocos centímetros de tierra, notó algo al tacto. Delante de sus ojos apareció el borde de una funda de plástico opaca. Vogel dudó un momento, a continuación la cogió y tiró con todas sus fuerzas.

Salió un envoltorio perfectamente cerrado con cinta aislante para preservar el contenido.

El agente especial le dio vueltas entre las manos, intentando averiguar qué podía ser. Lo sacudió junto a un oído y de él surgió un sonido familiar, como un sonajero de bebé. Cualquiera que fuera el regalo del Hombre de la Niebla, no parecía un pedazo de cuerpo humano. «Acabemos con esto», se dijo con la rabia que ahora reemplazaba al temor. Tomó la decisión de abrir el paquete. Tardó un poco en quitar el plástico, había sido envuelto con ahínco. Sin embargo, cuando reconoció el objeto se

materializaron sus peores miedos en una especie de nudo que se le hizo en la garganta. Esta vez no tenía nada de irónico.

El regalo que el hombre de la niebla había querido hacer a Vogel —el poli de la tele— era una cinta de vídeo.

El aislamiento agudizaba los sentidos. Lo descubrió durante los días de soledad forzosa. No le dieron la posibilidad de leer los periódicos o ver la televisión, también le quitaron el reloj de pulsera de cuarzo. Pero por el olor procedente de las cocinas era capaz de intuir cuándo empezaban a preparar la comida, así sabía que se acercaba la hora del desayuno, el almuerzo o la cena. La celda era un embrión, todo lo que entraba se quedaba allí encerrado, al igual que él. A esas alturas incluso los ruidos de la cárcel le resultaban familiares. Oyó tintinear el mazo de llaves que llevaba el guardia encargado de la puerta automática del pasillo y supo que el turno de noche había terminado y que se estaba produciendo el traspaso de poderes al compañero de la mañana. Debían de ser alrededor de las seis.

La gruesa puerta de hierro le impedía ver lo que ocurría fuera, pero por la luz que se filtraba por la rendija se podían adivinar muchas cosas. Cuando vislumbró unas sombras que se recortaban en la claridad, supo que alguien iba a entrar en la celda. Se incorporó y esperó a que la llave diera todas las vueltas en la cerradura. Seguidamente la puerta se abrió y aparecieron dos figuras a contraluz.

Se trataba de dos guardias que nunca había visto antes.

—Coja sus cosas —le dijo uno.

—¿Por qué, adónde vamos?

Ninguno le contestó. Martini hizo lo que le habían ordenado y recogió la manta de lana marrón, el cuenco y la cuchara que le había suministrado la cárcel, así como la pastilla de jabón y los frascos de champú y gel de baño que había comprado en el economato y que, por el momento, constituían sus únicas pertenencias. A continuación siguió a los agentes.

El profesor se imaginó que simplemente querrían cambiarlo de celda; sin embargo, recorrieron todo el pasillo del módulo de aislamiento, hasta la reja. Y allí —primera singularidad— no había nadie de guardia. Siguieron un par de pasillos más, después tomaron un ascensor y bajaron un par de plantas. Todo ello sin ver ni un alma: segunda singularidad. Era imposible que todos los guardias hubieran abandonado al mismo tiempo sus puestos. Además, había un extraño silencio que procedía de las celdas. Normalmente, a esa hora los presos ya estaban de pie y armaban un gran alboroto reclamando el desayuno. Martini se acordó de la noche que acababa de terminar. Nadie se había molestado en mantenerlo despierto con gritos y amenazas. Tercera singularidad.

Llegaron delante de una entrada de seguridad y, cuando el profesor leyó el cartel de la pared en la que ponía Módulo F, comprendió que estaban a punto de entrar en la

sección de presos comunes y se alarmó.

—Un momento —dijo—. Yo soy un preso especial, tengo que estar aislado. Es una orden del juez.

Ambos lo ignoraron y lo empujaron para que siguiera adelante.

A Martini le asaltó un repentino terror.

—¿No me han oído? No pueden meterme con los otros. —La voz le temblaba. A los guardias no les interesaban sus protestas y lo cogieron enérgicamente por los brazos.

Llegaron frente a la puerta de una celda. Uno de los guardias la abrió, mientras el otro se dirigió al profesor.

—Estará aquí un tiempo, después vendremos a buscarlo.

Martini dio un paso, pero titubeaba. Al otro lado de la puerta estaba oscuro y no podía ver qué o quién había en el interior.

—Adelante, entre —lo conminó el guardia. Aunque su tono era tranquilizador.

Por la mente de Martini cruzó un pensamiento fugaz. Estaba convencido de que esos hombres lo odiaban, como ocurría con todos en la cárcel. Pero ¿por qué tendrían que hacerle daño? A diferencia de los presos, ellos estaban obligados a respetar la ley. De modo que decidió confiar en ellos y entró. La puerta se cerró a su espalda y él esperó sin moverse a que los ojos se acostumbraran a la oscuridad. Pero percibía ruidos en torno a él: pequeños sonidos, susurros.

«El aislamiento agudizaba los sentidos». Comprendió que no estaba solo.

Cuando el primer puñetazo se abatió sobre su cara, Martini perdió rápidamente el equilibrio. Los objetos que llevaba en las manos cayeron al suelo con él. Después fue arrollado por una serie de golpes y patadas que procedían de todas partes. Intentaba protegerse con los brazos, pero no conseguía evitar los porrazos. Sentía el sabor de la sangre, el escozor de los cortes en la cara. Las costillas se quebraban y le faltaba el aliento. Pero al cabo de un rato ya no sintió nada. Era sólo un amasijo de carne que se debatía inútilmente sobre el suelo.

Carne muerta.

Ya no había dolor, sólo cansancio. La mente se rindió antes que el cuerpo y se abandonó a una especie de aturdimiento. Sólo los brazos continuaron una tenaz e inútil resistencia. A pesar de estar oscuro, sus ojos se nublaron. Y cuando todo estaba a punto de desvanecerse, una luz irrumpió en su campo visual. Procedía de detrás de su espalda. Sintió que lo agarraban con fuerza y lo arrastraban fuera, al otro lado de la puerta de la celda. Estaba a salvo, pero no lo estaría nunca más.

Después se desmayó.

Se había enclaustrado en el trastero de la escuela donde estaban los aparatos de vídeo del anticuado sistema de vigilancia. La oscuridad sólo la quebraba el resplandor de la luz del monitor que se reflejaba en el rostro de Vogel creando una máscara de

sombras.

El policía introdujo la cinta de vídeo en el correspondiente compartimento que la engulló tras una leve presión. Siguió una serie de sonidos mientras los engranajes capturaban la cinta y la desplegaban alrededor de las bobinas. Después empezó la filmación.

Primero apareció el polvo gris de la pantalla estática que producía un ruido intenso y molesto. Vogel reguló el volumen porque no quería que nada saliera de esa habitación. Transcurrieron algunos segundos, a continuación la imagen cambió de repente.

Un estrecho haz luminoso se movía sobre una superficie opaca. Azulejos sucios y desportillados. De fondo, una serie de golpes en el micrófono de la cámara de vídeo. Quien grababa estaba intentando colocarla lo mejor posible. Después la toma subió por una pared y se paró delante de un espejo. El foco situado encima del objetivo se reflejó violentamente. En el resplandor sólo se vislumbraba la mano del operador, llevaba un guante negro. Luego este dio un paso a un lado, para que también se viera su rostro. Llevaba pasamontañas. La única nota humana eran sus ojos: distantes, indescifrables. Vacíos.

«El Hombre de la Niebla», se dijo Vogel. Esperaba que dijera o hiciera algo, pero se quedó allí. Inmóvil. Sólo se oía su respiración pausada, regular. Se perdía en el eco del pequeño baño en el que se encontraba. ¿Qué era ese lugar? ¿Y por qué había querido mostrárselo? El agente especial se acercó a la pantalla para verlo mejor y se dio cuenta de que a la espalda del individuo había una toalla lisa colgada de un gancho.

Sobre esta, dos pequeños triángulos verdes, emparejados.

Vogel estaba intentando descifrar el significado de ese símbolo cuando el hombre de la pantalla levantó la mano que tenía libre. Con los dedos del guante apuntó una cuenta atrás.

Tres..., dos..., uno...

A continuación, la cámara de vídeo se desvió de repente a un lado. El rostro del pasamontañas desapareció del espejo y en su lugar apareció una mancha clara, al fondo. El objetivo tardó un poco en enfocarla.

Y entonces la vio. Dio un respingo hacia atrás en la silla.

Al otro lado de la puerta del baño había una habitación: la habitación de un hotel abandonado. Sentada en un rincón a los pies de un mugriento colchón, una figura menuda. La luz del foco de la cámara la hacía parecer como envuelta en un aura clara en medio de la oscuridad que se cernía amenazadoramente en torno a ella. La espalda encorvada y los brazos abandonados, una postura resignada. La piel de la niña era blanquísima. Llevaba sólo unas braguitas verdes y un sujetador blanco que, sin embargo, se le pegaba casi por completo al pecho. La ropa interior de una niña. El objetivo se centró en ella. Su cabello pelirrojo le caía por delante de la cara en mechones despeinados. Sólo se distinguía la boca entreabierta, con un reguero de

saliva que le caía por un lado. Cada vez que respiraba, sus delgados omoplatos se levantaban para luego volver a bajar lentamente. Fuera de los labios, su aliento se condensaba por el frío, pero ella no temblaba. Era como si no sintiera nada.

Anna Lou Kastner parecía estar casi inconsciente, tal vez enajenada por alguna sustancia. Vogel la reconoció sólo por el circulito dibujado en el antebrazo izquierdo. La pequeña «O» de Oliver, el chico del verano en que descubrió el amor. El pequeño secreto que sólo había confiado a su diario.

La cámara de vídeo se entretuvo en ella, despiadadamente. Después la niña levantó ligeramente la cabeza, como si quisiera decir algo. El agente especial esperó, pero le daba miedo oír su voz. Y en el momento en que empezó a chillar, la grabación se interrumpió de golpe.

Lo primero que hizo fue destruir el vídeo. Se aseguró de que la cinta se quemara por completo cuando la echó en la caldera de gasóleo de la escuela. No podía arriesgarse a que alguien la encontrara en su poder. Ahora Vogel estaba paranoico.

Estuvo a punto de deshacerse también del diario de Anna Lou, pero se lo pensó mejor en el último momento. Beatrice Leman podía testificar que se lo había entregado, por eso no era una buena idea destruir también esa prueba. Y, al fin y al cabo, no contenía información que pudiera comprometerlo. De modo que decidió conservarlo, pero lo escondió en una de las taquillas del vestuario que todavía hacía las veces de su oficina.

Después Vogel empezó a hacer búsquedas por Internet. Tenía que averiguar cuál era el hotel abandonado en el que se había hecho la grabación. Estaba seguro de que el vídeo era una invitación. Si encontraba el cuerpo de Anna Lou Kastner en esa habitación, siempre podría modificar el escenario para hacer recaer la responsabilidad del asesinato sobre el profesor.

Era lo que quería el Hombre de la Niebla, estaba convencido de ello.

En otro caso, ¿para qué llevarlo a descubrir la verdad? ¿Para qué mostrarle el vídeo de la niña? Si simplemente hubiera querido reivindicar la autoría del secuestro, lo habría enviado a la prensa, no a él.

Vogel hizo una búsqueda de los viejos establecimientos turísticos de Avechot en Internet y se concentró concretamente en los que habían cerrado sus puertas después de que abriera la mina, que había hecho que los clientes salieran corriendo. Algunos incluso seguían teniendo página web. No disponía de muchos detalles. Pero lo más importante eran esos dos triángulos verdes emparejados. Y fue precisamente gracias a ese símbolo por lo que encontró el viejo hotel.

Los triángulos eran dos pinos estilizados sobre un letrero casi oxidado por completo.

Vogel había llegado delante de la verja que conducía al jardín que rodeaba el

edificio. Pasaban de las siete y no se veía a nadie por allí, también gracias al hecho de que el hotel se encontraba en una zona aislada, alejada de Avechot.

Se fijó en que la verja no estaba cerrada, así que empujó las hojas y las rebasó con el coche. Después bajó del habitáculo para volver a cerrarlas. Recorrió el breve camino con los faros apagados y aparcó debajo de un porche, de manera que nadie reparase en su vehículo.

El hotel tenía cuatro plantas. Las ventanas de las habitaciones estaban cubiertas con tablones de madera clavados, pero los de la puerta de entrada habían sido quitados en parte. Pasó por la abertura que quedaba y encendió la linterna que había llevado consigo.

El espectáculo era desolador. Aunque había cesado su actividad apenas cinco años antes, parecía que para el hotel hubieran transcurrido por lo menos cincuenta. Como si el fin de la humanidad hubiera pasado por allí. El mobiliario era casi inexistente. Esqueletos de viejos sofás se oxidaban en la penumbra. La humedad había atacado las paredes cubriéndolas de una pátina verdosa de la que manaban regueros de agua densa y amarillenta. El suelo era una extensión de escombros y de trozos de madera mohosa. Dominaba en todas partes un olor a podrido. Vogel pasó de largo lo que algún día había servido como el mostrador de recepción, con un soporte para las llaves a su espalda, y se encontró al pie de una escalinata de cemento en la que tiempo atrás habría una elegante moqueta cuyos jirones burdeos todavía cubrían algún peldaño.

Empezó a subir.

Al llegar al primer piso, se encontró delante una placa que indicaba los números de las habitaciones de los pasillos de la derecha y de la izquierda: de la 101 a la 125 y de la 126 a la 150. Teniendo en cuenta que había cuatro plantas, Vogel pensó que eran demasiadas para encontrar la correcta al primer intento. Y no quería quedarse en ese lugar más de lo necesario. Entonces fue cuando le vino a la mente otro detalle del vídeo que hasta ese momento había pasado por alto. Antes de mostrarle a Anna Lou, el hombre de la niebla había hecho una especie de cuenta atrás con la mano.

Tres..., dos..., uno...

Pero no tenía nada que ver con eso. No era una escenificación, la enésima burla de un maníaco. Le estaba indicando dónde se encontraban.

La habitación 321 estaba en la tercera planta, al fondo del pasillo de la izquierda. Vogel estaba parado en la puerta y enfocaba el interior con la linterna. El haz de luz exploró el espacio y al final se detuvo en la esquina a los pies del mugriento colchón en el que había estado sentada Anna Lou.

Pero no había ningún cuerpo en la habitación; ni siquiera el «olor».

Y no había signos de presencia humana. «¿Qué está sucediendo?», se preguntó el agente especial. A continuación se dio cuenta de que la puerta del baño estaba

cerrada. Se acercó y puso la mano en el pomo, como si con ese gesto pudiera percibir algo, una energía de muerte y destrucción. Desde el otro lado del vano, el monstruo había filmado aquella macabra escena.

«Quiere que la abra», se dijo. En la cabeza de Vogel ahora era él quien mandaba.

De modo que aferró la manija y, lentamente, la empujó hacia abajo hasta que oyó el chasquido de la cerradura. Después abrió la puerta de par en par.

Le envistió una luz cegadora.

Fue como una explosión, pero sin calor. Una onda de choque blanquísima que lo repelió.

—Cógelo. ¿Lo tienes? —dijo una voz femenina.

Alguien contestó:

—¡Sí, lo tengo!

Vogel retrocedió más mientras levantaba un brazo para cubrirse los ojos. Entre el resplandor distinguió a un hombre con una cámara y, detrás de él, una segunda figura que alargó el brazo y le puso algo bajo la barbilla.

Un micrófono.

—Agente especial Vogel, ¿cómo explica su presencia aquí? —preguntó Stella Honer sin darle tregua.

El policía siguió reculando, confuso.

La periodista lo acosó.

—Nuestra cadena ha recibido un vídeo en el que se ve a Anna Lou con el secuestrador. ¿Usted sabía que la niña estuvo en este hotel?

Vogel estuvo a punto de caerse sobre el colchón mugriento, pero pudo mantener el equilibrio.

—¡Déjenme en paz! —gritó.

—¿Cómo se ha enterado y por qué ha silenciado esta información?

—Yo... Yo... —balbuceó. Pero no se le ocurría nada. Ni siquiera reivindicar su papel de funcionario público y preguntarles qué estaban haciendo allí.

—¡Déjenme en paz! —se oyó gritar de nuevo, y no podía creer que esa fuera su propia voz, tan inestable, estridente e indecisa.

Justo en ese momento, Vogel comprendió que su carrera había acabado para siempre.

23 de febrero

Sesenta y dos días después de la desaparición

La noche en que todo cambió para siempre, Flores observaba a Vogel mientras este caminaba por la sala y pasaba revista a los peces disecados de las paredes.

—¿Sabe que todos sus peces se parecen, doctor?

Flores sonrió.

—En realidad son el mismo pez —dijo.

Vogel se volvió a mirarlo, incrédulo.

—¿El mismo?

—*Oncorhynchus mykiss* —repitió una vez más el psiquiatra—. Todos son ejemplares de trucha irisada. Sólo cambia algún detalle en los colores o en la forma.

—¿Me está diciendo que sólo colecciona estos?

—Es extraño, lo sé.

Pero Vogel no acababa de conformarse con la respuesta.

—¿Por qué?

—Podría decirle que es una especie fascinante, difícil de capturar..., pero no le estaría diciendo la verdad. Ya le he hablado de mi infarto. Pues bien, estaba solo en un lago de montaña cuando me sobrevino el ataque. Algo acababa de picar el anzuelo y yo estaba tirando hacia arriba con todas mis fuerzas. —Flores imitó el gesto—. Confundí el dolor agudo en el brazo izquierdo con un calambre debido al esfuerzo, pero no solté la presa. Cuando el espasmo se propagó al pecho, hasta el esternón, comprendí que algo no iba bien. Caí hacia atrás y casi perdí el conocimiento. Sólo recuerdo que a mi lado, sobre la hierba, estaba ese pez enorme que me miraba boqueando. Ambos estábamos a punto de morir. —Se rio—. ¿No le parece estúpido? Era joven, apenas tenía treinta y dos años, pero ese ejemplar también estaba en la plenitud de su vigor. Con el poco aliento que me quedaba en el cuerpo, conseguí pedir ayuda. Por suerte para mí, pasaba por el bosque un guarda forestal. —Señaló un punto en la pared—. Esa es la trucha.

—¿Y cuál es la moraleja de la historia?

—No hay —admitió Flores—. Es sólo que desde entonces, cada vez que capturo un *Oncorhynchus mykiss*, el ejemplar acaba en estas paredes. Yo mismo los diseco. Tengo un pequeño taller en casa, abajo en el sótano.

Vogel parecía divertido.

—Yo debería haber disecado a Stella Honer. Esa arpía me la jugó bien. Debería haber imaginado que el secuestrador de Anna Lou no sólo me había involucrado a mí...

Flores volvió a ponerse serio.

—Creo que su presencia esta noche en Avechot no es una casualidad. El accidente de coche lo es: cuando se salió de la carretera, usted estaba huyendo.

—Es una teoría fascinante —admitió Vogel—. Pero ¿de qué estaba huyendo exactamente?

Flores se reclinó en el respaldo de su sillón.

—No es cierto que usted se encuentre en estado de *shock*. No es cierto que usted haya perdido la memoria... Al contrario, lo recuerda todo, ¿es correcto?

Vogel volvió a sentarse, se pasó una mano por el abrigo de cachemir acariciando el tejido como si quisiera sentir su suavidad.

—Tenía que perderlo todo para que naciera en mi interior un pensamiento profundo. Para que, por una vez, no pensara sólo en lo que me convenía.

—¿Y cuál es esa reflexión que ha cambiado para siempre su manera de sentir?

—Una pequeña «O» trazada con un bolígrafo en el brazo izquierdo. —Vogel representó el gesto—. La primera vez que leí el pasaje en una página del diario de Anna Lou, no pensé en el pobre Oliver. Me vino a la cabeza más tarde.

—¿El pobre Oliver?

—Sí, ese chico que no se atrevió a besarla durante el verano había perdido algo. Él también, como todos los demás: la familia y todos cuantos conocían a la niña. Pero, a diferencia de ellos, no lo sabe, y nunca lo sabrá... Tal vez Anna Lou esté muerta, pero con ella también han muerto los hijos que no tendrá, y los nietos: generaciones y generaciones que nunca existirán. Todas estas almas prisioneras de la nada merecían algo mejor..., una venganza.

Flores sintió en su interior que había llegado el momento de la verdad.

—¿A quién pertenece la sangre que tiene en su ropa, agente especial Vogel?

El otro levantó la cabeza y sonrió de una manera inequívoca.

—Yo sé quién es —dijo, y le brillaron los ojos—. Y esta noche he matado al monstruo.

31 de enero

Treinta y nueve días después de la desaparición

La excarcelación no fue inmediata.

Para Martini tuvieron que transcurrir diez días más de reclusión después de la primicia de Honer. Un período necesario para que las autoridades llevaran a cabo las comprobaciones pertinentes para establecer que el autor del secuestro y del probable homicidio de Anna Lou Kastner era un asesino en serie obsesionado con las niñas pelirrojas, que había vuelto a la acción después de una inexplicable interrupción de treinta años.

El Hombre de la Niebla.

El nombre que le había atribuido Beatrice Leman gustó en seguida a la prensa, que, de hecho, lo adoptaron para volver a ocuparse extensamente del caso. El giro había sido espectacular y el público todavía estaba hambriento de información.

Martini pasó esos diez días en un estado de casi total indiferencia, en una cama de la enfermería. La versión oficial por la cual todavía no lo habían puesto en libertad estaba relacionada con su estado de salud; en realidad —y él lo sabía perfectamente— las autoridades esperaban a que las marcas de la paliza que había recibido en la cárcel se atenuaran antes de que el profesor reapareciera en público. Podía entenderlos: al fin y al cabo, Levi ya había amenazado ante las cámaras con denunciar al director e implicar en el escándalo incluso al ministro.

Cuando le dijeron que preparase sus cosas porque su familia iba a ir a recogerlo, Martini casi no podía creerlo. Se levantó con esfuerzo y, lentamente, empezó a meter sus pertenencias en una bolsa abierta sobre la cama. Llevaba el antebrazo derecho enyesado, pero era el costado lo que todavía le dolía, un vendaje se lo ceñía y de vez en cuando le faltaba el aliento y debía pararse. Un hematoma violáceo le rodeaba el ojo izquierdo y le bajaba hasta la mejilla donde adoptaba tonalidades amarillentas. Tenía cercos parecidos en todo el cuerpo, pero una gran parte ya se estaba reabsorbiendo. El labio superior estaba partido y había necesitado más de un punto. En contrapartida, la herida de la mano izquierda que se remontaba al día de la desaparición de Anna Lou se había curado por completo.

Hacia las once, un guardia le dijo que el director había firmado la orden de excarcelación emitida por la fiscal Mayer y que, por tanto, podía irse. Martini se ayudaba de una muleta para caminar; el guardia le cogió la bolsa y lo acompañó por los pasillos hasta la sala en que los presos se encontraban con sus familiares. Fue un trayecto interminable.

Cuando abrió la puerta, Martini vio a su mujer y a su hija muy expectantes. En

sus rostros, las sonrisas conmovidas en seguida fueron sustituidas por una expresión de consternación. El abogado Levi estaba presente y había intentado anticiparles lo que iban a ver, pero cuando lo tuvieron delante fue diferente. Nadie habría podido prepararlas para aquello. No fue tanto el verlo con la muleta y con esa especie de máscara lívida en el rostro lo que apagó su entusiasmo, más bien la repentina consciencia de encontrarse ante un hombre distinto del que conocían. Un hombre que había perdido más de veinte kilos, con el rostro demacrado y la piel colgándole bajo la barbilla, si bien él había intentado esconderla dejándose crecer una rala e hirsuta perilla. Y, sobre todo, un hombre de cuarenta y tres años que parecía un viejo.

Martini avanzó cojeando hacia ellas, intentando lucir su mejor sonrisa. Luego, finalmente, Clea y Monica se recuperaron de la impresión y corrieron a su encuentro. Se abrazaron durante mucho tiempo y lloraron en silencio. Mientras hundían la cabeza en su pecho, el profesor besó a sus dos mujeres en la nuca y les acarició el pelo.

—Se ha acabado —dijo. «Se ha acabado», se repitió a sí mismo, porque todavía no se lo creía.

Entonces Clea levantó sus ojos hacia los suyos, y fue como si se reconocieran después de tanto tiempo. Loris comprendió el sentido de esa mirada. Ella le estaba pidiendo perdón por haberlo dejado solo, por no haber permanecido a su lado en el peor momento y, sobre todo, por haber dudado de él. Martini le hizo un gesto con la cabeza, y fue suficiente para que ambos supieran que todo quedaba perdonado.

—Vayámonos a casa —dijo el profesor.

* * *

Subieron al Mercedes de Levi. El abogado se sentó delante, al lado del chófer. Ellos tres ocuparon el asiento posterior. Consiguieron evitar a los reporteros agolpados delante de la cárcel porque utilizaron una salida secundaria. Pero cuando el automóvil de cristales oscuros llegó a la calle de su casa, se encontraron en frente una nueva aglomeración de micrófonos y cámaras. También había una discreta multitud de curiosos.

Martini percibió en los rostros de Clea y Monica el miedo de que el asedio volviera a ser como antes y les impidiera continuar con su vida. Pero fue Levi quien los tranquilizó; volviéndose hacia atrás, dijo:

—De ahora en adelante será distinto. Miren...

En efecto, en cuanto la muchedumbre vio que el coche giraba por el camino de la casa, empezó a aplaudir cada vez más fuerte. Alguien dio un grito de aliento.

Levi fue el primero en bajar y abrió la portezuela posterior, de manera que la familia Martini, por fin reunida y feliz, se mostrara amablemente fotógrafos y cámaras. Clea fue la segunda en salir del coche; a continuación fue el turno de Monica y, al final, el del profesor. El aplauso y los gritos festivos aumentaron y ellos

se quedaron como anonadados, no se lo esperaban.

Martini miró a su alrededor. Mientras los *flashes* se encendían y se apagaban sobre su fatigado rostro, reconoció a muchos de sus vecinos. Gritaban su nombre y lo saludaban. También estaban los Odevis al completo; el cabeza de familia, que lo había calumniado en televisión unas semanas atrás, ahora intentaba llamar su atención para darle la bienvenida. El profesor no pensó en la hipocresía de ese espectáculo, en vez de eso prefirió demostrar que no guardaba ningún rencor y levantó el brazo para dar las gracias a los presentes.

Tras cruzar el umbral de su casa, Martini se dirigió en seguida al sofá. Estaba cansado, le dolían las piernas y necesitaba sentarse. Monica le echó una mano, sosteniéndolo por la cadera. Lo ayudó a acomodarse, luego le colocó los pies sobre una silla plegable y le quitó los zapatos. Fue un gesto de extrema ternura que nunca se hubiera esperado de su hija.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Un té, un bocadillo?

Le acarició la mejilla.

—Gracias, tesoro, estoy bien así.

Clea, en cambio, estaba hiperactiva.

—Prepararé la comida en seguida. Comerá con nosotros, ¿verdad, abogado?

—Por supuesto —contestó Levi al ver que no le sería posible rechazar la invitación. Mientras la mujer se dirigía a la cocina, se volvió hacia su cliente—. Después de comer, nosotros dos debemos hablar de cosas importantes... —dijo con actitud insinuante.

Martini ya sabía de qué tema quería hablarle el letrado.

—De acuerdo —contestó.

Ya hacía días que se quedaba encerrado en esa maldita habitación de hotel de Avechot. Había tenido que deshacer las maletas y quedar «a disposición de las autoridades». La fórmula que Mayer había escogido era perfecta porque significaba todo y nada. No tenían elementos para arrestarlo porque la investigación sobre él todavía estaba en curso, pero, al mismo tiempo, no podía irse de allí porque podía ser que la fiscal necesitara una aclaración o volver a interrogarlo. Vogel no temía que la situación empeorara. La falsificación de la prueba que había incriminado al profesor de momento era sólo una hipótesis difícil de demostrar. La versión oficial hablaba genéricamente de contaminación accidental de pruebas. Pero, sumado al caso Derg, el episodio estaba destinado a poner una losa encima de su carrera.

Mientras caminaba nerviosamente por la pequeña habitación, yendo y viniendo del baño a la cama, Vogel dedujo que no iban a despedirlo: lo harían de manera para que fuera él quien presentara la dimisión, aunque sólo fuera para amortiguar el escándalo que estaba afectando a las altas esferas de la policía. El procedimiento para apartarlo del servicio se produciría discretamente, con una genérica baja por

«motivos personales». Teniendo en cuenta la situación, el Hombre de la Niebla le estaba echando una mano. Ahora la atención de la prensa y de la opinión pública se centraba sólo en él y el resto había quedado en un segundo plano. De modo que el agente especial sólo tenía que ser listo y negociar las condiciones de su salida de escena.

Pero para él no era suficiente.

No le apetecía que lo liquidaran así. Durante años había resuelto casos que se habían ganado grandes titulares en los periódicos, y durante años sus jefes se habían aprovechado de su trabajo. Habían posado a su lado en las ruedas de prensa finales, acaparando parte del mérito y aprovechándose de él para hacer carrera. Cabrones. Ahora que era él quien los necesitaba a ellos, ¿dónde se habían metido? Ahora que necesitaba que le salvaran el pellejo, ¿dónde estaban?

El motivo por el cual estaba tan furioso era la conferencia de prensa convocada por Mayer y que habían transmitido todos los canales la noche anterior.

«A partir de este momento, las investigaciones se reanudan con más energía — había dicho ella, a quien antes no le gustaba salir por televisión—. Tenemos una nueva pista y también haremos justicia a las seis chicas desaparecidas antes que Anna Lou», había prometido sabiendo que, después de treinta años, iba a ser casi imposible.

Y cuando alguien preguntó si ahora la policía se dedicaría a perseguir al Hombre de la Niebla, había respondido ese desagradecido del agente Borghi.

«A ustedes los periodistas les gusta poner nombres sugerentes para excitar la fantasía del público. Yo prefiero imaginar que tiene un rostro y una identidad y que no es simplemente un monstruo. Sólo así lo cogemos». «El chico se había sabido adaptar rápidamente», pensó Vogel. Quizá lo había subestimado. «Todavía necesitas que mamá te suene la nariz, nunca conseguirás soportar la presión».

Pero lo que realmente lo ponía más frenético era el aura de santidad que envolvía ahora al profesor. El paso de monstruo a «víctima del sistema» había sido casi inmediato. Gracias también a que los medios de comunicación tenían mucho que hacerse perdonar, corrían el riesgo de que los encausaran por daños morales y perjuicios a la reputación. Esos cronistas que habían linchado a Martini durante semanas ahora tenían a Vogel en su punto de mira. Por eso, aun viéndose obligado a permanecer en Avechot, no podía moverse de su maldita habitación de hotel. Fuera, aguardándolo, había una horda que únicamente esperaba para crucificarlo.

«Pero no me iré en silencio y con la cabeza gacha», se dijo. Ya había pensado en una escapatoria más honrosa y, sobre todo, más ventajosa para él. Si realmente iba a acabar así, entonces sacaría todo lo que pudiera. Y por lo menos el dinero aplacaría en parte su frustración y curaría la herida infligida a su ego. Sí, era lo más acertado.

Sólo debía recobrar cierto objeto.

Después de comer dijo que se sentía muy cansado. Así que se disculpó con Clea, Monica y Levi y subió a su cuarto a descansar. Durmió durante cinco horas seguidas y al despertar deseó que el abogado se hubiera ido. Todavía no estaba preparado para afrontar la conversación que quería mantener con él. Sin embargo, cuando bajó al salón, todavía permanecía allí. Fuera hacía rato que había oscurecido y Levi estaba sentado en el sofá al lado de Clea. Ambos sujetaban entre las manos una taza de té humeante y charlaban. Cuando lo vieron en lo alto de la escalera, su esposa se levantó para ir a ayudarlo. Lo acompañó hasta el sillón.

—Estaba convencido de que seguiría durmiendo hasta mañana —dijo el letrado luciendo su acostumbrada sonrisa.

—Usted nunca abandona, ¿verdad? —le contestó Martini, que había intuido su juego.

—Es mi trabajo —replicó el otro.

—De acuerdo, entonces dígame lo que tenga que decirme y terminemos con esto.

—Me gustaría que estuviera presente toda la familia, si es posible.

—¿Por qué?

—Porque sé que va a ser difícil hacerle razonar y necesito el máximo apoyo.

Martini resopló. Pero Clea le cogió la mano.

—Voy a llamar a Monica —dijo.

Poco después, estaban todos reunidos en el salón.

—Bien —empezó diciendo el abogado—. Ahora que todos los interesados están presentes, puedo decirle que es usted un idiota.

Martini se rio, sorprendido.

—¿No cree que ya he recibido bastantes insultos?

—Bueno, tómesele así: seguramente es lo que más se corresponde con la realidad.

—¿Y por qué? Oigamos...

Levi cruzó las piernas y dejó la taza de té sobre la mesita.

—Esa gente está en deuda con usted —afirmó, señalando fuera—. Han estado a punto de arruinar su vida y, por lo que veo, casi lo consiguen.

—¿Qué debería hacer?

—Demandar a la cárcel por daños, sólo para empezar. Y también al ministerio. Y además pedir una enorme indemnización por cómo la policía ha llevado la investigación contra usted.

—Al final se me ha hecho justicia, ¿no?

Pero Levi no quería escucharlo y prosiguió.

—Y no sólo eso. Los medios de comunicación son responsables, al menos tanto como la policía, de lo que ha ocurrido. Han celebrado el juicio fuera de la sala de un tribunal y, lo que es peor, han dictado sentencia sin darle la posibilidad de defenderse.

Ellos también tienen que pagar.

—¿Y de qué manera? —preguntó un escéptico Martini—. Se atrincherarán detrás de la libertad de prensa y se saldrán con la suya. Es inútil.

—Aun así, tienen que guardar las apariencias con su público, en otro caso se arriesgan a perder su credibilidad. Y, por tanto, a perder audiencia. Y además la gente quiere oír su versión, celebrar con usted su recobrada libertad. Y también adularlo, si es necesario.

—¿Debería pedir aparecer en televisión para rehabilitar mi imagen?

Levi sacudió la cabeza.

—No. Debe hacer que le «paguen» por ello, sólo así quedará realmente resarcido.

—Debería vender entrevistas al mejor postor... ¿Es eso lo que está diciendo? —Martini lo preguntó en tono horrorizado—. Como ya le dije a Stella Honer en una ocasión, no voy a especular con el drama de los Kastner.

—Esto no es especular con la tragedia de una niña —rebatía Levi—. En todo caso está especulando con la suya.

—Es lo mismo. Sólo quiero olvidarme de esta historia. Y que me olviden.

Levi le dirigió la mirada a Clea y a Monica, que hasta ese momento habían permanecido en silencio.

—Sé que eres un hombre íntegro —afirmó su esposa con dulzura—. Y comprendo tus razones. Pero esos bastardos nos han hecho daño. —Dijo las últimas palabras con una rabia inesperada.

Martini se volvió hacia Monica.

—¿Tú también estás de acuerdo? —La chica asintió, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Entonces Levi cogió el maletín que tenía a su lado y sacó unos papeles.

—Aquí tiene el contrato de una editorial, le propongo que escriba su historia en un libro.

—¿Un libro? —Martini estaba sorprendido.

Levi sonrió.

—Sigue siendo profesor de literatura, ¿no? Y el libro que salga próximamente será la excusa para que lo inviten a los programas o para que lo entrevisten en las cabeceras en línea o de la prensa escrita... Una especie de «motivación cultural» que hará que todo sea más noble incluso para usted.

Martini sacudió la cabeza, divertido.

—Habéis acabado poniéndome contra las cuerdas —dijo. A continuación, miró una vez más a su mujer y a su hija y suspiró—. Está bien, pero no quiero que dure infinitamente. Quiero acabar cuanto antes con todo esto, ¿está claro?

A las once de la noche, Borghi seguía sentado a su mesa de la sala de operaciones del gimnasio de la escuela. Todos los demás ya se habían marchado y la lámpara que

tenía a su lado era la única luz en la gran sala vacía. El agente estaba estudiando los escuetos informes de las seis desapariciones anteriores a la de Anna Lou Kastner. Efectivamente, los perfiles de las víctimas coincidían y sin lugar a dudas se podía suponer la existencia de un asesino en serie. A la vista de esas confluencias, el hombre con el pasamontañas del vídeo del hotel había regresado después de treinta años para volver a actuar y, esta vez, también para atribuirse el mérito.

Pero ¿por qué?

Precisamente sobre ese punto el joven agente no conseguía encontrar una explicación. ¿Por qué había dejado pasar tanto tiempo? Claro, existía la posibilidad de que durante ese período hubiera seguido matando, pero en otra parte, o que algún motivo de fuerza mayor le hubiera impedido hacerlo. Por ejemplo, podía haber cumplido una larga condena por otro delito; entonces, una vez recuperada la libertad, había vuelto a la acción. Pero había modificado su *modus operandi*. En los primeros casos protegía su anonimato; en el séptimo había buscado la atención de todos. También era cierto que treinta años atrás los medios de comunicación todavía no estaban preparados para convertir a los monstruos en protagonistas. Aun así, a Borghi le seguía pareciendo extraño.

Esa tarde había ido a visitar de nuevo a Beatrice Lemman. La mujer que durante tanto tiempo había conservado la documentación sobre los casos con la esperanza de que alguien llamara a su puerta para pedírsela lo recibió con una insólita frialdad. Las primeras veces, Borghi había tenido la impresión de que la anciana periodista quería colaborar con la policía. Pero después de la última visita no estaba tan seguro de ello.

—Ya les he dicho todo lo que sé —había afirmado con dureza en la puerta, sin mover ni un centímetro la silla de ruedas para dejarlo entrar en casa—. Ahora déjenme en paz.

No era verdad, Lemman escondía algo. Borghi había descubierto que la periodista había tratado de ponerse en contacto varias veces con Vogel durante los días posteriores a la desaparición de Anna Lou Kastner. ¿Por qué? La mujer había declarado que sólo quería pedirle una entrevista, y el agente especial había negado que se hubiera encontrado con ella. Pero ninguno de los dos decía la verdad. Borghi podía entender los motivos de Vogel, que quería evitar meterse en más líos; por ejemplo: el de haber llevado a cabo una investigación sin informar a sus superiores. Pero Lemman, ¿qué razón tenía para mentir? Además, la periodista había recibido un paquete tiempo antes. Ese hecho, que salió a la luz tras una comprobación, era singular ya que Beatrice no veía a nadie ni recibía nunca correo. ¿Qué contenía el paquete? ¿Tenía alguna relación con Vogel?

Antes de que esa tarde la mujer le cerrara la puerta en las narices, Borghi echó un vistazo a la casa y en seguida le saltó un detalle a los ojos. En el cenicero que había al lado de la entrada, junto a las numerosas colillas de los cigarrillos que Lemman solía fumar sin parar, también había las de otra marca. Stella Honer había estado allí, pensó el agente. Ahora Lemman callaba por un motivo concreto. Se había dejado comprar.

Borghgi no la juzgaba. Durante años había sufrido la indiferencia y la soledad. Se habían olvidado de ella y de las batallas que conducía con su diario local. Ahora tenía la oportunidad de resarcirse.

Mientras hacía una atenta lectura de la denuncia de desaparición de la primera secuestrada, Katya Hilmann, en el eco del gimnasio retumbó un golpe. Borghgi levantó la mirada, alerta. Pero la lámpara de mesa le impedía ver nada. De modo que la orientó hacia el resto de la sala, haciendo un amplio giro con ella a su alrededor. No pudo distinguir de dónde procedía el ruido, pero notó un rápido resplandor que salía por debajo de la puerta del vestuario.

Se levantó para ir a ver.

Abrió lentamente la puerta y distinguió una sombra que trasteaba junto a una taquilla con una linterna en la mano. El agente sacó la pistola.

—Quieto —dijo con calma apuntando con el arma.

La sombra se quedó quieta. A continuación levantó ambos brazos y empezó a volverse.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Borghgi en cuanto lo reconoció—. Usted no puede estar aquí.

Vogel exhibió la más falsa de las sonrisas.

—Te he visto en la tele, ¿sabes? Eres bueno, tienes madera.

—¿Qué está haciendo? —repitió el joven.

—No seas duro con tu maestro. —Vogel fingió haberse enfurruñado—. Sólo he venido a recoger una cosa que me pertenece.

—Esto ya no es su despacho y todo lo que hay en esta sala está requisado a efectos de la investigación con la que está relacionado.

—Conozco las reglas, agente Borghgi. Sólo que, a veces, los policías hacen favores a sus compañeros.

El tono empalagoso de Vogel empezaba a exasperarlo.

—Déjeme ver lo que ha cogido de esa taquilla.

—Es privado.

El agente especial lo estaba desafiando.

—Enséñemelo en seguida —insistió Borghgi, intentando parecer enérgico. Todavía tenía la pistola en la mano, aunque ya no lo apuntaba con ella.

Vogel bajó lentamente la mano izquierda para abrir el abrigo; seguidamente, con la misma calma, metió la derecha en el bolsillo interior y extrajo la libretita negra en la que solía tomar apuntes.

—Déjela sobre la mesa —lo conminó Borghgi. Vogel obedeció—. Ahora tengo que rogarle que salga del edificio.

Mientras Vogel se alejaba hacia la salida, el joven agente no le quitó los ojos de encima, seguro de que el otro no renunciaría a decir la última palabra. De hecho, así fue.

—Podríamos haber formado un gran equipo, tú y yo... —dijo con desprecio—.

Pero quizá sea mejor así. Buena suerte, chaval.

En cuanto se hubo marchado, Borghi bajó el arma y suspiró. A continuación se dirigió hacia la mesa en la que Vogel había dejado la libretita. Siempre había sentido curiosidad por saber qué apuntaba continuamente el agente especial. Le fascinaba su método de trabajo, parecía que a Vogel no se le escapaba nada. Pero cuando la abrió para comprobar su contenido, descubrió que las páginas sólo estaban llenas de dibujos obscenos realizados con la pluma de plata. Escenas de sexo explícito, tan vulgares como infantiles. Sacudió la cabeza sin poder creerlo. Sin duda, ese hombre estaba loco.

* * *

Mientras caminaba por la explanada desierta en el exterior del gimnasio de la escuela, Vogel se felicitó a sí mismo por la astucia con la que había hecho creer a Borghi que había vuelto allí para recuperar la libretita. No le importaba lo que pudiera pensar el joven agente al descubrir su contenido. Era mucho más importante lo que realmente se había llevado de la taquilla.

Cogió el móvil e hizo una llamada. Luego se quedó esperando a que contestaran.

—Veinticinco minutos antes que los demás —dijo—. Yo siempre cumplo mi palabra.

—¿Qué quieres? —preguntó Stella, molesta—. Ya no tienes nada que venderme.

—¿Estás segura? —Vogel se llevó instintivamente la mano al bolsillo del abrigo—. Apuesto a que Beatrice Lemman te ha hablado de un diario...

Honer se quedó callada. Bien, se dijo Vogel: estaba interesada.

—No me ha dicho demasiado, en realidad —admitió la mujer con prudencia.

Lo había acertado: ellas dos se habían visto.

—Lástima.

—¿Cuánto quieres? —preguntó la periodista directamente.

—De esos detalles ya hablaremos a su debido tiempo... Pero tengo que hacerte una petición adicional.

Honer rio.

—Ya no estás en disposición de fijar las condiciones.

—Pero no es gran cosa —ironizó el agente especial—. He sabido que, después de la primicia con la que me hundiste, la cadena te ha encargado hacer un programa en el estudio. Felicidades, por fin dejarás de helarte el culo como reportera en las crónicas de exteriores.

—No me lo puedo creer: ¿me estás pidiendo que te invite al programa?

—Y quiero que además haya alguien conmigo.

—¿Quién?

—El profesor Martini.

22 de febrero

Sesenta y un días después de la desaparición

Estaba sentado en un sillón inclinado, delante de un espejo rodeado de brillantes bombillas blancas. Tenía pañuelos de papel metidos en el cuello de la camisa, para no ensuciársela. Una maquilladora le aplicaba la base por los pómulos ayudándose de una suave brocha y Vogel disfrutaba de la caricia con los ojos cerrados. Pocos metros más atrás, la encargada de vestuario planchaba su americana. Había elegido para la ocasión un traje azul marino de lana fría, un pañuelo amarillo de seda en el bolsillo de arriba, una corbata azul claro con pequeños dibujos florales y, como gemelos, unos simples óvalos de oro rosa.

Stella Honer irrumpió en el camerino sin llamar, seguida de un cincuentón distinguido que llevaba consigo un maletín.

—Estamos a punto de empezar —anunció la mujer, que ya llevaba el traje chaqueta oscuro con el que saldría en directo. Le tendió una mano—. ¿Dónde está el diario?

Vogel no se volvió, ni siquiera abrió los ojos.

—Todo a su debido tiempo, querida.

—He cumplido mi parte, ahora tienes que cumplir tú la tuya.

—Lo haré, puedes estar tranquila.

—No, no estoy tranquila en absoluto —replicó ella—. ¿Quién me asegura que no vas a intentar jugármela?

—Tu redacción ha recibido una página, habéis comprobado su autenticidad.

—Era sólo una fotocopia, ahora quiero el resto.

Vogel levantó lentamente los párpados, buscando el reflejo de Stella en el espejo. Estaba comprensiblemente inquieta.

—Pero la letra se correspondía con la de Anna Lou Kastner.

—Al menos dime qué hay escrito en ese maldito diario.

—Secretos inconfesables —enfaticó intencionadamente Vogel para irritarla más.

—¿Anna Lou tenía una relación con un hombre mayor? —aventuró la periodista con la esperanza de captar un titubeo que confirmara una posibilidad tan turbia.

—Cada vez que hablamos o nos vemos intentas hacer que te revele algo. Pero no conseguirás que diga una palabra hasta que vea la lucecita roja encendida sobre la cámara.

—Yo lo «tengo» que saber. No puedo permitirte que dirijas el juego como te apetezca. Es mi programa, no puede ser que no sepa absolutamente nada del tema que trataremos. ¿Por qué has querido que también estuviera Martini? ¿Qué tiene que ver

con el diario de Anna Lou?

No tenía nada ver, pero Vogel no iba a desvelárselo. El librito sólo había sido el pretexto para lograr un cara a cara. Ya sabía lo que iba a hacer una vez que estuvieran en directo. Le pediría disculpas a Martini en nombre de la policía, admitiría su error provocando la incomodidad de sus jefes, los mismos cabrones que lo habían abandonado. Quizá después de su reparación, el profesor lo perdonara públicamente. Perseguidor y perseguido incluso podrían abrazarse entre lágrimas: a la gente le gustaban esas escenas de reconciliación. El diario de Anna Lou sería la guinda de la noche. Vogel leería el pasaje en que la niña escribía sobre Oliver, sobre la inicial del nombre que llevaba trazada en el antebrazo como una prenda de amor. A lo mejor la redacción de Stella incluso podría localizar en tiempo real al misterioso joven. Su testimonio telefónico en directo podía ser la culminación de la noche.

Pero Honer, que no conocía sus planes, obviamente estaba impaciente.

—Puedo hacer que todo esto se vaya al traste cuando quiera —amenazó—. Ni directo ni profesor... Y te cargaré a ti con las culpas.

Vogel rio.

—Ha aceptado en seguida —afirmó, refiriéndose a Martini—. Estoy asombrado.

—Creo que lo ha hecho porque no ve el momento de patearte el trasero en directo —sonrió Stella, satisfecha consigo misma.

—¿Ha puesto condiciones?

—No es asunto tuyo.

Vogel levantó las manos en señal de rendición.

—Como si no lo hubiera dicho, perdona.

Stella se dirigió al hombre con el maletín y le hizo un gesto para que se acercara.

—Quiero presentarte al abogado que se encarga de los intereses de la cadena.

—No me digas —ironizó el agente especial.

El hombre extrajo unos impresos del maletín y los dejó sobre la repisa que estaba delante de Vogel.

—Ahora le haremos firmar un acuerdo en el que garantiza que el diario es auténtico y nos exime de cualquier responsabilidad legal.

—Un montón de palabras para decir algo bien sencillo.

—He cumplido mi parte —masculló Stella—. No ha sido fácil convencer a Martini, te lo aseguro.

Vogel se alegró por ello. El profesor todavía le tenía miedo.

—He oído decir que está escribiendo un libro sobre la historia. ¿Ya sabes qué papel te ha asignado? ¿Eres la reportera intrépida o la periodista sin escrúpulos?

Stella giró el sillón para situarse delante de él, de manera que la mirase bien a la cara.

—Cuidado. No quiero bromas.

—Parece que la libertad les sienta muy bien a los expresos famosos. Me gustaría saber cuánto os ha sacado Levi...

—No vamos a tocar ese tema en la entrevista, de modo que ni te atrevas a mencionarlo.

El abogado intervino de nuevo.

—Para asegurarnos de que todo vaya según lo acordado, el programa se transmitirá con una diferencia de cinco segundos, de manera que tengamos la posibilidad de cortarlo desde control.

Vogel hizo ver que se asustaba. Miró a Stella.

—¿Ya no te fías de mí? —preguntó, sarcástico.

—Nunca me he fiado. —Acto seguido, salió del camerino.

Al cabo de unos diez minutos, una ayudante de producción se presentó para recoger a Vogel y acompañarlo al estudio. El agente especial se puso la americana y le dio una última mirada al espejo. «Adelante, viejo amigo —se dijo—. Enséñales quién eres».

La ayudante, provista de cascos y una carpeta, escoltó a Vogel por el pasillo. Luego empujó las hojas de una puerta cortafuegos y entraron en un amplio espacio oscuro. El estudio reservado para el programa de Stella era enorme. Vogel y la asistente bordearon la parte trasera del decorado, con ella abriendo siempre camino y de vez en cuando diciendo algo por el micrófono incorporado a los cascos.

—El invitado está llegando —anunció a control.

Mientras caminaban, Vogel ya podía oír el murmullo del público. Stella le había asegurado que los espectadores habían sido seleccionados de una horquilla de opinión cualificada, y se repartían exactamente entre los que eran partidarios de su culpabilidad y los que lo eran de su inocencia, para que no hubiera mayoría de público a su favor o a favor del profesor. Vogel optó por fiarse de sus palabras, aunque en realidad no le importaba: dentro de poco, Martini y él estarían en el mismo bando.

Llegaron a un espacio destinado a los invitados y la asistente lo confió a un técnico que empezó a colocarle un micrófono en la corbata. Mientras le pasaba el cable por debajo de la americana, le aconsejó:

—Aunque todavía no estemos en directo, a partir de este momento desde control pueden oír todo lo que diga.

Vogel asintió para hacerle saber que lo había entendido. Era una frase habitual para ponerlo en guardia, porque solía suceder que algún invitado se dejara llevar con comentarios o manifestaciones. Pero el agente especial era demasiado experto y no correría un riesgo semejante.

—Bien, señores y señoras, dentro de poco empezaremos —dijo el animador, que estaba calentando al público en el estudio. Su voz se oía amplificadas. Se inició un aplauso y hubo un griterío.

Si bien el tema de la noche era el diario de una niña muerta, se notaba a la gente excitada. La idea de estar delante de las cámaras transformaba a las personas, pensó

Vogel. No iban a hacerse famosos ni ricos, pero su vida iba a cambiar de todos modos. Podrían presumir de haber formado parte del espectáculo, aunque fuera con un papel insignificante. Todo con tal de aparecer en esa maldita pantalla.

—Les recordamos que no hagan comentarios en voz alta sobre lo que suceda y que aplaudan solamente cuando lo indiquen nuestros ayudantes —concluyó el animador. Un nuevo aplauso.

Mientras la maquilladora le daba los últimos toques de maquillaje, Vogel se volvió distraídamente hacia el pasillo entre los decorados por donde los invitados entraban al estudio. Era como si la luz de los focos se detuviera justo en el límite. Entre bastidores flotaba una agradable penumbra.

En aquella frontera entre luz y oscuridad estaba Martini.

No había visto a Vogel y, con la curiosidad de un niño, observaba lo que estaba sucediendo fuera. Aunque se encontraba a unos metros de distancia, el agente especial se fijó en que casi se había recuperado. Los moratones del rostro habían desaparecido, o quizá fuera que la maquilladora había hecho un excelente trabajo. Y ya no llevaba el brazo derecho escayolado. Todavía necesitaba bastón para moverse, pero había ganado peso y ya no parecía un esqueleto.

Sin embargo, su aspecto había cambiado radicalmente respecto al pasado.

Su ropa no era la misma. Ya no llevaba esas americanas de pana y los pantalones de franela, y había dicho definitivamente adiós al viejo par de Clarks gastados. Ahora vestía un traje gris plomo, sin duda de sastrería. Y había elegido una elegante corbata roja. Vogel pensó que le quedaba muy bien. El hecho de que el profesor hubiera acabado por parecersele lo enorgulleció. «Te he traído al lado oscuro de la luz». Porque la luz también tenía uno. No todo el mundo conseguía verlo. Vogel había construido su fortuna a partir de ese talento. También se fijó en el caro reloj que Martini llevaba en la muñeca izquierda. «Tu vida ha cambiado, amigo mío, deberías darme las gracias por haberte perseguido».

Fue entonces cuando el profesor hizo un pequeño gesto, casi insignificante. Se arregló el puño de la camisa porque quizá no estaba acostumbrado a llevar gemelos. Al hacerlo, se subió unos centímetros la manga de la americana, dejando al descubierto una parte del antebrazo.

Vogel se fijó en un detalle que al principio le costó interpretar. Algo secreto que sólo él y Anna Lou podían saber. Porque la niña lo había anotado en el diario y Vogel lo había leído.

Entonces, ¿qué hacía ese signo circular en el brazo del profesor Martini?

La pequeña «O» de Oliver trazada con bolígrafo.

23 de diciembre

El día de la desaparición

Ella quería quedarse en casa poniendo los adornos al árbol.

Pero el lunes a las cinco y cuarto tenía la catequesis de los niños y se había comprometido a ocuparse del grupo de los más pequeños. Sus hermanos habían crecido y ya no formaban parte de él, por eso podían pasar la tarde poniendo bolas de colores y espumillón plateado en las ramas. Ese año en concreto era particularmente importante para Anna Lou. Además tenía la sospecha de que iba a ser el último. Su madre ya había empezado a hacer extraños comentarios sobre el tema. Decía cosas como: «Jesús no tenía árbol de Navidad».

Cuando hacía eso, siempre cabía esperar un cambio en sus costumbres.

Como el día de ayuno en que la familia no tocaba la comida durante veinticuatro horas, sólo agua. Y luego estaba el del silencio «el ayuno de la palabra», como lo llamaba Maria Kastner. De vez en cuando introducía una nueva regla o establecía que tal cosa debía hacerse de otro modo. Y luego su madre hablaba de ello en la sala de actos e intentaba convencer a los demás padres, que le daban la razón. A Anna Lou le gustaba la congregación, pero no entendía por qué ciertos comportamientos eran erróneos. Por ejemplo, no había nada de malo en vestirse de rojo en la iglesia o en beber Coca-Cola. No recordaba haber leído nada en ese sentido en las Escrituras. Y, sin embargo, parecía que para todos los demás fuera realmente importante actuar de una determinada manera, como si el Señor los juzgara continuamente y, en silencio, decidiera, a partir de las cosas más pequeñas, si eran realmente dignos de considerarse hijos suyos.

Anna Lou estaba segura de que la historia del árbol de Navidad también acabaría de la misma manera. Por suerte, su padre había intervenido diciendo que «los niños todavía necesitan ciertas cosas». Normalmente era sumiso y, al final, acabaría cediendo también en eso. Pero, por ese año, se había mostrado firme. Y Anna Lou se alegraba de que por lo menos una costumbre de su infancia se hubiera salvado momentáneamente del cambio.

—Tesoro, date prisa o llegarás tarde —le gritó Maria desde el pie de la escalera.

Anna Lou se apresuró porque a su madre no le gustaba hacer esperar a Jesús. Ya se había puesto el chándal de gimnasia gris y las zapatillas de deporte, sólo le faltaba el anorak blanco. También tenía que acabar de preparar la mochila. Metió dentro el libro de catecismo, la Biblia y su diario secreto. Pensó que hacía tiempo que no actualizaba el otro. Desde que descubrió que a su madre le gustaba hurgar en sus cosas a escondidas, había decidido escribir dos. No porque el segundo le sirviera para

mentir, siempre escribía en él la verdad. Sólo que evitaba poner lo que sentía. Los sentimientos eran cosas que sólo se podían contar a uno mismo. Y además quería proteger a Maria, porque ella siempre se preocupaba mucho por sus hijos. No quería que su madre pensara que estaba triste, y tampoco que se sentía demasiado feliz. Porque en su casa la felicidad también se medía. Si había en exceso, entonces era probable que fuera por la mano del diablo. «¿Por qué, si no, Satanás sonríe siempre?», decía. En efecto, Jesús, la Virgen y los santos no sonreían nunca en las imágenes sagradas.

—¡Anna Lou!

—¡Ya voy! —Se metió en las orejas los auriculares del lector mp3 que le había regalado su abuela por su cumpleaños y a continuación bajó la escalera corriendo.

En la planta de abajo, Maria la esperaba apoyada con un brazo en el pasamano, mientras que tenía el otro doblado sobre la cadera haciéndola parecer una tetera.

—¿Qué música escuchas, cariño?

Se esperaba la pregunta y le tendió un auricular.

—Es una cantilena que he encontrado y quería enseñársela a los pequeños de catequesis. Habla de niñas y de gatitos.

—No me parece que tenga mucha relación con el Evangelio —objetó Maria.

Anna Lou sonrió.

—Quiero que se aprendan los salmos de memoria, pero para que practiquen tengo que empezar con cosas sencillas.

La madre la miró dubitativa porque no encontraba nada que objetar. En cambio, movió la muñeca para hacer tintinear la pulsera de perlitas que Anna Lou había hecho para ella. Era un gesto de afecto, significaba que estaban unidas.

—Fuera hace frío, tápate bien.

Anna Lou le estampó un beso en la mejilla y salió de casa.

Cuando cerró la puerta sintió un escalofrío. Su madre tenía razón, hacía realmente frío. A lo mejor nevaba por Navidad, sería bonito. Se subió la cremallera del anorak y recorrió el sendero hasta la calle, a continuación se encaminó por la acera en dirección a la iglesia. Quería confesarse. Desde que había roto con Priscilla a causa de Mattia, se sentía un poco culpable. Incluso había borrado su número del móvil. Pensó que debería hacer las paces con su amiga, pero todavía le molestaba cómo había maltratado a ese pobre chico. Al fin y al cabo, ¿qué hacía de malo? Se había dado cuenta de que quizá se había colado por ella; no lo animaba, pero tampoco podía ignorarlo. Priscilla no lo entendía, para ella los chicos sólo tenían una cosa en la cabeza. Le habría gustado hablarle de Oliver, de lo que sentía, aunque apenas lo conociera, pero no estaba segura de que ella lo hubiera entendido. Tal vez incluso se habría reído de ese sentimiento tan infantil. Pero Anna Lou lo necesitaba. Le servía para soñar con los ojos abiertos. Por eso se había escrito en el brazo la inicial de su

nombre. No quería perder la única cosa que, en el fondo, era sólo suya.

En cuanto volvió la esquina al final de la manzana, caminó más despacio.

A pocos pasos de ella había un coche parado en el borde de la calle. En un primer momento no supo comprender la escena que tenía delante. ¿Por qué ese señor tenía una jaula para animales en las manos? ¿Y qué estaba buscando por allí? Luego el hombre se volvió y le pareció conocerlo. Lo había visto en el colegio, era profesor. Pero no de su clase. Se llamaba... Martini; sí, enseñaba literatura.

—Hola. —Él también la había visto y la estaba saludando con una sonrisa—. ¿Por casualidad has visto un gato callejero por los alrededores?

—¿Qué tipo de gato? —preguntó Anna Lou manteniéndose a distancia.

—Más o menos así de grande. —Él le indicó con las manos el tamaño—. Rojo y marrón, con el pelo moteado.

—Sí, lo he visto. Hace días que merodea por aquí cerca. —Le había dado de comer y le había colocado una de sus pulseras al cuello. Pero todavía no quería ponerle nombre porque temía que de un momento a otro se presentara el dueño a reclamarlo. Era un gato demasiado cuidado para ser simplemente callejero.

—¿Me ayudarías a buscarlo?

—La verdad es que debo irme: tengo una reunión en la iglesia.

—Por favor —insistió el hombre—. Es el gato de mi hija, está desesperada.

Habría querido decirle que su madre pensaba que fuera de casa no debía pararse a hablar con personas que no formaran parte de la congregación. No era decoroso. A diferencia del resto de las imposiciones, Anna Lou pensaba que ese precepto tenía sentido. Pero el hombre tenía una hija, quizá una niña que llevaba días llorando porque había perdido a su mejor amigo. Por eso decidió que podía fiarse de él.

—¿Cómo se llama el gato?

—Derg —contestó el hombre en seguida.

«Qué nombre tan extraño», pensó ella. Pero se acercó igualmente.

—Gracias por tu ayuda. ¿Cómo te llamas?

—Anna Lou.

—Bien, Anna Lou, yo intento llamarlo y mientras tanto tú sostienes la jaula —dijo el hombre, tendiéndosela—. En cuanto aparezca, lo obligo a que venga hacia ti y lo encierras ahí dentro.

Anna Lou no sabía cómo funcionaba ese artilugio.

—A mí me ha parecido dócil, tal vez sea más fácil atraparlo con las manos.

—Derg odia ir en coche, y, si no lo meto ahí dentro, no sabría cómo llevarlo a casa.

Entonces Anna Lou cogió la jaula de las manos del hombre y se volvió.

—La otra vez lo vi en el jardín de los vecinos —dijo, señalando hacia allí.

Lo último que vio fue la mano que le cubría la boca con un pañuelo. No gritó, porque no sabía qué estaba ocurriendo. Instintivamente, la repentina sofocación de las vías respiratorias la indujo a inspirar profundamente. El aire era amargo, sabía a

medicina. Se le oscurecieron los ojos sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

* * *

—Quiero ser sincero contigo... Al menos en esto.

«¿De dónde viene la voz de este hombre? ¿Lo conozco? Parece venir de lejos. ¿Y qué es esa pequeña lucecita? Parece una lámpara de *camping* gas; papá tiene una igual en el garaje».

—Sé que te estarás preguntando dónde te encuentras y qué está sucediendo. Empecemos con la primera respuesta: estamos en un viejo hotel abandonado. La segunda, en cambio, es algo más complicada...

«No estoy vestida. ¿Por qué? Primero estaba sentada, ahora estoy tumbada. Qué incomodo se está. ¿Y dónde está arriba y abajo? Ya no lo sé. Me parece que estoy mirando en un cristal. ¿Y quién es esa sombra que se mueve a mi alrededor?»

—Derg no es el nombre del gato. Es más, ese gato está muerto. Su cadáver se encuentra en mi todoterreno. Créeme, no quiero asustarte, pero es justo que lo sepas. He tenido que matarlo porque nadie debe encontrarlo nunca. Encontrarán su pelo y su ADN cuando analicen mi coche. Porque tendrán que sospechar de mí hasta el final, en otro caso mi plan no podrá realizarse... Bueno, decía: Derg no es un gato, es una persona. Y cuando conocí su historia hace unos meses, comprendí que ese hombre en el fondo había tenido suerte. Sí, claro, había pagado un precio por su fortuna. Había sufrido un ictus, pero, en conjunto, a cambio había recibido una nueva vida... Fue así como se me ocurrió la idea.

«La sombra se ha parado, menos mal. Me está poniendo la chaqueta del chándal. Quizá crea que tengo frío. Es verdad».

—A mis alumnos siempre se lo digo: la primera regla de un buen novelista es copiar. Así fue como comprendí que debía encontrar a alguien que me enseñara a hacer algo que nunca hubiera pensado hacer en la vida. Matar. Me pasé tardes enteras en la biblioteca buscando en Internet la lección que necesitaba. Y luego, un día, la encontré... Había un sitio creado por una periodista, una tal Beatrice Leman. No creo que nadie lo visite desde hace mucho tiempo. Pero en esa página descubrí la historia apropiada. Hace treinta años, en Avechot y en la zona de alrededor, desaparecieron seis niñas de tu edad. No al mismo tiempo, sino en períodos más o menos regulares. Eran especiales, porque todas eran pelirrojas, igual que tú. Nadie se preocupó en serio de su suerte, pero Leman sostenía que habían sido secuestradas por la misma persona. Había detectado a un monstruo e incluso le puso nombre: el Hombre de la Niebla. Era perfecto. Yo sólo tendría que reproducir eso que en argot se llama *modus operandi* y luego la culpa de lo que me disponía a hacer recaería sobre él, incluso después de todo este tiempo. De hecho, si todo va como debe, será mi coartada, la clave que me libraré de la cárcel...

«Me está poniendo el pantalón de chándal. Lo noto deslizarse por las piernas,

como un cosquilleo ligero. No sé si es agradable».

—Pero, como decía, es necesario que sospechen de mí. Por eso voy a ir dejando rastros. En realidad ya he empezado, con Mattia. Precisamente ha sido él quien me ha llevado hasta ti. Porque debes saber que no ha sido fácil encontrar una niña pelirroja y con pecas. Luego, un día, mientras la clase estaba en el gimnasio haciendo educación física, yo estaba paseando entre los pupitres concentrado en preparar la lección sobre los poetas románticos que iba a dar inmediatamente después. Al acercarme al sitio de Mattia, me fijé en la cámara de vídeo. Se la había olvidado, de modo que la encendí y descubrí a la chica protagonista de sus filmaciones... Tú... Así que me bastó con seguirlo en su acecho: él te seguía a ti y yo a él. Así fue como descubrí que te gustan los gatos. He hecho alguna aparición con mi coche en sus vídeos, para que Mattia se fijara en mí. Espero que la policía los vea y venga a buscarme. Cuando les cuente que hoy he ido solo a la montaña y, sobre todo, cuando vean el corte en la palma de mi mano, empezarán a sospechar de mí. He traído un cuchillo y creo que será bastante doloroso hacerme una herida, pero no te preocupes: tú no lo verás...

«Este es el ruido que hace la cremallera del anorak cuando la subo. Pero no lo estoy haciendo yo. Es la sombra que me está hablando. Y ahora me pone también los zapatos en los pies. Y me los ata».

—Espero de verdad que envíen aquí a cierto policía. Se llama Vogel y es bueno montando los casos. Siempre consigue convencer a todos de que tiene razón: con el señor Derg, por ejemplo, lo consiguió. Él me arruinará la vida, ya lo sé. Pero es necesario que lo pierda todo, en otro caso no habrá servido de nada. Todo el mundo deberá dudar de mí, incluso mi familia. Ayer tu amiga Priscilla me dejó su número de teléfono. Creo que la llamaré o le mandaré un mensaje, luego ella irá a la televisión y hará creer a todo el mundo que intenté seducirla. Y me convertiré cada vez más en el monstruo que la gente tanto necesita...

«Huele a humedad aquí dentro. Aunque voy vestida, todavía tengo frío y no consigo moverme. Estoy borracha, como cuando a los seis años me bebí a escondidas el licor de grosella de la abuela. A esta hora mis hermanos habrán acabado el árbol de Navidad. Estará precioso, lo sé».

—Aparte de la voz de su instinto, Vogel sólo contará con una montaña de indicios contra mí. Ninguna prueba. Tendré que empujarlo hasta el punto de hacerle creer que forzando un poco la verdad podrá arrestarme. Le mostraré la mano herida; deberé encontrar la manera de que no cicatrice. En cuanto nos veamos, dejaré distraídamente un rastro de mi sangre. Ya sé que tendrá la tentación de utilizarla, pero sólo lo hará si está realmente desesperado. Cuando encuentren tu mochila en una acequia, estoy convencido de que hará lo mismo que hizo con Derg: adaptará la verdad a sus objetivos... Pero para que esto suceda, es necesario que el mecanismo que he puesto en marcha funcione de forma ordenada, como un reloj. Cada cosa tendrá su momento...

«Sea cual sea mi error —te lo ruego— no volveré a hacerlo. Perdóname. Déjame volver a casa».

—Iré a la cárcel. Y será duro estar lejos de mi familia. Tal vez incluso tenga miedo de no salir nunca más de allí, pero deberé resistir. Mientras, fuera, el engranaje seguirá girando solo... ¿Sabes? De niño era bueno organizando la búsqueda del tesoro. Me divertía crear problemas y adivinanzas e ir dejando pistas por ahí que había que descubrir. Por eso enviaré algo tuyo a Leman, y en el paquete aparecerá también el nombre de Vogel. He encontrado un diario en tu mochila, lo he escogido para despertar su curiosidad... Hace poco hemos grabado un mensaje en vídeo; ni siquiera te has dado cuenta. Ya sé dónde enviarlo. Pero también enviaré una copia a los medios de comunicación... Para que todo sea perfecto, Vogel tiene que caer. Sólo cuando él muerda el polvo, yo podré volver a levantarme... Y entonces saldrá a la luz la historia del Hombre de la Niebla, que en estos treinta años seguramente habrá muerto. Pero volverá a vivir y lo buscarán para hacerte justicia. Y yo, en cambio, seré libre.

«La niebla ya está aquí, la veo. Me rodea completamente. Es fresca, ligera».

—Ahora viene la respuesta más difícil. ¿Por casualidad me estás preguntando por qué hago todo esto?

«No, no..., no creo que quiera saberlo».

—Porque amo a mi familia. Y quiero que tengan todo lo que se merecen. Y no quiero volver a correr el riesgo de perder a mi mujer. Ya sé que no sabes de qué hablo, pero «el asunto» fue una mala época para nosotros. Me sentí inadecuado: un modesto profesor de secundaria... En cambio, dentro de poco, Clea y Monica estarán orgullosas de mí. Porque no me venderé en seguida, me mantendré firme. Demostraré que soy un hombre íntegro. Pero, a decir verdad, todo el mundo tiene un precio, es inútil negarlo.

«Yo también amo a mi familia. Y ellos también me aman. ¿Por qué no lo entiendes?».

—Bueno, es todo. Siento haberte metido en esto, pero es como en las novelas: el malo «hace» la historia, a los lectores no les interesan las narraciones en las que los personajes sólo son buenos. Pero tu papel no es secundario. Y, quién sabe, quizá un día alguien encuentre de verdad al Hombre de la Niebla y entonces a las seis chicas a las que todos han olvidado se les haga justicia. Y todo será gracias a ti, Anna Lou...

«¿Por qué me cuentas esta historia? No me interesa, no me gusta. Quiero a mi mamá, quiero a mi papá, quiero a mis hermanos. Quiero verlos una vez más, te lo ruego; una vez más. Tengo que despedirme, aunque no quiera hacerlo. Los echaré de menos».

—Ahora perdóname, pero veo que el efecto del éter está desapareciendo. Seré rápido, no sentirás casi nada.

«Hay algo que me punza el brazo. Abro un poco los ojos, ahora lo consigo. Me está clavando una aguja en la piel y mientras lo hace observa la “O” que he dedicado

a Oliver. Se está preguntando qué es. Es un secreto».

—Adiós, Anna Lou, eres muy guapa.

«Tengo frío. Mamá, ¿dónde estás? Mamá...».

23 de febrero

Sesenta y dos días después de la desaparición

La noche en que todo cambió para siempre parecía que la niebla al final hubiera conseguido cruzar la ventana, llenando la sala como un ligero escalofrío.

Vogel hizo una larga pausa al término de su narración.

—¿Sabía que el odio no se encuentra entre los primeros móviles de un crimen? Borghi intentó decírmelo, pero no lo escuché. Si lo hubiera hecho, quizá lo habría entendido todo a tiempo... El primero de los móviles de un crimen es el dinero.

—No, no lo sabía —admitió Flores.

—El engranaje giraba alrededor de una simple a la vez que banal idea... Nadie podría encontrar el cuerpo de Anna Lou, «nunca jamás». Ese era todo el engaño. Sin un cadáver no había pruebas. Por eso se libró.

—¿Y la inicial en el brazo? ¿Por qué correr el riesgo de ser descubierto? No lo entiendo...

—Un homicida comete de media veinte errores. Y no se da cuenta ni de la mitad. La mayor parte de ellos es producto de su impericia o su imprudencia. Pero hay un tipo de error que por su particular naturaleza puede ser considerado «voluntario». Es como una firma. Inconscientemente, todo asesino quiere que se le reconozca el mérito de su trabajo. —A continuación añadió, citando al profesor—: «El pecado más estúpido del diablo es la vanidad». Pero en el fondo qué gracia tiene ser el diablo si no puedes dejar que nadie lo sepa.

El psiquiatra empezaba a comprender todas las implicaciones posteriores.

—Después del programa, usted ha seguido a Martini hasta Avechot... Y lo ha matado.

Vogel juntó las manos en el regazo.

—Nunca lo encontrarán. Él también ha acabado en la niebla.

En ese punto, Flores levantó el auricular del teléfono que estaba sobre la mesa. Marcó un número.

—Sí, soy yo. Vengan. —Colgó.

Esperaron en silencio. Luego la puerta de la consulta se abrió. Dos agentes de uniforme entraron en la sala y se situaron al lado de Vogel.

—Un pescador que siempre pesca el mismo pez. —El policía se rio con esa reflexión—. Ha sido realmente agradable hablar con usted, doctor Flores.

Cuando volvió a casa eran casi las seis de la mañana. Pronto amanecería. Mientras

tanto todavía reinaba la oscuridad, todo callaba. En la casa con el techo a dos aguas la calefacción hacía ya un rato que se había puesto en marcha, junto al calor reinaba una paz soporífera y se estaba bien. Sophia dormía tranquilamente en el dormitorio, en el piso de arriba. Flores pensó en ir con ella, acostarse a su lado e intentar descansar por lo menos un rato. Pero cambió de idea. No estaba muy seguro de que pudiera conciliar el sueño. No después de una noche como esa. Entonces, sin hacer ruido, bajó al sótano.

Allí abajo estaba el taller de taxidermia, donde disecaba sus *Oncorhynchus mykiss*. El local era pequeño y sólo tenía una estrecha ventana. Flores levantó la mano y tiró de un cordoncito que encendía una bombilla que se quedó balanceando despacio encima de su cabeza. Delante de él había un viejo banco de madera con todo lo necesario: frascos de amoníaco y formaldehído para detener el proceso de descomposición; barnices transparentes para resaltar los colores naturales; *spray* de alcohol puro; un bote con pinceles y aguarrás; cortaplumas dispuestos ordenadamente sobre una rejilla; la caja de las agujas; las escobillas y el vaciador de punta hueca; polvo de bórax y ácido salicílico, y una lámpara de emisión de calor.

Muy pronto, Flores se jubilaría y ese se convertiría en su nuevo refugio. Allí tenía gran parte del equipo de pesca y era donde tendría que trasladar los recuerdos que acumulaba en la consulta. Iba a resultar triste dejar el trabajo de toda una vida, pero ya se imaginaba en ese lugar, apartado del estrés y de las preocupaciones, mientras se dedicaba pacientemente a su *hobby*. De vez en cuando, llevaría allí a sus nietos para mostrarles lo que hacía el abuelo. No le desagradaría transmitirles su afición. Allí abajo perdería la noción del tiempo y hacia media mañana reconocería los pasos de Sophia en la escalera mientras le llevaba una bandeja con un sándwich y una taza de té frío. Sí, sería una bonita manera de pasar la vejez.

Flores puso ambas manos sobre la mesa y relajó los hombros. Hizo una respiración profunda. A continuación se agachó doblando las rodillas. Debajo del banco había un montón de cajas desordenadas en las que guardaba los anzuelos para pescar. Cada Navidad o cumpleaños sus seres queridos le regalaban uno distinto, porque sabían que de todos modos a él no le gustaría recibir otra cosa. Algunos podían llegar a costar mucho dinero. Pero más al fondo había una vieja cajita de metal con un candado. Flores la cogió y la dejó sobre el tablero. Siempre llevaba consigo la llave para abrirla, si bien se confundía con las demás en su llavero personal. La buscó entre las de casa, el coche y la consulta. Después la metió en la pequeña cerradura y abrió la tapa.

Los seis mechones de cabellos rojos seguían allí.

Le recordaban un período de su vida bastante feliz. Ya estaba casado con Sophia y habían nacido dos de sus tres chicos. Nadie había sabido nunca lo que hacía a veces en lugar de ir de pesca. Lo veían volver a casa como siempre, sin imaginar que la alegría de su rostro se debía a algo distinto.

El pescador que desde hacía treinta años pescaba siempre el mismo pez —trucha

irisada o arcoíris— anteriormente se dedicaba a la captura del mismo ejemplar de niña. Pelirroja y con pecas.

Y ahora todo el mundo se preguntaba qué había sido del Hombre de la Niebla. Le habría gustado decirles que de vez en cuando todavía tenía tentaciones de salir de casa y ponerse a buscar una presa, pero que después del infarto que estuvo a punto de acabar con él con sólo treinta y dos años había hecho una promesa solemne.

Se acabaron las niñas pelirrojas y con pecas.

Durante mucho tiempo, la gente se había olvidado de él. Pero ahora, por culpa del profesor Martini, el Hombre de la Niebla había vuelto a sus pensamientos. «Nunca llegarán hasta mí», se dijo. La intervención providencial de Vogel esa noche había puesto en su sitio las cosas. «Volverán a creer que el monstruo ha muerto».

Flores siguió observando un rato la cajita metálica. Quizás debería deshacerse de ella. No era por el temor de que esos cabellos pudieran constituir una prueba para inculparlo. Pero sí pensaba a menudo que, si tuviera otro infarto, esta vez fatal, sus familiares —las personas a las que más quería en el mundo— encontrarían su colección secreta. Sin duda no lo entenderían y entonces quizá cambiarían la opinión que tenían sobre él. No quería que descubrieran esa faceta. Quería ser amado.

Sin embargo, una vez más, decidió que no destruiría el contenido de la cajita, porque hay vínculos afectivos que son difíciles de olvidar. Y esas seis chicas perdidas en la niebla en el fondo eran suyas, le pertenecían. Se ocupaba de ellas desde hacía treinta años, en el secreto de su mente. Entonces cerró la tapa y apretó el candado. A continuación volvió a ponerlo en su sitio bajo el banco. Por la ventana del sótano se filtró un débil rayo de sol.

La noche en que todo cambió para siempre había terminado.

Agradecimientos

A Stefano Mauri, editor, *amigo*. Y, con él, a todos los editores que me publican en el mundo.

A Fabrizio Cocco, mi puntal. A Giuseppe Strazzeri, Raffaella Roncato, Elena Pavanetto, Giuseppe Somenzi, Graziella Cerutti, Alessia Ugolotti, Tommaso Gobbi. Por haberme soportado en este duelo a muerte.

A Cristina Foschini, que con su dulzura me salva la vida.

A Andrew Nurnberg, Sarah Nundy, Giulia Bernabè y a todos los que trabajan con pasión en la agencia de Londres.

A Tiffany Gassouk, Anais Bakobza, Ailah Ahmed.

A Alessandro Usai y Maurizio Totti.

A Gianni Antonangeli.

A Michele, Ottavio y Vito, mis mejores amigos. A Achille.

A Antonio y Fiettina, mis padres.

A Chiara, mi hermana.

A mi gran familia. Sin vosotros no estaría aquí.